EL FIGÓN DE LA REINA PATOJA

ANATOLE FRANCE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

El manuscrito original, en magnífica letra del siglo XVIII, lleva este subtítulo: Vida y opiniones del señor abate Jerónimo Coignard.

Me propongo referir los sorprendentes encuentros que tuve en el transcurso de mi vida. Los hay muy amenos y los hay muy extraordinarios. Cuando acuden a mi memoria llego a dudar de si habré soñado. Conocí a un cabalista gascón, de quien no me atrevo a decir que fuera hombre juicioso, porque murió de una manera desastrosa. En la isla de los Cisnes, una noche, oí de sus labios razonamientos sublimes, que recordé y escribí cuidadosamente. Dichos razonamientos referíanse a la magia y a las ciencias ocultas, que actualmente preocupan mucho; sólo se habla de la Rosa-Cruz. No me preocupa la importancia que pueden procurarme tales revelaciones. Unos dirán que todo es pura invención mía, y otros, que todo el mundo sabe ya lo que digo. Me declaro poco instruido en la cabala, puesto que mi maestro murió cuando comenzaba a iniciarme; pero aprendí lo suficiente para suponer con algún fundamento que todo ello es ilusión, abuso y vanidad. Por otra parte, basta que la magia sea enemiga de la religión para que yo la rechace con todas mis fuerzas. Sin embargo, creóme obligado a dar explicaciones acerca de un punto de tan falsa ciencia para que no se me juzgue aún más ignorante de lo que soy. Sé que los cabalistas piensan generalmente que los silfos, las salamandras, los elfos, los gnomos y los gnomidos nacen con un alma perecedera, como su cuerpo, y que adquieren la inmortalidad mediante su comercio con los magos[1]. Mi cabalista enseñaba, por el contrario, que la vida eterna no está reservada a criatura alguna, sea terrestre, sea aérea. Yo he seguido estas inspiraciones, sin permitirme juzgarlas.

Tenía por costumbre decir que los elfos hacían víctimas a los que revelaban sus misterios, atribuyendo a la venganza de estos espíritus la muerte del señor abate Coignard, asesinado en la carretera de Lyon. Pero yo sé bien que esa desgracia, verdaderamente sensible, tuvo una causa más natural. Hablaré con entera libertad de los genios del aire y del fuego. Es preciso arriesgarse a los peligros de la vida, y el de los elfos resulta extremadamente pequeño.

He cogido con escrupulosidad los razonamientos y las opiniones de mi excelente maestro el señor abate Jerónimo Coignard que murió como dejo indicado. Era un hombre rebosante de ciencia y de bondad. Si hubiera tenido un alma menos inquieta, hubiera indudablemente igualado en virtud al abate Rollín, a quien sobrepujaba mucho por la extensión de sus conocimientos y la profundidad de su inteligencia. Tuvo sobre el señor Rollín, por lo menos, entre las agitaciones de una vida desordenada, la ventaja de no caer en el jansenismo, porque la firmeza de su espíritu no se dejaba arrastrar por la violencia de las doctrinas temerarias, y puedo atestiguar ante Dios la pureza de su fe. Poseía un gran conocimiento del mundo, adquirido con el trato de toda clase de gentes. Esa experiencia le

[1] Esta opinión está sostenida especialmente en un libro del abateMontfau-con de Villars, El conde de Gabalís o pláticas sobre las ciencias secretas y misteriosas, según los principios de los antiguos magos o sabios cabalistas. Existen muchas ediciones. Yo me contentaré con señalar la de Amsterdam (Jaques Le Jeune, 1700, en octavo, con grabados). Contiene una segunda parte, que no aparece en la edición original.

habría servido de mucho en las historias romanas que hubiera sin duda escrito, siguiendo el ejemplo del señor Rollín, a no faltarle para esos trabajos la tranquilidad y el tiempo y si su vida se ofreciese más en consonancia con su genio. Cuanto yo refiera de tan excelente hombre, servirá de ornato a estas Memorias. Y como Aulio Gelio, que refirió los más hermosos pasajes de los filósofos en sus Noches áticas, y como Apuleyo, que introdujo en su Metamorfosis las mejores fábulas de los griegos, yo realizo un trabajo de abeja para cosechar una miel exquisita. No llegaré, sin embargo, a envanecerme hasta el punto de considerarme como émulo de esos dos famosos autores, puesto que únicamente de los propios recuerdos de mi vida, y no en abundantes lecturas, es de donde extraigo mis riquezas. Lo que yo ponga de mi propia cosecha, será la buena fe. Si algún curioso lee mis Memorias, reconocerá que sólo un alma candida podría expresarse en un lenguaje tan inocente y llano. Siempre fue tenido por ingenuo entre las gentes que me rodearon. Este manuscrito sólo puede confirmar semejantes opiniones después de mi muerte.

* * *

Mi nombre es Elma-Lorenzo-Jacobo Ménétrier. Mi padre, Leonardo Ménétrier, era figonero de la calle de San Jacobo, y su establecimiento llevaba por divisa La Reina Patoja, que, como es sabido, tenía los pies a la manera de las ocas y los patos.

Alzábase nuestra casa frente a San Benito, entre la de la señora Gilíes, mercera de Las Tres Doncellas, y la del señor Blaizot, librero de La Imagen de Santa Catalina, no lejos de El Joven Baco, cuya reja, adornada de pámpanos, formaba la esquina de la calle de Cordeleros. Me quería mucho, y cuando después de cenar estaba yo acostado en mi camita, cogiéndome la mano y tirándome de los dedos, uno a uno, comenzando por el pulgar, decía:

- Éste lo ha matado; éste lo ha desplumado; éste lo ha guisado; éste lo ha comido, y al pequeño Riquiqui nada le ha tocado. Salsa, salsa, salsa -agregaba luego, haciéndome cosquillas con mi dedo meñique en la palma de la mano.

Y reía a mandíbula batiente. Yo reía también al dormirme, y mi madre aseguraba que mis labios aún sonreían al día siguiente al despertarme.

Mi padre era buen figonero, y temeroso de Dios. Llevaba en los días de fiesta el pendón de la cofradía de los figoneros, en el que se lucía bordado un san Lorenzo con su correspondiente palma y su parrilla.

Tenía la costumbre de decirme:

- Jacobo, tu madre es una santa y digna mujer.

Complacíase repitiéndolo. Y era verdad, pues mi madre iba todos los domingos a la iglesia con un libro impreso en gruesos caracteres. Costábale mucho trabajo leer las letras pequeñas, las cuales, según decía, le arrancaban los ojos. Mi padre pasaba todas las noches una hora o dos en la taberna de El Joven Baco, la cual frecuentaba también Juanita, la gaitera, y Catalina, la encajera. Y cuando volvía un poco más tarde que de costumbre, decía con acento enternecido y calándose su gorro de algodón:

-Bárbara, duerme tranquila. Precisamente hace un instante le repetí al cuchillero cojo que tú eres una santa y digna mujer.

Seis años tenía yo cuando un día, recogiéndose el delantal, gesto que anunciaba en él una resolución, me habló de esta manera:

Librodot

-Miraut, nuestro buen perro, ha dado vueltas al asador durante catorce años. No tengo ningún reproche que dirigirle. Es un buen servidor que nunca ha robado el más pequeño trozo de pava o de ganso. Se contenta como premio de su trabajo con lamer el asador. Pero se hace viejo. Su pata está ya tiesa, no ve gota, y ya no sirve para dar vueltas a la manivela.

Jacobo, es a ti, hijo mío, a quien corresponde ocupar su puesto. Con la reflexión y alguna práctica, llegarás, sin duda, a hacerlo tan bien como él...

Miraut, escuchando estas palabras, meneaba la cola en señal de aprobación. Mi padre prosiguió:

-Sentado, pues, sobre esa banqueta, darás vueltas al asador. Sin embargo, a fin de fortalecer tu espíritu, repasarás La Cruz de Dios, y cuando con el tiempo sepas leer todas las letras de molde, estudiarás algún libro de gramática o de moral, o las hermosas máximas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Porque el conocimiento de Dios y la distinción entre el bien y el mal son necesarios, aun dentro de un estado mecánico, de poca importancia, sin duda, pero honrado, como es el mío, como fue el de mi padre y como será el tuyo, si Dios quiere.

A partir de aquel día, sentado mañana y tarde en un rincón del hogar, daba vueltas al asador con mi Cruz de Dios abierta sobre mis rodillas. Un humilde capuchino que iba con sus alforjas mendigando a casa de mi padre me ayudaba a deletrear. Y lo hacía con tanta mejor voluntad, cuanto que mi padre, que estimaba el saber, le pagaba sus lecciones con un hermoso trozo de pava y un gran vaso de vino, y viendo el fraile que yo ligaba bastante bien las sílabas y las palabras, me llevó una Vida de santa Margarita, en la cual me enseñó a leer correctamente.

Un día, habiendo colocado, como de costumbre, su alforja sobre el mostrador, fue a sentarse cerca de mí, y calentando sus desnudos pies en el rescoldo del hogar, me hizo decir por centésima vez:

Doncella sabia, neta y fina,
protectora de las mujeres paridas;
tened piedad de nos.

En aquel momento, un hombre de buena estatura, y aspecto bastante noble, vestido con hábito eclesiástico, entró en el establecimiento, gritando con voz robusta:

-¡Hola, huésped! Servidme una buena ración.

Parecía, a pesar de sus cabellos grises, hallarse en toda la plenitud de la edad y de la fuerza. Su boca era risueña, y sus ojos, vivos. Sus mejillas flaccidas y su triple papada descendían majestuosamente sobre su alzacuello, por simpatía sin duda tan sucio como el cogote rebosante.

Mi padre, con la cortesía peculiar de su profesión, quitóse el gorro y dijo inclinándose:

-Si vuestra reverencia quiere calentarse un momen to a la lumbre, yo le serviré lo que desea.

Sin hacérselo repetir más, el abate tomó asiento junto al hogar, al lado del capuchino.

Al escuchar al buen hermano, que leía:

Doncella sabia, neta y fina,
protectora de las mujeres paridas...

batió las palmas y dijo:

-¡Oh, el pájaro raro! ¡El hombre único! ¡Un capuchino que sabe leer! ¡Hermanito!, ¿cómo os llamáis?

-Soy el hermano Ángel, capuchino indigno -respondió mi maestro.

Mi madre, que desde arriba oyó las voces, bajó a la tienda por curiosidad.

El abate la saludó con afectuosa familiaridad, y le dijo:

-He aquí una cosa admirable, señora: ¡el hermano Ángel es capuchino y sabe leer!...

-Sabe leer toda clase de escrituras -respondió mi madre.

Y, acercándose al hermano, reconoció la oración de santa Margarita por la imagen que representaba a la virgen mártir con un hisopo en la mano.

-Esta oración -agregó ella- es difícil de leer, porque las palabras son muy breves y están apenas separadas. Por fortuna, basta en los dolores aplicarla, como si fuera un emplasto, en el sitio donde se siente el mal, y así produce los mismos efectos y acaso mejores que recitándola. Yo hice la prueba, señor mío, cuando el nacimiento de mi hijo Jacobo, aquí presente.

-No lo dudéis ni un momento, mi buena señora -respondió el hermano Ángel-. La oración de santa Margarita es infalible para lo que decís, con la condición expresa de dar limosna a los capuchinos.

Después de estas palabras, el hermano Ángel vació el vaso que mi madre le había llenado hasta el borde, echóse al hombro las alforjas y se fue hacia El Joven Baco.

Mi padre sirvió un cuarto de ave al abate, quien, sacando de su bolsillo un pedazo de pan, un frasco de vino y un cuchillo, cuyo mango de cobre representaba al difunto rey en traje de emperador romano sobre una columna antigua, comenzó a cenar.

Pero apenas acababa de probar el primer bocado cuando, volviéndose hacia mi padre, le pidió sal, sorprendido de que no le hubiera presentado antes el salero.

-Así -le dijo- acostumbraban hacerlo los antiguos. Ofrecían la sal como signo de hospitalidad. También colocaban saleros en los templos, sobre el mantel de los dioses.

Mi padre le presentó la sal gris en un salero que estaba colgado de la chimenea. El abate tomó la que le plugo, y dijo:

-Los antiguos consideraban la sal como indispensable para sazonar todas las comidas, y la tenían en tal estima que llamaban sal, por metáfora, a los rasgos de ingenio que sazonaban los discursos.

-¡Ah! -dijo mi padre-, por muy grande que haya sido la estimación en que la tuvieron los antiguos, los impuestos la elevan hoy al más alto precio.

Mi madre, que haciendo media los oía, se puso muy contenta, pudiendo tomar parte en la conversación.

-Preciso es creer -dijo- que la sal es una cosa excelente, puesto que el sacerdote coloca un grano de ella en la lengua de los niños, sobre la pila bautismal. Cuando mi Jacobo sintió la sal en la boca hizo una mueca, pues a pesar de ser muy pequeño tenía ya picardía. Hablo, señor abate, de mi hijo Jacobo, aquí presente.

El abate me miró, y dijo:

-Es ahora un guapo mozo. La modestia se refleja en su semblante, y lee atentamente la vida de santa Margarita.

-¡Oh! -repuso mi madre-. Lee también oraciones contra los sabañones y la plegaria de san Humberto, que el hermano Ángel le ha dado, y la historia del que fue devorado en el arrabal de San Marcelo por una legión de demonios, por haber blasfemado el santo nombre de Dios.

Mi padre me contempló con admiración, y después insinuó en voz baja el abate que yo era capaz de aprender cuanto me propusiera, con una facilidad ingénita y natural en mí...

-Entonces -replicó el abate- es preciso inclinarle a las bellas letras, que son la delicia del hombre, el consuelo de la vida y el remedio de todos los males, hasta de los de amor, según afirma el poeta Teócrito.

-Por muy figonero que yo sea -respondió mi padre- estimo en mucho las ciencias y quiero creer, como dice vuestra merced, que son un remedio para el amor. Pero lo que no creo es que sean un remedio para el hambre.

-No es quizá un ungüento infalible -respondió el abate-; pero proporcionaron bastante alivio, a la manera de un bálsamo, muy dulce, aunque imperfecto.

Al llegar a este punto de la conversación, Catalina, la encajera, apareció en el umbral con la cofia ladeada y el pañuelo del cuello machucado. Al verla, mi madre frunció el entrecejo y dejó escapar tres puntos de la calceta que hacía.

-Señor Ménétrier -dijo Catalina a mi padre-, venid a hablar a los alguaciles de la ronda. Si no lo hacéis, conducirán sin remedio al hermano Ángel a la cárcel. El pobre hermanito acababa de entrar en la taberna de El Joven Baco, en donde bebió dos o tres vasos, que no pagó por miedo, según dijo, de faltar a la regla de san Francisco. Pero lo peor del asunto es que al verme allí acompañada se acercó a mí para enseñarme cierta oración nueva. Yo le dije que no era aquél el momento oportuno para ello, y como se pusiera muy pesado, el cuchillero cojo, que estaba conmigo, le dio un tirón muy fuerte de las barbas. Entonces el hermano Ángel se arrojó sobre el cuchillero, el cual rodó por el suelo, arrastrando al caer la mesa con los vasos. El tabernero acudió al ruido, y viendo la mesa derribada, el vino derramado y al hermano Ángel con un pie sobre la cabeza del cuchillero, enarbolando una banqueta, con la que golpeaba a cuantos trataban de acorralarle, jurando como un condenado, salió en busca de la ronda. Señor Mé-nétrier, venid sin dilación a rescatar al hermano Ángel de las garras de los alguaciles. Es un santo varón, y merece toda suerte de disculpas en este asunto.

Mi padre sentíase generalmente inclinado a complacer a Catalina. Pero aquella vez las palabras de la encajera surtieron un efecto contrario al que ella esperaba. Respondió francamente que no era posible disculpar al capuchino, y que sólo podía desearle merecida penitencia a pan y agua en el fondo de la más lóbrega mazmorra del convento que deshonraba con su conducta.

Y como se enardeciera al hablar, agregó:

-Un beodo libertino, a quien doy todos los días buenos tragos y buenas tajadas, a pesar de lo cual se mete luego en la taberna, pretendiendo a mujerzuelas bastante desvergonzadas para preferir la compañía de un cuchillero ambulante y de un capuchino a la de los honrados tenderos jurados del barrio. ¡Vamos, quita, quita!...

Y deteniéndose en esta parte de sus invectivas, miró de soslayo a mi madre, que, en pie y recostada contra el muro de la escalera, continuaba manejando acompasadamente las agujas de hacer media.

Catalina, sorprendida por tan brusca respuesta, dijo secamente:

-¿De modo que no queréis interceder con el tabernero y con los alguaciles?

-Les diré, si te parece, que prendan al cuchillero como al capuchino.

-Pero -dijo la moza riendo- el cuchillero es amigo vuestro.

-Menos amigo mío que tuyo -dijo mi padre irritado-. ¡Un miserable que anda cargado y cojeando!

-¡Oh! Lo que es eso -dijo ella- es muy cierto. ¡Cojea, cojea y cojea!

Salió del figón riéndose a carcajadas.

Mi padre, volviéndose hacia el abate, que mondaba un hueso con el cuchillo, exclamó:

-Es como he tenido el honor de decirlo a vuestra merced: cada lección de lectura y de escritura que ese capuchino da a mi hijo la pago con un vaso de vino y con un buen trozo de liebre, conejo, ganso y aun a veces gallina o capón. ¡Es un borracho y un malvado!

-No lo dudéis ni un momento -respondió el abate.

-Como tenga la osadía de volver a poner los pies en estos umbrales, le arrojaré a escobazos.

-No estaría muy bien hecho -dijo el abate-. Ese capuchino es un burro y enseña sólo a rebuznar. Obraríais con gran prudencia si arrojarais al fuego esa Vida de santa Catalina, la oración contra los sabañones y la historia del hechicero, cuya lectura envenena el alma del muchacho. Al mismo precio que el hermano Ángel daba sus lecciones, las daré yo, enseñando al mozo el latín y el griego, y aun el francés que Voltaire y Balzac han perfeccionado. Así, por una fortuna, doblemente singular y favorable, Jacobo Dalevuelta será un sabio, y yo comeré diariamente.

-Choquemos -dijo mi padre-. Bárbara, trae dos vasos. No hay negocio concluido cuando las partes no han trincado en señal de mutuo acuerdo. Beberemos aquí. No quiero en mi vida volver a pisar la taberna de El Joven Baco: tanto horror me inspiran el cuchillero y el fraile.

El abate se levantó, y apoyando las manos en el respaldo de la silla, dijo con tono reposado y solemne, como en una plática:

-Ante todo, doy gracias a Dios, creador y conservador de todas las cosas, por haberme conducido a esta casa sustentadora. Sólo Él es quien nos gobierna, y debemos reconocer su providencia en todo asunto terrenal, aun cuando sea temerario, y a veces incongruente, pretender seguirle demasiado cerca. Porque, siendo universal, se halla presente en todo género de encuentros, sublimes, seguramente por la conducta que Dios observa en ellos, pero obscenos o ridículos por la parte que en ellos toman los hombres, único aspecto que se nos muestra. Así pues, no se debe pregonar, como lo hacen los capuchinos y las mujeres beatas, que se aparece Dios en todo. Alabemos al Señor, roguémosle que me ilumine en las enseñanzas que habré de dar a este mozalbete, y, por lo demás, encomendémonos a su santa voluntad, sin tratar de investigarla en los detalles.

Después, alzando su vaso, bebió un buen trago de vino.

-Este vino -dijo- proporciona a la economía del cuerpo humano un calor dulce y saludable. Es un licor digno de ser cantado en el Teos y en el templo por los príncipes de los poetas báquicos, Anacreonte y Chaulieu. Voy a restregar con él los labios de mi joven discípulo.

Me colocó el vaso debajo de la barbilla, y exclamó:

-Abejas de la Academia, venid, venid a posaros en armonioso enjambre sobre los labios, en adelante agradables a las musas, de Jacobo Dalevuelta.

-¡Oh, señor abate! -dijo mi madre-, es verdad que el vino atrae a las abejas, sobre todo cuando es dulce. Pero no hay que desear que esos picaros insectos se posen sobre los labios de mi Jacobo, porque su picadura es cruel. Un día, al morder un melocotón, me picó en la lengua una abeja, y sufrí tormentos infernales. Sólo sentí alivio con un poco de tierra mezclada con saliva, que el hermano Ángel me puso en la boca, recitando al mismo tiempo la oración de san Cosme.

El abate le hizo comprender que hablaba de las abejas en sentido alegórico. Y mi padre dijo, en tono de reproche:

-Bárbara, eres una santa y digna mujer; pero he advertido muchas veces que tienes la fatal costumbre de intervenir, sin ton ni son, en conversaciones serias, como un perro en un juego de bolos.

-Es posible -respondió mi madre-. Pero si hubieras atendido mejor mis consejos, Leonardo, estaríamos bastante mejor. Puedo no conocer todas las especies de abejas, pero gobierno bien la casa, y no ignoro las conveniencias que debe observar en sus costumbres un hombre de edad, padre de familia y portaestandarte de su cofradía.

Mi padre se rascó la oreja y sirvió más vino al abate, quien dijo suspirando:

-Ciertamente, el saber no está honrado en nuestros días en el reino de Francia como lo estaba entre el pueblo romano, ya degenerado, sin embargo, de su primitiva virtud, cuando la retórica elevó a Eugenio al Imperio. No es extraño ver en nuestro siglo a un hombre hábil vegetar en una buhardilla sin luz y sin lumbre. Exemplum ut talpa. Yo soy un ejemplo.

Rizónos, entonces, un breve relato de su vida, que yo reproduciré aquí tal y como salió de sus labios, aun cuando mi corta edad me impidió entenderlo bien, y, por consiguiente, retenerlo en la memoria. He creído poder reconstruirlo mediante las confidencias que me hizo más tarde, cuando me honró con su amistad.

-Tal como me veis -dijo-, o para expresarme mejor, tal y como no me veis: joven, esbelto, con la mirada penetrante y los cabellos negros, yo enseñaba las artes liberales en el Colegio Beau-vais, bajo la dirección de los señores Dugué, Guérin, Coffin y Baffier. Acababa de ordenarme y pensaba conseguir gran renombre en las letras. Pero una mujer dio al traste con mis esperanzas. Llamábase Nicolasa Pigoreau, y era dueña de una librería, La Biblia de Oro, en la plaza, frente por frente a mi colegio. Yo frecuentaba la librería, hojeando constantemente los libros que la dueña recibía de Holanda, así como las ediciones bipónticas, ilustradas con notas, glosas y comentarios muy eruditos. Yo era muy agradable, y la señora Pigoreau reparó en ello por desdicha mía. Había sido hermosa y conservaba el arte de agradar. Sus ojos hablaban. Un día, los Cicerón, y los Tito Livio, los Platón y los Aristóteles, Tucídides, Polibio y Varrón, Epicteto, Séneca, Boecio y Casiodoro, Hornero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Plauto y Terencio, Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso, san Juan Crisóstomo y san Basilio, san Jerónimo y san Agustín, Erasmo, Sanmaise, Turnebo y Escalígero, santo Tomás de Aquino, san Buenaventura, Bossuet arrastrando consigo a Ferri, Lenain, Go-defroy, Mézeray, Mainbourg, Fabricius, el padre Lelong y el padre Pitou, todos los poetas, todos los oradores, todos los historiadores, todos los padres, todos los doctores, todos los teólogos, todos los humanistas, todos los compiladores reunidos de alto abajo en las estanterías de aquel establecimiento, fueron testigos de nuestras caricias.

-No he podido resistir -me dijo ella-; no vayáis a formar por esto mala opinión de mí.

La señora Pigoreau me expresaba su amor en inconcebibles ansias. Un día me hizo probar una valona y unos puños de encaje, y observando que me favorecían mucho, me rogó que los conservara. Yo no quería aceptar el obsequio; pero como observé que mi negativa la irritaba juzgándola ofensiva para su amor, consentí en aceptar lo que me ofrecía, por temor de enojarla.

Mi buena estrella duró hasta el día en que fui reemplazado por un oficial. Concebí un violento despecho, y en mis deseos de venganza hice saber a los directores del colegio que no iba ya a La Biblia de Oro, por no presenciar espectáculos propios que ofendían la modestia de un joven sacerdote. A decir verdad, no pude felicitarme por aquel ardid. La

señora Pigoreau, sabedora de cuanto yo decía de ella, propaló que yo le hurté unos puños y un cuello de encaje. Sus falsas quejas llegaron a oídos de mis directores, quienes hicieron registrar mi cofre, encontrando en él aquellas prendas de adorno, que verdaderamente eran de gran valor. Despidiéronme, y fue así como experimenté, a semejanza de Hipólito y de Belerofonte, las consecuencias de la astucia y de la maldad femeniles. Encontrándome en la calle con mi equipaje y mis cuadernos de elocuencia, corría grave peligro de morirme de hambre, y después de quitarme el alzacuello, me presenté a un señor hugonote, quien admitiéndome como secretario, me dictaba libelos contra la religión.

-¡Ah! Eso -interrumpió mi padre- no estaba bien en vos, señor abate. Un hombre honrado no debe prestarse a semejantes abominaciones. Y, por mí, aunque ignaro y de oficio manual, no puedo transigir con esas cosas.

-Tenéis razón -respondió el abate-. Éste es el punto más negro de mi vida y el que me da mayor motivo de arrepentimiento. Pero mi hombre era calvinista. No me empleaba más que en escribir contra los luteranos y los socinianos, a quienes no podía tolerar, y yo os aseguro que me obligó a tratar a esos herejes más duramente que jamás lo hicieron en la Sorbona.

-Amén -dijo mi padre-. Los corderos pacen tranquilamente mientras los lobos se devoran entre sí.

El abate prosiguió su relato.

-Por lo demás -dijo-, no permanecí mucho tiempo en la casa de aquel señor, a quien interesaban más las cartas de Ulrico de Hutten que las arengas de Demóstenes, y en donde no se bebía más que agua. Después ejercí diversos oficios sin éxito alguno. Fui, sucesivamente, buhonero, comediante, fraile y lacayo. Luego, volviendo a ponerme el alzacuello, llegué a ser secretario del obispo de Séez, y le redacté el catálogo de los manuscritos preciosos que encerraba su biblioteca. Ese catálogo forma dos volúmenes en folio, que colocó en su estantería, encuadernados en tafilete rojo, con sus armas, y con los cortes dorados. Me atrevo a decir que es una buena obra.

Pude aguardar tranquilamente a envejecer en el estudio y en la paz al lado de monseñor. Pero me atraía la camarera de la señora alcaldesa. No me condenéis con demasiada severidad. Morena, gruesa, viva, fresca, el mismo san Pancomio la habría deseado. Un día tomó asiento en la diligencia para irse a París en busca de fortuna. Yo la seguí. Pero no supe arreglar mis asuntos tan bien como ella los suyos. Por su recomendación entré al servicio de la señora de Saint-Ernest, bailarina de la Ópera, quien, al conocer mis talentos, me encomendó que escribiera, bajo su dirección un libro contra la señorita Davilliers, contra la cual tenía motivos de queja. Fui para ella un buen secretario y merecí, sin duda alguna, los cincuenta escudos que me había prometido. El libro fue impreso en Amsterdam, en casa de Marc-Michel Rey, con un frontispicio alegórico, y la señorita Davilliers recibió el primer ejemplar precisamente cuando entraba en escena para cantar la gran aria de Armida. La cólera hizo que su voz resultara ronca y temblorosa. Cantó en falsete, y recibió una silba. Sin detenerse para cambiar de traje y quitarse los afeites, corrió a casa del intendente, que no podía negarle nada. Se arrojó, bañada en lágrimas, a sus pies, y le pidió venganza. Bien pronto se supo que el tiro había partido de la señora de Saint-Ernest.

Interrogada, acorralada, amenazada, me denunció, y fui conducido a la Bastilla, en donde me retuvieron cuatro años. Allí encontré algún consuelo leyendo a Boecio y a Casiodoro.

Después he tenido un chiribitil de memorialista público en el cementerio de los Santos Inocentes, poniendo al servicio de las doncellas enamoradas una pluma digna de narrar las vidas de los hombres ilustres de Roma y de comentar los escritos de los Santos Padres. Gano dos liares por cada carta amorosa, y es un oficio del que muero más bien que vivo. Pero no olvido que Epícteto fue esclavo, y Pirro, jardinero.

Hoy, por uno de esos azares de la suerte, he recibido, en pago de una carta anónima, un escudo. No había comido desde anteayer; así que inmediatamente me puse a oliscar dónde hubiera un figón. Vi desde la calle vuestra divisa pintarrajeada y el fuego de vuestro hogar coloreando alegremente los vidrios, y entré. Mi amable huésped, ya conocéis mi historia.

-Veo que es la de un hombre honrado -dijo mi padre-; y apenas hallo en ella nada reprensible. Venga esa mano. Somos amigos. ¿Cómo os llamáis?

-Jerónimo Coignard, doctor en Teología, licenciado en Artes.

* * *

Lo que tienen de maravilloso los sucesos de la vida humana, es el encadenamiento de las causas con sus efectos. Al señor Jerónimo Coignard le sobraba razón cuando decía: «Al considerar la serie caprichosa de choques y traspiés, en los que se entrelazan nuestros destinos, nos vemos obligados a reconocer que Dios, en su perfección, no carece ni de ingenio, ni de fantasía, ni de fuerza cómica; que sobresale, por el contrario, en el embrollo, como en todo lo demás, y que después de haber inspirado a Moisés, a David y a los profetas, si se dignara inspirar al señor Le Sage y a los poetas de feria, les dictaría las comedias más divertidas para Arlequín.» Me veo convertido en latinista porque al hermano Ángel le prendieron unos alguaciles, sometiéndolo a reclusión eclesiástica por haber golpeado a un cuchillero en la taberna de El Joven Baco. El señor Jerónimo Coignard cumplió su promesa. Me dio lecciones, y, encontrándome dócil e inteligente, halló gran placer en enseñarme las bellas letras antiguas. En pocos años hizo de mí un regular latinista.

Conservo a su memoria un agradecimiento que sólo concluirá con mi vida. Podrá concebirse todo el agradecimiento que le debo, cuando diga que no descuidó lo más mínimo para educar mi corazón y mi alma, al propio tiempo que mi inteligencia. Me recitaba las Máximas de Epicteto, las Homilías de san Basilio y las Consolaciones de Boecio. Me presentaba, en hermosos extractos, la filosofía de los estoicos; pero solamente realzaba su espíritu sublime para derrumbarla desde mayor altura ante la filosofía cristiana. Era un sutil teólogo y un buen católico. Su fe se conservaba intacta sobre las ruinas de sus más gratas ilusiones y de sus más legítimas esperanzas. Sus debilidades, sus errores, sus faltas, que no trataba de disimular ni de disfrazar, no habían quebrantado su confianza en la bondad divina. Y, para que se le conozca bien, es preciso saber que atendía al cuidado de su salvación eterna en las ocasiones en que, aparentemente, debiera ocuparse menos de ella. Me inculcó los principios de una piedad ilustrada. Esforzábase bien por aficionarme a la virtud, mostrándomela, por decirlo así, doméstica y familiar, valiéndose de ejemplos sacados de la vida de Zenón.

Para instruirme en los peligros del vicio, sacaba sus argumentos de una fuente más próxima, confiándome que, por haber gustado con exceso del vino y de las mujeres, tuvo que renunciar al honor de una cátedra del colegio, con toga larga y birrete cuadrado.

A estos raros méritos unía los de la constancia y la asiduidad, dándome sus lecciones con una exactitud que no hubiera podido esperarse de un hombre entregado, como él, a todos los caprichos de una vida errante, y sin cesar impelida por las agitaciones de una fortuna menos doctoral que picaresca. Ese celo era el efecto de su bondad, y también de la afición que había tomado a la calle de San Jacobo, donde veía satisfechos, a la vez, los apetitos de su cuerpo y los de su espíritu. Después de haberme dado alguna provechosa lección y de haber saboreado una comida suculenta, solía entrar en El Joven Baco y en La Imagen de Santa Catalina, encontrando reunidos en un pequeño espacio de terreno, que era su paraíso, vino fresco y libros curiosos.

Había llegado a ser el huésped más asiduo del señor Blaizot, el librero, quien le recibía afectuosamente, aun cuando hojeaba todos los libros sin comprar ninguno. Era un maravilloso espectáculo ver a mi buen maestro, con las narices hundidas en las páginas de algún librito recién llegado de Holanda, y levantar luego la cabeza para disertar, según el caso, pero siempre con la misma ciencia abundante y jovial, ora acerca de los planes de monarquía universal, atribuidos al difunto rey, ora sobre las aventuras galantes de un hacendista con una cómica. El señor Blaizot no se cansaba de oírle. Era el tal señor Blaizot un viejecito de pequeña estatura, flaco y limpio, que vestía chupa y calzón color de pulga y medias de lana grises. Yo le admiraba mucho, no concibiendo nada más agradable que vender, como él, libros en La Imagen de Santa Catalina.

Un recuerdo contribuyó a revestirme la tienda del señor Blaizot de su encanto misterioso. Y fue que un día, siendo aún muy joven, vi por primera vez una mujer desnuda. La veo aún. Era la Eva de una Biblia en estampas. Tenía un gran vientre y las piernas un poco cortas, y hablaba con la serpiente sobre un paisaje holandés. El dueño de aquella estampa me inspiró desde luego una consideración que se sostuvo en lo sucesivo, cuando adquirí, gracias al señor Coignard, el gusto de los libros.

A los dieciséis años sabía bastante latín y un poco de griego. Mi buen maestro dijo a mi padre:

-¿No pensáis, mi amable huésped, que no es propio dejar a un joven ciceroniano en traje de marmitón?

-No lo había pensado -respondió mi padre.

-Es verdad -dijo mi madre- que convendría dar a nuestro hijo un traje de bombasí. Es cuidadoso de su persona, tiene buenos modales y está bien instruido, por lo cual hará honor a su traje.

Mi padre permaneció pensativo un momento, preguntando después si sentaría bien a un figonero llevar una chupa de bombasí. Pero el abate Coignard le advirtió que, prohijado por las Musas, jamás sería yo figonero, y que no estaban lejanos los tiempos en que yo llevaría el alzacuello sacerdotal.

Mi padre suspiró, pensando que yo no le sucedería como portaestandarte de la cofradía de los figoneros parisienses. Mi madre, en cambio, resplandeció de alegría y de orgullo ante la idea de que su hijo pudiera pertenecer a la Iglesia.

El primer efecto de mi chupa de bombasí fue darme aplomo, alentándome a tener de las mujeres una idea más exacta de la que de ellas me había inspirado en otro tiempo la Eva del señor Blaizot. Por eso me preocupaba ya más razonablemente de Juanita, la gaitera, y de Catalina, la encajera, a quienes veía pasar veinte veces al día por delante del figón,

luciendo, cuando llovía, un fino tobillo, y un piececito cuya punta brincaba de una acera a la otra. Juanita era menos linda que Catalina. Era también menos joven y menos cuidadosa en el vestir. Procedente de Saboya, llevaba sobre la cabeza, a manera de cofia, un pañuelo de cuadros que ocultaba sus cabellos. Pero tenía el mérito de no hacer melindres, adivinando lo que se pretendía de ella, antes de advertírselo. Su carácter era extremadamente favorable a mi timidez. Una noche, bajo el pórtico de San Benito, donde hay unos bancos de piedra, me enseñó lo que yo aún ignoraba, y ella sabía ya de sobra. Pero yo no le quedé tan agradecido como era mi deber, pensando sólo en practicar con otras más bonitas la ciencia que ella me había inculcado. Debo advertir, en descargo mío, que Juanita no tasaba esas lecciones a mayor precio del que le daba yo mismo, y que las prodigaba entre todos los picaros del barrio.

Catalina era más reservada en sus modales, me inspiraba temor, no atreviéndome a decirle cuan bella me parecía. Lo que más aumentaba mi turbación era que siempre se burlaba de mí, no perdiendo ninguna ocasión de inquietarme. Se reía de que no tuviese ningún pelo en la barba, avergonzándome así. Yo afectaba al verla un aspecto sombrío y apesadumbrado. Fingía despreciarla. Pero era demasiado bonita para que mi desprecio fuese verdadero.

* * *

Aquella noche, noche de la Epifanía y decimonoveno aniversario de mi nacimiento, mientras el cielo derramaba en nieve derretida una fría humedad que penetraba hasta los huesos, y mientras un viento glacial balanceaba el rótulo de La Reina Patoja, una lumbre llameante, perfumada con manteca de oca, lucía en el figón, y la sopera humeaba sobre el blanco mantel, en torno del cual estábamos sentados el señor Jerónimo Coignard, mi padre y yo. Mi madre, según costumbre, permanecía en pie detrás del dueño de la casa, pronta a servirle. Yo había llenado la escudilla del abate cuando la puerta se abrió, dando paso al hermano Ángel, muy pálido, con la nariz enrojecida y la barba churretosa. Mi padre alzó sorprendido su cuchara hacia las ennegrecidas vigas del techo.

La sorpresa de mi padre se explicaba fácilmente. El hermano Ángel, que sólo una vez se ausentó durante seis meses, desde su contienda con el cuchillero cojo, había permanecido dos años enteros sin dar noticias de sí. Habíase marchado en primavera con un asno cargado de reliquias, y lo peor del caso fue que llevó consigo a Catalina vestida de beata. Nadie supo lo que había sido de ellos, si bien se susurraba en El Joven Baco que el hermanito y la hermanita sostuvieron disputas con el provisor entre Tours y Orleans. Sin tomar en cuenta que un vicario de San Benito vociferaba como un demonio que el bigardo del capuchino le había robado su asno.

-¡Qué! -gritó mi padre-. ¿Este pillo no está en el fondo de un calabozo? ¡Ya no hay justicia en el reino!

Pero el hermano Ángel recitaba el Benedícite y hacía la señal de la cruz sobre la sopera.

-¡Hola! -replicó mi padre-. Basta de gestos, señor fraile, y confesad que habéis estado en prisión eclesiástica lo menos uno de los dos años durante los cuales no se vio en esta parroquia vuestra cara de Belcebú. Sin vos, la calle de Gait-Jaques era más honrada y el

barrio más respetable. ¡Arda el bello Olibrius que lleva por esos campos de Dios al asno de otro y a la mujer de todo el mundo!

-Quizá -respondió el hermano Ángel con los ojos bajos y las manos metidas en las mangas-, quizá, maese Leonardo, os referís a Catalina, a quien tuve la dicha de convertir y devolver a una vida honesta; de tal modo, que sólo deseó ardientemente seguirme con las reliquias que yo llevaba, hacer conmigo hermosas peregrinaciones, especialmente a la Virgen Negra de Chartres. Consentí, a condición de que visitiera un traje monacal, y obedecióme sin replicar.

-¡Callaos! -respondió mi padre-. Sois un libertino. No guardáis respeto alguno a vuestro hábito. Volveos al sitio de donde venís, y ved, si os place, desde la calle si La Reina Patoja... tiene sabañones.

Pero mi madre le hizo seña invitándole a tomar asiento junto al hogar; y así lo hizo prudentemente.

-Debemos perdonar a los capuchinos -dijo el abate-, puesto que pecan sin malicia.

Mi padre rogó al señor Coignard que no hablara de semejante ralea, cuyo solo nombre le calentaba las orejas.

-Maese Leonardo -dijo el abate-, la filosofía induce al alma a la clemencia. Por mi parte, absuelvo de buen grado a los bribones, a los picaros y a los miserables. Y, al mismo tiempo, no guardo rencor alguno a las gentes honradas, aun cuando sean muy insolentes. Y si, como yo, maese Leonardo, hubierais intimado con personas respetables, sabríais que éstas no valen mucho más que las otras, y que tienen con frecuencia un trato menos agradable. Yo me he sentado en la tercera mesa del señor obispo de Séez, y dos servidores, vestidos de negro, se sentaban a mi lado: la Contradicción y el Aburrimiento.

-Hay que convenir -dijo mi padre- en que los familiares de monseñor ostentaban nombres molestos. ¡Que no los llamaran Champagne, Oliva o Frontín, según la costumbre!

El abate repuso:

-¡Cuan cierto es que algunas personas se acomodan fácilmente a las molestias que se hacen sentir en el servicio de los grandes señores! Asistía a la segunda mesa del señor obispo de Séez un canónigo de modales muy finos, el cual permaneció hasta sus últimos momentos en actitud ceremoniosa. Sabedor el señor obispo de que el tal canónigo estaba enfermo, fue a verle a sus habitaciones y le halló agonizante. «¡Ah!», dijo el canónigo. «¡Pido mil perdones a Su Ilustrísima por verme obligado a morir en su presencia!» «Podéis hacerlo descuidado», respondió monseñor bondadosamente.

En aquel momento, mi madre puso el asado sobre la mesa con su gesto de gravedad doméstica que conmovió a mi padre, quien, aun cuando tenía la boca llena, exclamó bruscamente:

-Bárbara, eres una santa y digna mujer

-Esta señora -dijo a su vez mi buen maestro- es, en efecto, comparable a las santas mujeres de la Biblia. Es en todo una esposa como Dios manda.

-A Dios gracias -dijo mi madre- jamás he traicionado la fidelidad jurada a Leonardo Ménétrier, mi marido, y cuento, ahora que lo más difícil está hecho, conservarla hasta la hora de mi muerte. Pero yo, a mi vez, desearía que también él me guardara fidelidad, como yo se la guardo.

-Señora, comprendí desde el primer instante que erais una honrada mujer -replicó el abate- por cuanto he sentido a vuestro lado esa honesta quietud, que tiene más de celestial que de terrestre.

Mi madre, que era sencilla, pero no tonta, comprendió al vuelo lo que significaban las palabras que acababa de escuchar, y replicó a ellas que si la hubiera conocido veinte años antes, la encontrara muy otra de lo que era en la actualidad, en aquel figón, en donde había perdido su aspecto agradable con el fuego del asador y el humo de las cacerolas. Y como se había picado un tanto, contó que el panadero de Auneau la encontraba muy de su gusto y la obsequiaba con tortas y bizcochos cada vez que pasaba ella por delante de su horno. Luego agregó con viveza que, por lo demás, no hay soltera ni casada cuya fealdad espante hasta permitirle pecar si lo desease.

-Mi mujer tiene razón -dijo mi padre-. Me acuerdo de que cuando era aprendiz en el figón de La Oca Real, próximo a la puerta de San Dionisio, mi amo, que era en aquella época el portaestandarte de la cofradía, como yo lo soy en la actualidad, me dijo una vez: «Nunca seré cornudo; mi mujer es demasiado fea.» Estas palabras me sugirieron la idea de hacer lo que él creía imposible, y lo conseguí al primer intento, una mañana que su esposo había ido a la Vallée. No mentía; su mujer era muy fea; pero tenía ingenio y, además, era agradecida.

Ante esta anécdota, mi madre se enfadó mucho, diciendo que no son tales conversaciones las que un padre de familia debe sostener delante de su mujer y de su hijo, si pretende conservar la estimación de ambos.

El abate Coignard, al verla encendida por la cólera, hizo, diestra y oportunamente, recaer la conversación sobre otro asunto, interpelando de pronto al hermano Ángel, que, con las manos cruzadas en las mangas, permanecía sentado con humildad al amor de la lumbre.

-Hermanito -le dijo-, ¿qué reliquias llevabais en el asno del segundo vicario, en compañía de la hermana Catalina? ¿No serán vuestros calzones los que dais a besar a los devotos, a semejanza de un cierto cordelero, de quien Enrique Estienne ha referido la aventura?

-¡Ah, señor abate! -respondió el hermano Ángel, con la expresión de un mártir que padece por la verdad-. No eran mis calzones, sino un pie de san Eustaquio.

-Lo jurara si no fuera pecado -exclamó el abate agitando un alón de ave-. Estos capuchinos desentierran santos desconocidos por los buenos tratadistas de historia eclesiástica. Ni Tillemont, ni Fléury hablan de ese san Eustaquio, a quien jamás debiósele una iglesia en París, habiendo tantos santos reconocidos por autores dignos de fe que esperan aún semejante honor. La vida de ese Eustaquio es un tejido de fábula ridicula. Lo propio sucede con la de santa Catalina, la cual sólo ha existido en la imaginación de algún picaro monje bizantino. No la quiero atacar, sin embargo, con exceso, por ser la patrona de los escritores y la que sirve de divisa a la librería del buen señor Blaizot, que es el lugar más delicioso del mundo.

-Llevaba también -repuso tranquilamente el hermanito- una costilla de santa María Egipcíaca.

-¡Ah, ah!, en cuanto a ésa -gritó el abate mientras arrojaba al suelo un hueso- la tengo por muy santa, a causa de que dio en vida un hermoso ejemplo de humildad. Habéis de saber, señora

-agregó el abate tirando a mi madre de una manga- que santa María Egipcíaca, yendo en peregrinación al sepulcro de Nuestro Señor, fue detenida en su camino por un río muy profundo, y no teniendo dinero para la barca, ofreció su cuerpo en pago a los barqueros. ¿Qué decís de esto, mi buena señora?

Mi madre se informó primeramente de si la historia era cierta. Y cuando le dieron seguridades de que se hallaba impresa en libros y pintada en los vidrios de una ventana de la iglesia de la Jussienne, la tuvo por auténtica.

-Pienso -dijo- que es necesario ser tan santa como ella para hacer otro tanto sin pecar. Yo no me arriesgaría.

-Por mi parte -dijo el abate-, de acuerdo con los doctores más esclarecidos, apruebo la conducta de aquella santa. Es una lección para las mujeres honradas que se obstinan con excesiva soberbia en su altanera virtud. Existe algún sensualismo, si se piensa bien en ello, en conceder un precio exagerado a la carne, y en defender, con no menos exagerado celo, lo que debe despreciarse. Se ven, con frecuencia, matronas que creen tener en sí mismas un tesoro que guardar, y que exageran visiblemente el interés que conceden a su persona Dios y los ángeles. Se creen una especie de Santo Sacramento natural. Santa María Egipcíaca juzgaba mejor. Aunque hermosa y bien formada, estimó excesiva soberbia detenerse en su santa peregrinación, por una cosa indiferente por sí, que sólo es un punto de mortificación, y no un objeto precioso. Lo mortificó, señora, entrando con su admirable humildad en el camino de la penitencia, donde realizó esfuerzos maravillosos.

-Señor abate -dijo mi madre-, no os entiendo. Sois demasiado sabio para mí.

-Esta gran santa -dijo el hermano Ángel- hállase pintada al natural en la capilla de mi convento, y todo su cuerpo está cubierto, por la gracia de Dios, de un vello largo y espeso. Se han sacado copias de ese cuadro, de las cuales os traeré una bendecida, mi buena señora.

Mi madre, conmovida, le pasó la sopera por detrás del maestro. Y el buen hermano, al amor de la lumbre, metió el hocico en el aromático caldo.

-Ha llegado el momento -dijo mi padre- de descorchar una de esas botellas que reservo para las grandes fiestas, tales como Navidad, los Reyes y San Lorenzo. Nada más agradable en el mundo que saborear un buen vino, cuando está uno tranquilo en su casa y al abrigo de inoportunos.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la puerta se abrió, y un hombre de elevada estatura y muy moreno penetró en el figón entre una ráfaga de viento y de nieve.

-¡Una salamandra! ¡Una salamandra! -exclamó. Y sin cuidarse de nadie, inclinóse hacia el hogar, escarbando los tizones con la contera de su bastón, lo cual desagradó al hermano Ángel, obligándole a tragar con su sopa ceniza y pavesas, que le hicieron toser y estornudar estrepitosamente. Y el hombre negro seguía removiendo los tizones gritando: «Una salamandra... ¡Veo una salamandra!», mientras el resplandor de los tizones removidos agitaba su sombra en el techo en forma de ave de rapiña.

Mi padre quedó sorprendido ante la extraña conducta del visitante. Pero sabía contenerse. Se levantó, y con la servilleta bajo el brazo y las manos en las caderas, se.acercó pausadamente a la chimenea. Cuando hubo contemplado su hogar revuelto y al hermano Ángel entre ceniza:

-Que vuestra señoría me perdone -dijo-, pero yo sólo veo aquí a un indigno fraile, y no una salamandra. Y no siento no verla -agregó mi padre-, porque según oí decir, es un animal horrible, velludo, cornudo y con grandes garras.

-¡Qué horror! -respondió el hombre-; las salamandras se asemejan a las mujeres, o, por mejor decir, a las ninfas, y son soberanamente bellas.

Pero es una simpleza preguntar si la habéis visto, cuando sólo un filósofo puede ver una salamandra, y no creo que haya filósofos en esta cocina.

-Podríais muy bien engañaros, caballero -dijo el abate Coignard-. Soy doctor en Teología y maestro en Artes; he estudiado los moralistas griegos y latinos, cuyas máximas

han fortalecido mi alma en las vicisitudes de mi vida, y he aplicado especialmente a Boecio, como un tópico, a los males de la existencia. Y a mi lado se halla Jacobo Dalevuelta, mi discípulo, que sabe de memoria las sentencias de Publius Syrus.

El desconocido dirigió hacia el abate sus ojos amarillos, que brillaban extraordinariamente sobre su nariz picuda, y se disculpó, con más cortesía de la que su aspecto revelaba, por no haber reconocido inmediatamente a persona de tanto mérito.

-Es muy probable -agregó- que la salamandra haya entrado aquí por vos o por vuestro discípulo. La he visto claramente desde la calle, al pasar por delante de este figón. Sería mucho más visible si el fuego fuera más vivo. Por eso es por lo que hay que escarbar la lumbre con energía cuando se cree que hay una salamandra en la chimenea.

Al primer movimiento que hizo el desconocido para remover de nuevo el rescoldo, el hermano Ángel, alarmado, cubrió la sopera con su hábito y cerró los ojos.

-Caballero -prosiguió el hombre de la salamandra-, permitid que vuestro joven discípulo se acerque al hogar y diga si no ve algo semejante a una mujer por encima de las llamas.

En aquel momento, el humo que se remontaba por la chimenea retorcíase con gracia extremada, formando redondeces que pudieran representar caderas y un talle perfectamente dibujados para quien tuviera el espíritu predispuesto. No mentí en absoluto diciendo que algo veía.

Apenas formulé tal respuesta, cuando el desconocido, levantando uno de sus desmesurados brazos, me aplicó un puñetazo en un hombro con tanta fuerza, que creí me había roto la clavícula.

-Hijo mío -me dijo al punto con voz muy dulce y contemplándome benévolo-, he debido produciros esta fuerte impresión, para que nunca olvidéis que visteis una salamandra. Éste es un signo de que estáis predestinado a ser un sabio, y quizá un mago. También vuestro rostro hace augurar favorablemente de vuestra inteligencia.

-Caballero -díjole mi madre-, aprende todo cuanto se propone aprender, y será abate, si Dios quiere.

El señor Jerónimo Coignard agregó que había obtenido buenos frutos de sus lecciones, y mi padre preguntó al forastero si su señoría no deseaba comer algo.

-No tengo ninguna necesidad de comer -dijo el hombre-, y me es sumamente fácil pasarme un año, y aun mayor tiempo sin tomar otro alimento que cierto elixir cuya composición sólo es conocida por los filósofos. Esta facultad no es mía exclusivamente, sino común a todos los sabios, y sabido es que el ilustre Cardan se abstuvo de todo alimento durante muchos años sin sentir molestia alguna. Por el contrario, su espíritu adquirió durante todo ese tiempo una lucidez extraordinaria. Sin embargo -añadió el filósofo-, comeré algo de lo que tengáis a bien ofrecerme, sólo para complaceros.

Y sin más ceremonia, sentóse a nuestra mesa. En el mismo instante, el hermano Ángel colocó, sin ruido, un taburete entre mi silla y la de mi maestro, y se dispuso a recibir su parte del pastel de perdiz que mi madre acababa de presentar.

Y como el filósofo, al sentarse, había colocado su capa sobre el respaldo de la silla, vimos que los botones de su traje eran diamantes. Permanecía pensativo. La sombra de su nariz se proyectaba sobre su boca, mientras sus mejillas se hundían entre las mandíbulas. Su taciturn o humor se apoderó de todos los presentes. Hasta mi maestro bebía en silencio. Sólo resonaba el ruidoso masticar del hermano Ángel, devorando su ración.

De repente, el filósofo fijo:

-Cuanto más pienso en ello, más y más me persuado de que esa salamandra ha venido por aquí por ese joven. Y me designó con la punta de su cuchillo.

-Caballero -le dije-, si las salamandras son verdaderamente tales como decís, la que visteis me dispensa un honor al cual debo mostrarme agradecido. Pero, a decir verdad, más bien la he adivinado que visto, y este primer encuentro ha despertado mi curiosidad sin satisfacerla.

Como no podía expresarse a su gusto, mi buen maestro reventaba.

-Caballero -dijo de pronto al filósofo, en voz alta y sonora-, tengo cincuenta y un años, soy licenciado en Artes y doctor en Teología, he leído todos los autores griegos y latinos que no perecieron por las injurias del tiempo o la malicia de los hombres, y no he visto una salamandra, por lo cual supongo razonablemente que no existen.

-Perdonadme -dijo el hermano Ángel, medio ahogado por la perdiz y por el miedo-. Perdonadme. Existen, desgraciadamente, las salamandras, y un padre jesuita, cuyo nombre no recuerdo, se ha ocupado de sus apariciones. Yo mismo vi en un lugar denominado San Claudio, en casa de unos campesinos, una salamandra en el hogar; junto a la olla. Tenía la cabeza de gato, el cuerpo de sapo y la cola de pescado. Dije los exorcismos, rocié con agua bendita y se desvaneció por los aires con un ruido espantoso, a manera de chisporroteo y entre un humo áspero que a poco me deja ciego. Y lo que digo es tan cierto, que lo menos durante ocho días tuve las barbas chamuscadas, lo que demuestra mejor que todo la naturaleza maligna de semejante animal.

-Os burláis de nosotros, hermanito -exclamó el abate-. Vuestro sapo con cabeza gatuna no es más real que la ninfa del caballero aquí presente. Y, además, todo ello no pasa de ser una invención poco agradable.

El filósofo lanzó una carcajada.

-El hermano Ángel -dijo- no ha podido ver la salamandra de los sabios. Cuando las ninfas del fuego se encuentran con capuchinos, les vuelven las espaldas.

-¡Oh, oh! -gritó mi padre riendo a mandíbula batiente-, una espalda de ninfa es todavía demasiado apetecible para un capuchino.

Y como estaba de buen humor, envió un buen trozo de pastel al hermanito.

Mi madre colocó el asado sobre la mesa y pidió permiso para preguntar si las salamandras eran buenas cristianas, cosa que ella dudaba, no habiendo oído nunca decir que los habitantes del fuego alabasen al Señor.

- Señora - respondió el abate - , muchos teólogos de la Compañía de Jesús han reconocido la existencia de un pueblo de íncubos y súcubos, que no son propiamente demonios, por cuanto no se declaran en derrota por una aspersión de agua bendita y que, sin embargo, no pertenecen a la Iglesia triunfante, puesto que si fuesen espíritus gloriosos no hubieran intentado, como sucedió en Perusa, seducir a la mujer de un panadero. Pero si deseáis conocer mi opinión, os diré que antes los juzgo engendros imaginarios de un hipócrita que concepciones sublimes de un doctor. Es preciso condenar esas diabluras ridículas y deplorar que los hijos de la Iglesia, nacidos en la luz, se formen del mundo y de Dios una idea menos sublime que las concebidas por un Platón o un Cicerón en las tinieblas del paganismo. Yo me atrevo a decir que Dios hállase más próximo al Sueño de Escipión que a esos negros tratados de demonología, cuyos autores se tienen por cristianos y católicos.

-Señor abate, tened cuidado -dijo el filósofo- . Vuestro Cicerón hablaba con elocuencia y facundia, pero era un espíritu superficial y no estaba muy instruido en las

ciencias sagradas. ¿Oísteis hablar alguna vez de Hermes Trismegisto y de la Tabla de Esmeralda?

- Caballero -contestó el abate- , encontré un antiquísimo manuscrito de la Tabla de Esmeralda en la biblioteca de monseñor el obispo de Séez, y cualquier día lo hubiera descifrado a no ser por la camarera de la señora alcaldesa, que se dirigió a París en busca de fortuna, haciéndome subir al coche con ella. Y no hubo sortilegio alguno, señor filósofo, pues obedecí solamente a los encantos naturales.

Non facit hoc verbis; facie tenerisque lacertis
devovet et flavis riostra puella comis.

-Ésa es una nueva demostración -dijo el filósofo- de que las mujeres son grandes enemigos de la ciencia. El sabio debe huir de todo contacto femenino.

-¿Aun en legítimo matrimonio? -preguntó mi padre.

-Sobre todo en legítimo matrimonio -respondió el filósofo. Y mi padre insistió:

-¿Qué les queda a vuestros pobres sabios para divertirse un poco?

El filósofo repuso gravemente

-¡Les quedan las salamandras!

Al oír estas palabras, el hermano Ángel levantó del plato su espantada nariz, y murmuró:

-¡No habléis de tal modo, señor mío; por todos los santos de mi orden os lo ruego, no habléis así! Olvidáis que la salamandra es el mismísimo diablo, quien reviste, como es sabido, las formas más diversas, ora agradables, cuando quiere disfrazar su natural fealdad; ora asquerosas, cuando deja ver su verdadera constitución.

-Tened cuidado a vuestra vez, hermano Ángel -respondió el filósofo-; y puesto que teméis al diablo, no le disgustéis mucho, provocándole con descomedidos conceptos. Ya sabéis, sin duda, que el viejo Adversario, que el gran Rebelde, conserva en el mundo espiritual tanto poderío que hasta Dios lo toma en cuenta. Y añadiré que Dios le teme, por lo cual encomienda muchos asuntos al diablo. Desconfiad, pues, hermanito; ellos se entienden.

Al escuchar este discurso, el pobre capuchino creyó oír, y aun ver, al diablo en persona, a quien el desconocido se parecía precisamente por sus ojos de fuego, su nariz picuda, su piel renegrida y por su cuerpo desmesuradamente largo y delgado. Su alma, de fraile, ya espantada, concluyó por ser presa de un santo horror. Sintiendo ya sobre su cuerpo las garras del Maligno, comenzó a temblar, y metiendo en sus bolsillos cuantos buenos trozos de pan y de viandas pudo recoger, se levantó despacio y se dirigió hacia la puerta, andando hacia atrás y balbuciendo exorcismos.

El filósofo no hizo caso. Sacó del bolsillo de su casaca un librito encuadernado en pergamino, arrugado, y, abriéndolo, nos lo presentó a mi buen maestro y a mí. Era un viejo texto griego, lleno de abreviaturas y de ligados, que me pareció de pronto un tratado de magia. Pero el abate Coignard, habiéndose calado sus antiparras y colocado el libro a conveniente distancia, comenzó a leer fácilmente aquellos caracteres, más semejantes a enredijos de hilos hechos por un gato que a las sencillas y plácidas letras de mi San Juan Crisóstomo, en cuyo libro aprendía la lengua de Platón y del Evangelio. Cuando hubo terminado la lectura:

-Caballero -dijo-, este pasaje debe entenderse en esta forma: «Aquellos que son instruidos entre los egipcios, aprendan ante todo las letras llamadas epistolográficas; en segundo lugar, las hieráticas, de que se sirven los hierogramatas, y, por último, las jeroglíficas.»

Después, quitándose las antiparras y enarbolándolas en señal de triunfo, exclamó:

-¡Ah, ah, señor filósofo! No se me pesca a mí tan fácilmente. Este pasaje está sacado del quinto libro de los Stromatas, cuyo autor, Clemente de Alejandría, no se halla inscrito en el martirologio por diversas razones que su santidad Benito Once sabiamente aduce, y entre las cuales la principal es que dicho padre se equivocaba con frecuencia en materias de fe. Esta exclusión ha debido de serle medianamente sensible si se considera que aquel alejamiento filosófico durante su vida le inspiraba el martirio. Prefería el destierro, cuidando así de ahorrar un crimen a sus perseguidores, porque fue siempre un hombre muy honrado. Escribía con elegancia; su numen era fecundo, y sus costumbres, puras y aun austeras. Sentía una predilección muy grande por las alegorías y por las lechugas.

El filósofo extendió un brazo, que, alargándose de un modo prodigioso -así al menos me pareció-, atravesó toda la mesa para tomar el libro de manos de mi sabio maestro.

-Esto basta -dijo, volviendo los Stromatas a su bolsillo-. Veo, señor abate, que entendéis bien el griego. Habéis interpretado admirablemente el párrafo, por lo menos en cuanto a su sentido vulgar y literal. Yo deseo hacer vuestra fortuna y la de vuestro discípulo. Os emplearé a ambos en traducir, en mi casa, textos griegos que he recibido de Egipto.

-Y volviéndose a mi padre, agregó-: Creo, señor figonero, que no tendréis inconveniente alguno en entregarme a vuestro hijo, a fin de que haga de él un sabio y un hombre de bien. Si se doliera vuestro amor paternal desprendiéndoos de él, yo abonaré con mi dinero el salario del aprendiz que deba reemplazarle en vuestro figón.

-Puesto que vuestra señoría así lo entiende -respondió mi padre- no impediré que le proteja.

-Pero a condición -agregó mi madre- que no sea a expensas de su alma. Será preciso, caballero, que me juréis que sois un buen cristiano.

-Bárbara -le dijo mi padre-, eres una santa y digna mujer, pero me obligas a darle mis excusas a este caballero por tu falta de cortesía que proviene menos, en verdad, de tu carácter naturalmente bondadoso que de tu educación, un tanto descuidada.

-Dejad hablar a esta buena mujer -dijo el filósofo-, y que se tranquilice; yo soy un hombre muy religioso.

-Eso es bueno -exclamó mi madre-. Es preciso adorar el santo nombre de Dios.

-Yo adoro todos sus nombres, mi buena señora, puesto que tiene muchos. Se llama Adonai, Tetragrammatón, Jehová, Otheos, Athanatos y Schyros; tiene muchos más nombres todavía.

-No lo sabía-repuso mi madre-; pero lo que decís, caballero, no me sorprende, pues he podido advertir que las personas de elevada condición llevaban muchos más nombres que las gentes vulgares. Yo he nacido en Auneau, pueblo cercano a la ciudad de Chartres, y era muy pequeña cuando el señor de ese pueblo pasó de este mundo al otro. Me acuerdo perfectamente de que cuando el heraldo anunció el fallecimiento del difunto señor, le dio tantos nombres, ¡tantos acaso como aparecen en las letanías de los santos! Creo, pues, firmemente que Dios puede tener aún más nombres que el señor de Auneau, puesto que su jerarquía es mucho más elevada. Las personas instruidas son muy dichosas al conocer todos

esos nombres. Y si vos imponéis en ese conocimiento a mi hijo Jacobo, yo os quedaré, caballero, sumamente agradecida.

-Asunto concluido -dijo el filósofo-. Y a vos, señor abate, no os desagradará, sin duda, traducir del griego; naturalmente, mediante retribución.

Mi buen maestro, razonando con la escasa claridad de su cerebro, que no lo habían enturbiado aún los vapores del vino, llenó su vaso, levantóse y dijo:

- Señor filósofo, acepto de todo corazón vuestros generosos ofrecimientos. Sois un mortal magnánimo, y me honra, caballero, consagrarme a serviros. Hay dos muebles que yo tengo en la mayor estima, y que son: el lecho y la mesa. La mesa, que, unas veces cargada de doctos libros y otras de manjares suculentos, sostienen los alimentos del cuerpo y del alma; el lecho, propicio al dulce reposo como al cruel amor. Fue, seguramente, un hombre divino el que dio al hijo de Decaulión el lecho y la mesa. Si yo encuentro en vuestra casa, caballero, esos dos muebles preciosos, acompañaré vuestro nombre de alabanzas inmortales como al de mi bienhechor, y lo celebraré en versos griegos y latinos de metros diferentes.

Y cuando terminó su discurso, bebió un gran trago de vino.

- Estamos, pues, de acuerdo -repuso el filósofo-. Os espero a los dos, mañana temprano, en mi casa. Seguiréis el camino que conduce a Saint-Germain, hasta la cruz de las Arenas. Desde la cruz contaréis cien pasos, en dirección a Occidente, y encontraréis una puertecilla verde en el muro de un jardín. Alzaréis el aldabón, que está formado por una figura velada que tiene un dedo puesto sobre la boca. Al viejo que abrirá le preguntaréis por el señor de Astarac.

- Hijo mío - me dijo mi buen maestro tirándome de una manga - , retened todo eso en vuestra memoria; no olvidéis lo de la cruz, el aldabón y todo lo necesario para que podamos encontrar mañana fácilmente la dichosa puerta. Y vos, señor mecenas...

Pero el filósofo había desaparecido ya, sin que nadie le hubiera visto salir.

* * *

Al día siguiente, temprano, seguíamos mi maestro y yo el camino que conduce a Saint-Germain. La nieve, que cubría la tierra, bajo la luz rojiza del cielo, embotaba el aire, dejándolo sordo y mudo. El camino estaba desierto. Avanzábamos siguiendo los surcos de las ruedas, entre tapias de huertos, empalizadas oscilantes y casas bajas, cuyas ventanas nos observaban como ojos entornados. Después, habiendo dejado atrás dos o tres casuchas de tierra y paja medio derrumbadas, vimos en el centro de una llanura asolada la cruz de las Arenas. A cincuenta pasos de aquel sitio comenzaba un extenso parque, cerrado por una tapia ruinosa. En la tapia había una puertecilla verde, provista de un aldabón que representaba una figura horrible con un dedo puesto sobre los labios. La reconocimos como la descrita por el filósofo, y alzamos el aldabón.

Después de un rato, un viejo criado abrió y nos hizo seña para que le siguiéramos a través de un parque abandonado. Estatuas de ninfas, que habían presenciado la juventud del difunto rey, ocultaban, bajo la hiedra, su tristeza y sus heridas. Al final del paseo, cuyos baches hallábanse rellenos de nieve, se alzaba un castillo de piedra y ladrillo, tan lúgubre como el de Madrid, su vecino, y que cubierto de pizarras parecíase mucho al castillo de la Bella Dormida en el Bosque.

Mientras seguíamos los pasos del silencioso criado, el abate me dijo al oído:

-Os confieso, hijo mío, que la casa no tiene nada de risueña, a primera vista. Sólo atestigua, a lo sumo, la rudeza decadente de las costumbres francesas en tiempos del rey Enrique Cuarto, llenando el alma de tristeza y de melancolía, por el estado de abandono en que, desgraciadamente, se halla. ¡Cuánto más grato nos sería trepar por las encantadoras cuestas del Tusculum, con la esperanza de oír a Cicerón discurriendo acerca de la virtud, bajo los pinos y los terebintos de su ciudad natal, tan querida de los filósofos! ¿Y no habéis observado, hijo mío, que en el camino que hemos recorrido no se encuentra ninguna taberna ni hostería de ninguna especie, y que, por consiguiente, será necesario atravesar el puente y subir hacia la glorieta de los Pastores para beber vino fresco? Encuéntrase, en efecto, en ese paraje una posada llamada El Caballo Rojo, donde recuerdo que un día la señora de Saint-Ernest me llevó a comer con su mono y con su amante. No podéis figuraros, Dalevuelta, hasta qué punto sirven la comida bien sazonada. El Caballo Rojo es tan famoso por sus almuerzos como por la abundancia de caballos y coches de posta que allí se alquilan. Yo he podido asegurarme de ello por mí mismo persiguiendo en las cuadras a cierta doméstica que juzgué bonita, pero no lo era, y hasta se la juzgara mejor llamándola fea. Yo la embellecía con el fuego de mis deseos. Tal es la condición de los hombres entregados a sí mismos: engañarse lamentablemente. Nos vemos obsesionados por vanas imágenes; persiguiendo sueños no alcanzamos más que sombras; en Dios solamente residen la verdad y la estabilidad.

Entretanto, subimos, siguiendo al criado, las ruinosas gradas de la escalinata.

-¡He aquí -me dijo el abate al oído- que comienzo a echar de menos el figón de vuestro padre, donde comíamos excelentes manjares explicando a Quintiliano!

Después de haber subido el primer tramo de una ancha escalera de piedra, fuimos introducidos en un salón donde el señor de Astarac se hallaba escribien do, junto a una hermosa lumbre y entre unas cuantas momias egipcias de forma humana que alzaban sobre la pared su estuche pintado con figuras sagradas y su rostro dorado, cuyos ojos eran grandes y relucientes.

El señor de Astarac nos invitó cortésmente a sentarnos, y dijo:

-Señores, os esperaba. Y puesto que ambos me habéis concedido el favor de poneros a mi disposición, os ruego que miréis esta casa como vuestra. En ella os ocuparéis en traducir textos griegos que he traído de Egipto. No dudo que pondréis todo vuestro interés en desempeñar este trabajo cuando sepáis que se refiere a las investigaciones que hago para restaurar la ciencia perdida, por la cual el hombre recobrará su primitivo poder sobre los elementos. Aun cuando no tengo ahora intención de alzar ante vuestros ojos los velos de la Naturaleza y mostraros a Isis en toda su deslumbrante desnudez, os confiaré el objeto de mis estudios, sin temor de que traicionéis el misterio, pues cuento con vuestra probidad, y también con el poder que disfruto de prevenir y adivinar todo cuanto pudiera intentarse contra mí, disponiendo para mi venganza de fuerzas secretas y terribles. A falta de una fidelidad, de la cual no dudo, mi poder, señores, me asegura vuestro silencio y no arriesgo nada al descubrirme a vosotros. Sabed, pues, que el hombre salió de las manos de Jehová con la ciencia perfecta, que perdio después. Era muy poderoso y muy sabio en su nacimiento. Esto es lo que se dice en los libros de Moisés. Pero hace falta comprenderlos. En primer término, está claro que Jehová no es Dios, sino un gran demonio, puesto que ha creado este mundo. La idea de un Dios, a la vez perfecto y creador, no es más que un ensueño gótico de una barbarie digna de un Welche o de un Sajón. No puede admitirse, por escasamente cultivado que se tenga el entendimiento, que un ser perfecto agregue, sea lo que fuere, a su perfección, aun cuando se trate de una avellana. Esto cae por su peso. Dios

Librodot

no tiene entendimiento. Porque, siendo infinito, ¿qué es lo que podría entender? Él no crea, porque ignora el tiempo y el espacio, condiciones necesarias a toda construcción. Moisés era demasiado filósofo para enseñar que el mundo ha sido creado por Dios. Tenía a Jehová por lo que es: un poderoso demonio, y, si es necesario decirlo, por el Demiurgo.

Ahora bien: cuando Jehová creó al hombre, diole conocimiento del mundo visible y del invisible. La caída de Adán y de Eva, que ya os explicaré otro día, no destruyó por completo ese conocimiento en el primer hombre y en la primera mujer, cuyas enseñanzas fueron transmitidas a sus hijos. Esas enseñanzas, de las cuales depende el dominio de la Naturaleza, han sido consignadas en el libro de Enoch. Los sacerdotes egipcios habían conservado la tradición, que fijaron, valiéndose de signos misteriosos, sobre las paredes de los templos y en los ataúdes de los muertos. Moisés, educado en los santuarios de Menfis, fue uno de sus iniciados. Sus libros, en número de cinco, y aun quizá de seis, encierran, como otras tantas arcas preciosas, los tesoros de la ciencia divina. En ellos se descubren los más hermosos secretos, si, después de haberlos purgado de las interpolaciones que los desfiguran y deshonran, se desdeña el sentido literal y grosero, para no atenerse sino al más sutil, que yo he penetrado en gran parte, como tendréis ocasión de ver más adelante. Sin embargo, las verdades, guardadas como vírgenes, en los templos de Egipto, pasaron a los sabios de Alejandría, los cuales las enriquecieron aún, y las coronaron con todo el oro puro legado a Grecia por Pitágoras y sus discípulos, con quienes las potencias del aire conversaban familiarmente. Conviene, pues, señores, explorar los libros de los hebreos, los jeroglíficos de los egipcios y los tratados de esos griegos llamados gnósticos, precisamente porque poseyeron el conocimiento. Yo me he reservado, como era justo, la parte más ardua de este vastísimo trabajo. Me aplico a descifrar esos jeroglíficos que los egipcios inscribían en los templos de los dioses y sobre las tumbas de los sacerdotes. Habiendo traído de Egipto muchas de esas inscripciones, penetro su sentido por medio de la clave que he acertado a descubrir en Clemente de Alejandría.

El rabino Mosaide, que vive retirado en mi casa, se ocupa en restablecer el verdadero sentido del Pentateuco. Es un anciano muy sabio en magia, que vivió encerrado durante diecisiete años en las criptas de la gran Pirámide, donde leyó los libros de Toth. Respecto a vosotros, señores, cuento con emplear vuestra ciencia en leer los manuscritos alejandrinos que he coleccionado, por mí mismo, en gran número. En ellos encontraréis, sin duda, secretos maravillosos, y no vacilo en sospechar que con el auxilio de esos tres manantiales de luz, la egipcia, la hebraica y la griega, no consiga en breve adquirir los medios que todavía me faltan para regir en absoluto la Naturaleza, tanto visible como invisible. Podéis creerme que yo sabré agradecer vuestros servicios, haciéndoos partícipes, en alguna forma, de mi poderío.

No hablaré siquiera de otra recompensa vulgar. En la situación en que me colocan mis trabajos filosóficos, el dinero, para mí, no es más que una bagatela.

Cuando el señor de Astarac llegó a este punto de su discurso, mi buen maestro le interrumpió diciendo:

-Caballero, no debo ocultaros que ese dinero que a vos os parece una bagatela es, para mí, una viva preocupación, pues la experiencia me enseñó que resulta difícil ganarlo honradamente, y hasta de otro modo. Yo os agradecería mucho las seguridades que tuvierais a bien darme respecto a este asunto.

El señor de Astarac, haciendo un gesto como si quisiera apartar de sí algún objeto invisible, tranquilizó al abate Coignard. En cuanto a mí, tanta curiosidad me inspiró cuanto veía, que sólo deseaba entrar en mi nueva vida.

Llamado por el dueño, el viejo criado que nos había abierto la puerta compareció en el gabinete.

-Señores -repuso nuestro huésped-, os concedo entera libertad hasta la hora de almorzar. Os agradecería, sin embargo, que subierais a las habitaciones que os hice preparar, y dijerais si os falta alguna cosa. Gritón os guiará.

Después de haberse asegurado de que le seguíamos, el silencioso Gritón salió y comenzó a subir la escalera. Llegando al último piso, dio algunos pasos por un largo corredor y nos designó dos habitaciones muy limpias, en las cuales ardía una buena lumbre. Yo jamás hubiera creído que un castillo tan destartalado en apariencia, y que sólo mostraba en su extensión nidos de lagartos y ventanas lóbregas, fuese tan habitable en algunas de sus partes interiores. Lo primero que hice fue orientarme. Nuestras habitaciones daban al campo, y al extenderse la vista sobre las orillas pantanosas del Sena, descubría hasta el Calvario del Mont-Valé-rien. Reparando en los muebles, vi extendido sobre el lecho un traje gris, unos calzones, un sombrero y una espada. Sobre la alfombra había un par de zapatos con hebillas, gentilmente emparejados, con los tacones juntos y las puntas separadas, como si hubieran tenido por sí mismos el sentimiento de su elegante colocación.

Auguré favorablemente de la liberalidad de nuestro amo. Para honrarle procedí con mucho esmero al aseo de mi persona, y me empolvé abundantemente los cabellos con los polvos de que hallé una caja llena sobre una mesita. Luego descubrí en uno de los cajones de la cómoda una hermosa camisa de encaje y medias blancas.

Ya vestido, me entretuve dando vueltas por la estancia, con el sombrero bajo el brazo y la mano en el puño de la espada, inclinándome a cada instante hacia el espejo, y lamentando que Catalina, la encajera, no pudiese verme con tan gentil adorno. Hallábame rato ha entregado a semejante pavoneo, cuando el señor Jerónimo Coignard se presentó en mi habitación vistiendo un alzacuello nuevo y un balandrán muy respetable.

-Dalevuelta -exclamó-, ¿sois vos, hijo mío? No olvidéis nunca que debéis esas elegancias al saber que os he transmitido. Son ropas convenientes a un humanista como vos, porque humanidades significa elegancias. Pero, ¡contempladme!, os lo suplico, y decidme si resulto bien fachado. Yo me siento un hombre muy honrado en esta ropa. El señor de Astarac me parece muy espléndido. Lástima que esté loco. Pero es sabio, por lo menos en una cosa: llamando a su criado Gritón, es decir, el juez. Es muy exacto que nuestros criados son los testigos de todas nuestras acciones; y algunas veces son nuestros guías. Cuando milord Verulam, canciller de Inglaterra, cuya filosofía me agrada muy poco, reconociendo que fue un sabio, entró en el salón del tribunal para ser juzgado, sus lacayos, vestidos con una riqueza que permitía suponer el fausto desplegado en su casa, se levantaron para manifestarle el respeto que les inspiraba. Pero milord Verulam les dijo: «¡Sentaos! Vuestro engrandecimiento es causa de mi desgracia.» Efectivamente, aquellos truhanes le habían arrastrado con sus despilfarres, no solamente a la ruina, sino también a cometer actos por los cuales hallábase perseguido como concusionario. Dalevuelta, hijo mío, que el ejemplo de milord Verulam, canciller de Inglaterra y autor del Novum organum, no se os olvide. Y volviendo al señor de Astarac, en cuya casa nos hallamos, es una lástima que sea hechicero, consagrándose a las ciencias malditas. Ya sabéis, hijo mío, que soy delicado en materia de fe. Me cuesta mucho trabajo servir a un cabalista que trata de volver al revés nuestras Santas Escrituras, so pretexto de comprenderlas mejor; no obstante, si, como su nombre y su acento indican, es un gentilhombre gascón, no tenemos nada que temer. Un gascón puede firmar un pacto con el diablo; pero estad seguro de que será el diablo quien salga engañado.

La campana, llamándonos a la mesa, interrumpió allí nuestra conversación.

-Dalevuelta, hijo mío -exclamó mi buen maestro bajando las escaleras-, durante la comida procuraréis imitar todos mis movimientos. Habien do comido en la tercera mesa del señor obispo de Séez, sé perfectamente cómo debo conducirme. Es un arte difícil. Resulta más trabajoso comer como un gentilhombre que hablar como él.

* * *

Encontramos en el comedor una mesa preparada para tres cubiertos, ante la cual nos hizo sentar el señor de Astarac.

Gritón, que desempeñaba también el oficio de camarero, sirvió gelatinas, sustancias y purés doce veces pasados por tamiz. Pero no vimos llegar el asado. Aun cuando mi buen maestro y yo procurábamos con empeño disimular nuestra decepción, el señor de Astarac adivinóla, y nos dijo:

-Señores, esto no es más que una prueba, y si os desagrada no se repetirá. Os haré servir viandas más ordinarias, y aun yo mismo me complaceré en participar de ellas. Si los manjares que hoy os ofrezco están mal preparados, no es falta de mi cocinero, sino de la química, que aún está en pañales. Esto puede, sin embargo, daros una idea de lo que será en lo por venir.

En la actualidad los hombres comen sin filosofía. No se alimentan como seres razonables. No les preocupa. ¿En qué piensan? Viven casi todos estúpidamente, y aun aquellos capaces de reflexión, se entretienen en simplezas tales como la controversia y la poética. Representaos, señores, a los hombres en sus comidas, desde los remotos tiempos en que cesó su trato con los silfos y las salamandras. Abandonados por los genios del aire, incurrieron en la ignorancia y en la barbarie. Sin cultura y sin arte, vivían desnudos y miserables en las cavernas, al borde de los torrentes o en los árboles de los bosques. La caza era su única industria. Cuando habían sorprendido o cobrado corriéndole a un animal tímido, devoraban su presa, todavía palpitante.

También comían la carne de sus compañeros y de sus parientes débiles, y las primeras sepulturas de los humanos fueron tumbas vivientes de entrañas hambrientas y sórdidas. Después de muchos siglos de ferocidad apareció un hombre divino a quien los griegos han llamado Prometeo. No es punto dudoso que este sabio haya tenido tratos en las moradas de las ninfas con el pueblo de las salamandras. Por éstas supo, y sin duda enseñó a los desgraciados mortales, el arte de producir y de conservar el fuego. Entre las numerosas ventajas del celestial obsequio, una de las más dichosas fue la de cocer los alimentos más ligeros y más sutiles. Y es, en gran parte, por los efectos de una alimentación sometida a la acción del fuego, por lo que los humanos llegaron a ser, lenta y gradualmente, inteligentes, industriosos, reflexivos y aptos para cultivar las artes y las ciencias. Pero esto fue sólo el primer paso, y es triste pensar que tantos millones de años hayan transcurrido, sin dar el segundo. Desde los tiempos en que nuestros antepasados asaban cuartos de oso en una lumbre de malezas y al abrigo de una roca, no hemos realizado un verdadero progreso en cocina. Porque, seguramente, vosotros no estimáis las invenciones de Lúculo y aquella maciza torta a la cual Vitelio daba el nombre de escudo de Minerva; ni tampoco nuestros asados, nuestras carnes mechadas y todos esos guisados que se resienten de la antigua barbarie. »En Fontainebleau, la mesa del rey, donde sirven un ciervo entero con su piel y su

Librodot

cornamenta, ofrece para el filósofo un espectáculo tan grosero como el de los trogloditas, acurrucados en las cenizas, royendo huesos de caballo. Las brillantes pinturas del comedor, la guardia, los oficiales rica y lujosamente engalanados; los músicos, que tocan en las tribunas piezas de Lambret y de Lulli; los manteles de seda, las vajillas de plata, las copas de oro, los cristales de Venecia, las antorchas, los centros de mesa cincelados y recargados de flores, no pueden modificar vuestra impresión ni producir un asombro que disimule la verdadera naturaleza de la carnicería inmunda donde los hombres y las mujeres se reúnen ante cadáveres de animales, huesos triturados y carnes destrozadas, para repartírselo todo con avidez. ¡Oh! ¡Cuan poco filosófica resulta semejante alimentación! Tragamos con una glotonería estúpida los músculos, la grasa, las entrañas de los animales, sin distinguir, entre esas sustancias, las partes que verdaderamente son propias para nuestra nutrición y las que en mayor abundancia habría que desechar, e ingerimos en nuestro estómago, indistintamente, lo bueno y lo malo, lo útil y lo nocivo. En esto precisamente convendría establecer una separación, y si se encontrara entre toda la Facultad un solo médico químico y filósofo, no nos veríamos obligados a sentarnos en esos festines repugnantes.

Nos prepararía, señores, carnes destiladas que sólo contuvieran principios convenientes a nuestro cuerpo. No se tomaría entonces más que la quintaesencia de los bueyes y de los cerdos, el elixir de las perdices y de las gallinas: todo lo que se tragara podría ser digerido. No desespero de conseguirlo algún día, meditando acerca de la Química y de la Medicina algo más de lo que pude hacerlo hasta el presente.

Ante las conclusiones de nuestro huésped, el abate Coignard, apartando los ojos del negro caldo que llenaba su plato, se permitió dirigir al señor de Astarac una mirada inquieta.

-Éste sería -prosiguió el señor de Astarac- un progreso aún insuficiente. Un hombre honrado no puede comer sin repugnancia la carne de los animales, y los pueblos no podrán considerarse cultos mientras que en sus ciudades y aldeas existan mataderos y carnicerías. Pero ya sabremos algún día librarnos de estas industrias bárbaras. Cuando conozcamos exactamente las sustancias nutritivas que contienen los cuerpos de los animales, será posible extraer de esas mismas sustancias corpúsculos que, a pesar de no tener vida, la suministran en abundancia. Esos cuerpos contienen, efectivamente, todo cuanto se encuentra en los seres animados, puesto que el animal ha sido alimentado por vegetales, que a su vez absorbieron su sustancia de la materia inerte. Será entonces cuando nos alimentemos de extractos de metales y de minerales convenientemente tratados por los médicos. No dudéis, no, de que el sabor sea exquisito y la absorción saludable. La cocina se hará en esa época en retortas y alambiques, y en lugar de cocineros tendremos alquimistas. ¿No experimentáis, señores, el caso de presenciar estas maravillas? Yo os las prometo para un tiempo no muy lejano. Pero vosotros no alcanzáis a comprender aún los excelentes efectos que producirán.

-Si he de decir verdad, señor, yo no las comprendo en absoluto -dijo mi buen maestro apurando un vaso de vino.

-En ese caso -dijo el señor de Astarac-, prestadme un momento de atención. No teniendo que sufrir el peso de sus lentas digestiones, los hombres adquirirán una agilidad inconcebible; su vista llegará a ser tan penetrante que hasta verán cómo navegan los buques en los mares de la Luna. Su inteligencia será más clara y sus costumbres se suavizarán, avanzando mucho en el conocimiento de Dios y de la Naturaleza.

Pero será necesario afrontar todos los cambios que no dejarán de producirse. La estructura del cuerpo humano tendrá que modificarse. Es un hecho comprobado que por

falta de ejercicio los órganos se adelgazan y acaban por desaparecer. Se ha observado que los peces que viven privados de la luz pierden el sentido de la vista. Yo mismo conocí en el Valláis pastores que, alimentándose nada más con leche cuajada, pierden la dentadura en edad muy temprana, y aun alguno de ellos no llegan a tenerla. Hay, por consiguiente, que admirar en todo esto a la Naturaleza, la cual no tolera nada inútil. Cuando los hombres se alimenten con el bálsamo a que me referí, sus intestinos se adelgazarán y el volumen del vientre disminuirá considerablemente.

-Me parece -interrumpió mi buen maestro- que avanzáis demasiado, y os exponéis a realizar un trabajo inútil. Por lo que a mí toca, nunca me pareció desagradable que las mujeres tuvieran un poco de vientre, con tal de que el resto del cuerpo fuese también proporcionado. La belleza del vientre me interesa. No lo aminoréis exageradamente.

-De ninguna manera. Dejaremos que el talle y las caderas de las mujeres se formen como aparecen en las esculturas griegas. Esto se hará, tanto para complaceros, señor abate, como por tener en cuenta los trabajos de la maternidad, aunque, a decir verdad, tengo el propósito de realizar también por ese lado diversos cambios, de los cuales os hablaré otro día. Volviendo, pues, a lo que tratábamos, debo confesaros que todo cuanto os he anunciado hasta el presente no es más que una orientación hacia el verdadero alimento, que es el de los silfos y de todos los espíritus aéreos. Estos beben la luz, lo que basta para comunicar a su cuerpo una fuerza y una flexibilidad maravillosa. Ésa es su única poción, y será algún día la nuestra, señores. Se trata solamente de hacer potables los rayos del sol. Confieso no ver con suficiente claridad los medios que deben emplearse para llegar a ese fin y preveo numerosas dificultades y obstáculos en ese camino. Si, no obstante, algún sabio llega hasta el fin, los hombres igualarán a los silfos y a las salamandras en inteligencia y en belleza.

Mi buen maestro escuchaba estas palabras replegado sobre sí mismo y con la cabeza tristemente inclinada. Parecía meditar en los cambios que producirían en su persona los alimentos ideados por nuestro huésped.

-Caballero -dijo al fin-, ¿no hablabais ayer en el figón de cierto elixir que dispensa de cualquier otro alimento?

-Es cierto -respondió el señor de Astarac-, pero ese licor no sirve más que para los filósofos, y por eso podéis presumir cuan restringido debe de ser su uso. Más vale no hablar de ello.

Sin embargo, una duda me atormentaba, por lo cual pedí licencia a mi huésped para someterla a su consideración, seguro de que tendría la bondad de aclarármela. Cuando me dio licencia para hablar, le dije:

-Caballero, esas salamandras que vos pintáis tan bellas, y de las cuales, por referencia vuestra, me forjo tan excelente idea, ¿han perdido por desgracia sus dientes bebiendo de esa luz, como los campesinos del Valláis pierden los suyos por alimentarse con leche nada más? Debo confesaros que esto me tiene muy inquieto.

-Hijo mío -respondió el señor de Astarac-, vuestra curiosidad me satisface, y voy inmediatamente a complacerla. Las salamandras no tienen dientes, propiamente hablando. Pero, en cambio, sus encías están provistas de dos hileras de perlas, muy blancas y muy brillantes, que prestan a su sonrisa una gracia y un encanto inconcebibles. Sabed también que esas perlas son de luz endurecida.

Dije al señor de Astarac que eso me agradaba, y prosiguió:

-Los dientes del hombre no son sino un signo de su ferocidad. Cuando éste se alimente como es debido, esos dientes serán reemplazados por algún adorno semejante a las

perlas de las salamandras. Entonces no se concebirá cómo un amante haya podido ver, sin horror y sin disgusto, dientes perrunos en la boca de su amada.

Después de la comida, nuestro huésped nos condujo a una extensa galería contigua a su gabinete, la cual servía de biblioteca. Por todas partes se veían, alineados en estantes de roble, un ejército numeroso, o más bien un gran concilio de libros en dozavo, en octavo, en cuarto y en folio, encuadernados en becerro, en badana, en tafilete, en pergamino, y hasta en piel de cerdo. Seis ventanas daban luz a aquella asamblea silenciosa, que se extendía de un lado al otro de la sala, a lo largo de las paredes. Grandes mesas, alternando con esferas celestes y con aparatos astronómicos, ocupaban el centro de la galería. El señor de Astarac nos rogó que eligiéramos el sitio que nos pareciera más cómodo para trabajar.

Pero mi buen maestro, con la cabeza erguida, con la mirada y hasta con el aliento, aspiraba aquellos libros y babeaba de gozo.

-¡Por Apolo! -exclamó-. He aquí una magnífica librería. La biblioteca de monseñor el obispo de Séez, aun cuando rica en obras de derecho canónico, no puede ser comparada con ésta. No hay residen cia más de mi agrado, ni aun en los Campos Elíseos descritos por Virgilio. Distingo en ella, a primera vista, tantas obras raras y tan preciosas colecciones, que casi dudo, caballero, que ninguna biblioteca particular iguale a ésta, sólo comparable, en Francia, a la Mazarina y a la Real. Y aun me atrevo a decir, al ver los manuscritos latinos y griegos amontonados en ese ángulo, que se puede llamar, después de la Bodleiana, la Ambrosiana, la Laurentina y la Vaticana, caballero, la Astaraciana. Sin envanecerme, olfateo a distancia las trufas y los libros, y desde ahora, caballero, os juzgo un igual de Peiresc, de Groslier y de Canevarius, príncipe de los bibliófilos.

-Yo aventajo a todos ellos -respondió suavemente el señor de Astarac-; y esta biblioteca es, con mucho, más preciosa que todas las que acabáis de citar. La biblioteca del rey sólo es un puesto de libros de lance, comparada con la mía, a menos de que vos consideréis únicamente el número de volúmenes y la masa general del papel impreso o escrito. Gabriel Naudé y vuestro abate Bignón, bibliotecarios afamados, fueran junto a mí como pastores indolentes de un vil rebaño de libros corderiles. En cuanto a los benedictinos, concedo que son laboriosos, pero carecen de talento, y sus bibliotecas se resien ten de la medianía de los espíritus que las han formado. Mi galería, caballero, no se ha modelado en ninguna otra análoga. Las obras que en ella he reunido componen un todo, que me procurará, sin duda, el conocimiento. Esa galería es gnóstica, ecuménica y espiritual. Si todas las líneas trazadas sobre esas innumerables hojas de papel y de pergamino entran, en buen orden, en vuestro cerebro, señor mío, lo sabréis todo, lo podréis todo, seréis el dueño de la Naturaleza, el creador de las cosas; tendréis el mundo entero entre los dedos pulgar e índice de vuestra diestra, como yo tengo este polvo de tabaco.

Y al decir esto, ofreció, cortésmente, a mi buen maestro su caja de rapé.

-Sois bondadoso, caballero -dijo el abate Coignard. Y paseando aún sus miradas complacidas por aquellos doctos estantes, exclamó-: He aquí, entre la tercera y cuarta ventana, volúmenes que forman un conjunto maravilloso. Los manuscritos orientales se han reunido y parecen conversar unos con otros. Entre ellos veo diez o doce muy venerables, bajo las tapas de púrpura y seda bordada en oro que los cubren. Los hay que parecen llevar en su manto, como un emperador bizantino, broches de pedrería. Otros están encerrados entre planchas de marfil.

-Ésos son -dijo el señor de Astarac- los cabalistas judíos, árabes y persas. Acabáis de abrir La poderosa mano. A su lado encontraréis La mesa cubierta, El fiel pastor, los Fragmentos del templo, y La luz en las tinieblas. Un lugar está desocupado: el de Aguas

lentas, precioso tratado, que Mosaide estudia en estos momentos. Mosaide, como ya os he dicho, señores, se ocupa en mi casa indagando los más profundos secretos contenidos en los escritos de los hebreos, y aun cuando su edad pasa de un siglo, no quiere morirse antes de haber comprendido el verdadero significado de todos los símbolos cabalísticos. Yo le estoy muy obligado, y os ruego, señores, que os sirváis mostrarle, cuando le veáis, los mismos sentimientos que a mí me animan hacia él.

»Pero dejemos esto, y volvamos a lo que os atañe particularmente. He pensado en vos, señor abate, para transcribir y traducir al latín manuscritos griegos de un precio inestimable. Tengo confianza en vuestra sabiduría y en vuestro celo, y no dudo que vuestro joven discípulo puede seros pronto de gran utilidad. -Y dirigiéndose a mí, agregó-: Sí, hijo mío, tengo, respecto de vos, grandes esperanzas. Están fundadas, en gran parte, en la educación que habéis recibido. Porque vos fuisteis alimentado, por decirlo así, entre llamas y bajo la campana de una chimenea frecuentada por salamandras. Esta circunstancia es muy digna de atención.

Al decir esto, cogió un fajo de manuscritos, colocándolo sobre la mesa.

-Éste -dijo, designando un rollo de papiro- procede de Egipto. Es obra de Zózimo el Panopolitano, que se creyó perdida, y que descubrí en el ataúd de un sacerdote de Serapio.

»Y esto que veis ahí -agregó, mostrándonos trozos de hojas relucientes y fibrosas, sobre las cuales apenas se distinguía la escritura griega trazada a pincel- contiene revelaciones desconocidas, que se deben, una a Sofar el Persa, y otra a Juan, el arcipreste de Santa Evagia.

»Os agradecería infinito que os ocuparais, en primer término, de estos trabajos. Luego estudiaremos los manuscritos de Sinesio, obispo de Ptolemais, de Olimpiodoro y de Estéfano, que he descubierto en Rávena, en una cueva, donde estaban encerrados desde el reinado del ignaro Teodosio, a quien pusieron por sobrenombre el Grande.

»Tened la bondad, señores, de formaros una idea general de tan importante trabajo. En el fondo de esta sala, a la derecha de la chimenea, hallaréis los léxicos, las gramáticas que he podido reunir, y que podrán serviros de ayuda. Y ahora, permitidme que os abandone. Hay en mi gabinete cuatro o cinco silfos que me esperan. Gritón cuidará de que no os falte nada. Adiós.

Tan pronto como el señor de Astarac nos dejó solos, mi buen maestro sentóse delante del papiro de Zózimo, y armándose de un lente que halló sobre la mesa, comenzó su estudio. Yo le pregunté si no estaba sorprendido por cuanto acababa de escuchar.

El abate me respondió sin levantar la cabeza:

-Hijo mío, he conocido gentes muy diversas, he sufrido muy varia fortuna para asombrarme de nada. Este gentilhombre parece loco, menos porque lo sea realmente que por lo que sus ideas difieren, hasta la exageración, de las del vulgo. Pero si prestáramos atención a las reflexiones que generalmente oímos en el mundo, hallaríamos en ellas, seguramente, menos sentido que en las de este filósofo. Entregada a sí misma, la razón humana más sublime construiría sus palacios y sus templos con nubes y verdaderamente el señor de Astarac es un precioso acoplador de nubes. Sólo en Dios existe la verdad; no lo olvidéis, hijo mío. Pero éste es, ciertamente, el libro Imouth, que Zózimo el Panopolitano escribió para su hermana Theosebia. ¡Qué gloria y qué delicia leer este manuscrito único, encontrado por una especie de prodigio! Voy a consagrarle mis días y mis noches. Compadezco, hijo mío, a los hombres ignorantes, a quienes la ociosidad conduce al libertinaje. Arrastran una vida miserable. ¿Qué es una mujer al lado de un papiro alejandrino? Comparad, si gustáis, esta grandiosa biblioteca con la taberna de El Joven

Baco, y la conservación de este precioso manuscrito con las caricias de las mozas que se cobijan bajo aquel techo, y decidme, hijo mío, dónde se halla la verdadera satisfacción. Por lo que a mí toca, invitado de las musas y admitido a esas silenciosas orgías de la meditación, que el retórico de Madaura ensalzaba elocuentemente, doy gracias a Dios por haberme hecho honrado.

En el transcurso de un mes o seis semanas, el abate Coignard aplicóse, día y noche, como lo había prometido, a la lectura y estudio de Zózimo el Panopolitano. Durante las comidas, que hacíamos siempre en la misma mesa del señor de Astarac, eran siempre objeto de nuestras conversaciones las opiniones de los gnósticos y los conocimientos de los antiguos egipcios. No pasando yo de ser un escolar, eran casi insignificantes los servicios que podía prestar a mi buen maestro. Sin embargo, me aplicaba todo lo posible practicando las investigaciones que me confiaba, y sintiendo en ello gratísimo placer. Por lo demás, vivíamos allí felices y tranquilos. En el transcurso de la séptima semana, el señor de Astarac me dio licencia para que fuese a visitar a mis padres. El establecimiento de éstos me pareció extrañamente empequeñecido. Mi madre estaba sola y triste. Rió y lloró, al mismo tiempo, al verme vestido y equipado como un príncipe.

-¡Jacobo mío -me dijo-, me siento tan feliz al contemplarte!...

Y empezó a llorar. Después de habernos abrazado y besado con verdadera efusión y de haberse enjugado las lágrimas con una de las puntas de su delantal de harpillera, me dijo:

-Tu padre está en El Joven Baco. Frecuenta mucho la taberna desde que te has ido, con el pretexto de que la casa le es menos agradable por tu ausencia. ¡Se alegrará tanto de verte! Pero, dime, Jacobo mío: ¿estás satisfecho de tu nueva ocupación? ¡He sentido tanta pena al dejarte partir con ese caballero, que hasta me acusé al confesarme con el tercer vicario de haber preferido el bien de tu cuerpo al de tu alma, y de no haber pensado bastante en Dios al establecerte! El señor tercer vicario me reprendió bondadoso, exhortándome a seguir el ejemplo de las santas mujeres de la Biblia, de las cuales me citó muchas. Pero son nombres que no he podido retener en mi memoria y que nunca, quizá, llegaré a retener, aun repitiéndomelos muchas veces. No se explicó detenidamente, sino a la ligera, a causa de ser un sábado al atardecer y estar la iglesia llena de penitentes.

Tranquilicé a mi madre lo mejor que pude, diciéndole que el señor de Astarac me hacía practicar el griego, que es el idioma del Evangelio. Esto le agradó bastante. Sin embargo, quedóse pensativa.

-Nunca adivinarás, Jacobo mío -me dijo-, quién me ha hablado del señor de Astarac. Ha sido Segunda Saint-Avit, el ama del señor cura de San Benito. Es de Gascuña y natural de un lugar llamado Laroque-Timbaut, muy próximo a Santa Eulalia, feudo del señor de Astarac. Sabes bien que Segunda es anciana, como conviene serlo a un ama de cura. Conoció, en su juventud, en su tierra, a los tres señores de Astarac, de los cuales, uno, que mandaba un navio, murió ahogado en el mar. Era el más joven. El segundo era coronel de un regimiento y murió en la guerra. El mayor, Hércules de Astarac, único superviviente, es tu amo, por dicha tuya, Jacobo; al menos, así lo espero. Este señor fue, durante su juventud, muy atildado en el vestir y muy liberal en sus costumbres, pero de un carácter sombrío. Estuvo siempre alejado de los cargos públicos y no mostró nunca deseo alguno de ingresar en el servicio del rey, como lo habían hecho sus hermanos, que tuvieron así honrosa muerte. Solía decir que no es honroso llevar espada al cinto; que no hay oficio más innoble que el noble ejercicio de las armas, y que cualquier zapatero de aldea era, en su concepto, más que un sargento y un mariscal de Francia. Tales eran sus ideas. Debo confesarte que no

me parecen del todo malas, ni reprochables, sino más bien atrevidas y extrañas. Sin embargo, es preciso que sean punibles en parte, desde el momento en que Segunda Saint-Avit decía que el señor cura las consideraba contrarias al orden establecido por Dios en este mundo, y opuestas a ciertos versículos de la Biblia en que Dios es designado con un nombre que significa mariscal de campo. Y siendo así, resultaría gran pecado. Ese señor de Astarac vivía tan alejado de la Corte, que se negó a hacer un viaje a Versalles para ser presentado a su majestad, conforme a sus derechos de nacimiento. Con frecuencia decía: «Puesto que el rey no viene a verme, yo tampoco iré a verle.» Y se cae por su peso que esta manera de expresarse no tiene nada natural.

Mi buena madre, inquieta, me interrogó con la mirada, y prosiguió de este modo:

-Lo que aún me queda por decirte, Jacobo mío, es menos creíble todavía. No obstante, Segunda Saint-Avit me lo ha referido como cosa cierta. Te diré que el señor de Astarac, cuando vivía en sus posesiones, no se ocupaba de otra cosa que de embotellar la luz solar. Segunda ignora de qué medios se valía para ello; pero, según ella asegura, se engendraban dentro de las botellas, después de bien tapadas y calentadas al baño de María, mujeres enanas y encantadoras, vestidas como las princesas de teatro... Te ríes, Jacobo mío. Y no se debe tomar a broma estas cosas cuando se palpan las consecuencias. Es un gran pecado fabricar de tal modo criaturas que no pueden ser bautizadas, y, por consiguiente, que nunca tendrán derecho a disfrutar de la beatitud eterna. Porque no supondrás que el señor de Astarac llevara esas muñecas en sus respectivas botellas al sacerdote para bautizarlas. Y tampoco que encontrara madrina.

-Pero, querida madre -respondí yo-, las muñecas del señor de Astarac no necesitan el bautismo, puesto que no heredaron el pecado original.

-No se me había ocurrido eso -replicó mi madre-, y ni aun la misma Segunda Saint-Avit me ha dicho nada de ello, aun cuando es ama de un sacerdote. Desgraciadamente, abandonó muy joven la Gascuña para venir a Francia, y no volvió a tener noticias del señor de Astarac, de sus botellas y de sus muñecas. Confío, Jacobo de mi vida, en que habrá renunciado a esas obras malditas que no pueden realizarse sin la ayuda del demonio.

Yo pregunté:

-Decidme, mi querida madre: Segunda Saint-Avit, el ama del señor cura, ¿ha visto por sus propios ojos las señoras en las botellas?

-No, hijo mío. El señor de Astarac era bastante reservado para no exhibir públicamente sus muñecas. Pero Segunda oyó referir el hecho a un sacristán, llamado Fulgencio, que frecuentaba el castillo y juraba haber visto a las enanitas libres de su prisión de vidrio y bailando un minué. Segunda tenía más que suficiente motivo para creerlo, porque puede dudarse de lo que se ve, pero no de la palabra de un hombre honrado, y muy especialmente si pertenece a la Iglesia. Existe algo peor en esas prácticas, y es que son extremadamente costosas, hasta un punto que nadie puede imaginarse, y si hemos de creer a Segunda Saint-Avit, los gastos que hizo el señor de Astarac para procurarse las botellas de diversas formas, los hornillos y los enigmas con que llenó su castillo, fueron muy considerables.

Pero, afortunadamente, había llegado a ser, por la muerte de sus dos hermanos, el más rico gentilhombre de su provincia, y en tanto que él disipaba sus bienes en locuras, sus fecundos campos producían para él. Segunda Saint-Avit cree que, a pesar de sus dispendios, debe de ser aún bastante rico.

En aquel momento entró mi padre en el figón, me abrazó con ternura y me dijo que la casa había perdido la mitad de su alegría con mi ausencia y la del señor Jerónimo Coignard,

que era un hombre honrado y jovial. Me felicitó por mi traje y me dio una lección de gentileza, asegurándome que su negocio le había acostumbrado a tener modales afables, por necesidad en que constantemente se veía de saludar a chalanes como si fueran señorones, aun cuando perteneciesen a la más vil canalla. Me indicó las posiciones de los brazos, y cómo había de colocar los pies, aconsejándome ir a ver a Leandro a la feria de Saint-Germain, a fin de imitar sus modales.

Luego comimos juntos con excelente apetito y nos separamos, por fin, derramando abundantes lágrimas. Les tuve mucho cariño a los dos, y me afligía pensar que después de seis semanas de ausencia casi me resultaban extraños. También creo que originaba su tristeza el mismo sentimiento.

Cuando salí del figón era ya de noche. En una esquina de la calle de los Memorialistas escuché una voz ronca y profunda que canturriaba:

El honor has perdido, hermosa mía, porque tú has querido.

No tardé mucho en ver que se acercaba el hermano Ángel con sus alforjas al hombro y estrechando por la cintura a Catalina, la encajera, con paso tambaleante y triunfal, haciendo saltar al choque de sus sandalias el fango del arroyo, que parecía celebrar su crapulosa gloria, como las fuentes de Versalles celebran la gloria de los reyes. Ocúlteme en el hueco de una puerta para que no me vieran; pero fue precaución inútil, pues iban muy preocupados el uno con el otro. Apoyando la cabeza sobre uno de los hombros del fraile, Catalina reía. Un rayo de luna titilaba en sus húmedos labios y en sus encandilados ojos, como en el agua de las fuentes. Proseguí mi camino con el alma indignada y el corazón oprimido, pensando en los atractivos de aquella hermosa muchacha que un capuchino asqueroso estrechaba entre sus brazos.

«¿Es posible -me dije- que una mujer tan bonita haya caído en tan sucias manos? Y si Catalina me desdeña, ¿es posible que aumente sus desprecios el placer que la inspira ese vil hermano Ángel?»

Esa preferencia me parecía asombrosa y me produjo tanta sorpresa como disgusto. Pero no era yo en vano discípulo del señor Jerónimo Coignard. Este incomparable maestro había formado mi espíritu para la meditación. Me representé a los sátiros en los encantadores jardines de las ninfas; a esos sátiros, tal como nos los presentan, espantosos como el mismo capuchino. Deduje que no debí asombrarme de lo que acababa de ver. Mi pena, por consiguiente, no fue disipada por mi razonamiento, y tales meditaciones me condujeron, a través de las sombras de la noche y entre el fango producido por el deshielo, hasta el camino de Saint-Germain, donde encontré al abate Coignard, que, habiendo comido en la ciudad, se dirigía, ya bien entrada la noche, a la cruz de las Arenas.

-Hijo mío -me dijo-, acabo de hablar de Zózimo y de los gnósticos en la mesa de un eclesiástico muy docto, de otro Pereisc. El vino era muy malo y los manjares muy medianos; pero en cambio, el néctar y la ambrosía no faltaban en la conversación.

Mi buen maestro me habló seguidamente del Panopolitano con una elocuencia inconcebible. Y ay!, yo apenas le oía, pensando en aquella gota de claror de luna que vi caer sobre los rojos labios de Catalina.

Cuando hubo callado, le pregunté cómo explicaban los griegos el gusto de las ninfas por los sátiros. Mi buen maestro hallábase presto siempre a satisfacer todas mis preguntas, con su mucha erudición, y me dijo:

-Hijo mío, ese gusto está fundado en una simpatía natural. Es apasionado, aun cuando menos ardiente que el de los sátiros por las ninfas. Los poetas han observado muy bien esta distinción. Respecto a este punto recordaré una singular aventura que leí en un manuscrito

de la biblioteca del señor obispo de Séez. Era (me parece verlo todavía) una colección infolio, en hermosa letra, del siglo pasado. Escucha el suceso a que aludo: un gentilhombre normando y su mujer tomaron parte en una diversión pública, disfrazados, el uno, de sátiro, y la otra, de ninfa. Sábese por Ovidio con qué ardor los sátiros perseguían a las ninfas. Aquel gentilhombre, habiendo leído las Metamorfosis, de tal modo se asimiló su disfraz, que a los nueve meses su mujer dio a luz un niño con dos cuernos en la frente y los pies de macho cabrío. Sólo se sabe del caballero que, por una fatalidad común a toda criatura, murió al llegarle su hora, dejando con su pequeño cabrípedo otro hijo menor, cristiano y de forma humana, el cual solicitó de la justicia que el mayor fuera desposeído de la herencia paterna por no pertenecer a la especie redimida por la sangre de Jesucristo. El Parlamento de Normandía, residente en Rúan, accedió a la petición solicitada.

Entonces pregunté a mi excelente maestro si era creíble que un disfraz pudiera producir tal efecto sobre la Naturaleza, y que el engendro de un hijo fuera el resultado de haber vestido más o jnenos tiempo ese disfraz. El abate me exhortó a no creerlo.

-Jacobo Dalevuelta, hijo mío -me dijo-, tened presente siempre que un espíritu culto y elevado debe rechazar todo cuanto es contrario a la razón, aparte de que, en materias de fe, convenga creer ciegamente. A Dios gracias, yo nunca he errado en los dogmas de nuestra santa religión, y espero encontrarme tan bien dispuesto a la hora de mi muerte.

Discurriendo de este modo llegamos al castillo. El tejado aparecía cubierto por un resplandor rojizo entre las tinieblas. De una de las chimeneas salían chispas, formando haces, para caer en lluvia de oro bajo un humo espeso y negro que ocultaba el firmamento. Ambos creímos que las llamas devoraban el edificio. Mi buen maestro se mesaba sus cabellos y sollozaba, exclamando:

-¡Mi Zózimo, mis papiros y mis manuscritos griegos! ¡Socorro, socorro! ¡Mi Zózimo!...

Volando más que corriendo por la gran avenida, sobre los charcos de agua que reflejaban los resplandores del incendio, atravesamos el parque, sepultado en una sombra espesa. Estaba en calma y desierto. En el castillo todo parecía dormir. Oíamos el rugido del fuego al subir de dos en dos los peldaños de la escalera, deteniéndonos a veces para observar la procedencia de tan espantoso ruido.

Pareciónos que salía de un corredor del primer piso, en donde nunca habíamos puesto los pies. Nos dirigimos a tientas hacia aquel lado, advirtiendo por las rendijas de una puerta cerrada resplandores rojizos. Empujamos con todas nuestras fuerzas las hojas, y éstas cedieron de pronto.

El señor de Astarac, que acababa de abrirlas, hallábase en pie y tranquilo ante nosotros. Su larga figura negra se erguía en una atmósfera inflamada. Preguntónos con dulzura por qué motivo urgente le buscábamos a tal hora.

No había incendio alguno, pero sí un fuego terrible en un gran horno de reverbero, que después supe se llamaba atanor. Toda aquella sala, bastante espaciosa, estaba llena de botellas de vidrio, sobre las cuales serpenteaban tubos de cristal en forma de pico de pato; retortas semejantes a rostros mofletudos con narices como trompas; crisoles, matraces, probetas, alambiques y vasos de formas desconocidas.

Mi maestro dijo, secándose el rostro, luciente como un ascua:

-¡Ah, señor! Hemos creído que el castillo ardía como paja seca. A Dios gracias, la biblioteca no se ha quemado. Pero veo que practicáis, caballero, el arte espagírico.

-No os ocultaré -respondió el señor de Astarac- que en él he realizado grandes progresos, sin hallar el thelema que dará perfección a mis trabajos. En el momento mismo

en que empujabais la puerta, recogía, señores, el espíritu del mundo y la flor del cielo, que es la verdadera fuente de juventud. ¿Entendéis algo de alquimia, señor Coignard?

El abate respondió que había adquirido de ella, en los libros, un ligero barniz, pero que consideraba la práctica como perniciosa y contraria a la religión. El señor de Astarac, sonriendo, dijo:

-Sois un hombre demasiado instruido, señor Coignard, para no conocer el Águila voladora, el Pájaro de Kermes, la Gallina de Hermógenes, la cabeza de Cuervo, el León verde y el Fénix.

-Yo he oído decir -repuso mi buen maestro- que esos nombres designaban la piedra filosofal en sus diferentes estados. Pero dudo que sea posible la transmutación de los metales.

El señor de Astarac replicó con mucho aplomo:

-Nada me será más fácil, caballero, que poner fin a vuestra incertidumbre.

Y dirigiéndose a un viejo y desvencijado cofre, adosado a la pared, lo abrió, sacando una moneda de cobre con la efigie del difunto rey, y nos llamó la atención sobre una mancha redonda que la atravesaba de parte a parte.

-Es el efecto de la piedra -dijo-, que ha cambiado el cobre en plata. Pero aquí no tiene gran importancia.

Dirigióse nuevamente al viejo cofre, sacando de él un zafiro del tamaño de un huevo, un ópalo de una magnitud maravillosa y un puñado de esmeraldas admirablemente bellas.

-Ved ahí -exclamó- algunas de mis obras, las cuales os demostrarán suficientemente que el arte espagírico no es el delirio de un cerebro huero.

En el fondo de la taza en que estaban las piedras había también cinco o seis diamantes pequeños, de los cuales no nos habló el señor de Astarac. Mi buen maestro le preguntó si también eran obra suya. Y como el alquimista hubiera contestado afirmativamente, el abate exclamó:

-Caballero, yo os aconsejaría que los enseñaseis, en primer término, a los curiosos, por prudencia. Si exhibís antes el zafiro, el ópalo y el rubí, os dirán que únicamente el diablo ha podido producir semejantes piedras, y hasta es posible que se incoara contra vos un proceso por hechicería. Seguramente que sólo el diablo podría vivir a gusto ante esos hornillos donde se respiran llamas. Hace sólo un cuarto de hora que estoy aquí, y me siento ya medio tostado.

El señor de Astarac sonrió benévolamente, y nos habló de este modo, mientras nos empujaba hacia la puerta.

-Aun cuando sepa a qué atenerme acerca de la realidad del diablo y del Otro, consiento de buen grado en hablar de ellos con las personas que en ellos creen. Tanto el diablo como el Otro no son más que caracteres, y se puede opinar acerca de ellos como acerca de Aquiles o de Tersites.

Podéis estar seguros, señores, de que si el diablo es tal y como se le pinta, no habita en un elemento tan sutil como el fuego. Es un gran contrasentido colocar a tan feísima bestia en el sol. Pero, como ya he tenido el honor de decírselo, señor Dalevuelta, al capuchino de vuestra señora madre, yo entiendo que los cristianos calumnian a Satanás y a los demonios. Que pueda haber, en algún mundo desconocido, seres mucho más malvados y perversos que los hombres, es posible, aun cuando casi es inconcebible. Pero seguramente, si existen, habitarán regiones privadas de luz y, si arden, serán en los hielos, que, en efecto, producen dolores de quemadura, y no en las llamas ilustres, entre las ardientes hijas de los astros. Sufren porque son malvados, y la maldad es un mal; pero sus

Librodot

padecimientos sólo deben consistir en sabañones. Por lo que se refiere a vuestro Satán, que es el horror o el coco de vuestros teólogos, yo no le considero tan despreciable juzgándole por todo cuanto de él decís, y, si por ventura existiera, yo le tendría, no por una bestia horrible, sino por un pequeño silfo o, por lo menos, por un gnomo metalurgista, un poco burlón y muy inteligente.

El abate se tapó los oídos y huyó para no escuchar más.

-¡Qué impiedad, Dalevuelta, hijo mío -me dijo en la escalera-; qué blasfemias!... ¿Habéis comprendido bien todo lo detestable que había en las máximas de nuestro filósofo? Lleva el ateísmo hasta una especie de alegre y placentero frenesí que me asombra. Eso mismo le hace casi ser inocente. Porque estando separado de toda creencia, no puede hacer daño a la Santa Iglesia como aquellos que permanecen ligados a ella por algún miembro medio cortado y sangrando aún. Tales son, hijo mío, los luteranos y los calvinistas que gangrenan la Iglesia en el punto de ruptura. Los ateos, por el contrario, se condenan por sí solos, y hasta se puede comer con ellos sin pecar. De manera que no debemos tener escrúpulo alguno en vivir con este señor de Astarac, que no cree en Dios ni en el diablo. Pero ¿habéis visto, Dalevuelta, hijo mío, en el fondo de la taza un puñado de diamantes, de los cuales parece él mismo ignorar el número, y que se me antoja que poseen hermosas aguas? Dudo del ópalo y de los zafiros, pero los diamantes parecen verdaderos...

Cuando llegamos a nuestras habitaciones, nos despedimos, deseándonos mutuamente una buena noche.

Mi buen maestro y yo llevamos hasta la primavera una vida monótona y recluida. Trabajábamos durante toda la mañana encerrados en la galería, volviendo a ella después de comer, como si fuéramos a presenciar un espectáculo, según frase textual del señor Jerónimo Coignard. «No -decía aquel hombre excelente- para entregarnos a los placeres propios de gentileshombres y lacayos, presenciando groseras farsas, sino para escuchar los diálogos sublimes, aunque contradictorios, de los autores antiguos.»

Con tal ahínco, la lectura y la traducción del Panopolitano avanzaban maravillosamente. Yo no intervenía en ello. Semejante tarea excedía a mis conocimientos, y para desempeñarla faltábame aprender, primero, la forma de los viejos caracteres griegos. Sin embargo, algunas veces ayudaba a mi maestro a consultar los autores que podían ilustrarle acerca de algunos puntos dudosos de sus investigaciones, y muy especialmente Olimpiodoro y Focio, quienes, desde esa época, me fueron y me siguen siendo familiares. Estos pequeños servicios prestados por mí me elevaban mucho en mi propia estimación.

Después de un rudo y largo invierno, durante el cual avancé mucho en la carrera de la sabiduría, sobrevino de repente la primavera, con su galante atavío de luces, de verdores y de cantos de pájaros. El perfume de las lilas, subiendo hasta nuestra biblioteca, me producía vagos ensueños, de los cuales me sacaba bruscamente mi buen maestro, diciéndome:

-Jacobo Dalevuelta, subíos a la escalera y decidme si ese pícaro de Manethon habla de un dios Imhotep que, por sus contradicciones, me atormenta como un diablo.

Y mi buen maestro se llenaba las narices de rapé, muy satisfecho.

-Hijo mío -solía también decirme-, es notable que nuestras ropas ejerzan tan gran influencia sobre nuestro estado moral. Desde que mi balandrán se ve manchado con las diversas salsas que yo he dejado caer sobre él, me siento un hombre menos honrado. Dalevuelta, ahora que estáis vestido como un marqués, ¿no os cosquillea el deseo de asistir al camarín de una actriz de ópera y de colocar un rollo de falsos luises sobre una mesa de faraón? En una palabra: ¿no os sentís un hombre de categoría? No toméis lo que os digo en mal sentido, y considerad que basta con dar un gorro de pelo a un cobarde para que vaya en

seguida a dejarse romper la cabeza en servicio del rey. Dalevuelta, nuestros sentimientos están formados en mil y mil circunstancias que se nos escapan por su propia pequenez, y el destino de nuestra alma inmortal depende, a veces, de un soplo tan ligero como hacer inclinar el tallo de una hierba. Somos juguetes de los vientos. Alcanzadme los Rudimentos, de Vossius, cuyo lomo rojo brilla bajo vuestro brazo izquierdo.

Aquel día, después de la comida de las tres de la tarde, el señor de Astarac nos llevó a mi buen maestro y a mí a dar un paseo por el parque. Avanzamos por la parte occidental frente a Rueil y a Mont-Valérien. Era el sitio más hondo y más desolado del parque. Las enredaderas y las hierbas, taladas por los conejos, cubrían las avenidas, interceptadas por todas partes por derribados troncos de árboles muertos. Las estatuas de mármol que las bordeaban sonreían, ignorantes, sin duda, de su mutilación y de su ruina. Una ninfa, rota la mano que acercaba a los labios, hacía señas a un pastor para que fuera discreto. Un joven fauno, cuya cabeza yacía en tierra, trataba aún de llevar la flauta a su boca. Y todos aquellos seres divinos parecían complacerse en enseñarnos a despreciar las injurias del tiempo y de la fortuna. Seguimos por el borde de un canal, donde las aguas de lluvia criaban renacuajos. En torno de una glorieta se abrían algunos estanques poco profundos, en donde bebían las palomas. Al llegar a aquel sitio, tomamos por un estrecho sendero abierto en la espesura.

-Andad con precaución -nos dijo el señor de Astarac-. Este sendero es peligroso por hallarse bordeado de mandragoras, que de noche cantan al pie de los árboles. Están ocultas bajo la tierra. Guardaos de poner el pie sobre ellas; experimentaríais el mal de amor o la sed de las riquezas, y os perderíais, porque las pasiones que inspira la mandragora son melancólicas.

Yo me aventuré a preguntar cómo pudiera evitarse aquel peligro invisible. El señor de Astarac me respondió que sólo podía evitarse por adivinación intuitiva, y no de otro modo.

-Además -agregó-, este sendero es funesto.

Dicho sendero conducía directamente a un pabellón de ladrillo oculto bajo la hiedra, y que sin duda alguna había servido en otro tiempo de albergue a un guarda. Allí concluía el parque y comenzaban las monótonas ciénagas del Sena.

-¿Veis ese pabellón? -nos dijo el señor de Astarac-. Pues encierra al más sabio de los hombres. Allí habita Mosaide, con sus ciento doce años de edad, y estudia con majestuosa pertinacia los arcanos de la Naturaleza. Ha dejado muy atrás a Imbonatus y a Bartolini. Yo desearía honrarme, señores, albergando bajo mi techo al más ilustre de los cabalistas, después de Enoch, hijo de Caín. Pero escrúpulos de religión impiden al buen Mosaide sentarse a mi mesa, que considera cristiana, en lo cual me hace demasiado honor. No alcanzaríais nunca a concebir hasta qué punto siente odio a los cristianos. No sin gran disgusto consintió albergarse en ese pabellón, donde vive sólo con su sobrina Jahel. Señores -concluyó-, no tardaréis en conocer a Mosaide, pues voy a presentaros a ese hombre divino.

Habiendo hablado así, el señor de Astarac nos guió al pabellón y nos hizo subir por una escalera de caracol hasta un aposento, en donde, sentado en un gran sillón y entre manuscritos esparcidos, aparecía un anciano de ojos penetrantes, nariz picuda, y de cuya barbilla pendían dos lacios mechones de barba blanca. Un gorro de terciopelo, en forma de corona imperial, cubría su cabeza calva, y su cuerpo, de una delgadez que no era humana, se envolvía en un antiquísimo ropaje de seda amarilla, deslumbrante y sórdida.

Aunque sus penetrantes miradas se habían dirigido hacia nosotros, nos dio señales de advertir nuestra llegada. En su rostro manifestaba una preocupación dolorosa, en tanto que dejaba correr, entre sus dedos arrugados y flacos, la caña que le servía para escribir.

-No esperéis de Mosaide palabras vanas -nos dijo el señor de Astarac-. Desde hace tiempo este sabio no se entiende más que con los genios y conmigo. Sus discursos son sublimes. Como no consentirá, sin duda alguna, en conversar con vosotros, señores, yo os daré una idea de su mérito. El primero consiste en haber profundizado el sentido espiritual de los libros de Moisés, con arreglo al valor de los caracteres hebraicos, el cual depende del orden de las letras en el alfabeto. Ese orden había sido embrollado a partir de la undécima letra. Mosaide lo ha restablecido, cosa que no habían podido hacer Atrabis, Filón, Avicena, Raimundo Lulio, Pico de la Mirándola, Reuchelin, Enrique Moro y Roberto Flydd. Mosaide sabe el número del oro que corresponde a Jehová en el mundo de los espíritus. Y ya podéis concebir, señores, que esto es de una trascendencia infinita.

Mi buen maestro sacó su caja de rapé, y después de habérnosla presentado cortésmente, tomó un polvo, y dijo:

-¿No creéis, señor de Astarac, que esos conocimientos son muy propios para conduciros hacia el diablo al final de esta vida transitoria? Porque, en fin, este señor Mosaide se equivoca visiblemente en la interpretación de las Santas Escrituras. Cuando Nuestro Señor murió en la cruz por la salvación del género humano, la Sinagoga sintió que una venda descendía sobre sus ojos; tambaleóse como una mujer ebria, y su corona cayó de su cabeza. Desde entonces la interpretación del Antiguo Testamento está limitada en la Iglesia católica, a la cual pertenezco, a pesar de mis múltiples iniquidades.

Al escuchar estas palabras, Mosaide, semejante a un dios chivo, sonrió de una manera espantosa y dijo a mi buen maestro, con una voz lenta, agria y lejana:

-La Mashora no te ha confiado sus secretos, y la Mischua no te ha revelado sus misterios.

-Mosaide -repuso el señor de Astarac- interpreta con claridad no solamente los libros de Moisés, sino el de Enoch, que es mucho más importante, y que los cristianos han rechazado por no poder comprenderlo, como el gallo de la fábula árabe desdeñó la perla que había caído entre los granos. El libro de Enoch, señor abate Coignard, es tanto más precioso cuanto que en él se narran los primeros tratos entre las hijas de los hombres y los silfos. Porque habéis de saber que esos ángeles que Enoch nos describe, estableciendo un comercio amoroso con las mujeres, no son otra cosa que silfos y salamandras.

-Tomaré nota de ello, caballero -respondió mi buen maestro-, por no contrariaros. Pero, a juzgar por lo que se ha conservado del libro de Enoch, que es visiblemente apócrifo, supongo que esos ángeles eran, no silfos, sino comerciantes fenicios.

-¿Y en qué -preguntó el señor de Astarac- fundáis una opinión tan extraña?

-La fundo, caballero, en lo que se afirma en ese mismo libro; es decir, en que los ángeles enseñaron a las mujeres el uso de los brazaletes y de los collares, el arte de pintarse las cejas y el de emplear toda suerte de afeites. También se dice en ese mismo libro que los ángeles enseñaron a las hijas de los hombres las propiedades de las raíces de las plantas y de los árboles, los encantamientos y el arte de observar las estrellas. De buena fe os digo, caballero, que esos ángeles no prestaban todo el aspecto de tirios o sidonios, desembarcando en alguna costa semidesierta y desembalando al pie de las rocas sus mercancías para seducir a las muchachas jóvenes de las tribus salvajes. Esos traficantes les daban collares de cobre, amuletos y medicinas, a cambio de ámbar, incienso y pieles, al mismo tiempo que asombraban a las incautas hablándoles de las estrellas conforme a los

conocimientos que habían adquirido durante sus navegaciones. Todo esto es claro, y yo quisiera saber qué argumentos tiene el señor Mosaide para contradecirme.

Mosaide calló y el señor de Astarac sonrió nuevamente.

-Señor Coignard -dijo-, no razonáis del todo mal para estar aún tan ignorante de la gnosis y de la cabala. Y lo que acabáis de decir me hace pensar que también podrían hallarse algunos gnomos metalurgistas y joyeros entre esos silfos que se unieron por amor a las hijas de los hombres. Los gnomos, efectivamente, se ocupaban con agrado de la joyería, y es probable que fueran esos ingeniosos demonios quienes forjaran los brazaletes que vos consideráis de fabricación fenicia. Pero yo os prevengo que, sin duda, notaréis vuestra inferioridad si comparáis con los de Mosaide vuestros conocimientos de las antigüedades humanas. Él ha encontrado los monumentos que se creían perdidos, y, entre otros, la columna de Set y los oráculos de Sambethe, hija de Noé; la más antigua de las sibilas.

-¡Oh! -exclamó mi buen maestro golpeando sobre el polvoriento suelo, del cual se alzó una nube de polvo-. ¡Oh, cuántos ensueños! Es demasiado. Sin duda os burláis. Mosaide no puede almacenar tantas locuras en su cabeza, bajo su inmenso gorro, que se parece a la corona de Carlomagno. Esa columna de Set es una invención ridicula de ese insustancial historiador llamado Flavio Josefo; cuento absurdo, con el cual no se había engañado a nadie antes de Vos. En cuanto a las predicciones de Sambethe, hija de Noé, me consideraría muy dichoso conociéndolas, y el señor Mosaide, que parece bastante avaro de sus palabras, me obligara a quedarle muy agradecido si se dignase referir algunas de ellas, pues no le es posible, me apresuro a reconocerlo, preferirlas por vía más secreta a través de la cual las sibilas antiguas tenían por costumbre hacer pasar sus misteriosas respuestas.

Mosaide, que no parecía escuchar, habló de pronto, y dijo:

-La hija de Noé ha hablado. Sambethe ha dicho: «El hombre vano que ríe y chancea no escuchará la voz que sale del séptimo Tabernáculo: el impío avanzará irremisiblemente hacia su ruina.»

Después de este oráculo nos despedimos de Mosaide.

* * *

Aquel verano fue espléndido, despertando en mí ansias de frecuentar los paseos. Un día, vagando sin rumbo a la sombra de los frondosos árboles de Cours-la-Reine, con dos escudos que había encontrado por la mañana en uno de los bolsillos de mi calzón, y que eran el primer indicio de la esplendidez de mi fabricante de oro, me senté delante de la puerta de una taberna, en una mesita cuya pequenez estaba en consonancia con mi soledad y con mi modestia, y ante la cual me puse a meditar acerca de mi caprichoso destino, mientras a mi lado unos cuantos mosqueteros bebían vino de España en compañía de otras tantas mujeres de vida alegre. Dudaba yo si la cruz de las Arenas, el señor de Astarac, Mosaide, el papiro de Zózimo y mi elegante traje no serían también sueños de los que despertaría, encontrándome otra vez en traje de marmitón ante el asador de La Reina Patoja.

Salí de mi ensueño al sentir que me tiraban de una manga, y vi al hermano Ángel, cuyo rostro desaparecía entre su capucha y sus barbas.

-Caballero Jacobo Ménétrier -me dijo en voz baja-, una señorita que os quiere bien, os espera en su carroza, que está ahí en la calzada, entre el río y la puerta de la Conferencia.

Librodot

El corazón me latió violentamente. Asustado y alegre a un tiempo ante aquella aventura, me dirigí seguidamente al lugar indicado por el capuchino, andando en actitud tranquila, que me pareció la más prudente. Al llegar al muelle pude ver una carroza y una diminuta mano apoyada en la ventanilla de la portezuela.

La portezuela se entreabrió a mi llegada, siendo muy grande mi sorpresa al encontrar dentro de la carroza a la señorita Catalina en traje de raso color de rosa y con la cabeza cubierta por un capuchón, bajo el cual se desbordaban sus cabellos rubios, jugueteando entre encajes negros.

Quedé turbado en el estribo.

-Entrad -me dijo Catalina- y sentaos junto a mí. Cerrad la portezuela, os lo ruego. No conviene que nos vean. Hace un momento que os he visto en la taberna, y os hice llamar por el buen hermano, a quien he tomado para los ejercicios cuaresmales, y a quien conservo desde esa época, porque en cualquier situación en que se viva es bueno ser piadosa. Teníais buena presencia, caballero Jacobo, sentado ante el velador, con la espada atravesada sobre los muslos, y el aspecto meditabundo, propio de un hombre de alta condición. Yo os he estimado siempre, y no soy de las mujeres que en la prosperidad desprecian a los amigos de otros tiempos.

-Señorita Catalina -exclamé-. ¿Y esta carroza, estos lacayos, ese traje de raso...?

-Todo ello procede -me contestó- de las bondades del señor de la Gueritaude, que es uno de los más ricos contratistas. ¡Hasta ha prestado dinero al rey! Es un excelente amigo, a quien por nada del mundo quisiera yo disgustar. Pero no es tan atractivo como vos, caballero Jacobo. Me ha regalado también una casita en Grenelle, la cual os enseñaré desde la cueva hasta el granero. Caballero Jacobo, me satisface mucho veros en camino de hacer fortuna. El mérito se descubre siempre. Ya veréis mi dormitorio, que está copiado del de la señorita Davilliers. Es todo de espejos y con hermosas figuras de China. ¿Cómo sigue vuestro padre? Os diré aquí, en confianza, que descuida bastante a su mujer y su negocio. Esto es una gran falta en un hombre de su condición. Pero hablemos de vos.

-Hablemos de vos, señorita Catalina -dije yo al fin-. Estáis muy bella, y es una verdadera lástima que améis a los capuchinos, ya que no es posible prescindir de los contratistas.

-¡Oh! -argüyó Catalina-. No me reprochéis por lo del hermano Ángel. Lo hice sólo atendiendo a mi salvación, y si yo diera un rival al señor de la Gueritaude, sería...

-¿Quién sería?

-No me lo preguntéis, no, caballero Jacobo. Sois un ingrato, pues ya sabéis que yo siempre os he distinguido. Pero vos no os habéis fijado nunca en ello.

-Por el contrario, señorita Catalina, vuestras chanzas me eran muy sensibles. Me avergonzabais con frecuencia al advertirme que no tenía pelo de barba. También me habéis dicho muchas veces que yo era un poco bobalicón.

-Es cierto, caballero Jacobo, y más cierto de lo que vos creíais. ¡Porque no adivinasteis que me agradabais!

-¡Porque erais linda hasta causar miedo! Yo apenas me atrevía a miraros. Y, además, noté un día que estabais enfadada conmigo, sin causa.

-Y tenía razón de estarlo, caballero Jacobo. Me habíais desdeñado por aquella cochina saboyana que era el desecho del puerto de San Nicolás.

-¡Ah! Podéis creerlo, Catalina, que no lo hice por gusto ni por inclinación, sino solamente porque para vencer mi timidez recurrió a medios enérgicos.

-¡Ah, amigo mío! Creedme como si os hablase vuestra hermana: la timidez es un gran pecado contra el amor. Pero ¿no habíais visto que esa mendiga llevaba las medias rotas y un reborde mugriento en los bajos de sus enaguas?

-Lo vi, Catalina.

-¿No visteis también que era mal formada y muy corrida?

-Lo vi, Catalina.

-¿Cómo, entonces, amabais a esa pelandusca saboyana, vos, que teníais la piel blanca y modales distinguidos?

-Yo mismo no lo sé, Catalina. Fue preciso que en aquellos instantes llenarais en absoluto mi imaginación. Y puesto que vuestra sola imagen me dio el valor y la fuerza que me reprocháis en la actualidad, juzgad, Catalina, cuáles serían mis transportes si yo hubiera estrechado entre mis brazos a vos misma o a cualquier otra joven que se os pareciera. Porque os amaba con frenesí.

Catalina me cogió las manos y suspiró. Yo entonces adopté un tono melancólico.

-Sí, yo os amaba, Catalina, y os amaría aún sin ese fraile asqueroso.

-¡Qué suposición! -exclamó ella-. Eso me enoja; es una locura.

-¿No os gustan los capuchinos?

-¡Qué asco!

No juzgando oportuno insistir sobre este asunto, le oprimí el talle. Luego nos besamos; nuestros labios se unieron y sentí que todo mi ser se desquiciaba en un espasmo de voluptuosidad.

Después de unos instantes de abandono, Catalina se desprendió de mis brazos con las mejillas sonrosadas, las pupilas húmedas y los labios entreabiertos. Desde aquel día conozco hasta qué punto se ve embellecida y adornada una mujer por el beso que depositamos y recogemos en sus labios. El mío había producido en las mejillas de Catalina rosas del más delicado y suave matiz, bañando la flor azul de sus ojos con una resplandeciente gota de rocío.

-Sois un niño -me dijo al mismo tiempo que se ponía bien el capuchón-. Marchaos, marchaos; no podéis permanecer aquí un instante más. El señor de la Gueritaude va a venir. Me ama con tal impaciencia que anticipa la hora de las citas.

Leyendo entonces en mi semblante la contrariedad que experimentaba, repuso con suave y tierna vivacidad:

-Escuchadme, Jacobo: él se retira todas las noches a las nueve a la casa de su anciana mujer, convertida en arpía con la edad, que no tolera sus infidelidades desde que ella no está en situación de imitarle, y cuyos celos han llegado a ser espantosos. Venid, pues, esta noche a las nueve y media. Mi casa está en la esquina de la calle de Bac. La reconoceréis en seguida por sus tres ventanas de cada piso y por su balcón cubierto de rosas. Ya sabéis que siempre me han gustado las flores. Hasta la noche.

Y rechazándome con un gesto acariciador, que descubría su pena por no poder retenerme a su lado, con un dedo puesto sobre los labios, murmuró una vez más:

-Hasta la noche.

* * *

Librodot

Ignoro cómo me fue posible desprenderme de los brazos de Catalina. Pero lo cierto es que, al saltar de la carroza, casi caí sobre el señor de Astarac, cuya figura parecía plantada, como si fuera un árbol, en el borde de la calzada. Le saludé cortésmente, y le hice notar mi sorpresa por tan feliz casualidad.

-La casualidad disminuye a medida que el conocimiento aumenta: no existe para mí. No ignoraba, hijo mío, que debía encontraros aquí. Es preciso que tenga con vos una conversación largo tiempo aplazada. Vamos, si gustáis, en busca de la soledad y el silencio que exige el asunto de que voy a tratar. No pongáis un gesto receloso. Los misterios que voy a revelaros son sublimes, en verdad, pero agradables.

Hablando así, me condujo por la orilla del Sena hasta la isla de los Cisnes, que se alzaba, en medio del río, como un navio de follaje. Luego hizo una señal al barquero, cuya barca nos condujo hasta la verde isla, frecuentada únicamente por algunos inválidos, que, en los días hermosos y apacibles, juegan allí a los bolos, vaciando una botella. La noche hacía brillar en el cielo las primeras estrellas, y daba voz a los insectos que vegetaban entre las hierbas. La isla estaba desierta. El señor de Astarac se sentó en un banco de madera, y me invitó a tomar asiento a su lado, hablándome después en estos términos:

-Hay tres clases de gentes, hijo mío, a quienes el filósofo debe ocultar sus secretos: a los príncipes, porque sería imprudente aumentar su poder; a los ambiciosos, cuyo implacable genio no debe alentarse, y a los libertinos, los cuales encontrarían en la ciencia oculta el medio de satisfacer sus malas pasiones. Pero puedo confiarme a vos, que no sois un libertino, pues no doy importancia al error en que ibais a incurrir cayendo en brazos de esa moza, ni un ambicioso, por cuanto habéis vivido, hasta hace poco, alegre y satisfecho, dando vueltas al asador paternal. Puedo, por consiguiente, descubriros sin temor las leyes ocultas del Universo.

»No hay que creer que la vida esté limitada a las estrechas condiciones en que se manifiesta a los ojos del vulgo. Cuando vuestros teólogos, lo mismo que vuestros filósofos, enseñan que la creación tuvo al hombre por objeto y fin, razonan como razonarían las cucarachas de Versalles o de las Tullerías, las cuales creerían que la humedad de las cuevas se ha hecho exclusivamente para ellas y que el resto del castillo no es habitable. El sistema del mundo que el canónigo Copérnico enseñaba en el siglo último, según Aristarco de Samos y los filósofos pitagóricos, es, sin duda, conocido por haberse publicado compendios para los escolares, y diálogos en que se explica, para los frivolos charlatanes de la ciudad. Ya habéis podido ver en mi casa una máquina que lo demuestra perfectamente por medio de un movimiento de relojería.

«¡Elevad vuestra mirada, hijo mío, y contemplad sobre vuestra cabeza el carro de David, que, arrastrado por Mizar y sus dos ilustres compañeros, gira alrededor del Polo; Arturo, Vega de la Lira, la Espiga de la Virgen, la corona de Ariana y su encantadora perla! Ésos son soles. Una sola mirada dirigida sobre el mundo os hace parecer que la creación entera es una obra de fuego, y que la vida debe, bajo las más bellas formas, alimentarse de llamas.

»¿Qué son los planetas? Gotas de lodo, un poco de fango y de putrefacción. Contemplad el coro augusto de las estrellas, la asamblea de los soles. Todos igualan o exceden al nuestro en poder y en tamaño, y cuando, durante alguna clara noche de invierno, os haya mostrado a Sirio, con mi anteojo, vuestra vista y vuestra alma se encontrarán deslumbradas.

»¿Creéis, de buena fe, que Sirio, Altair, Regula, Aldebarán, todos esos soles, en fin, sean exclusivamente luminarios? ¿Creéis, por ventura, que ese anciano Febo, que derrama

incesantemente en los espacios en que flotamos oleadas inmensas de calor y de luz, no tenga otra función que la de iluminar la Tierra y algunos otros planetas imperceptibles e insignificantes? ¡Un hogar un millón de veces más grande que la vivienda!

»He debido, primeramente, exponeros la idea de que el Universo está compuesto de soles y que los planetas que en él pueden encontrarse son menos que nada. Pero preveo que queréis hacerme una objeción, y, anticipándome, voy a rebatirla. Los soles, ibais a decirme, se apagan en la sucesión de los siglos, y se convierten también en fango. De ningún modo, os respondería yo; porque se mantienen de los cometas que atraen, y a los cuales absorben. Los planetas y esta tierra en que vivimos no son otra cosa que alojamientos de larvas. Tales son las verdades de que es necesario os penetréis primeramente.

»Ahora que sabéis, hijo mío, que el fuego es el elemento por excelencia, concebiréis mejor lo que voy a enseñaros, más importante que todo cuanto habéis aprendido hasta ahora y que cuanto conocieron jamás Erasmo Turnebo y Escalígero. No hablo de teólogos como Quesnel o Bossuet, que, entre nosotros, son la hez del espíritu humano, y que no tienen apenas mayor entendimiento que un capitán de guardias. No nos entretengamos en despreciar esos cerebros, comparables, por su tamaño y su factura, a los huevos de cualquier avecilla, y penetremos, directa y seguidamente, en el objeto de mi discurso. Mientras que las criaturas formadas de la tierra no exceden de un grado de perfección que, por la belleza de las formas, fue alcanzado por Antinoo y por la señora de Parabére, y al cual llegamos, sólo por la facultad de conocer, Demócrito y yo: los seres formados del fuego disfrutan de una sabiduría y de una inteligencia cuya extensión nos es imposible concebir.

»Tal es, hijo mío, la naturaleza de los hijos gloriosos de los soles: poseen las leyes del Universo, como nosotros poseemos las reglas del juego de ajedrez, y el curso de los astros en el firmamento no les preocupa tanto como a nosotros la marcha sobre el tablero del rey, de la torre y del caballo.

Esos genios crean mundos en aquellas partes de espacio en donde no los hay todavía, y los organizan a su antojo. Esto los distrae un momento de su gran objetivo, que es unirse entre sí por inefables amores. Yo dirigí ayer mi anteojo hacia la constelación de la Virgen, advirtiendo un lejano torbellino de luz. No me cabe duda, hijo mío, de que descubrí la obra informe aún de alguno de esos seres del fuego.

»El universo, a decir verdad, no tiene otro origen. Lejos de ser el efecto de una voluntad única, es el resultado de los caprichos sublimes de un gran número de genios que se han creado trabajando en él, cada uno en su tiempo y cada cual por su lado. Esto es lo que explica la diversidad, la magnificencia y la imperfección. Porque, la fuerza y la clarividencia de esos genios, aun siendo inmensas, tienen sus límites. Os engañaría si os dijera que un hombre, por muy filósofo y mago que se muestre, logre comunicarse con ellos en trato familiar. Ninguno de ellos se ha manifestado a mí, y todo cuanto os digo sólo me es conocido por inducción o de oídas. Así, pues, aun cuando su existencia fuese cierta, avanzaría demasiado describiéndoos sus costumbres y su carácter. Es preciso saber ignorar, hijo mío, y yo me jacto de no aventurar más que hechos perfectamente observados. Dejemos, pues, a esos genios, o, mejor dicho, a esos demiurgos en su gloria lejana, y tratemos de seres ilustres que nos tocan más de cerca. Es en esta parte, hijo mío, en donde es preciso aguzar la atención.

»Si hablándoos hace poco de los planetas yo he cedido a un sentimiento de desprecio, fue atendiendo únicamente a la superficie sólida y a la corteza de esas pequeñas bolas o trompos, y los animales que en ellos campean tristemente. Habría hablado en otro tono si

mi espíritu hubiera entonces respirado el aire y los vapores que los rodean. Porque el aire es un elemento que no cede en nobleza más que al fuego, de donde se deduce que la dignidad e ilustración de los planetas dependen de la atmósfera en que se sumergen. Esas nubes, esos blancos vapores, esas ráfagas, esas ondas azules, esas islas movibles de púrpura y de oro que se ciernen sobre nuestras cabezas, son la morada de pueblos adorables. Se les llama silfos y salamandras. Son criaturas infinitamente amables y hermosas. No es posible y hasta conveniente formar con ellas uniones, de las cuales no pueden concebirse los deleites.

»Las salamandras son tales que, a su lado, la mujer más bella de la ciudad o de la corte no es más que un repugnante mascarón. Se entregan placenteras a los filósofos. Vos habréis, sin duda alguna, oído hablar de esa maravilla de quien Descartes iba acompañado en sus viajes. Los unos decían que era una hija natural, a quien llevaba siempre consigo; los otros pensaban que era un autómata que él había fabricado con arte inimitable. Pues bien: en realidad, era una salamandra que ese hábil hombre había tomado por amiga. Jamás se separaba de ella. Durante una travesía que realizó por los mares de Holanda, él la introdujo a bordo, encerrada en una caja construida con una madera preciosa y forrada interiormente de raso. La forma de esa caja y las precauciones con que el señor Descartes la guardaba, llamaron la atención del capitán, quien, durante el sueño del filósofo, levantó la tapa y descubrió la salamandra. Este hombre, ignorante y grosero, imaginándose que tan maravillosa criatura era obra del diablo, lleno de espanto la arrojó al mar. Pero comprenderéis fácilmente que no se ahogó, y que le fue muy fácil volver a reunirse con su buen amigo, el señor Descartes. Ella le guardó fidelidad durante toda la vida del filósofo, y al morir éste abandonó la tierra para no volver más.

»Cito sólo este ejemplo, entre otros muchos, para daros a conocer los amores de los filósofos con las salamandras. Estos amores, demasiado sublimes, no pueden estar sujetos a contratos; y tendréis que convenir en que todo el aparato ridículo que se despliega en los casamientos, no es necesario en esta clase de uniones. ¡Tendría gracia ver que un notario con su peluca empolvada y un cura panzudo metieran las narices! ¡Estos caballeros son a propósito únicamente para sellar el vulgar consorcio de un hombre con una mujer. Los himeneos de las salamandras y de los sabios tienen testigos más augustos. Los pueblos aéreos los celebran desde navios que, impulsados por ráfagas ligeras, se deslizan con la popa coronada de rosas, y al son de las arpas, sobre las ondas invisibles. Pero no creáis que, por no quedar inscritos en el sucio registro de una tétrica sacristía, esos lazos son menos sólidos y pueden romperse con mayor facilidad. Tienen por fiadores a los espíritus que se deslizan sobre las nubes, de las cuales brota el relámpago y estalla el trueno. Os he hecho, hijo mío, estas revelaciones que os serán útiles, porque he reconocido, por indicios ciertos, que estáis destinado a ocupar el lecho de una salamandra.

-¡Ay de mí, caballero -exclamé-, ese destino me aterra, y tengo casi tantos escrúpulos como ese capitán holandés que arrojó al mar a la buena amiga del señor Descartes! No puedo sustraerme a pensar, como él, que esas señoras aéreas no son otra cosa que demonios. Y temo perder mi alma con ellos, porque, al fin, caballero, esos matrimonios son contrarios a la Naturaleza y están en oposición con la ley divina. ¡Cuánto lamento que el señor Jerónimo Coignard no se halle aquí para escucharos! Estoy seguro de que me fortalecería con excelentes argumentos contra los deleites de vuestras salamandras y contra vuestra elocuencia.

-El abate Coignard -replicó el señor de Astarac-es admirable para traducir el griego. Pero no hay que sacarle de sus libros. Carece de toda filosofía. En cuanto a vos, hijo mío, razonáis con la enfermedad de la ignorancia, y la debilidad de vuestros razonamientos me

aflige. Decís que esas uniones son contrarias a la Naturaleza. ¿Qué sabéis vos? ¿Cómo es posible distinguir lo natural de lo que no lo es? ¿Se conoce lo suficiente a la universal Isis para poder establecer diferencias entre lo que la secunda y lo que la contraría? Pero digámosle mejor, nada la contraría y todo la secunda, puesto que nada existe que no forme parte del juego de sus órganos, y que no siga las numerosas actitudes de su cuerpo. ¿De dónde vendrían, os pregunto, los enemigos para ofenderla? Nada se mueve ni contra ella ni fuera de ella, y aun las fuerzas que parecen combatirla no son sino movimientos de su propia vida.

»Sólo los ignorantes se creen capaces para poder decir si un acto es natural o no. Pero participemos por un momento de su ilusión y finjamos reconocer que pueden cometerse actos contra la Naturaleza. Esos actos, ¿serán vituperables? Yo me atengo en este punto a la opinión vulgar de los moralistas, quienes representan a la virtud como un esfuerzo contra los instintos, como un atentado contra nuestras propias inclinaciones, como una lucha, en fin, con el hombre original. Por confesión de esos moralistas, la virtud va contra la Naturaleza, y ellos no pueden condenar un acto, sea cual fuere, por lo que pueda tener de común con la virtud.

»He hecho esta digresión, hijo mío, a fin de presentaros la lamentable ligereza de vuestros razonamientos. Os ofendería creyendo que os quedan aún dudas acerca de la inocencia del comercio carnal que los hombres pueden tener con las salamandras. Sabed, pues, ahora, que lejos de ser prohibidos por la ley religiosa, esos matrimonios son ordenados por esa ley, con exclusión de todos los demás. Voy a presentaros pruebas manifiestas.

Y deteniéndose en esta parte de su discurso, sacó su caja de rapé y aspiró un polvo.

La noche había avanzado. La luna derramaba sobre el río sus claridades líquidas, que rielaban sobre su superficie, mezcladas con la claridad de los faroles. El vuelo de los efímeros zumbaba en nuestros oídos, envolviéndonos en sus leves torbellinos. El chirrido agudo de l os insectos se elevaba en el silencio del universo, y tal dulzura inundaba el cielo, que parecía bañar en leche el resplandor de las estrellas.

El señor de Astarac continuó de esta manera:

-La Biblia, hijo mío, y principalmente los libros de Moisés, contienen grandes y útiles verdades. Esta opinión parece absurda y falta de sentido, por consecuencia del tratamiento que los teólogos han infligido a lo que ellos llaman la Escritura, y lo que esos mismos teólogos han hecho con sus comentarios, explicaciones y meditaciones, no es otra cosa que un manual de errores, una biblioteca de absurdos, un almacén de insignificancias, un gabinete de embustes, una galería de necedades, un liceo de ignorancia, un museo de inepcias, y el almacén, en fin, de la imbecilidad y de la maldad humanas. Sabed, hijo mío, que ese libro fue, en su origen, un templo henchido de una luz celeste.

»Yo tuve la envidiable fortuna de restablecerlo en su primitivo esplendor. Y la verdad me obliga a declarar que Mosaide me ha ayudado mucho en esa obra con su conocimiento profundo del idioma y del alfabeto hebreos. Pero no perdamos de vista nuestro principal objeto. Sabed, primeramente, hijo mío, que el sentido de la Biblia es figurado y que el principal error de los teólogos consiste en h aber tomado al pie de la letra lo que debe interpretarse como un símbolo. Tened presente esta verdad en todo el curso de mi conversación.

«Cuando el demiurgo, a quien se llama Jehová, conocido también por otros muchos nombres, pues se le aplican generalmente todos los términos que manifiestan la calidad o la cantidad, hubo, no digo que creado el mundo, porque esto sería decir una simpleza, sino

Librodot

arreglado un pequeño territorio para hacer de él la morada de Adán y de Eva, existían en el espacio criaturas sutiles, que Jehová no había creado ni era capaz de crear. Eran obra de otros muchos demiurgos más antiguos que él y más hábiles. Su primor no excedía del de un alfarero excelente, capaz de modelar en la arcilla seres en vez de ollas, tales y como somos nosotros precisamente.

»Esto que digo no es despreciable, puesto que semejante obra aún está por encima del esfuerzo humano.

»Pero era necesario marcar bien el carácter inferior de la obra de los siete días. Jehová no trabajó en el fuego, único productor de las obras maestras de la vida, sino en el barro, con el cual sólo pudo producir obras semejantes a las de un alfarero ingenioso. Nosotros solamente somos, hijo mío, un cacharro animado. No podemos reprochar a Jehová que se hiciera ilusiones acerca de la calidad de su trabajo. Si le pareció bueno en el primer instante y en el ardor de la composición, no tardó en reconocer su error, y la Biblia manifiesta claramente las expresiones de su descontento que llega con frecuencia al desagrado, y algunas veces hasta a la cólera. Jamás artista alguno tuvo para sus producciones industriales mayor desprecio y aversión. Pensó en destruirlas, y, efectivamente, ahogó la mayor parte. El Diluvio, cuyo recuerdo ha sido conservado por los judíos, por los griegos y por los chinos, preparó una postrera decepción al desgraciado demiurgo, quien, reconociendo bien pronto la inutilidad y el ridículo de semejante violencia, cayó en una especie de desaliento y abandono, cuyos progresos no han cesado desde Noé hasta nuestros días, extremándose más cada vez. Pero observo que me precipito. Es un inconveniente en estos vastos asuntos no poder contenerse. Nuestro espíritu, cuando en ellos se engolfa, se parece a esos hijos de los soles que pasan de un solo salto de un universo a otro.

»Volvamos, pues, al Paraíso terrenal, en donde el demiurgo había colocado dos vasijas labradas por su mano. Adán y Eva no vivían solos en absoluto entre animales y plantas. Los espíritus del aire, creados por los demiurgos del fuego, flotaban por encima de ellos y los miraban con una curiosidad en la que se mezclaban la simpatía y la compasión. Esto era lo que Jehová había previsto. Apresurémonos a decirlo en alabanza suya: había contado, para mejorar y perfeccionar sus maniquíes de arcilla, con los genios del fuego, a los cuales podemos, de aquí en adelante, darles sus verdaderos nombres de elfos y de salamandras. En su prudencia se había dicho: «Mi Adán y mi Eva, opacos y encerrados en arcilla, carecen de aire y de luz. Yo no he sabido darles alas. Pero, uniéndose a los elfos y a las salamandras, creados por un demiurgo más poderoso y más sutil que yo, engendrarán hijos que, procedentes tanto de razas luminosas como de la arcilla, engendrarán, a su vez, hijos más luminosos que ellos mismos, hasta que, al final, su posteridad iguale casi en belleza a los hijos y a las hijas del aire y del fuego.»

»Y, a decir verdad, Jehová no había descuidado nada para atraer sobre su Adán y su Eva las miradas de los silfos y de las salamandras. Había modelado a la mujer en forma de ánfora con una armonía de líneas curvas que bastaría para que se le reconociera como príncipe de los geómetras, consiguiendo salvar la rudeza de la materia por la magnificencia de la forma. A Adán le había esculpido con mano menos suave, pero más enérgica, formando su cuerpo con tanto orden y dándole proporciones tan perfectas que, aplicadas más tarde por los griegos a la arquitectura, produjeron la belleza de sus monumentos.

»Ya veis, pues, hijo mío, cómo Jehová se había aplicado, según sus medios, a hacer a sus criaturas dignas de los besos aéreos, con los que contaba para ellas. No insisto acerca de las precauciones que adoptó o tuvo presente para hacer fecundas tales uniones. La

conformación de los sexos atestiguaba bastante su sabiduría respecto a este particular. Así, pues, al principio hubo de felicitarse de su propia existencia y de su destreza. Ya se ha dicho que los silfos y las salamandras contemplaron a Adán y a Eva con esa curiosidad, esa simpatía y esa ternura que son los primeros ingredientes del amor. Se acercaron, pues, a ellos, cayendo en los lazos ingeniosos que Jehová les había tendido, distribuyéndolos hábilmente en el cuerpo y sobre el vientre de aquellas dos ánforas. El primer hombre y la primera mujer gustaron durante siglos y siglos de las caricias deliciosas de los genios del aire, que los conservaron en una juventud eterna.

»Tal fue su suerte y tal sería aún la nuestra. ¿Por qué razón los padres del género humano, acostumbrados a tan sublimes voluptuosidades, fraguaron entre sí placeres criminales? ¡Qué deciros, hijo mío!; moldeados con arcilla, sintieron las atracciones del fango. ¡Qué desgracia! Se acoplaron uno con otro como se habían acoplado con los genios.

»Eso es precisamente lo que el demiurgo les había en absoluto prohibido. Temiendo, con razón, que tuviesen hijos duros como ellos, terrosos y pesados, les había prohibido, bajo las penas más severas, acercarse el uno al otro. Tal es el sentido de estas palabras de Eva: «Dios nos ha mandado no comer, ni aun tocarlo siquiera, del fruto del árbol que está en medio del Paraíso, temiendo que nos viésemos en peligro de morir.»

Porque debéis comprender, hijo mío, que la manzana que probó la desdichada Eva no era el fruto de un manzano, y que ésta no es más que una alegoría, de la que yo os he revelado el sentido. Aunque imperfecto y algunas veces violento y caprichoso, Jehová era un demiurgo demasiado inteligente para enojarse con motivo de una manzana o de una granada. Es preciso ser obispo o capuchino para sostener cosas tan extravagantes. Y la prueba de que la manzana era lo que yo he dicho, es que Eva recibió un castigo apropiado a su falta. No se le dijo: «Tú digerirás laboriosamente», sino «Tú parirás con dolor». Ahora bien: ¿qué relación puede establecerse, os pregunto, entre una manzana y un parto difícil? Por el contrario, la pena está exactamente aplicada, si la falta es tal y como yo os la he dado a conocer.

»He aquí, hijo mío, la verdadera explicación del pecado original. Ella os enseña vuestro deber de manteneros alejado de las mujeres. La inclinación que os arrastra a ellas es funesta. Todos los hijos que nacen por esa vía son imbéciles y miserables.

-Pero, caballero -exclamé yo estupefacto-, ¿podría nacerse por otra vía?

-Nacen, afortunadamente -me contestó-, un gran número de la unión de los hombres con los genios del aire. Y los que nacen de esas uniones son inteligentes y bellos. Así nacieron los gigantes de quienes hablan Hesiodo y Moisés. Así nació Pitágoras, al cual la salamandra, que fue su madre, lo dotó de un muslo de oro. Así nacieron Alejandro el Grande, a quien se tenía por hijo de Olimpias y de una serpiente; Escipión el Africano, Aristómenes de Messenia, Julio César, Porfirio, el emperador Juliano, que restableció el culto del fuego, abolido por Constantino el Apóstata; Merlín el Encantador, nacido de un silfo y de una monja hija de Carlomagno; santo Tomás de Aquino; Paracelso y, más recientemente, Van Helmont.

Yo prometí al señor de Astarac, en vista de todo eso, ceder al trato amoroso de una salamandra, si hubiese alguna bastante obsequiosa que gustara de mí. El señor de Astarac me aseguró que encontraría, no una sino veinte o treinta, entre las cuales no tendría más dificultad que la de elegir. Y menos deseoso de intentar la aven tura que de complacerle, pregunté al filósofo cómo era posible ponerse en comunicación con esos seres aéreos.

Librodot

-Nada más fácil -me respondió-. Basta una bola de vidrio, de la cual yo os explicaré el uso. Guardo en mi casa gran número de esas bolas, y luego, en mi gabinete, os daré todas las aclaraciones necesarias. Pero ya es bastante por hoy.

Y, levantándose, dirigióse hacia la barca, donde el barquero nos esperaba tendido panza arriba y roncando a la luna. Cuando hubimos llegado a la orilla, se alejó rápidamente, y no tardó en perderse entre las sombras de la noche.

* * *

Sólo me quedaba de aquella larga conferencia la sensación confusa de un sueño; el recuerdo de Catalina me impresionaba más. A despecho de las sublimidades que acababa de oír, sentía grandes deseos de verla, aun cuando no había cenado. Las ideas del filósofo no penetraron lo suficiente en mis sentidos para lograr que me pareciese repugnante aquella linda moza. Estaba resuelto a gozar por completo de mi buena fortuna antes de unirme con alguna de esas bellas furias del aire que no toleran rivales terrestres. Hallábame temeroso de que, a una hora tan avanzada de la noche, Catalina se hubiera cansado de aguardarme. Avancé a lo largo del río, y pasando a galope el puente Real, me interné en la calle de Bac. En un minuto estuve en la de Grenelle, donde pude escuchar ruido de voces mezclado con el que produce el choque de espadas. El ruido procedía, precisamente, de la casa que Catalina me había descrito. Allí, sobre el empedrado, se agitaban sombras y linternas, y se oían voces:

-¡Socorro! ¡Jesús! ¡Que me asesinan! ¡Aquí, al capuchino! ¡Valiente! ¡Pinchadle!... ¡Jesús, María, amparadme!... ¡Ved qué lindo rufián!... ¡Aquí, aquí, pinchadle!... ¡Pinchad, bribones, pinchad con brío!...

Las ventanas de las casas próximas se abrieron, apareciendo en ellas cabezas tocadas con gorros de dormir.

De pronto aquella barahúnda tumultuosa cruzó ante mí, como pasa una cacería en un bosque, y reconocí al hermano Ángel corriendo con tal velocidad que sus sandalias apenas tocaban el suelo, mientras tres corpulentos lacayos, armados como suizos, iban a su alcance, tan de cerca, que le mechaban la piel con las puntas de sus alabardas. Su dueño, un joven hidalgo, rechoncho y coloradote, no cesaba de animarlos con la voz y con el gesto, como si fueran perros.

-¡Firme! ¡Firme! ¡Pinchadle! La bestia es dura. Cuando llegó junto a mí, le dije:

-¡Ah, caballero, no tenéis piedad!

-Señor -me respondió-, pensaríais de otro modo si un capuchino acariciase a vuestra querida, como yo he sorprendido a esta señora en los brazos de ese animal hediondo. Tolero al contratista porque de todo hay que vivir. Pero a un capuchino sucio no es posible tolerarlo. ¡Que arda la muy sinvergüenza!

Y me mostraba a Catalina en camisa, a la puerta de su casa, con los ojos llenos de lágrimas, despeinada, retorciéndose los brazos, más bella que nunca y murmurando con una voz dolorida que me destrozaba el alma:

-¡No le matéis! Es el hermano Ángel; ¡es el hermanito!...

Los bigardos lacayos regresaron, diciendo que dejaron de perseguir al capuchino porque se acercaba la ronda, pero no sin haber hundido antes la punta de sus alabardas en las posaderas del santo varón. Los gorros de dormir desaparecieron de las ventanas, las

cuales se cerraron, y mientras el joven hidalgo hablaba con sus servidores, yo me acerqué a Catalina, cuyas lágrimas llegaban resbalando hasta el lindo hoyuelo de su sonrisa.

-El pobre hermano se ha salvado -me dijo-. Pero temí mucho por él. Los hombres son terribles. Cuando se encelan no atienden razones.

-Catalina -le dije yo bastante amostazado-. ¿Sólo me habéis hecho venir para que asistiese a la contienda de vuestros amantes? Vos no me habíais hablado de ese joven hidalgo.

-Ni siquiera pensaba en él. Ha venido de repente.

-Y os ha sorprendido con el hermano Ángel.

-Ha creído ver lo que no era. Es un loco, incapaz de reflexión.

Su entreabierta camisa dejaba ver, tras los encajes, un seno redondo y duro, como un hermoso fruto florido con un capullo naciente. La oprimí entre mis brazos cubriendo su pecho de besos.

-¡Cielos -gritó ella-, en la calle! ¡Delante del señor de Anquetil, que nos observa!...

-¿Quién es ese señor de Anquetil?

-¡El martirizador del hermano Ángel, pardiez! ¿Qué otro queríais que fuera?

-Es verdad, Catalina, que no hace falta más; vuestros amigos, los que gozan de vuestros favores, ya son más que suficientes.

-Señor Jacobo, no me insultéis, os lo suplico.

-No os insulto, Catalina; reconozco vuestros atractivos, a los cuales quisiera rendir el mismo homenaje que tantos otros rinden.

-Caballero Jacobo, lo que estáis diciendo apesta a cien leguas al figón de vuestro buen padre.

-Estabais, no ha mucho, bien satisfecha, señorita Catalina, de oler la chimenea...

-¡Fuera de aquí, villano! ¡Patán! ¡Ultrajar a una mujer!

Comenzando a chillar y a agitarse, llamó la atención del señor de Anquetil, quien apartándose de sus servidores y llegándose a nosotros la empujó hacia adentro llamándola bribona y desvergonzada y entró tras ella dándome con la puerta en las narices.

* * *

El recuerdo de Catalina absorbió toda mi atención durante la semana que siguió a tan en fadosa aventura. Su imagen se me aparecía, brillante y pudibunda, hasta en las hojas de los infolios, sobre los cuales me encorvaba en la biblioteca junto a mi buen maestro, y Photius, Olimpiodoro, Fabricio y Vosio no me hablaban más que de una señorita con camisa de encajes. Aquellas visiones me inclinaban a la molicie. Pero indulgente para con los demás como para consigo mismo, el señor Jerónimo Coignard sonreía bondadoso a mi turbación y a mis distracciones.

-Jacobo Daleyuelta -me dijo un día mi excelente maestro-, ¿no os asombran las variaciones de la moral a través de los siglos? Los libros reunidos en esta admirable Astaraciana atestiguan la incertidumbre de los hombres respecto a este punto. Si hago esta reflexión, hijo mío, es porque deseo arraigar en vuestro espíritu la idea sólida y saludable de que no puede haber buenas costumbres aparte de la religión, y que las máximas de los filósofos, pretendiendo instituir una moral natural, sólo son humoradas y pamplinas. La razón de las buenas costumbres no se encuentra en la Naturaleza, que es, por sí misma,

indiferente e ignorante del bien y del mal. Esa razón está en la palabra divina, y quien la viola debe arrepentirse convenientemente. Las leyes humanas están fundadas tan sólo en la utilidad, y esta utilidad sólo puede ser aparente e ilusoria, por cuanto no se sabe lo que es útil a los hombres, ni lo que en realidad les conviene. Todavía existen en nuestros libros de fueros muchos artículos que sólo deben su existencia al prejuicio. Sostenidas por la amenaza del castigo, las leyes humanas pueden ser eludidas con astucia y disimulo. Todo hombre capaz de reflexión está por encima de ellas. Esas leyes son cepos de incautos.

»No sucede lo mismo con las leyes divinas. Estas son imprescindibles, ineluctables y permanentes. Su absurdo es sólo aparente y oculta una sabiduría inconcebible. Si algunas veces hieren nuestra razón es porque son superiores y están de acuerdo con los verdaderos fines del hombre y no con fines aparentes. Conviene, pues, observarlas cuando se ha tenido la dicha de conocerlas. Sin embargo, yo no dejo de convenir en que la observancia de esas leyes contenidas en el Decálogo y en los Mandamientos de la Iglesia, es difícil, la mayor parte del tiempo, y aun imposible, sin la gracia que se hace a veces esperar, puesto que es un deber esperarla. Por lo cual somos pobres pecadores.

»Y es precisamente ahí en donde hay que admirar la religión cristiana, que funda principalmente la salvación en el arrepentimiento. Es de advertir, hijo mío, que los más grandes santos son penitentes arrepentidos, y como el arrepentimiento es proporcionado a la falta, es en los más empedernidos pecadores donde se encuentra la materia de los santos más famosos. Yo podría ilustrar esta doctrina con gran número de admirables ejemplos. Pero ya he dicho bastante para haceros apreciar que son primera materia de la santidad la concupiscencia, la incontinencia, todas las impurezas de la carne y del espíritu. Importa solamente, después de haber amasado esta materia, moldearla según el arte teológico, dándole, por decirlo así, figura de penitencia, lo cual es obra de algunos años, de algunos días o de un solo instante, cuando la contrición es perfecta. Jacobo Dalevuelta, si me habéis entendido bien, no os agotaréis en cuidados miserables para llegar a ser un hombre honrado, sino aplicándolos únicamente para satisfacer a la justicia divina.

Yo no dejé de comprender la alta sabiduría encerrada en las máximas de mi excelente maestro. Temía únicamente que aquella moral, en el caso de ser practicada sin discernimiento, pudiese conducir a un hombre a los mayores desórdenes. Hice partícipe de mis dudas al señor Jerónimo Coignard, quien me tranquilizó con estas palabras:

-Jacobo Dalevuelta, no pusisteis cuidado en lo que os dije intencionadamente. Lo que vos llamáis desórdenes no lo son, en efecto, más que en la opinión de los legistas y de los jueces, tanto civiles como eclesiásticos, y con relación a las leyes humanas, arbitrarias y transitorias; en una palabra: conducirse conforme a esas leyes, resulta propio de almas corderiles. Un hombre de ingenio no se jacta de proceder según los principios y reglas en uso en el Châtelet y en la oficina del provisor eclesiástico. Se preocupa solamente de su salvación, y no se cree deshonrado dirigiéndose al cielo por las sendas tortuosas que recorrieron los grandes santos. Si la bienaventurada Pelagia no hubiera ejercido la misma profesión de que vive Juanita, la gaitera, bajo el pórtico de San Benito, esa santa no tuviera ocasión de hacer una amplia y copiosa penitencia, y es muy probable que después de vivir como una matrona vulgarmente honesta, no tocaría el salterio, en el momento en que os hablo, ante el Tabernáculo, donde el Santo de los Santos reposa en su gloria. ¿Llamáis desorden a una tan bella ordenanza de una vida predestinada? Es preciso dejar esos juicios groseros para el señor teniente de Policía, quien, después de su muerte, no encontrará tal vez un rincón junto a las desgraciadas a las cuales arrastra ignominiosamente al hospital. Aparte de la pérdida del alma y de la condenación eterna, nadie podría ver desorden, ni

Librodot

crimen, ni mal alguno en este mundo perecedero, donde todo debe arreglarse y ajustarse aspirando al mundo divino. Reconoced, pues, Dalevuelta, hijo mío, que los actos más reprensibles en opinión de los hombres pueden conducir a un buen fin, y no tratéis de conciliar la justicia humana con la de Dios, la única verdadera, no en nuestro sentir, sino por principio. Ahora me dejaréis muy agradecido, hijo mío, buscando en Vosio la significación de cinco o seis términos oscuros que emplea el Panopolitano, con el cual es preciso luchar en las tinieblas del modo insidioso que asombraba hasta el aguerrido corazón de Áyax, según cuenta Hornero, príncipe de los poetas y de los historiadores. Aquellos viejos alquimistas escribían en estilo áspero; Manilio, que no disgusta al señor de Astarac, trataba de los mismos asuntos con mayor elegancia.

Apenas mi buen maestro había pronunciado estas palabras, cuando una sombra se alzó entre ambos. Era la del señor de Astarac, o más bien era el mismo señor de Astarac, tenue y negro como una sombra.

Ya fuese que no hubiera escuchado esta conversación, ó que la desdeñara, lo cierto es que no dejó entrever ningún resentimiento. Por el contrario, felicitó al señor Jerónimo Coignard por su celo y por su saber, agregando que contaba con sus luces para la conclusión de la más grande obra que hombre alguno había hasta entonces intentado. Después, volviéndose hacia mí, dijo:

-Hijo mío, os ruego que bajéis un instante a mi aposento, donde quisiera comunicaros un secreto dé importancia.

Seguíle a la habitación en que nos había recibido por primera vez a mi buen maestro y a mí el día que nos admitió a su servicio. Allí encontré, alineados contra las paredes, los viejos egipcios de rostro de oro. Un globo de vidrio, del tamaño de una calabaza, estaba colocado sobre la mesa. El señor de Astarac se dejó caer sobre un sofá, indicándome que me sentara frente a él, y habiéndose pasado dos o tres veces la mano por la frente -una mano cargada de pedrería y de amuletos-, me dijo:

-Hijo mío, yo no os hago la injuria de creer que después de nuestra conversación en la isla de los Cisnes os queda la menor duda acerca de la existencia de los silfos y de las salamandras, tan real como la de los hombres, y hasta pudiera decirse que mucho más, midiendo la realidad por la duración de las apariencias que la señalan, porque su vida es bastante más larga que la nuestra. Las salamandras pasean de siglo en siglo su inalterable juventud; algunas han visto a Noé, a Menes y a Pitágoras. La riqueza de sus recuerdos y la frescura de su memoria hacen que su conversación sea sumamente atractiva. Se ha pretendido también que adquieren la inmortalidad en los brazos de los hombres y que la esperanza de no morir las conduce hasta el lecho de los filósofos. Pero éstas son mentiras que no pueden seducir a un espíritu reflexivo. Toda unión de sexos, lejos de asegurar la inmortalidad a los amantes, es un signo de muerte, y no conoceríamos el amor si debiéramos vivir siempre. No se conciben de otro modo las salamandras, las cuales buscan entre los brazos de los sabios una sola especie de inmortalidad: la de la raza. Ésta es también la única que razonablemente debemos desear para los hombres. Y, aun cuando yo me prometo, con el auxilio de la ciencia, prolongar de una manera notable la vida humana, y extenderla a cinco o seis siglos por lo menos, jamás me he vanagloriado de asegurar indefinidamente su duración. Sería insensata toda empresa contra el orden natural. Rechazad, pues, hijo mío, como fabulosa, la idea de esa inmortalidad alcanzada en un beso. Solamente haberla imaginado es el desdoro de muchos cabalistas. Sin embargo, no es menos verdad que las salamandras son inclinadas al amor de los hombres. Vos haréis la experiencia inmediata. Ya os he preparado suficientemente para su visita, y puesto que, a

Librodot

contar desde la noche de vuestra iniciación, no habéis tenido comercio impuro con ninguna mujer, vais a recibir el premio de vuestra continencia.

Mi ingenuidad natural sufría bastante al recibir alabanzas merecidas a pesar mío, y hasta tuve intención de confesar al señor de Astarac mis culpables pensamientos. Pero no me dio tiempo para confesárselos, pues en seguida repuso con vivacidad:

-Sólo me falta, hijo mío, entregaros la llave que os abrirá el imperio de los genios. Eso es lo que voy a hacer inmediatamente.

Y levantándose, acercóse a la mesa y puso la mano sobre el globo que ocupaba la mitad de aquélla.

-Este globo -agregó- está lleno de un polvo solar que escapa a vuestras miradas por su propia pureza, siendo excesivamente fino para que lo perciban los sentidos groseros de los hombres. Es así, hijo mío, cómo las más bellas partes del universo se esconden a nuestra mirada y sólo se revelan al sabio provisto de aparatos apropiados para descubrirlas. Los ríos y las campiñas del aire, por ejemplo, permanecen invisibles para vos, aunque en realidad su aspecto sea mil veces más rico y más variado que el más bello paisaje terrestre.

»Sabed, pues, que se encuentra en ese globo un polvo solar soberanamente propio para exaltar el fuego que existe en nuestro ser. Y el efecto de esa exaltación no se hace esperar mucho. Produce una sutilidad tal en los sentidos, que nos permite ver y h asta palpar las figuras aéreas que flotan en derredor nuestro. Tan pronto como hayáis roto el sello que cierra el orificio de este globo y respirado el polvo solar que de él se escapará, descubriréis en esta habitación una o muchas criaturas semejantes a las mujeres por el sistema de líneas curvas que forman su cuerpo, pero mucho más bellas que lo fue jamás mujer alguna, y que son, efectivamente, salamandras. Sin duda, la que vi el pasado año en el figón de vuestro padre se os aparecerá la primera, por cuanto gusta de vos, y os aconsejo que satisfagáis inmediatamente sus deseos. Así, pues, acomodaos en ese sillón, delante de esa mesa; destapad el globo y respirad suavemente su contenido. Bien pronto veréis realizarse, punto por punto, cuanto he anunciado. Aquí os dejo. Adiós.

Y desapareció a su modo, que era extrañamente repentino. Quédeme solo ante el globo de cristal, dudando si destaparlo por temor de que pudiera escaparse de él alguna emanación aletargadora. Pensaba que quizá el señor de Astarac había introducido arteramente en el globo vapores que adormecen a quien los respira, haciéndoles soñar con las salamandras. Yo no era todavía bastante filósofo para desear dichas fingidas. «Tal vez -me dije- esos vapores predispongan a la locura.» Mi desconfianza me hizo pensar un momento en ir a la biblioteca y aconsejarme con el señor abate Coignard, mi buen maestro. Pero inmediatamente comprendí que sería una precaución inútil. En cuanto le hablara de polvo solar y de genios del aire, me respondería: «Jacobo Dalevuelta, acordaos, hijo mío, de que jamás debe prestarse crédito a lo absurdo, y que sólo debéis acudir a vuestro criterio en todos los asuntos, excepto en los de nuestra santa religión. Dejadme, pues, de globos, de polvos y de todas las demás locuras de la cabala y del arte espagírico.»

Creía oír ya este breve discurso, pronunciado entre dos tomas de rapé, y no sabía qué responder a un lenguaje tan cristiano. Por otra parte, consideraba de antemano en qué aprieto me pondría el señor de Astarac en cuanto me pidiera noticias de la salamandra. ¿Qué responderle? ¿Cómo confesarle mi reserva y mi abstracción, sin declarar al mismo tiempo mi desconfianza y mi miedo? También, a pesar mío, sentíame deseoso de intentar la aventura. No soy crédulo. Tengo, por el contrario, una propensión maravillosa a la duda, y esta inclinación me impulsa a desconfiar del sentido común y hasta de la evidencia como de lo demás. A todo lo que me dicen extraño, me pregunto: «¿Por qué no?» Ese «¿por qué

Librodot

no?» turbaba frente al globo m i inteligencia natural. Ese «¿por qué no?» me inclinaba a la credulidad, y es interesante advertir en esta ocasión que no creer nada es creerlo todo, y que no debe conservarse el entendimiento demasiado asequible por temor de que lo invadan aventuras de un género extravagante, impropias de inteligencias razonables y creyentes. Mientras con la mano colocada en el sello de cera recordaba lo que mi madre me había referido de las botellas mágicas, mi «¿por qué no?» me insinuaba que acaso fuera cierto que a través de los polvos del sol apareciesen las hadas aéreas. Pero cuando esta idea, después de haber penetrado en mi espíritu, parecía dispuesta a fijarse en él, ofrecióseme como absurda y grotesca. Las ideas, cuando se imponen, se hacen pronto impertinentes. La mayoría, sólo por ser pasajeras, resultaban agradables, y decididamente aquélla presentaba visos de locura. En tanto que me preguntaba: «¿Abriré? ¿No abriré?», el sello de cera, oprimido por mis dedos, se rompió de pronto, destapándose ante mí el frasco.

Esperé, observé. No vi nada, no sentí nada. ¡Aquello me desilusionó! ¡De tal modo la esperanza de sobrepujar a la Naturaleza se desliza pronta y hábilmente en nuestras almas! ¡Nada, ni aun siquiera una vaga y confusa ilusión, ni una confusa imagen! Sucedía lo que había previsto. ¡Qué decepción! Experimenté una especie de despecho. Arrellanado en mi sillón, me juré ante aquellos egipcios de rasgados ojos negros que me rodeaban cerrar mejor mi alma en lo sucesivo a las mentiras de los cabalistas. Reconocí, una vez más, la sabiduría de mi buen maestro, y resolví, a ejemplo suyo, guiarme por la razón en todos los asuntos que no interesaran a la fe cristiana y católica. Esperar la visita de una señora salamandra, ¡qué simpleza! ¿Es posible que haya salamandras? Pero ¿quién sabe? Y «¿por qué no?»

El ambiente, ya bochornoso, después del mediodía, era sofocante. Aletargado por mi larga y tranquila reclusión, sentí un peso enorme sobre mi frente y sobre mis párpados. La proximidad de una tormenta me acabó de abatir. Dejé caer mis brazos, y con la cabeza vencida sobre el respaldo del sillón y los ojos cerrados, caí en una especie de somnolencia poblada de egipcios de oro y de sombras lascivas. Aquel estado incierto, durante el cual el sentido del amor lucía únicamente en mí como una llama en la noche, duró un tiempo que no puedo precisar; despertóme un leve ruido de pasos y crujir de telas. Abrí los ojos lanzando un grito.

Una maravillosa criatura estaba en pie delante de mí, vistiendo traje de raso negro y tocada con una cofia de encajes. Era morena, de ojos azules, de líneas firmes de carne juvenil y pura, con las mejillas risueñas y la boca animada por una invisible caricia. Su falda corta dejaba ver unos pies pequeños, atrevidos y juguetones. Era esbelta, bien redondeada y un tanto maciza en su perfección voluptuosa. Se veía, bajo la cinta de terciopelo que ceñía su cuello, una escultural garganta, morena y brillante. Me contemplaba con expresión curiosa.

Ya he dicho que mi sueño me había predispuesto al amor. Me levanté, abalanzándome a ella.

-Perdonadme -dijo-, buscaba al señor de Astarac.

-Ha salido el señor de Astarac. Estamos aquí solos, y os esperaba. Sois una salamandra. He abierto el frasco de cristal. Habéis venido y, por consiguiente, sois mía.

La oprimí entre mis brazos, cubriéndola de besos.

Ella se desprendió, diciéndome:

-Estáis loco.

-Eso es muy natural -respondí-. ¿Quién no lo estaría en mi caso?

Ella bajó los ojos, ruborizóse y sonrió.

-Puesto que el señor de Astarac n o está aquí -dijo-, voy a retirarme...

-Quedaos -exclamé corriendo el cerrojo.

-¿Sabéis si vendrá pronto?

-No, señora; no vendrá en mucho tiempo. Me ha dejado solo con las salamandras. Yo no quiero más que una y ésa sois vos. La oprimí entre mis brazos, la llevé hasta el sofá, desplomándome con ella y cubriéndola de besos. En aquel instante yo mismo no me reconocía. Ella gritaba, pero yo no la escuché. Sus manos abiertas me rechazaban, sus uñas me arañaban y sus vanas defensas exaltaban mis deseos. Yo la estrujaba, la envolvía, derribándola y desnudándola. Su cuerpo, rendido ya, cedió. Se cerraron sus ojos. Bien pronto sentí, en el entusiasmo de mi triunfo, que sus hermosos brazos, reconciliándose conmigo, me oprimían contra su pecho.

Después, desligados ya de tan deliciosos lazos, nos contemplamos con sorpresa. Ella callaba, remediando el desorden de su traje.

-Os adoro -le dije-. ¿Cómo os llamáis? No imaginé que fuese una salamandra, y, a decir verdad, no lo hubiera creído nunca.

-Me llamo Jahel -me contestó.

-¿Cómo? ¿Sois la sobrina de Mosaide?

-Sí, pero calladlo. Si él supiera...

-¿Qué haría?

-¡Oh! A mí, nada absolutamente. Pero a vos, todo el daño posible. Odia a los cristianos.

-¿Y vos?

-¡Oh! Yo odio a los judíos.

-Jahel, ¿me amáis un poco?

-Me parece, caballero, que después de lo que acaba de suceder vuestra pregunta es una ofensa.

-Es verdad, señorita. Pero trato de hacerme perdonar una ligereza y un ardor que no contaron con vuestra voluntad.

-¡Oh, caballero, no os finjáis más culpable de lo que sois! Toda vuestra violencia y todos vuestros ardores a nada condujeran si no me hubieran agradado. Hace un momento, al veros dormido en ese sillón, me seducíais; aguardé a que despertarais y ya sabéis lo demás.

Le respondí con un beso, que me fue devuelto. ¡Qué beso! Creía sentir que las fresas del bosque se deshacían en mi boca. Mis deseos se reanimaron y la estreché ardientemente contra mi corazón.

-Esta vez -me dijo- sed menos impulsivo y pensad en vos. No hay que ser egoísta. Los jóvenes ignoran esto, pero se les acostumbra.

Y nos sumergimos de nuevo en el abismo de los deleites. Después de lo cual, la divina Jahel me dijo:

-¿Tenéis un peine? Estoy despeinada, como una bruja.

-Jahel -le respondí-, no tengo peine alguno; yo esperaba una salamandra. Os adoro.

-Adoradme, amigo mío; pero sed discreto. No conocéis a Mosaide.

-¿Cómo, Jahel? ¿Es tan terrible a los ciento treinta años, de los cuales pasó setenta y cinco en una pirámide?

-Veo, amigo mío, que también os han contado esa inverosímil historia y que la creísteis cándidamente. Nadie conoce su edad; yo también la ignoro; le conocí siempre viejo. Sé únicamente que es robusto y que posee una fuerza nada frecuente. Era banquero en Lisboa, y tuvo la desgracia de matar a un cristiano, a quien sorprendió con su esposa

Myriam. Huyó llevándome consigo. Desde entonces me quiere con la ternura de una madre. Me dice cosas que sólo se dicen a los niños, y llora viéndome dormir.

-¿Vivís con él?

-Sí; en el pabellón del guarda, al otro extremo del parque.

-Conduce allí el sendero de las Mandrágoras. ¿Cómo no os he encontrado antes? ¿Por qué suerte funesta, viviendo tan próximo a vos, he vivido sin veros? Pero ¿qué digo vivir? ¿Acaso viví mientras no os conocía? ¿Vivís encerrada en ese pabellón?

-Es verdad; estoy tan recluida, que no puedo ir, como quisiera, a los paseos, a los almacenes y a la comedia. El cariño de Mosaide me priva de toda libertad. Me guarda como un celoso, y redujo sus afectos a seis tacitas de oro que trajo de Lisboa y a mí. Como le intereso más de lo que supo interesarle mi tía Myriam, os mataría, amigo mío, de mejor gana que mató al portugués. Os lo advierto, para que os mostréis discreto. ¿Sois hijo de familia noble, amigo mío?

-¡Por desgracia, no! -respondí-. Mi padre se dedica a un arte mecánico y a una especie de negocio.

-¿Tal vez sea un comerciante rico? ¿No? Es lástima. Será preciso quereros por vuestras cualidades. Ahora decidme la verdad: ¿el señor de Astarac n o vendrá pronto?

Ante este nombre y esta pregunta, una duda horrible cruzó mi mente. Suponía que la encantadora Jahel me había sido enviada por el cabalista para desempeñar junto a mí el oficio de salamandra. Y hasta supuse que sería la ninfa de aquel viejo loco. Para salir de dudas, le pregunté bruscamente si acostumbraba hacer de salamandra en el castillo.

-No os entiendo -me contestó, mirándome con ojos que revelaban una inocente sorpresa-. Vos habláis como el mismo señor de Astarac, y hasta os creyera atacado de su manía si no hubiese comprobado que no participáis de la aversión que le inspiran las mujeres. No puede sufrir ninguna, y es para mí una verdadera molestia verle y hablarle. Sin embargo, venía buscándole.

Con la alegría que me produjeron las tranquilizadoras palabras de Jahel, la cubrí de besos. Ella procuró mostrarme las hebillas de diamantes de las ligas que sujetaban sobre sus rodillas las medias negras, cuya contemplación sumergió nuevamente mi espíritu en ideas muy gratas. Además de esto, me solicitó con tanta astucia como ardor, y advertí que ella se animaba más a medida que yo iba sintiéndome fatigado. Sin embargo, hice cuanto pude para ahorrar a tan hermosa joven la afrenta que menos merecía. Y me parece que no quedó descontenta de mí. Levantóse tranquilamente, y me dijo:

-¿Realmente no sabéis si el señor de Astarac volverá pronto? Debo confesaros que vine a pedirle, a cuenta de la pensión que debe a mi tío, una pequeña cantidad que de momento me hace mucha falta.

Saqué de mi bolsa tres escudos, suplicándole que me hiciera el favor de admitirlos. Era cuanto me quedaba de las liberalidades del cabalista, quien, haciendo alarde de despreciar el dinero, desgraciadamente se olvidaba de pagarme mi salario.

Luego pregunté a la señorita Jahel si me concedería la dicha de volver a verla.

-Sin duda -me contestó.

Y convinimos en que ella subiría por la noche a mi aposento cuantas veces pudiera escaparse del pabellón en que vivía recluida.

-Tened presente -le dije- que mi puerta es la cuarta, a la derecha, en el corredor, y que la quinta es la del señor abate Coignard, mi excelente maestro. Las demás -añadí- dan acceso a los desvanes, donde se albergan dos o tres pinches de cocina y algunos centenares de ratas.

Jahel me aseguró que procuraría no equivocarse, llamando a mi puerta y no otra.

-Por lo demás -continuó diciéndome-, vuestro abate Coignard me parece un excelente sujeto. Creo que no debemos temer nada de él. Lo vi por un ventanillo el día en que fuisteis a visitar a mi tío. Me pareció muy amable, aun cuando no entendí nada de cuanto dijo. Su nariz, especialmente, revela en él capacidad e ingenio. El poseedor de semejante nariz debe de ser hombre de recursos y deseo conocerlo. Se aprende siempre algo junto a las personas de talento. Es para mí de lamentar que haya desagradado a mi tío por la rudeza de sus palabras y por su carácter burlón. Mosaide le odia, y tiene para el odio una capacidad de la que un cristiano no puede formarse idea.

-Señorita -le respondí yo-, el señor abate Jerónimo Coignard es un hombre muy sabio, y tiene además filosofía y benevolencia. Conoce el mundo, y acertáis al juzgarle buen consejero. Yo me rijo por los consejos que me da con frecuencia. Pero respondedme: ¿no me visteis a mí también aquel día en el pabellón, desde el ventanillo de que antes hablabais?

-Os vi -me dijo-, y no os ocultaré que me impresionasteis. Ya es hora de volver a casa de mi tío. Adiós.

El señor de Astarac no dejó de pedirme por la noche, después de cenar, noticias de la salamandra. Su curiosidad me fue un tanto embarazosa. Le respondí que el encuentro había superado mis esperanzas, pero que juzgaba de mi deber encerrarme en una discreción conveniente a esta clase de aventuras.

-Esa discreción, hijo mío -me dijo-, no es tan útil en vuestro caso como podéis suponer. Las salamandras no exigen secreto acerca de amores por los cuales no tienen que avergonzarse. Una de esas ninfas, que me ama, no se permite otro pasatiempo durante mis ausencias que grabar mi inicial, enlazada con la suya, en la corteza de los árboles, como podéis comprobarlo examinando el tronco de cinco o seis pinos, cuyas altivas copas se descubren desde aquí. Pero, ¿no habéis advertido, hijo mío, que esta clase de amores, verdaderamente sublimes, lejos de producir alguna fatiga, comunican al corazón un nuevo vigor? Estoy seguro de que después de lo que ha pasado emplearéis toda la noche traduciendo lo menos sesenta páginas de Zósimo el Panopolitano.

Yo le confesé que, por el contrario, experimentaba un gran deseo de entregarme al sueño, cosa que él atribuyó al atolondramiento que me había producido la primera entrevista. Así, aquel gran hombre convencióse de mi comercio carnal con una salamandra. Yo sentía algún escrúpulo engañándole, pero vime obligado a ello; pero como él se engañaba a sí mismo de un modo tan lamentable, no era fácil aumentar mucho sus fantasías. Fuime a la cama tranquilamente, y cuando estuve acostado apagué la luz, poniendo fin al más hermoso de mis días.

* * *

Jahel cumplió su palabra. Dos noches después llamó a mi puerta. Estábamos más tranquilos y más cómodos en mi habitación que lo habíamos estado en el gabinete del señor de Astarac, y lo que pasó en él cuando nos conocimos no fue más que un juego de niños comparado con los deleites que el amor nos inspiró en aquella segunda entrevista. Jahel se desprendió de mis brazos, jurándome mil y mil veces que volvería muy pronto a buscarme y llamándome «su alma, su vida y su amor».

Me levanté bastante tarde aquel día. Cuando bajé a la biblioteca, ya estaba en ella mi maestro sobre el papiro de Zósimo, con su pluma en una mano y su lente en la otra, digno de ser admirado por quien supiera estimar las bellas letras.

-Jacobo Dalevuelta -me dijo-, la principal dificultad de la escritura consiste en que hay muchas letras que pueden ser fácilmente confundidas con otras, por lo cual es conveniente, para descifrarlas con éxito, formar un cuadro con los caracteres que puedan prestarse a tales equivocaciones, porque sin esta precaución correríamos el riesgo de adoptar erróneos significados, para vergüenza nuestra y justo vituperio. Hoy he cometido risibles equivocaciones. No extraño que de mañana turbase aún mi espíritu lo que vi por la noche, y cuyo relato vais a oír.

«Habiéndome levantado al amanecer, me asaltó el imperioso deseo de ir a echar un trago de cierto vinillo blanco, del cual hice; anoche, si bien recordáis, grandes elogios al señor de Astarac. Porque existe, hijo mío, entre el vino blanco y el canto del gallo, una simpatía que data, seguramente, del tiempo de Noé, y estoy convencido de que si san Pedro, en la terrible noche que pasó en el patio de la casa del pontífice, hubiera bebido un solo dedo de vino clarete del Mosela, o solamente de Orleáns, no renegara de Jesús antes de que el gallo cantase por segunda vez. Pero no debemos, en manera alguna, lamentar aquella mala acción, porque importaba que las profecías se cumpliesen, y si Pedro no hubiera cometido entonces la mayor de las infamias, no sería hoy el primer santo del Paraíso y la piedra fundamental de nuestra Santa Iglesia para confusión de las honradas gentes de este mundo, que ven las llaves de su felicidad eterna entre las manos de un cobarde bribón. ¡Oh, saludable ejemplo que librando al hombre de las falaces inspiraciones del honor humano le conduce hacia el camino de la salvación! ¡Oh, sabia economía religiosa! ¡Oh, sabiduría divina que exalta a los humildes y a los miserables para abatir a los soberbios! ¡Oh, maravilla! ¡Oh, misterio! Para vergüenza eterna de los fariseos y de los jueces, un rudo marinero del lago de Tiberíades, convertido por su tenebrosa cobardía en irrisión de las criadas que se calentaban junto a él en el patio del pontífice, un zafio y un mandria que niega a su maestro y reniega de su fe ante unas maritornes, mucho menos lindas, sin duda, que la doncella de la señora alcaldesa de Séez, lleva en la frente la triple corona, en el dedo el anillo pontifical, está colocado por encima de los príncipes-obispos, de los reyes y del emperador e investido con el derecho de atar y desatar; el hombre más respetable, la matrona más honesta, no entrarán en el cielo si él no les facilita la entrada. Pero decidme, si gustáis, Dalevuelta, hijo mío: ¿en qué punto de mi relato estaba yo cuando lo embrollé, refiriéndome a san Pedro, príncipe de los apóstoles? Creo, sin embargo, que os hablaba de un vaso de vino que me bebí de madrugada. Bajé a la repostería en camisa, y saqué de cierto armario, cuya llave me había procurado prudentemente el día antes, una botella, que vacié con placer. Luego, al subir por la escalera, encontré, entre el segundo y tercer piso, a una señorita en paños menores que bajaba. Mostróse muy sorprendida y huyó al fondo del corredor. La perseguí para alcanzarla, estrechándola entre mis brazos y besándola con súbita e irresistible simpatía. No me censuréis, hijo mío; vos en mi lugar hubierais hecho otro tanto, y acaso más. Es una joven hermosa, que se parece mucho a la camarera de la alcaldesa, pero con más ardor en la mirada. No se atrevía a gritar, contentándose con decirme al oído: «Dejadme, dejadme, ¿estáis loco?» Mirad, Dalevuelta: llevo todavía en la muñeca las huellas de sus uñas. ¡Lástima que no conserven tan viva mis labios la impresión del beso que me dio!

-¡Cómo, señor abate! -exclamé-. ¿Os dio un beso?

-Estad seguro, hijo mío -me respondió mi buen maestro-, de que en mi lugar habríais recibido uno muy semejante, a condición de que se os hubiera presentado, como a mí, ocasión propicia. Creo haberos dicho que yo tenía a esa señorita bien sujeta. Ella trató de huir y ahogaba sus gritos, quejándose amargamente. «¡Dejadme, por favor! Amanece, y si me detenéis un momento siquiera, me veré irremisiblemente perdida», dijo. Sus temores, su espanto, el peligro en que se hallaba, ¿a qué bárbaro no conmovieran? Yo no soy inhumano. Le devolví la libertad al precio de un beso, que me dio inmediatamente. Os doy mi palabra, y podéis creerme, de que jamás he recibido ninguno tan delicioso.

Al llegar a este punto de su relato, mi buen maestro, levantando la nariz para sorber un polvo de rapé, advirtió mi turbación, creyéndola motivada por la sorpresa.

-Jacobo Dalevuelta -repuso-, lo que me queda por decir os sorprenderá mucho más. La dejé libre, pero la curiosidad me indujo a seguirla. Bajando la escalera tras ella, la vi atravesar el vestíbulo, salir por la puertecilla que da al campo y correr por el paseo. Pensé cuerdamente que no iría más allá en aquel traje ligero. Tomó el camino de las Mandrágoras. Redoblándose mi curiosidad, la seguí hasta el pabellón de Mosaide. En aquel momento, el vil judío se asomó a la ventana con su ropaje y su inmenso birrete, como esas figuras que se exhiben al mediodía en los antiguos relojes, más góticos y más ridículos que las iglesias en que están conservados para alegría de patanes y provecho de pertigueros.

«Descubrióme entre el follaje cuando la hermosa joven, veloz como Calatea, entraba en el pabellón, de manera que yo parecía su perseguidor, semejante a esos sátiros de que hablamos un día, cotejando hermosos pasajes de Ovidio. Además, mi traje aumentaba la semejanza, pues ya creo haberos dicho, hijo mío, que yo iba en camisa. Al verme, los ojos de Mosaide relampaguearon. Sacó de debajo de su puerca hopalanda amarilla un estilete primoroso, blandiéndolo desde la ventana con un brazo que no parecía fatigado por la senectud. Y me dirigía injurias bilingües. Sí, sí, Dalevuelta, mis conocimientos gramaticales me autorizan para decir que eran bilingües, y que el español, o más bien el portugués, se mezclaban con el hebreo. Enfurecíame no poder interpretar el sentido exacto de aquellas injurias, porque no entiendo esos idiomas, aun cuando los reconozco por ciertos sonidos en ellos frecuentes. Pero seguramente me acusaba de haber pretendido seducir a la joven, que sin duda es la sobrina, de la cual el señor de Astarac nos habló en varias ocasiones, y presumo que no lo habéis olvidado. No es menos verosímil pensar que sus invectivas contenían también algo de burla, comprendiendo, hijo mío, que los progresos de la edad y las fatigas de la vida agitada no me permiten aspirar al amor de las jóvenes doncellas. ¡Ay de mí! ¡Como no me hagan obispo, nunca saborearé tales golosinas! Y lo deploro. Pero no hay que aferrarse obstinadamente a los bienes perecederos de este mundo, y debemos abandonar aquello que nos abandona. Mosaide, blandiendo su estilete, lanzaba sonidos roncos, alternándolos con aullidos agudos; de manera que yo me sentía injuriado y vituperado en forma de canto o de cantinela. Y, sin jactancia, hijo mío, puedo asegurar que fui tratado como lascivo y seductor en un tono solemne y ceremonioso. Cuando el tal Mosaide llegó al fin de sus imprecaciones, estudiaba yo la manera de darle una respuesta, bilingüe también, como el ataque. Le respondí, en latín y en francés, que él era un homicida y sacrílego por haber estrangulado a inocentes criaturas y traspasado con un puñal hostias consagradas. El viento fresco de la mañana, acariciando mis piernas, recordóme que me hallaba en camisa, lo cual me produjo alguna turbación, porque es evidente, hijo mío, que un hombre sin calzones difícilmente consigue realzar las sagradas verdades, confundir el error y perseguir el crimen. A pesar de todo, le tracé cuadros horribles de sus atentados, amenazándole con la justicia divina y con la humana.

Librodot

-¡Cómo! -exclamé-. Ese Mosaide, que tiene una sobrina tan linda, ¿ha degollado niños recién nacidos y profanado hostias?

-Ni lo sé ni puedo averiguarlo -me respondió el señor Jerónimo Coignard-. Pero esos crímenes le corresponden, por ser los de su raza, y yo puedo atribuírselos sin incurrir en injuria, persiguiendo en ese perro judío la interminable serie de sus antepasados facinerosos. Porque no ignoráis lo que se dice de los judíos y sus abominables ritos. Hay en la antigua cosmografía de Münster una lámina que representa a los judíos mutilando a un niño, y en ella se los reconoce por la rueda o rodaja de paño que llevan en sus vestiduras en señal de infamia. No creo, sin embargo, que todo eso sea entre ellos una costumbre doméstica y cotidiana. También dudo de que todos esos israelitas sean tan propensos a ultrajar las santas formas. Acusarlos, es creerlos penetrados tan profundamente como lo estamos nosotros de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Porque no se concibe el sacrilegio sin la fe, y el judío que acuchilla la santa hostia rinde un homenaje sincero a la verdad de la transustanciación. Ésas son, hijo mío, fábulas que debemos dejar a los ignorantes, y si yo las arrojé al rostro de ese horrible Mosaide, fue menos aconsejado en una sana crítica que por imperiosas sugestiones del resentimiento y de la cólera.

-¡Ah, señor! -le dije-, podíais haberos contentado con reprocharle la muerte del portugués, a quien mató por celos, y ese asesinato no es fábula.

-¿Qué? -gritó mi buen maestro-. ¿Mosaide ha dado muerte a un cristiano? Tenemos en él, Dalevuelta, un vecino peligroso. Pero vos deduciréis de este suceso las conclusiones que yo deduzco del mío. Lo cierto es que su sobrina mantiene amorosas relaciones con el señor de Astarac, cuyo aposento abandonaba, seguramente, cuando la encontré en la escalera.

»Soy bastante religioso para no lamentar que una muchacha tan agradable proceda de la raza que crucificó a Jesucristo. ¡Ay de mí! No lo dudéis, hijo mío: ese vil Mardoqueo es el tío de una Esther que no macera mirra durante seis meses para ser digna del lecho de un rey. El viejo cuervo espagírico no es lo que conviene a semejante belleza, y me siento inclinado a interesarme por la muchacha.

«Preciso es que Mosaide la oculte mucho, porque si ella se presentara en el paseo o en el teatro, al día siguiente tuviera rendido a sus pies a todo el mundo. ¿No deseáis verla, Dalevuelta?

Respondí que lo deseaba vivamente, y volvimos a engolfarnos en nuestro griego.

* * *

Aquella tarde nos hallábamos mi buen maestro y yo en la calle de Bac, y como hiciera calor, el señor Jerónimo Coignard me dijo:

-Jacobo Dalevuelta, hijo mío, ¿no os agradaría meteros por la calle de Grenelle en busca de una taberna? Nos hace falta encontrar un tabernero que venda el vino a dos sueldos el vaso. Porque yo estoy desprovisto de dinero, y pienso, hijo mío, que vos no debéis de estar mejor provisto que yo, por culpa del señor de Astarac, el cual acaso fabrique oro, pero no lo da a sus secretarios y criados, según puede juzgarse por vuestro ejemplo y el mío. La situación a que nos condena es lamentable. Yo no tengo ni un triste sueldo en mi bolsillo, y será menester que remedie su falta con astucia y maña. Es muy hermoso adoptar la pobreza serenamente, como Epicteto, que por ello alcanzó una gloria imperecedera. Pero

Librodot

es un ejercicio del cual ya estoy cansado, y que se me hizo fastidioso por lo frecuente. Preveo que ha llegado ya el tiempo de que cambie de virtud y que me instruya en el arte de poseer riquezas, sin que ellas me posean; esto constituye el estado más noble a que puede elevarse el alma de un filósofo. Anhelo realizar muy pronto alguna ganancia, demostrando así que mi sabiduría no se desmiente ni aun en la prosperidad. Yo busco los medios, y tú, Dalevuelta, seguramente lo advertiste.

En tanto que mi buen maestro hablaba de esta suerte con noble elegancia, nos acercamos al bonito hotel en que el señor de la Gueritaude alojó a la señorita Catalina. «Lo reconoceréis -me había dicho ella- por los rosales del balcón.» No había suficiente claridad para que yo pudiera ver las rosas, pero creía olerías. Después de avanzar algunos pasos, la reconocí en la ventana, regando sus flores. Al reconocerme, riendo, me tiró un beso; después de lo cual una mano, asomando entre las persianas, le dio un bofetón en plena mejilla, causándole tal asombro, que se le escapó de las manos la regadera, que, a poco más, cae sobre la cabeza de mi buen maestro. Al retirarse del balcón la bella abofeteada ocupó su lugar el abofeteador, quien, echando el cuerpo fuera de la barandilla, me gritó:

-Alabado sea Dios, caballero; veo que no se trata del capuchino. No puedo sufrir que mi querida tire besos a esa bestia hedionda que no deja de rondar la casa. Por esta vez no me avergüenzo de su devaneo. Parecéis hombre honrado, e imagino haberos visto en otra ocasión. Hacedme el honor de subir. Hay cena preparada. Os quedaré muy agradecido si aceptáis mi ofrecimiento vos y el señor abate, que acaba de ser bautizado nuevamente y se sacude como un perro al salir del agua. Después de cenar jugaremos a los naipes, y cuando amanezca, saldremos a batirnos. Pero esto lo haremos por pura cortesía, y únicamente para honraros, caballero, porque, en verdad, esta moza no vale una mala estocada. Es una bribona a quien no pienso ver más en mi vida.

Reconocí en el que hablaba de tal modo al señor de Anquetil, a quien poco tiempo antes había visto por primera vez excitando a sus criados para que pincharan al hermano Ángel en las posaderas. Hablaba cortésmente y me trataba como a hidalgo. Observé que me honraba mucho, pues consentía en darme una estocada. Mi buen maestro no se sintió menos conmovido por tanta urbanidad. Habiéndose sacudido suficientemente, me dijo:

-Jacobo Dalevuelta, hijo mío, no podemos rehusar tan fina invitación.

Ya dos lacayos habían bajado a la calle cjn antorchas, y nos guiaron hasta una sala, donde vimos dispuesta una cena sobre una mesa alumbrada por dos candelabros de plata. El señor de Anquetil nos rogó que nos sentáramos, y mi buen maestro anudó la servilleta a su cuello. Ya había ensartado un tordo en la punta de su tenedor, cuando un ruido de sollozos y de gritos destrozó nuestros tímpanos.

-No hagáis caso de esos gritos -dijo el señor de Anquetil-; es Catalina, que gime en la habitación donde la he encerrado.

-¡Ah, caballero!, es preciso perdonar -respondió mi buen maestro, mirando tristemente al pajarillo ensartado en la punta de su tenedor-. Los manjares más suculentos parecen amargos, cuando están sazonados con lágrimas y con gemidos. ¿Tendríais corazón para dejar llorar a una mujer? Perdonadla, os lo ruego. No es tan grande su culpa por haber enviado un beso a mi joven discípulo, que fue su vecino y su compañero en la época de su escasez, cuando los encantos de la hermosa joven sólo eran conocidos en la taberna de El Joven Baco. Todo ello es pura inocencia, en el supuesto de que alguna acción humana, sobre todo si la realiza una mujer, pueda ser inocente, y hallarse libre del pecado original. Perdonadme si os digo que los celos son un sentimiento gótico, un triste residuo de las

costumbres bárbaras, que no debe en manera alguna subsistir en un alma elegante y bien nacida.

-Señor abate -respondió el señor de Anquetil-, ¿por qué juzgáis que me siento celoso? No lo estoy; pero no sufro que ninguna mujer se burle de mí.

-Somos juguetes de los vientos -exclamó mi buen maestro, suspirando-. Todo se ríe de nosotros: el cielo, los astros, la lluvia, los céfiros, la sombra, la luz y la mujer. Permitid, pues, caballero, que Catalina cene aquí. Es linda, y alegrará vuestra mesa. Todo cuanto haya podido hacer el beso y lo demás, no le quitan encantos para los ojos. Las infidelidades de las mujeres no marchitan su hermosura. La Naturaleza, que se complace en embellecerlas, es indiferente a sus devaneos. Imitad a la Naturaleza, caballero, y perdonad a Catalina.

Yo uní mis súplicas a las de mi buen maestro, y el señor de Anquetil consintió en dar libertad a la prisionera. Se acercó a la puerta de donde salían los gritos, abrióla y llamó a Catalina, la cual sólo respondió redoblando sus gemidos.

-Caballeros -nos dijo su amante-, ahí está, echada panza abajo, con la cabeza hundida en la almohada, y alzando, a cada sollozo, una prominencia ridícula. ¡Contempladla, y reflexionad por lo que nos afanamos y cometemos tantas tonterías!... Catalina, venid a cenar.

Pero Catalina, sin moverse, seguía llorando. El señor de Anquetil le tiró de un brazo y de la cintura, y como ella resistía, él se impacientó:

-¡Vamos, ven, hijita!

Ella se obstinaba en no salir, agarrándose a la cama y a los colchones. Su amante, perdiendo al fin la paciencia, gritó con una voz ruda y acompañada de mil juramentos:

-¡Levántate, so zorra!

En seguida se levantó y, sonriendo entre lágrimas, apoyada en su brazo, entró en el comedor como una víctima dichosa.

Sentóse entre el señor de Anquetil y yo, con la cabeza inclinada sobre el hombro de su amante y buscando con su pie el mío por debajo de la mesa.

-Señores -dijo nuestro huésped-, perdonad a mi ligereza un impulso que no puedo lamentar, pues me ofrece la satisfacción y la honra de trataros. No puedo, en verdad, sufrir todos los caprichos de esta hermosa joven, y hasta me he vuelto huraño desde que la sorprendí con su capuchino.

-Amigo mío -le dijo Catalina al propio tiempo que oprimía mi pie con el suyo-, vuestros celos van descaminados. Sabed que sólo gusto del señor Jacobo.

-Chancea -dijo el señor de Anquetil.

-No lo dudéis -repuse-. Se ve que no quiere a nadie más que a vos.

-Sin jactancia -replicó el amante de Catalina-, he sabido inspirarle algún atractivo. Pero ¡es tan veleidosa!

-¡A beber! -dijo el abate Coignard.

-El señor de Anquetil alcanzó el botellón a mi buen maestro, exclamando:

-Pardiez, abate, vos, que sois de la Iglesia, nos diréis por qué las mujeres aman a los capuchinos.

El señor Coignard se limpió los labios y dijo:

-La razón estriba en que los capuchinos aman con humildad y no se niegan a nada. La razón estriba también en que ni la reflexión ni la urbanidad debilitan sus naturales instintos. Señor, vuestro vino es generoso.

-Me honráis demasiado -respondió el señor de Anquetil-. Este vino es del señor de la Gueritaude. Habiéndome quedado con su querida, bien puedo quedarme con sus botellas.

-Nada más justo -replicó mi buen maestro-. Veo, caballero, que sabéis despreciar los prejuicios.

-No me alabéis más de lo justo, señor abate -respondió el señor de Anquetil-. Mi noble origen me facilita lo que sería dificultoso para un cualquiera. Un hombre vulgar se ve forzado a meditar sus acciones. Está sujeto a una probidad exacta; pero un hidalgo tiene el honor de batirse por el rey y por el placer. Esto le dispensa de verse en apuros por simplezas. Yo he servido a las órdenes del señor de Villars; he tomado parte en la guerra de Sucesión y he corrido el riesgo de ser víctima de mi arrojo en la batalla de Parma. No es mucho si, en cambio, para que me sirva de compensación, me permito apalear a mis criados, engañar a mis acreedores y quitarles a mis amigos, cuando me place, la mujer y hasta la querida.

-Habláis noblemente -replicó mi buen maestro- y os mostráis celoso por defender las prerrogativas de la nobleza.

-No tengo -continuó el señor de Anquetil-esos escrúpulos que intimidan a multitud de hombres, y que sólo juzgo convenientes para contener a los tímidos y sujetar a los desgraciados.

-¡Enhorabuena! -dijo mi buen maestro.

-Yo no creo en la virtud -exclamó el otro.

-Tenéis razón -insistió mi buen maestro-. Del modo que se halla constituida la bestia humana, es imposible su virtud sin alguna deformación. Ved, por ejemplo, esta linda joven que cena con nosotros; contemplad su pequeña cabeza, su hermosa garganta, su vientre de maravillosa redondez, y lo demás. ¿En qué sitio de su persona puede albergar un grano de virtud? No hay dónde. Todo en ella es macizo, jugoso, robusto. La virtud, como el cuervo, anida en las ruinas. Habita en las cavidades y en las arrugas de los cuerpos. Yo mismo, caballero, que medité desde mi infancia las máximas austeras de la religión y de la filosofía, sólo he logrado que asomara en mí alguna virtud por las brechas que abrieron el sufrimiento y la edad. Aún absorbo menos virtud que orgullo. Así, pues, tengo costumbre de dirigir al divino Creador del mundo esta plegaria: «Dios mío, guardadme de la virtud si ella me aleja de la santidad.» ¡Oh, la santidad! ¡He aquí lo que es posible y necesario esperar! ¡He aquí nuestro fin conveniente! ¡Que podamos algún día llegar a ella! Entretanto, dadme de beber.

Os confío -dijo el señor de Anquetil- que no creo en Dios.

-En este asunto he de reprocharos, caballero -dijo el abate-. Es preciso creer en Dios y en todas las verdades de nuestra santa religión.

El señor de Anquetil prosiguió:

-Os burláis, señor abate, suponiéndonos más bobos de lo que somos. No creo, os repito, ni en Dios ni en el diablo, y no voy nunca a misa, como no sea del rey. Los sermones de los sacerdotes no son otra cosa que cuentos de comadres, soportables, todo lo más, en los tiempos en que mi abuela vio al abate de Choisy distribuir, vestido de mujer, el pan bendito en Saint-Jacques-du-Haut-Pas. Acaso en aquel tiempo hubiera religión. Hoy no la hay, a Dios gracias.

-Por todos los santos y por todos los diablos, amigo mío, no habléis así exclamó Catalina-. Es tan cierto que hay Dios, como que este pastel está sobre la mesa, y la prueba de ello es que, hallándome cierto día del pasado año en gran apuro y privación, fui, por consejo del hermano Ángel, a llevar un cirio a la iglesia de los Capuchinos, y a la tarde

Librodot

siguiente encontré en el paseo al señor de la Gueritaude, quien me regaló este hotel con todos sus muebles, la bodega llena de ese vino que ahora bebemos y bastante dinero lara vivir honestamente.

-¡Bah, bah! -exclamó el señor de Anquetil-. Esta simple hace intervenir a Dios en asuntos indecentes, lo cual indigna hasta a un ateo.

-Caballero -dijo mi buen maestro-, vale infinitamente más comprometer a Dios en indecentes asuntos, como lo ha hecho esta moza sencilla, que arrojarle, a ejemplo vuestro, del mundo que ha creado. Si no envió especialmente a Catalina, su criatura, un opulento contratista, por lo menos consintió que le encontrara. Nosotros no conocemos sus designios, y lo que dice esta inocente contiene más verdad, siquiera se encuentre en ella alguna mezcla y aleación de blasfemia, que todas las vanas palabras que el impío extrae gloriosamente de su huero corazón. No hay nada tan detestable como ese libertinaje de espíritu que la juventud exhibe en la actualidad. Vuestras palabras hacen estremecer. ¿Responderé a ellas con pruebas sacadas de los libros santos y de los escritos de los Santos Padres? ¿Os mostraré a Dios diciendo a los patriarcas y a los profetas: Si locutus est Abraham et semini ejus in secula? ¿Devolveré ante vuestros ojos la tradición de la Iglesia? ¿Invocaré contra vos la autoridad de ambos Testamentos? ¿Os confundiré con los milagros de Cristo y con su palabra tan milagrosa como sus actos? ¡No esgrimiré esas sagradas armas! Temo profanarlas en este combate, que no tiene nada de solemne. La Iglesia nos advierte, en su prudencia, para no arriesgarnos a que la edificación se haga escandalosa. Por eso me callaré, caballero, acerca de las verdades en que fui nutrido al pie de los santuarios. Pero, sin hacer violencia a la casta modestia de mi alma y sin exponer a las profanaciones los sagrados misterios, puedo mostraros a Dios imponiéndose a la razón de los hombres; puedo mostrároslo en la filosofía de los paganos, y hasta en las pláticas de los impíos. Sí, caballero, os haré conocer que vos mismo reconocéis, a pesar vuestro, su existencia cuando afirmáis que no existe. Pues me concederéis que, si existe en el mundo un orden, ese orden es divino y emana del manantial y fuente de todo orden.

-Os lo concedo -respondió el señor de Anquetil, arrellanado en su sillón y acariciando su bien formada pantorrilla.

-Prestadme atención -repuso mi buen maestro-. Cuando decís que Dios no existe, ¿qué hacéis sino encadenar pensamientos, ordenar razones y manifestar en vos mismo el principio de todo pensamiento y de toda razón, que es Dios? ¿Y se puede plantear siquiera que Él no existe, sin que resplandezca en el razonamiento algún asomo de la armonía que Él ha establecido en el Universo?

-¡Señor abate! -respondió el señor de Anquetil-. Sois un agradable sofista. Hoy día se sabe que el mundo es obra del azar y no se habla de Providencia desde que los físicos descubrieron en la Luna, con el auxilio de su anteojo, ranas aladas.

-Pues bien, señor -replicó mi buen maestro-: yo no me asombro de que aparezcan en la Luna ranas aladas; esos pájaros de charco son dignos habitantes de un mundo que no ha sido santificado por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Nosotros solamente conocemos, convengo en ello, una pequeña parte del Universo, y es muy posible, como lo dice el señor de Astarac, a pesar de ser loco, que este mundo no sea más que una gota de fango en la infinidad de los mundos. Es posible que el astrólogo Copérnico no haya soñado al enseñar que la Tierra no es matemáticamente el centro de la creación. Yo he leído que un italiano, llamado Gali-leo, el cual murió miserablemente, piensa como Copérnico; y vemos en la actualidad al señor de Fontenelle atenerse a las mismas razones. Pero todo ello es un vano espejismo, propio únicamente para turbar los espíritus débiles. ¿Qué importa que el mundo

físico sea mayor o menor, de una forma o de otra? Basta que sólo pueda ser considerado por los caracteres de la inteligencia y de la razón, para que advirtamos en él la presencia de Dios.

»Si las meditaciones de un sabio pueden seros de algún provecho, caballero, os mostraré de qué modo esta prueba de la existencia de Dios, mejor que la prueba de san Anselmo, y en absoluto independiente de las resultantes de la Revelación, se me presentó de pronto en toda su claridad. Hallábame en Séez y tenía veinticinco años. Era bibliotecario del señor obispo, y las ventanas de la galería daban a un patio, donde todas las mañanas una moza fregaba las cacerolas de monseñor. Era joven..., alta..., fornida. Un sutil vello sombreaba sus labios, dando a su rostro una gracia incitante y altiva. Sus cabellos enmarañados, su flaco pecho, sus largos brazos desnudos, tan propios de un Adonis como de una Diana, hacían de ella una beldad varonil. La codiciaba por esto; sus manos fuertes y rojas me agradaban, inspirándome unos deseos rudos y brutales como la moza. No ignoráis el impulso de tales atracciones. Le di a conocer mis ansias, valiéndome de algunos gestos y frases. Ella me dio a entender, más brevemente aún, su asentimiento: me dio cita, para la noche próxima, en el granero, donde se acostaba sobre el heno, gracias a las bondades de monseñor, cuyos pucheros fregaba. Esperé la noche con impaciencia, y cuando cubrió la tierra, subí al granero en que la joven me esperaba. Mi primera idea fue acariciarla, y la segunda admirar el encantamiento que me había conducido a sus brazos. Ya veis, caballero: un joven eclesiástico, una fregona, una escala, un montón de heno, ¡qué serie, qué concurso de armonías preestablecidas, qué encadenamientos de efectos y de causas! ¡Qué prueba de la existencia de Dios! Todo ello me asombró, y me regocijo de poder agregar esta demostración profana a las razones que suministra la Teología, las cuales son, por lo demás, ampliamente suficientes.

-Señor abate -dijo Catalina-, lo que veo de malo en vuestro negocio es que la joven fuese tan escurrida. Una mujer sin pechos es como una cama sin almohadas. Pero ¿sabéis, Anquetil, lo que podríais hacer ahora?

-Sí -respondió-, jugar al tresillo.

-Si queréis -repuso ella-, hacedlo. Pero os suplico, amigo mío, que mandéis traer pipas. Nada tan agradable como fumar una pipa entre sorbos de un buen vino.

Un lacayo dejó sobre la mesa la bandeja y las pipas, que inmediatamente encendimos. La habitación llenóse pronto de un humo denso, entre el cual nuestro huésped y el señor abate Coignard jugaban gravemente al piquet.

La suerte favoreció a mi buen maestro, hasta el momento en que el señor de Anquetil, creyendo verle por tercera vez apuntarse cincuenta y cinco tantos, cuando no había hecho más que cuarenta, le llamó tramposo, fullero y caballero de industria, tirándole una botella, que se rompió sobre la mesa, inundándola de vino.

-Será preciso -dijo el abate-que os toméis la molestia de mandar destapar otra botella, porque tenemos mucha sed.

-Con mucho gusto -contestó el señor de Anquetil-; pero tened entendido que un hombre correcto no se apunta los tantos que no tiene, y sólo en una sala de juego pública, donde concurren toda clase de personas que ningún respeto merecen, podría permitirse hacer saltar una carta. Pero en sitios como éste intentarlo es una villanía. ¿Queréis que os tome por un aventurero?

-Es curioso -dijo mi buen maestro- que se vitupere en el juego de naipes

o en el de los dados una práctica recomendada en las artes de la guerra, de la política y de los negocios, donde se honra uno corrigiendo los agravios de la fortuna. No me juzgo

Librodot

falto de probidad en el juego. Soy, a Dios gracias, muy escrupuloso, y soñáis, caballero, al suponer que me apunto más tantos de los que hice. Si tal hiciera, para disculparme invocaría al ejemplo del felicísimo obispo de Ginebra, quien no tenía escrúpulo alguno en hacer trampas en el juego. Pero reflexiono que los hombres son más delicados en el juego que en los negocios serios, y emplean su probidad en el tapete o en el tablero, donde puede perjudicarles poco, en vez de reservarla para las batallas y los tratados de paz, donde hallaría muy oportuno empleo. Elien, señor, ha escrito en griego un libro de estratagemas, que demuestra hasta qué punto se valen de la astucia los grandes capitanes.

-Señor abate -dijo el señor de Anquetil-, yo no he leído a Elien, ni lo leeré en mi vida. Pero en la guerra me porté como un buen hidalgo. He servido al rey durante dieciocho meses. Es el empleo más noble. Voy a deciros exactamente en qué consiste, y puedo confiaros este secreto, no hallándose presentes con vos más que algunas botellas, el caballero a quien mataré de madrugada, y esta joven que ya se desnuda.

-Sí -dijo Catalina-, me quedo en camisa porque tengo mucho calor.

-Pues bien -repuso el señor de Anquetil-: a pesar de lo que dicen las gacetas, la guerra consiste únicamente en robar las gallinas y los cerdos de los campesinos. Los soldados en campaña no tienen otra preocupación.

-Estáis en lo cierto -dijo mi buen maestro-, y ya era sabido en las Galias antiguamente que la compañera del soldado fue siempre la señora Rapiña. Pero yo os ruego que no matéis a Jacobo Dalevuelta, mi discípulo.

-Señor abate -replicó el señor de Anquetil-, mi honra me obliga.

-¡Uf! -dijo Catalina abriendo el escote de su camisa-, estoy mejor así.

-Caballero -prosiguió mi buen maestro-, Jacobo Dalevuelta me es muy útil para una traducción de Zósimo el Panopolitano que tengo comenzada; y os quedaré muy agradecido si aplazáis el duelo para cuando la obra quede terminada.

-Yo me tal en vuestro Zósimo -respondió el señor de Anquetil- como el rey en su primera querida.

Y cantó:

Pour dresser un jeune courrier
et l'affermir sur l'étrier
il luí fallait une routiére
laire lan laire.

-¿Quién es ese Zósimo?

-Zósimo, señor -respondió el abate-, Zósimo de Panópolis era un sabio griego que floreció en Alejandría en el siglo tercero de la era cristiana, y que compuso tratados sobre el arte espagírico.

-¿Cómo pretendéis que me interese? -respondió el señor de Anquetil-. ¿Y por qué lo traducís?

Battons le fer quand il est chaud
dit-elle, en faisant sonner haut
le nom de sultane première,
laire lan laire.

Librodot

- Caballero -dijo mi buen maestro- , comprendo que mi trabajo no es de utilidad aparente, y que la marcha del mundo no cambiará por eso. Pero, ilustrando con notas y comentarios el tratado que ese griego compuso para su hermana Teosebia...

Catalina interrumpió el discurso de mi buen maestro cantando con voz chillona:

Je veux en dépit des jaloux
qu'on fasse duc mon époux.
Lasse de le voir secrétaire,
laire lan laire.

-... Yo contribuyo -continuó mi buen maestro-al tesoro de conocimientos recogidos y amasados por hombres doctos, y aporto mi piedrecita al monumento de la verdadera historia, que es la de la máximas y de las opiniones, más bien que la de las guerras y de los tratados. Porque, caballero, la nobleza del hombre...

Catalina cantaba:

Je sais bien qu'on murmurera,
que París nous chansonnera;
mais tant pis pour le sol vulgaire!
laire lan laire.

Y mi buen maestro proseguía:

-... se cifra en la idea. Y no es indiferente saber lo que pensaba ese egipcio de la naturaleza de los metales y de las cualidades de la materia.

El señor abate Jerónimo Coignard bebió un gran trago de vino, mientras Catalina terminaba su canción,

Par l'epée ou par le fourreau
devenir duc est toujours beau,
il n'importe la maniere.
laire lan laire.

-Señor abate -dijo el señor de Anquetil-, bebéis poco y desatináis mucho. Yo, en Italia, durante la guerra de Sucesión, estuve a las órdenes de un alférez que traducía a Polibio. Y era un imbécil. ¿Por qué traducir a Zósimo?

-Si queréis saberlo todo -respondió mi buen maestro-, os diré que me procuro así una sensualidad.

-¡Enhorabuena! -dijo el señor de Anquetil-. Pero ¿de qué modo el señor Dalevuelta, que en este instante acaricia a mi querida, puede ayudaros?

-Por el conocimiento del griego -dijo mi buen maestro-. Conmigo lo aprendió.

El señor de Anquetil, volviéndose hacia mí, exclamó:

-¿Es posible, señor, que sepáis griego? Luego ¿no sois hidalgo?

-Caballero -respondí-, mi padre es portaestandarte de la cofradía de los figoneros parisienses.

-Perdonadme que, sabiendo quién sois, renuncie a mataros -me respondió-. Pero, señor abate, ¿no bebéis? Me burlasteis. Os creía un buen bebedor, y proyectaba nombraros mi limosnero cuando tuviera casa.

Sin embargo, el señor abate Coignard no dejaba de beber, hasta en la botella, y Catalina, rozando con sus labios mi oreja, me decía:

-Jacobo, siento que no querré a nadie tanto como a vos.

Estas palabras, pronunciadas por una mujer hermosa, y en camisa, me produjeron una gran turbación. Catalina acabó de embriagarme, haciéndome beber en su vaso, lo cual no fue advertido por nadie, en la confusión de una cena que había exaltado todas las cabezas.

El señor de Anquetil abrió una botella rompiendo el cuello de un golpe, y llenó de nuevo los vasos. Desde aquel instante no me di cuenta exacta de lo que se decía y se hacía en torno mío. Vi, sin embargo, que habiendo vertido Catalina, traidoramente, un vaso de vino en el cogote de su amante, entre la nuca y el cuello del traje, el señor de Anquetil se vengó vaciando sobre la señorita en camisa dos o tres botellas, convirtiéndola de ese modo en una especie de figura mitológica del género húmedo de las ninfas y de las náyades. Catalina lloraba de rabia y se retorcía convulsivamente.

De pronto, en el silencio de la noche, resonaron aldabonazos. Al oírlos quedamos de repente inmóviles y mudos, como convidados de piedra.

Los golpes redoblaron, haciéndose más atronadores y frecuentes. El señor de Anquetil fue el primero en romper el silencio, preguntándose en voz alta, entre atroces juramentos, quién podría ser el importuno. Mi buen maestro, a quien las circunstancias más comunes le inspiraban con frecuencia oportunas máximas, se levantó y dijo con gravedad y unción:

-¿Qué importa la mano que llama tan rudamente a la puerta por motivo vulgar y quizá ridículo? No tratemos de conocerla y consideremos esos golpes como recibidos en la puerta de nuestras almas, endurecidas y corrompidas. Digamos a cada golpe que resuene: éste es para advertirnos que debemos enmendarnos y pensar en nuestra salvación, descuidada en los placeres; éste, para que despreciemos los bienes mundanos; éste, para que pensemos en la eternidad. De este modo sacaremos todo el provecho posible de un suceso en verdad insignificante y frívolo.

-Estáis chistoso -dijo el señor de Anquetil-. Del modo que golpean derribarán la puerta.

Y, efectivamente, el aldabón atronaba.

-Sin duda son salteadores -exclamó la joven remojada-. ¡Jesús, vamos a ser asesinados! Será un castigo por haber arrojado al frailecito de nuestra casa. Os lo he dicho muchas veces, Anquetil: es de mal agüero despedir a un capuchino.

-¡Bah! -dijo el señor de Anquetil-. Este condenado le hace creer todas las imbecilidades que quiere. Los ladrones serían más corteses, o por lo menos más discretos. Sin duda alguna, será la ronda.

-¡La ronda! Peor que peor -dijo Catalina.

-¡Bah! -dijo el señor de Anquetil-, los apalearemos.

Mi buen maestro guardó una botella en uno de sus bolsillos por precaución, y otra en el otro, buscando el equilibrio, como dice el cuento. Estremecíase toda la casa con los

furiosos e incesantes aldabonazos. El señor de Anquetil, en quien tan imprevisto asalto despertaba virtudes militares, exclamó:

-Reconozcamos al enemigo.

Y, dando traspiés, corrió hacia la ventana, donde había abofeteado a su querida, volviendo luego al comedor muerto de risa.

-¡Ja, ja, ja! ¿Sabéis quién llama? -dijo-. El señor de la Gueritaude, con su trenza tiesa, y acompañado de dos fornidos lacayos, que traen antorchas encendidas.

-No es posible -dijo Catalina-, está durmiendo con su vieja esposa.

-Si no es él -replicó el señor de Anquetil-, es un fantasma que se le parece hasta en la manera de peinarse la peluca. No hay espectro que pudiera imitarla tan admirablemente; ¡tan ridícula es!

-¿Habláis en serio, y no en burla? -preguntó Catalina-. ¿Es verdaderamente el señor de la Gueritaude?

-El mismo, Catalina, si he de dar crédito a mis ojos.

-Estoy perdida -exclamó la pobre joven-. ¡Las mujeres somos muy desdichadas! Jamás se nos deja tranquilas. ¿Qué va a ser de mí? ¿Por qué no os ocultáis en los armarios?

-Eso, puede hacerse; pero ¿cómo esconder con nosotros esas botellas vacías, y la mayor parte rotas, o por lo menos desgolletadas, los restos del frasco que el señor me tiró a la cabeza, el mantel, la empanada, la vajilla, los candelabros y la camisa de la señorita, que, por hallarse empapada en vino, parece un velo transparente y sonrosado, envolviendo su belleza?

-¡Es verdad que este imbécil ha mojado mi camisa! -dijo Catalina-, y que yo me constipo. Acaso bastara esconder al señor de Anquetil en la buhardilla para que yo pudiese presentar al abate como mi tío y al señor Jacobo como mi hermano.

-No -dijo el señor de Anquetil-. Bajaré yo mismo para rogarle al señor de la Gueritaude que suba a cenar con nosotros.

Insistimos mi buen maestro, Catalina y yo, para que no realizase tal propósito; suplicándole, nos colgamos de su cuello, pero todo fue inútil. Cogió un hachón y bajó la escalera. Nosotros le seguimos temblando. Abrió la puerta. El señor de la Gueritaude se nos apareció tal y como nos lo había descrito, con su peluca, entre dos lacayos provistos de hachones. El señor de Anquetil le saludó ceremoniosamente, y le dijo:

-Hacednos el favor de entrar y de subir. Encontraréis personas amables y caprichosas: un Dalevuelta a quien la señorita Catalina echa besos desde la ventana, y un abate que cree en Dios.

Y se inclinó reverentemente.

El señor de la Gueritaude era una especie de gigantón, pero seco, poco aficionado a bromas. La del señor de Anquetil le irritó grandemente, y su cólera subió de punto al contemplar a mi buen maestro desabrochado, con una botella en la mano y otras dos en los bolsillos, y al ver a Catalina con la camisa húmeda y pegada a las carnes.

-Joven -dijo con fría cólera al señor de Anquetil-, tengo el honor de conocer a vuestro señor padre, con quien me pondré de acuerdo mañana acerca del punto adonde el rey habrá de enviaros a meditar sobre la vergüenza de vuestro comportamiento y de vuestra impertinencia. Es vuestro padre un gentilhombre a quien he prestado dinero, y como no se lo reclamo, no podrá negarme nada. Y nuestro muy amado príncipe, que precisamente se halla respecto a mí en el mismo caso, es complaciente conmigo. Por tanto, esto es un asunto terminado. Ya he rematado, a Dios gracias, otros más difíciles. En cuanto a esta mocita, puesto que ya es imposible llevarla por el buen camino, se la recomendaré al comisario de

Policía, quien está dispuesto a enviarla al hospital. No tengo nada más que deciros. Esta casa es mía, yo la he pagado, y por eso voy a entrar.

Después, volviéndose a sus lacayos y designando con la contera de su bastón a mi buen maestro y a mí, dijo:

-Echadme de aquí a esos dos borrachos.

El señor Jerónimo Coignard era, comúnmente, hombre de una mansedumbre ejemplar, y solía decir que adquirió tal dulzura de carácter en las vicisitudes de la vida, pues la fortuna le había zarandeado como el mar a los guijarros que pule, arrastrándolos en sus flujos y reflujos. Soportaba pacientemente las injurias, tanto por espíritu cristiano como por filosofía. Pero lo que más le ayudaba en esta tarea era un gran desprecio hacia los hombres, incluso por él mismo. Sin embargo, en aquel instante perdió todo su comedimiento y olvidó toda su prudencia.

-Cállate, vil publicano -gritó, agitando la botella que tenía empuñada como una maza-. Si estos bribones osan acercárseme, les romperé la cabeza para enseñarles a respetar mis hábitos, que atestiguan mi sagrado ministerio.

Al resplandor de los hachones, reluciente de sudor, sofocado, con los ojos fuera de sus órbitas y el balandrán entreabierto, mostrando su panza sobre la cintura de sus caídos calzones, mi buen maestro parecía un bravo a quien no se reduce fácilmente. Los ganapanes vacilaron.

-¡Empujadlos -gritó el señor de la Gueritaude-, empujad esos pellejos de vino! ¿No veis que rodarán fácilmente por el arroyo sin poder levantarse hasta que los recojan los barrenderos entre las basuras? Yo, yo mismo los echaré, aun cuando me ensucien la ropa.

Mi buen maestro sintió vivamente estas injurias.

-Odioso traficante -dijo con una voz digna de resonar en las iglesias-, infame asentista, bárbaro exactor de tributos, ¿pretendes que esta casa es tuya? Para que te crean, para que sepan que es tuya, escribe sobre la puerta esta palabra del Evangelio: Aceldama, que quiere decir: «Precio de sangre.» Entonces, inclinándonos, dejaremos entrar al amo en su albergue. Ladrón, bandido, homicida, escribe con el carbón que yo te arrojaré al rostro, escribe con tu puerca mano sobre ese umbral tu título de propiedad; escribe: «Precio de la sangre del justo, Aceldama.» Si no, quédate fuera y déjanos dentro, ¡hombre de cantidad!

El señor de la Gueritaude, que no había oído en su vida nada parecido, supuso que se trataba de un loco, lo cual no era desatinado, y más para defenderse que para atacar, levantó su bastón. Mi buen maestro, fuera de sí, arrojó la botella que tenía en la mano a la cabeza del señor traficante, quien cayó al suelo, gritando:

-¡Me ha matado!

Y como estaba sobre un charco de vino, parecía un hombre asesinado. Los dos lacayos quisiéronse arrojar sobre el asesino, y uno de ellos, muy robusto, pensaba tenerle asegurado, cuando el abate Coignard le dio con la cabeza una embestida tan brutal en el estómago, que le hizo rodar por el arroyo como al negociante.

Levantóse, para desgracia suya, y armándose de un hachón, encendido aún, pretendió encararse con mi buen maestro, que había huido ya, enfilando el callejón. El señor de Anquetil, que con Catalina permanecía en el mismo sitio, fue quien recibió el hachonazo en la frente. Semejante ofensa le pareció insoportable, y desenvainando su espada, la hundió en el vientre del infeliz bribón, probándole que no se puede atrepellar impunemente a un gentilhombre. No había dado aún veinte pasos mi buen maestro cuando el segundo lacayo, de grandes zancas, echó a correr tras él, gritando y vociferando a la ronda: «¡Detenedle!» Alcanzóle, y vimos que en la esquina de la calle de San Guillermo extendía los brazos para

Librodot

asirle por el cuello. Pero mi buen maestro, que sabe más de una treta, retrocedió bruscamente, y pasando junto a su perseguidor, le echó la zancadilla, haciéndole caer sobre un guardacantón, donde se abrió la cabeza. Todo esto ocurrió mientras el señor de Anquetil y yo volábamos en socorro del abate Coignard, a quien no debíamos abandonar en tan duro trance.

-Abate -dijo el señor de Anquetil-, dadme la mano. ¡Sois un valiente!

-Supongo -dijo mi buen maestro-que fui en esta ocasión un tanto homicida. Pero no soy tan desnaturalizado para vanagloriarme de ello. Me basta con que no se me reproche. Tales violencias no son propias de mis costumbres, y tal como me veis, señor, valgo más para enseñar las bellas letras en una cátedra que para luchar con lacayos junto a un guardacantón.

-¡Oh!, no es eso lo peor de vuestro asunto -repuso el señor de Anquetil-. Creo que habéis muerto a un abastecedor general.

-Pero ¿es cierto? -preguntó el abate.

-Tan cierto como que yo he clavado mi espada en el vientre de ese canalla.

-Ahora -dijo el abate- convendría, primeramente, pedir perdón a Dios, ante quien somos responsables de la sangre derramada, y apresurar luego el paso hacia la próxima fuente, en que nos lavaremos. Porque me parece que estoy sangrando por las narices.

-Tenéis razón -dijo el señor de Anquetil-. Ese bergante, que ahora yace con las tripas fuera en el arroyo, también me ha descalabrado. ¡Qué impertinencia!

-¡Perdonadle -dijo el abate- para que os lo perdonen!

Donde termina la calle de Bac, en las afueras, encontramos adosado en la fachada de un hospital, un tritón de bronce que lanzaba un chorro de agua en un pilón de piedra. Detuvímonos para refrescar las fauces y beber, porque teníamos la garganta seca.

-¿Qué hemos hecho -dijo mi buen maestro-y cómo abandoné mi natural carácter, que es pacífico? Es muy cierto que no se puede juzgar a los hombres por sus actos, que dependen de las circunstancias, sino más bien, a ejemplo de Dios, nuestro Padre, por sus pensamientos secretos y profundas intenciones.

-¿Y Catalina? -pregunté yo-. ¿Cómo habrá terminado para ella la horrible aventura?

-La dejé -respondió el señor de Anquetil-soplando la boca de su asentista para reanimarle. Pero es inútil que sople, conozco a la Gueritaude. No tiene piedad alguna. La enviará al hospital, y tal vez a América. Lo siento. Es una linda muchacha. Yo no la quería; pero ella estaba loca por mí. Y me quedo sin querida.

-No os inquietéis por ello -dijo mi buen maestro-. Ya encontraréis otra que, sin duda, no será diferente de ésta, o, por lo menos, no lo será en lo esencial. Me parece que lo que vos buscáis en una mujer pueden ofrecerlo todas.

-Es cierto -dijo el señor de Anquetil- que estamos en peligro: yo, de ser encerrado en la Bastilla, y vos, abate, de ser ahorcado con Dalevuelta, vuestro discípulo, aun cuando él no h a matado a nadie.

-No hay nada más cierto -respondió mi buen maestro-. Es preciso pensar en nuestra seguridad. Quizá sea preciso que abandonemos París, donde no dejarán de buscarnos, y aun huir a Holanda. ¡Ay de mí! Preveo que me veré obligado a escribir libelos para las comediantas, con esta misma mano que ilustraba con extensas notas los abstrusos tratados de alquimia escritos por Zósimo el Panopolitano.

-Oídme, señor abate -dijo el señor de Anquetil-. Tengo un amigo que nos ocultará en sus dominios todo el tiempo que sea necesario. Habita a cuatro leguas de Lyon, en un territorio agreste, donde no se ven más que chopos, matorrales y bosques. Allí debemos

guarecernos mientras pasa la tormenta. Cazaremos. Pero es necesario encontrar lo antes posible una silla de postas, o, mejor aún, una berlina.

-Yo puedo proporcionarla -dijo el abate-. La hostería de El Caballo Rojo, en la glorieta de los Pastores, os suministrará buenos caballos y toda clase de vehículos. Conocí al dueño cuando yo era secretario de la señora de Saint-Ernest. Tenía el talento de atraerse a la gente noble. Creo que habrá muerto; pero debe quedar su hijo, muy semejante a él... ¿Tenéis dinero?

-Tengo en mis bolsillos una crecida suma -contestó el señor de Anquetil-. Esto no deja de ser una suerte. Sería en mí una imprudencia volver a mi casa, donde la Policía no dejará de acudir para conducirme al Châtelet. Mis lacayos quedaron en casa de Catalina, y Dios sabe lo que habrá sido de ellos; pero no lo lamento gran cosa. Les zurraba y no les pagaba, y, por consiguiente, no estoy seguro de su fidelidad. ¿De quién podremos fiarnos? Vamos inmediatamente a la glorieta de los Pastores.

-Caballero -dijo el abate-, os haré una proposición, y mucho celebraría que fuese de vuestro agrado. Vivimos, Dalevuelta y yo, en la Cruz de las Arenas, en el destartalado castillo de un alquimista, donde podréis pasar una docena de horas sin ser visto. Allí esperaremos a que el carruaje esté preparado. Tenemos la suerte de que las Arenas distan poco de la glorieta de los Pastores.

El señor de Anquetil no tuvo nada que objetar a este proyecto, y resolvimos, ante el pequeño tritón, que lanzaba el agua a chorros, ir primero a la Cruz de las Arenas y tomar luego, en la hostería de El Caballo Rojo, una berlina que nos condujese a Lyon.

-Os confiaré, señores -dijo mi buen maestro-, que de las tres botellas de que me reservé por precaución, una se rompió, desgraciadamente, contra la cabeza del señor de la Gueritaude; otra se rompió en mi bolsillo, durante la huida. Son dos pérdidas lamentables. Pero la tercera, salvada milagrosamente, aquí la tenéis.

Y, sacándola de debajo de sus hábitos, la colocó en el borde del pilón de la fuente.

-¡Muy bien! -dijo el señor de Anquetil-. Vos tenéis vino; yo tengo dados y cartas en mi bolsillo. Podemos jugar.

-Ciertamente -dijo mi buen maestro- que no ha de faltarnos diversión. Una baraja, caballero, es un libro de aventuras de la especie llamada novela, y tiene sobre los demás libros la singular ventaja de que se hace al mismo tiempo que se lee, y que no hay necesidad de tener mucho ingenio para hacerla ni conocer las letras para leerla. Es una obra maravillosa, porque ofrece un sentido regular y completamente nuevo cada vez que se barajan sus páginas. Tal artificio es el suyo, que nunca se llegaría a admirarlo bastante, pues, basándose en principios matemáticos, que forman con esas páginas mil y mil combinaciones curiosas y relaciones tan singulares, que ha podido creerse, faltando a la verdad, que con ellas se descubrían los secretos más íntimos del corazón, el misterio de los destinos y los arcanos de lo por venir. Cuanto digo debe aplicarse, especialmente, a los tarots bohemios, que son los más excelentes; pero también puede ampliarse hasta el piquet. Hay que retrotraer la invención de las cartas a los antiguos, y, desde luego, yo, aun cuando, a decir verdad, no conozco ningún texto que me autorice positivamente, las considero de origen caldeo. Pero bajo su forma actual, el juego del piquet no se remonta más allá de los tiempos del rey Carlos Séptimo, si es cierto, como se ha dicho en una erudita disertación que recuerdo haber leído en Séez, que la reina de copas representa de un modo emblemático a la bella Inés Sorel, y que la reina de espadas no es otra, bajo el nombre de Pallas, que Juana Dulys, llamada también Juana de Arco, la cual restableció con su arrojo la monarquía y después fue cocida en Rúan por los ingleses, en una caldera que se puede ver

Librodot

por un ochavo. Yo la he visto al pasar por aquella ciudad. Algunos historiadores pretenden, sin embargo, que la doncella fue quemada viva en una hermosa hoguera. Léese, en Nicolás Gilíes y en Pasquier, que santa Catalina y santa Margarita se le aparecieron. No fue Dios, seguramente, quien las envió, porque ninguna persona un poco docta y piadosa ignora ya que esa Margarita y esa Catalina fueron inventadas por frailes bizantinos, cuyas exuberantes y bárbaras imaginaciones han embrollado el martirologio. Se comete una ridicula impiedad pretendiendo que Dios hizo aparecérsele a Juana Dulys santas que jamás existieron. Sin embargo, antiguos cronistas no dudaron en darlo por cierto. ¿Por qué no dijeron también que Dios envió a esa doncella Iseo, la rubia; Melusina, Berta, la del gran pie, y todas las heroínas de los libros de caballerías, cuya existencia no es más fabulosa que la de las vírgenes Catalina y Margarita? El señor de Valois, en el siglo último, protestaba, con razón, contra esas groseras fábulas, tan opuestas a la religión como el error es contrario a la verdad. Sería de desear que un religioso instruido en historia estableciera la distinción que debe existir entre los santos verdaderos, que conviene venerar, y santos como Margarita, Lucía, Eustaquio y otros, que son imaginarios, y aun el mismo san Jorge, acerca del cual abrigo mis dudas.

»Si puedo algún día retirarme a cualquier pintoresca abadía, dotada de una buena biblioteca, consagraré a esta tarea los restos de una vida casi agotada en espantosas tempestades y frecuentes naufragios. Aspiro al puerto con el deseo y el gusto del reposo que conviene a mi edad y a mi estado.

Mientras el abate Coignard manifestaba tales ideas y exponía tales y tan memorables propósitos, el señor de Anquetil, sin escucharle, sentado en el borde del pilón de la fuente, barajaba los naipes y juraba como un diablo, porque no se veía lo bastante aún para jugar una partida de piquet.

-Tenéis razón, caballero -dijo mi buen maestro-. No se ve claro, y me disgusta menos por lo que se refiere a los naipes, de los cuales prescindo fácilmente, que por el ansia que siento de leer algunas páginas de las Consolaciones, de Boecio, en un ejemplar que siempre me acompaña metido en uno de los bolsillos de mi balandrán, para tenerlo siempre a mano y poder abrirlo en momentos de infortunio, como me ha sucedido esta noche. Porque es una desgracia cruel, caballero, para un hombre de mi estado, ser homicida y hallarse temeroso de las prisiones eclesiásticas. Yo creo que una sola página de tan admirable libro alentaría mi corazón, que se siente abismado ante la sola imagen del provisor.

Y al pronunciar estas palabras se dejó caer sobre el otro borde de pilón de la fuente con tanto descuido que sumergía en el agua la mitad posterior de su cuerpo. Pero no le preocupaba, ni siquiera parecía notar la mojadura; y sacando del fondo de uno de sus bolsillos su Boecio y calándose las antiparras, en las cuales sólo quedaba un vidrio y éste rajado por tres partes, comenzó a buscar entre sus páginas la más apropiada a su situación. La habría encontrado indudablemente, adquiriendo con su lectura nuevos ánimos, si el mal estado de sus anteojos y la débil claridad del firmamento le hubieran permitido buscarla. Bien pronto hubo de confesar que no veía ni gota, y encarándose con la luna, de la cual sólo aparecía un cuerno puntiagudo a través de una nube, increpóla de esta manera:

-¡Astro obsceno, tunante y libidinoso! ¡No te cansas de alumbrar las torpezas de los hombres, y niegas un rayo de tu luz al que busca máximas virtuosas!

-Así, abate -dijo el señor de Anquetil-, puesto que esa mala luna no nos ofrece otra claridad que la suficiente para guiarnos por las calles, y no para jugar una partida, vayamos a ese castillo de que me habéis hablado y donde habré de entrar sin ser visto.

El consejo era bueno, y, después de habernos bebido todo el vino de la botella, nos encaminamos los tres hacia la Cruz de las Arenas. Yo iba delante con el señor de Anquetil. Mi buen maestro, con el peso del agua que había empapado sus calzones, nos seguía gimiendo, llorando y chorreando.

* * *

Los primeros rayos del sol herían nuestros fatigados ojos, cuando llegamos a la puerta verde del parque de las Arenas. No nos fue preciso alzar el aldabón. Desde tiempo atrás el dueño de la casa nos había entregado la llave de la puerta de sus dominios. Antes de entrar convinimos en que mi buen maestro se adelantaría prudentemente con el señor de Anquetil entre las sombras de la avenida, quedándome yo un poco rezagado para observar, si fuera preciso, al fiel Gritón y a los bergantes de la cocina, en caso de que vieran al intruso. Esta previsión, muy oportuna, debía ocasionarme graves conflictos. Porque, en el momento en que mis dos compañeros acabaron de subir la escalera, llegando sin ser vistos hasta mi propia habitación, en la cual habíamos decidido ocultar al señor de Anquetil hasta el momento de la fuga, para tomar la posta, cuando apenas llegaba yo al segundo piso, me tropecé con el señor de Astarac, quien, envuelto en una bata de damasco rojo, y teniendo en la mano un candelero de plata, me dijo, como de costumbre, poniéndome la mano sobre el hombro:

-Hijo mío, ¿no os sentís más dichoso desde que habéis interrumpido todo comercio con las mujeres, evitando así los peligros que originan las malas compañías? No, no tenéis que temer de las augustas hijas del aire esas querellas, esas pendencias, esas escenas lujuriosas y violentas, tan frecuentes en el trato de las criaturas livianas. En vuestra soledad os ofrecen las hadas, disfrutáis, ¿no es cierto?, una paz deliciosa.

Al principio creí que se burlaba. Pero de pronto comprendí, por su aspecto, que no era tal su intención.

-Os encuentro oportunamente, hijo mío -agregó-, y os agradeceré mucho que tengáis la bondad de acompañarme un momento a mi taller.

Le seguí. Abrió, con una llave muy larga, la puerta de la maldita habitación donde yo había visto salir, poco tiempo antes, resplandores infernales. Y cuando hubimos entrado en el laboratorio, me rogó que avivara el fuego, que languidecía por falta de combustible. Coloqué algunos leños en el hornillo, donde se cocía no sé qué cosa, esparciendo un olor asfixiante. Mientras él revolvía crisoles y matraces con sus misteriosas mescolanzas, yo sentado en un banco, donde me había acomodado, cerraba, a pesar mío, los ojos. Obligóme a abrirlos para contemplar una vasija de tierra verde, coronada por un chapitel de vidrio que tenía en la mano.

-Hijo mío -me dijo-, es menester que sepáis que este aparato sublimatorio tiene por nombre aludel. Encierra un licor digno de atención suma, siendo nada menos que el mercurio de los filósofos. No creáis que debe conservar siempre su color oscuro. Dentro de poco se habrá vuelto blanco y trocará los metales en plata. Después, debido a mis artes e industria, se volverá rojo y adquirirá la virtud de convertir la plata en oro. Sería, sin duda, ventajoso para vos encerraros en este laboratorio y no salir hasta que estas operaciones terminen, y a lo sumo durarán dos o tres meses. Pero exigíroslo sería imponer una penosa

Librodot

contrariedad a vuestra juventud. Contentaos, pues, por esta vez, con observar los preludios de la obra, echando mucha leña al hornillo.

Después de estas palabras, se abismó de nuevo entre sus frascos y sus retortas. Entretanto, yo pensaba en la triste situación a que me habían conducido mi mala fortuna y mi imprudencia.

-¡Ay de mí! -exclamé, echando leña al hornillo-. En estos instantes la Policía nos andará buscando. Nos llevarán a la cárcel y abandonaremos este castillo, donde, a falta de dinero, disfrutábamos de una buena mesa y de una posición honrosa. Nunca me atreveré a presentarme de nuevo ante el señor de Astarac, quien cree que he pasado la noche en las silenciosas voluptuosidades de la magia, como mejor hubiera sido que así lo hiciera. ¡Ay de mí! Jamás volveré a ver a la sobrina de Mosaide, la señorita Jahel, que tan agradablemente me despertaba por la noche en mi habitación. Y, sin duda, me olvidará. Ella querrá tal vez a otro, dedicándole las mismas caricias que a mí. La sola idea de tal infidelidad me resulta intolerable. Pero al paso que va el mundo hay que esperarlo todo.

-Hijo mío -me dijo el señor de Astarac-, no alimentasteis suficientemente el atanor. Veo que no estáis aún bien penetrado de la excelencia del fuego, cuya virtud es capaz de madurar este mercurio y de producir el maravilloso fruto que muy pronto me será dable recoger. ¡Echad más leña! El fuego, hijo mío, es el elemento superior; ya os lo he dicho muchas veces; pero, no obstante, voy a poneros un ejemplo. En un día muy frío del pasado invierno fui a visitar a Mosaide, a quien encontré sentado, calentándose los pies en un brasero, y observé que las partículas sutiles del fuego que se escapaban del brasero eran bastante poderosas para inflar y alzar la hopalanda del sabio; deduje que, si el fuego hubiera sido más intenso, Mosaide se habría elevado por los aires, de lo que es digno, sin duda; y que si fuera posible meter en una especie de nave una cantidad determinada de esas partículas de fuego, podríamos navegar sobre las nubes tan fácilmente como lo hacemos sobre el mar, visitando a las salamandras en sus etéreas moradas. A eso dedicaré mis ocios más adelante. Y no desespero de construir una de esas naves de fuego. Pero volvamos a nuestra tarea y echad más leña en el hornillo.

Todavía me retuvo, durante algún tiempo, en aquella habitación achicharrada, de donde no veía el momento de escaparme para tratar de reunirme con Jahel, deseoso de contarle mis desdichas. Por último, el señor de Astarac salió del laboratorio y pensé verme libre de él. Pero frustróse mi esperanza.

-El tiempo -me dijo al retroceder-está bastante templado, aunque el cielo se halle algo cubierto. ¿No os agradaría dar conmigo un paseo por el parque antes de reanudar la versión de Zósimo el Panopolitano, que os honrará mucho a vos y a vuestro maestro, si ambos la termináis como la habéis comenzado?

Le seguí con pena por el parque; y él me habló en estos términos:

-No me desagrada, hijo mío, encontrarme solo con vos para preveniros a tiempo de un gran peligro que os puede amenazar cualquier día, y aún me reprocho por no habéroslo advertido antes, pues el asunto reviste suma importancia.

Hablando de esta suerte, me condujo a la gran avenida que llega hasta las ciénagas del Sena, y desde donde se ven Rueil y Mont-Valérien con su calvario. Era su paseo favorito, la avenida más practicable de todas las del parque, a pesar de algunos troncos de árboles que la obstruían.

-Importa -prosiguió-haceros comprender a lo que os expondríais traicionando a vuestra salamandra. No pretendo interrogaros acerca de vuestras relaciones con esa criatura sobrehumana que he tenido la suerte de daros a conocer. Sin duda sentís, o, al menos, así

Librodot

me lo parece, cierto reparo en hablar de ella. Y vuestro comedimiento es digno de alabanza. Si bien las salamandras no tienen respecto a la discreción de los amantes las mismas ideas que las mujeres de la corte y de la ciudad, no es menos cierto que los grandes amores las requieren, si han de ser inefables, y que sería profanar un hermoso y profundo sentimiento hacer partícipes de él a los demás.

»Pero vuestra salamandra (cuyo nombre me sería fácil descubrir si yo sintiera esa indiscreta curiosidad) no os ha revelado tal vez una de sus más vivas pasiones: la de los celos. Este sentimiento es común a todas sus semejantes. Sabedlo bien, hijo mío: las salamandras no se dejan traicionar impunemente. Toman contra el perjuro una venganza terrible. El divino Paracelso nos refiere un ejemplo que bastará, sin duda, para inspirarnos un temor saludable; y voy a dároslo a conocer:

»Había en la ciudad alemana de Staufen un filósofo espagírico que sostenía, como vos, relaciones con una salamandra. Fue bastante depravado para engañarla ignominiosamente con una joven, muy hermosa por cierto. Una noche, cenando con su nueva querida y con algunos amigos, los invitados vieron brillar sobre su cabeza un muslo de líneas maravillosas. La salamandra lo enseñaba para persuadirles de que no merecía el engaño de su amante. Después de esto, la visión celeste, indignada, fulminó contra el infiel una apoplejía. El vulgo, cuya ignorancia le inclina al error, creyó que se trataba de una muerte natural; pero los iniciados supieron de qué mano había partido aquel golpe. Yo os debía, hijo mío, esta advertencia y este ejemplo.

Ambas cosas me eran menos útiles de lo que el señor de Astarac pudiera imaginar. Mientras las escuchaba, bullían por mi cerebro otros motivos de alarma. Indudablemente, mi rostro reflejaba mi gran inquietud, porque el cabalista, fijando en mí su mirada, me preguntó si no temía que un empeño de tan fatales consecuencias no sería inconveniente a mis pocos años.

-Puedo tranquilizaros -añadió-asegurando que los celos de las salamandras no se excitan si no se las pone en rivalidad con mujeres, y lo que sienten pudiera llamarse mejor resentimiento, indignación, disgusto, que verdaderos celos. Las salamandras tienen el alma demasiado noble e inteligente, demasiado sutil, para ser envidiosas la una de la otra y ceder a un sentimiento que participa de la barbarie en que la Humanidad está todavía sumergida. Por el contrario, experimentan la mayor alegría compartiendo con sus compañeras las delicias que disfrutan junto a un sabio y se complacen en presentar a sus amantes sus hermanas más bellas. Ya experimentaréis dentro de poco que, efectivamente, llevan su cortesía al extremo indicado, y no transcurrirá un año, ni siquiera seis meses, sin que vuestra habitación sea el punto de cita de cinco o seis hijas del día, quienes desplegarán ante vuestros ojos sus formas maravillosas y resplandecientes. No temáis, hijo mío, en corresponder a sus caricias. Vuestra amiga no se ofenderá por ello. ¿Y cómo podría ofenderse si es sabia? Tampoco debéis disgustaros si vuestra salamandra os deja para ir a visitar a otro filósofo. Considerad que esos orgullosos celos, despertados en los hombres por la unión sexual, es un sentimiento salvaje, fundado en la más ridícula de las ilusiones. Se fundan en la idea de que la mujer es suya en cuanto se ha entregado, lo que no es m ás que un puro juego de palabras.

Al hablarme de este modo, el señor de Astarac se había internado en el sendero de las Mandrágoras, desde donde descubríamos, entre el follaje, el pabellón de Mosaide, cuando una voz espantosa nos desgarró los oídos, y me hizo latir más agitado el corazón. Aquella voz producía sonidos roncos, acompañados de rechinamientos de dientes, y se percibía

Librodot

también, al acercarse, que los sonidos eran modulados y que cada frase terminaba con una especie de melopea muy tenue que no podía escucharse sin temblar.

Después de haber caminado algunos pasos, aguzando el oído, pudimos comprender el oculto sentido de aquellas palabras extrañas. La voz proseguía así:

-Oye la maldición con que Elíseo maldijo a las criaturas insolentes y alegres. Oye el anatema que Barack lanzó contra Meros.

»Yo te condeno en nombre de Archithariel, llamado también el señor de las batallas, y cuya espada es luminosa. Te condeno a eterna perdición, en nombre de Sardalifón, que presenta a su dueño las flores agradables y las guirnaldas meritorias ofrecidas por los hijos de Israel.

»¡Maldito seas, perro, y anatematizado seas, puerco!

Al indagar de dónde procedía la voz, descubrimos a Mosaide en el umbral de la puerta de su casa, en pie, con los brazos levantados, las manos en forma de garras, con las uñas engarabitadas, que la luz del sol incendiaban. Cubierta la cabeza con su tiara sórdida, envuelto en su ropaje brillante, que dejaba ver, al entreabrirse, unos muslos flacos y arqueados, envueltos en unos calzones a rayas, parecía un mago mendicante, eterno y archiviejo. Sus ojos relampagueaban, y seguía diciendo:

-Maldito seas en nombre de los Globos; maldito seas en nombre de las Ruedas, y maldito seas en nombre de las Bestias misteriosas que vio Ezequiel.

Y extendió ante él sus largos brazos armados de garras, repitiendo:

-En el nombre de los Globos, en el nombre de las Ruedas, en el nombre de las Bestias misteriosas, húndete entre aquellos que no existen.

Avanzamos algunos pasos por entre el arbolado, a fin de ver el objeto contra quien Mosaide extendía sus brazos y su cólera, y mi sorpresa fue grande al descubrir al señor Jerónimo Coignard con un paño de su balandrán prendido en un zarzal. El desorden de la pasada noche se revelaba en toda su persona; su alzacuello y sus calzas, desgarrados; sus medias, salpicadas de barro, y su camisa, desabrochada, recordaban de un modo lamentable nuestra desgracia y común aventura, y la hinchazón de su nariz hacía desaparecer aquel aspecto noble y risueño que jamás se borraba de su semblante.

Corrí en su auxilio, y tanta maña me di para sacarle de las zarzas, que sólo dejó entre las espinas un pedazo de sus calzones. Y Mosaide, no teniendo ya nada que maldecir, retiróse a su vivienda. Como iba en chanclas, pude observar que tenía la pierna insertada en mitad del pie; de manera que el talón sobresalía casi tanto como la punta, lo cual afeaba sus andares, que sin eso fueran gallardos.

-Jacobo Dalevuelta, hijo mío -me dijo mi buen maestro suspirando-, es preciso que ese judío sea Isaac Laquedem en persona para blasfemar, como lo hace, en tantas lenguas. Me ha augurado una muerte próxima y violenta, con gran abundancia de imágenes, y me ha llamado puerco en catorce idiomas diferentes, si no he contado mal. Le creería el Anticristo, si no careciera de muchos signos en los cuales debe reconocerse a ese enemigo de Dios. En todo caso es un villano judío, y nunca la rueda, signo de infamia, debió aplicarse con tanta justicia como en las ropas de un tan furioso descreído. Por su parte, merece, no solamente la rueda que se aplicaba en tiempos remotos a las vestiduras de los judíos, sino estar atado a la que hoy funciona contra los malvados.

Y mi buen maestro, cada vez más irritado, amenazaba con los puños a Mosaide, que se había retirado ya, y le acusaba de crucificar a los niños y devorar la carne de los recién nacidos.

Librodot

El señor de Astarac se acercó a él y le tocó en el pecho con el rubí que llevaba en el dedo.

-Es conveniente -dijo el cabalista- conocer las propiedades de las piedras preciosas. El rubí aplaca los resentimientos, y pronto veréis al señor abate Coignard recobrando su natural dulzura.

Mi buen maestro sonreía menos por la virtud de la primera que por el efecto de una filosofía que elevaba a aquel hombre admirable por encima de las pasiones humanas. Pues debo decirlo en el punto en que mi relato se oscurece y se contrista: el señor Jerónimo Coignard me ha dado ejemplos de sagacidad en circunstancias en que es muy raro hallarlos.

Preguntámosle el motivo de su querella con Mosaide. Pero yo comprendí, en la vaguedad de sus respuestas difíciles, que no tenía intención de satisfacer nuestra curiosidad. Supuse, al principio, que Jahel estaba mezclada de algún modo en el asunto, porque oímos el rechinar de dientes de Mosaide y sus agudas voces, unido al ruido de los cerrojos, y el comienzo de una disputa, dentro del pabellón, entre el tío y la sobrina. Una vez más me vi obligado a pedirle a mi buen maestro una aclaración.

-El odio hacia los cristianos -nos dijo el abate- está muy arraigado en el corazón de los judíos, y Mosaide es un ejemplo viviente. He creído discernir, entre sus horribles aullidos algunas imprecaciones que la sinagoga vomitaba en el siglo anterior contra un judío de Holanda, llamado Baruch o Benedito (y más conocido bajo el nombre de Spinoza), por haber formulado una filosofía que fue perfectamente refutada casi en su nacimiento, por excelentes teólogos. Pero ese viejo Mardoqueo añadió, al menos así me parece, muchas imprecaciones, más horribles aún, y, si he de ser sincero, debo confesar que han producido en mi ánimo alguna turbación. Trataba de escapar, huyendo de aquel torrente de injurias, cuando, por desdicha, tropecé en estos zarzales, que se agarraron con sus espinas a mis ropas y a mi piel, y hasta sería probable que hubiera dejado entre ellas ambas cosas, entre crueles dolores, si Dalevuelta, mi discípulo, no me hubiera librado.

-Las espinas no son nada -dijo el señor de Astarac-. Lo que temo, señor abate, es que hayáis pisado la mandrágora.

-Eso -respondió el abate- no me preocupa.

-Os equivocáis -replicó el señor de Astarac con viveza-. Basta poner el pie sobre una mandrágora para sentirse arrastrado a un crimen de amor y perecer miserablemente.

-¡Ah, señor! -dijo mi buen maestro-. Amenazaba muchos peligros, y sería necesario que viviéramos rigurosamente encerrados entre las murallas elocuentes de la Astaraciana, que es la reina de las bibliotecas, para evitarlos. Por haberla abandonado un momento han caído sobre mi cabeza las Bestias de Ezequiel, y no tomo en cuenta lo demás.

-¿Nada me decís de Zósimo el Panopolitano? -preguntó el señor de Astarac.

-Avanza -contestó mi buen maestro-. Sigue su camino, un poco fatigoso por ahora.

-Pensad, señor abate -dijo el cabalista-, que la posesión de los más grandes secretos está ligada al conocimiento de los textos antiguos.

-Lo tengo muy reflexionado, señor -dijo el abate.

Y el señor de Astarac, satisfecho con tal respuesta, se apartó de nosotros al pie del fauno que tocaba la flauta, sin preocuparse de su cabeza, caída en el suelo, y lanzóse bajo los árboles en pos de las salamandras.

Mi buen maestro me cogió del brazo, complacido al ver que podía ya expresarse libremente.

-Jacobo Dalevuelta, hijo mío -me dijo-, debo confesaros que un encuentro muy singular acaeció esta mañana en los desvanes del castillo mientras os hallabais retenido en

Librodot

el primer piso por ese furioso alquimista. Yo le oí muy bien rogaros que pasarais un momento a su cocina, menos olorosa y cristiana que la de maese Leonardo, vuestro padre. ¡Ay de mí! ¡Cuándo volveré a ver el figón de La Reina Patoja y la librería del señor Blaizot, La Imagen de Santa Catalina, en la que tanto disfrutaba hojeando los libros recientemente llegados de Ámsterdam y de La Haya!

-¡Ay de mí! -exclamé yo a mi vez con lágrimas en los ojos-. ¿Cuándo los volveré a ver yo también? ¿Cuándo volveré a la calle de San Jacobo, en la cual vine al mundo, y mis queridos padres, a quienes la noticia de nuestras desdichas causará mucha pena? Pero dignaos explicaros, mi buen maestro, acerca de ese extraño encuentro que, según decís, tuvo lugar esta mañana, y sobre los acontecimientos del presente día.

El señor Jerónimo Coignard consintió en ponerme al corriente de los sucesos que yo deseaba conocer, y lo hizo en la siguiente forma:

-Sabed, pues, hijo mío, que subí sin estorbos ni tropiezos hasta el último piso del castillo con el señor de Anquetil, a quien estimo bastante a pesar de su rudeza y de su falta de ilustración. No encierra su espíritu hermosos conocimientos ni profundas curiosidades. Pero la viveza de la juventud brilla agradablemente en él y el ardor de su sangre le inspira divertidas agudezas. Conoce el mundo como conoce a las mujeres, porque pasa por encima, pero sin trascendencia filosófica. Es una gran ingenuidad en él considerarse ateo. Su impiedad no tiene malicia, y ya veréis cómo esa idea le desaparece cuando se desvanezca el ardor de sus sentidos. Dios no tiene en esa alma otro enemigo que los caballos, las cartas y las mujeres. En el espíritu de un verdadero libertino, de un señor Bayle, por ejemplo, la verdad encuentra adversarios más temibles y maliciosos. Pero veo, hijo mío, que os hago un retrato, describiendo un carácter, y lo que vos deseáis de mí es una relación.

»Voy a satisfaceros. Habiendo, pues, llegado hasta el piso más alto del castillo con el señor de Anquetil, hícele entrar en vuestra habitación, rogándole, según la promesa que ambos le hicimos ante la fuente del tritón, que se acomodara como en la suya. Aceptó de buen grado, desnudóse, no conservando más que las botas, y se tendió en vuestra cama, cuyas colgaduras dejó caer con objeto de que no le importunara la primera luz del día, y no tardó mucho tiempo en dormirse.

»Por lo que a mí toca, me retiré a mi habitación, y aun cuando me sentía fatigado, no quise abandonarme al reposo antes de leer en mi Boecio un pasaje apropiado a mi situación. Pero, ¡ay!, el gran Boecio no tuvo que preocuparse por la desgracia de haber descalabrado a todo un asentista general con una botella de su propia bodega. No obstante, desperdigadas en aquellas admirables páginas, encontré algunas máximas que no dejaban de tener aplicación a las circunstancias presentes. Luego cáleme el gorro hasta los ojos y, encomendando mi alma a Dios, me dormí con bastante tranquilidad. Transcurrido un tiempo, que me pareció breve, sin que me sea posible precisarlo, porque nuestras acciones, hijo mío, son la única medida del tiempo, que se halla, por decirlo así, en suspenso para nosotros mientras dormimos, sentí que me tiraban de un brazo, y oí una voz que me gritaba en los oídos: «¡Eh, abate, abate! ¡Despertaos!» Creí que me despertaba un alguacil para conducirme ante el provisor, y reflexioné si sería conveniente romperle la cabeza con mi candelero. Es, por desgracia, muy cierto que, una vez desviados del camino de la dulzura y de la equidad, por donde avanza el prudente con pie firme, se ve uno obligado a repeler la violencia con la violencia y la crueldad con la crueldad, de modo que una falta da ocasión a otras nuevas. Esto es lo que hay que» tener presente para comprender la vida de los emperadores romanos, que el señor Crevier ha referido con exactitud loable. Aquellos príncipes no habían nacido más depravados que los otros hombres. Cayo, de sobrenombre

Calígula, no carecía ni de natural ingenio, ni de juicio, y era capaz de albergar en su pecho el sentimiento de la amistad. Nerón tenía el instinto de la virtud, y su temperamento le impulsaba hacia todo lo grande y sublime. Una sola falta bastó para lanzarlos en el camino depravado que siguieron hasta su miserable fin. Esto es lo que aparece en el libro del señor Crevier. Yo he conocido a este hombre hábil cuando enseñaba bellas letras en el colegio de Beauvais, como yo las enseñaría en la actualidad si mi existencia no se hubiera visto desviada por mil obstáculos y si la sencillez natural de mi espíritu no me hubiese precipitado hacia las diversas emboscadas en que frecuentemente caí. El señor Crevier, hijo mío, era de costumbres puras, profesaba una moral severa, y le oí decir un día que una mujer que ha traicionado la fe conyugal es capaz de los mayores crímenes, tales como el asesinato y el incendio. Yo os refiero esta máxima para daros una idea de la santa austeridad de aquel sacerdote. Pero advierto que divago, y me apresuro a proseguir mi relato en el punto en que lo dejé. Creía, pues, que un alguacil levantaba la mano contra mí, y ya me veía en las prisiones del arzobispado, cuando reconocí el semblante y la voz del señor de Anquetil. «Abate», me decía el joven hidalgo, «me acaba de ocurrir en la habitación de Dalevuelta una singular aventura. Una mujer entró, durante mi sueño, y se metió en la cama, despertándome con una lluvia de besos, de caricias y de palabras amorosas. Aparté las colgaduras para contemplar el semblante de la mujer que me deparaba mi suerte. Vi que era morena, de mirada ardiente y la más hermosa del mundo. Pero, de pronto, lanzó un grito y huyó irritada; pero no tan aprisa que me faltara tiempo para alcanzarla en el corredor y oprimirla estrechamente entre mis brazos. Comenzó por defenderse, arañándome el rostro. Cuando estuve suficientemente arañado, para satisfacción de su honor, comenzaron las explicaciones. Supo entonces, con placer, que yo era hidalgo, y no de los más pobres. Dejé de serle odioso, y empezaba a quererme, cuando un pinche, atravesando el corredor, la espantó, haciéndola huir».

»«Supongo», agregó el señor de Anquetil, «que la encantadora moza iba en busca de otro; se equivocó de puerta, y la sorpresa fue causa de su asombro. Pero supe tranquilizarla tanto, que, a no presentarse de pronto el pinche, lograra yo sus favores». Le confirmé aquella suposición. Tratamos de indagar en busca de quién la hermosa joven podía ir, y estuvimos de acuerdo en que sería, como ya os tengo dicho, por ese viejo loco de Astarac, quien se ve con ella en una habitación próxima a la vuestra, o tal vez, sin vos saberlo, en vuestra propia habitación. ¿No lo pensáis así?

-Nada más probable que vuestra sospecha -le contesté.

-Entonces, no hay duda -repuso mi buen maestro-. Ese hechicero se burla de nosotros con sus salamandras, cuando, en verdad, acaricia a una linda moza. Es un impostor.

Rogué a mi buen maestro que prosiguiera su relato, y lo hizo con gusto.

-Abrevio, hijo mío -dijo-, la conversación que tuve con el señor de Anquetil. Es propio de un ingenio superficial y vulgar referir minuciosamente nimios detalles. Debemos, por el contrario, esforzarnos en reducirlos a unas cuantas frases, tender a la concisión y conservar para las instrucciones y exhortaciones morales la facundia, que desbordará como la nieve desprendida desde las altas cumbres de las montañas. Quedaréis enterado de cuanto me dijo el señor de Anquetil con sólo advertiros que me aseguró haber encontrado en aquella joven una belleza, un encanto y una gracia extraordinarios. Y terminó su conversación preguntándome cómo se llamaba y quién era. «Por el retrato que de ella me hiciste», le respondí, «debe de ser la sobrina del rabino Mosaide, cuyo nombre es Jahel, y a la cual tuve ocasión de besar una noche en esta misma escalera, con la diferencia de que fue entre el primero y segundo piso». «Supongo», replicó el señor de Anquetil, «que habrá

Librodot

otras diferencias, pues yo la oprimía con frenesí. Me disgusta que sea judía, porque, sin preocuparme la idea de Dios, existen en mí ciertos sentimientos por los cuales preferiría que fuera cristiana. Pero, ¿tenemos certeza de su nacimiento? ¿No pudiera ser una niña robada? Los judíos y los gitanos tienen costumbre de robar criaturas. Además, ¿no sabemos de sobra que la Santísima Virgen era judía? Judía o no, me agrada, la quiero y la gozaré». Así habló ese joven insensato. Pero permitid, hijo mío, que me siente en este banco mohoso, porque las fatigas de esta noche, mis combates y mi huida, han quebrantado mis piernas.

Una vez sentado, sacó del bolsillo su caja de rapé, y, al verla vacía, quedóse un instante contemplándola tristemente.

Me senté muy cerca de él, en un estado que participaba de la excitación y del abatimiento. El relato que acababa de oír apenábame profundamente.

Renegué de la fortuna, que había colocado a un hombre en lugar mío cuando mi adorable querida fue a buscarme con muestras de ardiente ternura, ignorando que yo estaba ocupado en echar leña al hornillo del alquimista. La infidelidad probable de Jahel me destrozaba el corazón, y agradárame que, por lo menos, mi buen maestro hubiera estado más discreto ante mi rival. Tuve la osadía de reprocharle respetuosamente por haber pronunciado el nombre de Jahel.

-Señor -le dije-, ¿no habrá sido una imprudencia proporcionar esos indicios a un joven tan lujurioso como violento?

Mi buen maestro no se dio por enterado.

-Mi caja de rapé -dijo-, desgraciadamente, se vació anoche durante la contienda, y el rapé formó con el vino derramado en el bolsillo una mezcla repugnante. Lo peor del caso es que no me atrevo a pedirle a Critón que me pique algunas hojas; tan severo y frío se muestra para mí el rostro de ese servidor y juez. Y sufro más de no poder sorber un polvo, porque las narices me pican vivamente a consecuencia del porrazo que recibieron, y me importunan cuando nada les puedo ofrecer. Es necesario soportar esta nueva desgracia con resignación, esperando a que el señor de Anquetil me ofrezca algunos granos de su caja. Y volviendo, hijo mío, a mi conversación con ese gentilhombre, sabed que me dijo textualmente: «Yo amo a esa muchacha, y la llevaré con nosotros en el carruaje. Aun cuando me obligase a permanecer aquí un mes o seis meses más, no partiría sin ella.» Yo entonces le expuse los peligros que el menor retraso podía originarnos. Pero respondióme que tales peligros eran pequeños para él y grandes para nosotros. «Vos, abate», me dijo, «os halláis en el caso de ser ahorcado con Dalevuelta; en cuanto a mí, me arriesgo únicamente a ser preso en la Bastilla, donde no me faltarán ni naipes ni mujeres, y de donde me sacará bien pronto mi familia, porque mi padre interesará en favor mío a cualquier duquesa o a cualquier bailarina, y aun cuando mi madre se haya vuelto devota, sabrá recurrir, para que me amparen, a dos o tres príncipes de regia estirpe. Así, pues, lo he resuelto ya: o me llevo a Jahel o me quedo aquí. Vos podéis, abate, alquilar una silla de postas con Dalevuelta».

»El cruel sabía de sobra, hijo mío, que nosotros carecemos de recursos. Traté de hacerle desistir, mostrándome contundente, melifluo y aun parenético. Todo fue tiempo perdido, en el que derroché inútilmente una elocuencia que en el pulpito de alguna buena iglesia parroquial me habría valido honores y dinero. ¡Ay de mí! Está visto, hijo mío, que ninguna de mis acciones me reportará beneficios en este mundo, y supongo que por mí dice el Eclesiastés: Quid habet amplius homo de universo labore suo quo laborat sub sole? Lejos de hacerle entrar en razón, mis discursos fortalecían la obstinación de nuestro compañero, y no os ocultaré, hijo mío, que me propuso coadyuvar al éxito de sus deseos, obligándome a

ir en busca de Jahel, inclinándola a seguirle con la promesa de trajes, muebles, alhajas y una buena renta.

-¡Oh, señor! -exclamé-. ¡Ese caballero de Anquetil es un insolentuelo! ¿Imagináis lo que Jahel puede responder a esas proposiciones cuando las conozca?

-Hijo mío -me respondió-, a la hora presente las conoce ya, y creo que las agradece.

-En ese caso -repliqué yo vivamente-, será preciso advertir a Mosaide.

-Mosaide -contestó mi buen maestro- está ya en antecedentes. Ya oísteis, al acercaros al pabellón, los últimos estallidos de su furor.

-¡Cómo, señor! -exclamé yo, sensiblemente emocionado-, ¿habéis advertido a ese judío del deshonor de que iba a ser víctima? ¡Eso es digno de vos! Permitidme que os abrace. ¿Luego la ira de Mosaide, de que nosotros fuimos testigos, amenazaba al señor de Anquetil y no a vos?

-Hijo mío -replicó el abate con nobleza y lealtad-, una natural indulgencia para las debilidades humanas, una obsequiosa dulzura, la imprudente bondad de un corazón accesible, llevan con frecuencia a los hombres a dar ciertos pasos desconsiderados y los exponen a la severidad de los vanos juicios del mundo. No os ocultaré, Dalevuelta, que, cediendo a los insistentes ruegos de ese joven gentilhombre, le prometí galantemente ir a buscar a Jahel de parte suya y hacer cuanto fuera posible para convencerla.

-¡Ay de mí! -exclamé-. ¿Y realizasteis tan enojosa promesa? No puedo manifestaros hasta qué punto me hiere y me aflige vuestra conducta.

-Dalevuelta -me respondió severamente mi buen maestro-, habláis como un fariseo. Un doctor, tan amable como austero, ha dicho: «Volved los ojos sobre vos mismo y guardaos de juzgar las acciones de otro. Juzgando a los demás, se trabaja inútilmente; con frecuencia se incurre en el engaño y se peca; mientras que examinarse y juzgarse a sí mismo es ocupación provechosa.» Está escrito: «No temeréis el juicio de los hombres.» Y el apóstol san Pablo ha dicho: «Nada me importa ser juzgado por el tribunal de los hombres.» Y si os recuerdo estas hermosas máximas de moral es para instruiros, Dalevuelta, y devolveros a la humilde y dulce modestia que os es peculiar, y no para pasar por inocente, cuando un cúmulo de iniquidades me pesa y me anonada. Es muy difícil no incurrir en el pecado y conveniente no caer en la desesperación a cada paso que se da en esta tierra, donde todo participa al mismo tiempo de la maldición original y de la redención operada por la sangre del Hijo de Dios. No quiero disimular mis faltas, y os confieso que la embajada que desempeñé a ruego del señor de Anquetil tiene su origen en la caída de Eva, siendo, por decirlo así, una de sus innumerables consecuencias, contraria al sentimiento humilde y doloroso que ahora me hacen sentir el deseo y la esperanza de mi salvación eterna. Es necesario que os representéis a los hombres oscilando entre la condenación y la redención, y os ruego que en el momento actual consideréis que me hallo en el fin bueno, después de haberme sorprendido esta mañana en el malo. También debo confesaros que, habiendo recorrido la senda de las Mandrágoras, desde donde se descubre el pabellón de Mosaide, permanecí oculto entre un matorral, esperando a que Jahel se asomase a la ventana. No tardó mucho tiempo en aparecer, y le hice señas para que bajase. Fue a reunirse conmigo en el matorral en el momento que más propicio encontró para burlar la vigilancia de su viejo guardián. Hícela saber, en voz baja, las aventuras que nos habían ocurrido por la noche y que ella ignoraba, y también le di cuenta de los deseos que respecto a ella había concebido el impetuoso gentilhombre, deseos que importaban tanto a su interés como a mi salvación y a la vuestra, salvación que sólo ella podía asegurar con su partida. Desplegué ante sus ojos las promesas del señor de Anquetil. «Si consentís en seguirle esta

Librodot

noche», le dije, «disfrutaréis de una buena renta, de un equipaje más lujoso que el de una cantante de ópera o el de una abadesa de Pantemont, y de una preciosa vajilla de plata». «Me trata como a una cualquiera», me dijo; «es un insolente». «Os ama», respondí. «¿No os agradaría veros adorada?» «Necesito», respondió ella, «el cocido casero bien sustancioso. Decidle...» «¿Qué le digo?» «Que soy una joven honrada.» «¿Y qué más?» «Que me parece muy osado.» «¿Y eso es todo? Jahel, decidios a salvarnos.» «Decidle, pues, que sólo consiento en acompañarle si me firma un compromiso en toda regla.» «Os lo firmará. Dadlo por hecho.» «No, señor abate; no hay nada mientras no me prometa que me dará lecciones el señor Couperin. Deseo aprender música.»

»A este punto de nuestra conferencia llegábamos, cuando, desgraciadamente, el viejo Mosaide nos sorprendió, y sin oír lo que hablábamos, lo adivinó. Y lo supongo porque, desde luego, comenzó a llamarme corruptor y a decirme mil improperios. Jahel fue a ocultarse a su habitación, quedando yo solo, por consiguiente, expuesto a los furores del viejo deicida, en la situación en que me visteis, y de la cual me sacasteis, hijo mío. En verdad, el asunto estaba casi resuelto; el rapto, consentido, y nuestra fuga, asegurada. Las Ruedas y las Bestias de Ezequiel no prevalecerán contra el cocido casero. Sólo temo que el viejo Mardoqueo haya encerrado a su sobrina con tres llaves.

-En efecto -respondíle, sin poder ocultar mi satisfacción-, oí rechinar cerraduras y cerrojos en el momento preciso en que os sacaba de entre las zarzas. Pero ¿es cierto que Jahel haya aceptado tan pronto proposiciones tan deshonestas y que debió de costaras mucha pena comunicarle? Navego en un mar de confusiones. Decidme, mi buen maestro: ¿no os habló de mí, no ha pronunciado mi nombre entre suspiros

o de otra manera?

-No, hijo mío -respondió el abate Coignard-; no lo ha pronunciado, por lo menos de un modo perceptible. Tampoco he oído que murmurara el del señor de Astarac, su amante, nombre que debía de tener algo más presente que el vuestro. Pero no os sorprendáis de que olvide al alquimista. No basta poseer a una mujer para imprimir en su alma un sello profundo y durable. Las almas son casi impenetrables entre sí, y esto demuestra el cruel vacío del amor. El hombre sabio debe decirse: «Yo no soy nada en la nada de que está formada la criatura.» Esperar que quede un recuerdo en el corazón de una mujer es como si se pretendiera sellar las aguas de un río. Así, pues, librémonos de aspirar a fijarnos en lo que es pasajero y unámonos a todo lo permanente.

-En definitiva -indiqué-, Jahel está bajo excelentes cerrojos, y se puede confiar en la vigilancia de su cancerbero.

-Hijo mío -replicó mi buen maestro-, esta noche debe reunirse con nosotros en El Caballo Rojo. La oscuridad es propicia para las evasiones, raptos, asuntos furtivos y acciones clandestinas. Debemos confiar en la astucia de esa muchacha. En cuanto a vos, procurad hallaros en la glorieta de los Pastores entre dos luces. Ya sabéis que el señor de Anquetil tiene poca paciencia y sería capaz de partir sin vos.

Cuando me estaba dando este consejo, la campana nos llamó para el almuerzo.

-¿No tenéis hilo y aguja? -me dijo-. Mi traje se ha roto por varios sitios, y desearía, antes de sentarme a la mesa, remendarlo del mejor modo posible, dándole un aspecto decente. Mis calzones me tienen bastante inquieto. Están los pobres tan ruinosos que, si no acudo en su auxilio, me abandonarán irremisiblemente.

* * *

Sentéme, pues, ante la mesa del cabalista con la aflictiva y desesperante idea de que me sentaba a ella por última vez. Mi alma sentíase apesadumbrada por la traición de Jahel. «¡Ay de mí! -me dije-. ¡Mi deseo más vehemente consistía en huir con ella, y se realiza de un modo cruel!» Una vez más pude admirar la sabiduría de mi buen maestro, el cual, viéndome ansioso por el buen éxito de cierto asunto, me salió al paso con estas palabras de la Biblia: Et tribut eis petitionem eorum. Mis penas y mis inquietudes me quitaban el apetito, y apenas podía acercarme los manjares a los labios. Entretanto, mi buen maestro había conservado la inalterable sutileza de su espíritu.

Abunda en agradables discursos, y en aquel instante se le habría considerado más bien como uno de esos sabios que el Telémaco nos pinta conversando a la sombra de los árboles de los Campos Elíseos que como un hombre perseguido por asesinato y reducido a una vida errante y miserable. El señor de Astarac, imaginándose que yo había pasado la noche en el figón de mis padres, me pidió noticias de ellos con amabilidad extremada, y como no podía prescindir ni un solo instante de sus visiones, agregó:

-Cuando yo os hablo del figonero, como de vuestro padre, debe entenderse que hablo en el lenguaje usual del mundo en que vivimos y no según el de la Naturaleza. Porque nada demuestra que no hayáis sido engendrado por un silfo. Esto es lo que yo me inclinaré siempre a creer, mientras vuestro ingenio, todavía en agraz, aumente en fuerza y en belleza.

-¡Oh, señor, no habléis así! -repuso mi bien maestro, sonriendo-, pues le obligaríais a ocultar su talento por no perjudicar la buena reputación de su madre. Pero si la conocierais mejor, pensaríais, como yo pienso, que no ha tenido comercio alguno con ningún silfo; es una buena cristiana, que sólo ha realizado el acto carnal con su marido, y que lleva la virtud reflejada en el rostro, siendo todo lo contrario en eso de otra figonera, la señora Quonian, que dio mucho que hablar en París y en provincias allá en mis mocedades. ¿No habéis oído hablar de ella, caballero? Tenía por galanteador a un tal Mariette, que llegó a ser con el tiempo secretario del señor de Angervüliers. Era un hombre grueso, y cada vez que iba a ver a su adorada, le dejaba en recuerdo alguna joya, ya una cruz de Lorena o un relicario, ya un reloj o una cadena, ya un pañuelo, un abanico, una caja. Desvalijaba para ella a los joyeros y lenceros de la feria de Saint-Germain, hasta tal extremo que, viendo su figón provisto como una vitrina, el figonero supuso que aquellos bienes no podían haber sido adquiridos honradamente. Espió a su mujer y no tardó en sorprenderla con su cortejo. Será preciso añadir que aquel marido era solamente un villano celoso. Enfadóse, y de nada le sirvió; al contrario, perdió mucho, porque la pareja amorosa, a quien importunaba el escándalo, juró librarse de él. El tal Mariette gozaba de buenas influencias, y obtuvo una orden de prisión contra el desdichado Quonian. Entretanto, la pérfida figonera dijo a su marido:

»«Os ruego que el próximo domingo me llevéis a comer al campo. Me parece que me divertiré mucho.»

»Mostróse insinuante y cariñosa, y el marido, embelesado, concedió lo que su mujer pedía. Al domingo siguiente la llevó al campo en un mal carricoche. Pero apenas habían llegado a Roule, un grupo de policías apostados por Mariette, le detuvo, conduciéndole a Bicetre, desde donde fue enviado a Mississippi, y aún no ha vuelto.

»Le dedicaron una canción que termina así:

Un mari sage et commode

n'ouvre les yeux qu'à demi.
Il vaut mieux être à la mode,
que de voir Mississippi.

»Y es ésta, sin duda, la mejor enseñanza que puede deducirse del ejemplo del figonero Quonian.

»En cuanto a la aventura, no le falta más que ser referida por un Petronio o por un Apuleyo para igualarse con la mejor fábula milesiana. Los modernos son inferiores a los antiguos en la epopeya y en la tragedia. Y si no sobrepujamos a los griegos y a los latinos en los cuentos, no es por culpa de las damas de París, que no cesan de enriquecer la materia con sus ingeniosas intrigas y sus gallardas invenciones. Vos, sin duda, señor, no desconoceréis la colección de cuentos de Boccaccio; yo los he leído mucho para entretener mis ocios, y puedo afirmar que si el ilustre florentino viviera en nuestros días en Francia, la desgracia de Quonian diérale asunto para uno de sus más divertidos relatos. Debo añadir que al recordar la anécdota de Quonian, sólo me guía el propósito de hacer resaltar, por contraste, la virtud de la señora Bárbara, madre de Dalevuelta y honra del figón de su marido, como la señora Quonian fue oprobio del suyo. Me atrevo a decir que la madre de mi discípulo jamás ha faltado a las vulgares virtudes cuyo ejercicio recomienda el matrimonio, único despreciable de los siete sacramentos.

-No quiero contradeciros -advirtió el señor de Astarac-. Pero la madre de Dalevuelta sería mucho más digna de estimación si hubiera tenido comercio con un silfo, a semejanza de Semíramis, de Olimpia y de la madre del papa Silvestre Segundo.

-¡Ah, señor! -dijo el abate Coignard-. ¡Vos nos habláis siempre de silfos y de salamandras! Francamente, ¿habéis visto alguno?

-Como os veo en este instante -respondió el señor de Astarac- y mucho más cerca, por lo menos en lo que se refiere a las salamandras.

-Caballero, no es eso suficiente -arguyó mi buen maestro- para creer en su existencia, contraria a los preceptos y enseñanzas de la Iglesia. Pueden obsesionarnos las ilusiones. Los ojos y todos nuestros sentidos no son otra cosa que mensajeros de errores y portadores de embustes. Abusan de nosotros más que nos instruyen. Sólo nos ofrecen imágenes inciertas, vagas y fugitivas. La verdad se les escapa, y participando de su principio eterno, es invisible como él.

-¡Ah! -dijo el señor de Astarac-, ¡no os creía tan filósofo y de un ingenio tan sutil!

-Es verdad -respondió mi buen maestro-. Algunos días mi alma se oscurece y me siento atraído por el lecho y la mesa. Anoche rompí una botella en la cabeza de un publicano, y mis ideas se han extendido extraordinariamente, y hasta me siento capaz de desvanecer los fantasmas que os persiguen y disipar tanto humo. Porque los tales silfos no son otra cosa que vapores de vuestro cerebro.

El señor de Astarac le interrumpió con un ademán cariñoso, y le dijo:

-Señor abate, ¿creéis en los demonios?

-Os responderé sin dificultad -exclamó mi buen maestro-, que creo de los demonios cuanto refieren los libros sagrados, y que rechazo como abuso y superstición la creencia en los sortilegios, en los amuletos y en los exorcismos. San Agustín enseña que, cuando la Escritura nos induce a resistir a los demonios, debemos comprender que se refiere a nuestras pasiones y a nuestros apetitos desordenados. Nada tan detestable como esas brujerías con que los capuchinos amedrentan a las buenas gentes.

Librodot

-Veo -dijo el señor de Astarac- que os esforzáis por pensar como un hombre honrado. Odiáis las groserías supersticiosas frailunas, como yo las odio. Pero, al fin y al cabo, creéis en los demonios, sin que me haya costado esfuerzo alguno arrancaros esa confesión. Sabed, pues, que esos demonios no son otra cosa que los silfos y las salamandras. La ignorancia y el miedo los han desfigurado en la imaginación de las gentes tímidas. Pero, en realidad, son bellos y virtuosos. Yo no trataré de poneros en relaciones con las salamandras, por no estar muy seguro de la pureza de vuestras costumbres; pero nada me impide aproximaros a los silfos que habitan en las planicies de la atmósfera, y que tratan con agrado a los hombres, mostrándose tan afectuosos, que se ha llegado a llamarlos genios protectores. Lejos de arrastrarnos a nuestra perdición, como creen los teólogos, que los llaman diablos, protegen y evitan todo peligro a sus amigos terrenales. Podría daros a conocer una infinidad de ejemplos relativos a los auxilios que han prestado, pero me limitaré a repetir un relato debido a la mariscala de Grancey. En la edad madura, y llevando algunos años de viudez, recibió una noche, hallándose ya en cama, la visita de un silfo, que le dijo: «Señora, haced registrar el guardarropa de vuestro difunto esposo. En uno de sus bolsillos se hallará una carta que bastaría para la perdición del señor de Roches, tan buen amigo mío como vuestro. Macedla buscar y quemadla después de encontrada.»

»La mariscala, prometiendo tomar en cuenta el aviso, pidió noticias del difunto mariscal al silfo, que desapareció sin responder. Al despertarse llamó a sus doncellas, ordenando que viesen la ropa de su difunto esposo. Respondiéronle que nada quedaba, porque los lacayos lo habían vendido todo al ropavejero. La señora de Grancey insistió en que buscasen, a ver si encontraban siquiera unos calzones.

»Después de registrarlo todo, al fin descubrieron unos calzones de tafetán negro con pintas, en su tiempo muy de moda.

»La mariscala registró los bolsillos, encontrando en uno de ellos una carta, que abrió y leyó, viendo en ella motivo más que suficiente para encerrar al señor de Roches en una cárcel del Estado. Apresuróse a destruirla, echándola al fuego. Así, aquel gentilhombre fue salvado por sus buenos amigos el silfo y la mariscala.

»¿Son éstas, decídmelo, señor abate, las costumbres de los demonios? Pero voy a referiros otro rasgo que seguramente impresionará vuestro corazón de sabio. No ignoráis que en la Academia de Dijon hay abundancia de ingenios elevadísimos. Uno de ellos, cuyo nombre tal vez no desconocéis, y que vivía en el pasado siglo, preparaba en doctas veladas una edición de Píndaro. Una noche que se había encallado en cinco versos, cuyo sentido no acertaba a desentrañar por hallarse alterado el texto, se durmió rendido al amanecer. Durante su sueño, un silfo, que le estimaba, le transportó en espíritu a Estocolmo, le llevó al palacio de la reina Cristina, le introdujo en la biblioteca, y sacando de uno de los estantes un manuscrito de Píndaro lo abrió precisamente por el pasaje difícil. Los cinco versos se le aparecieron perfectamente claros y acompañados de algunos comentarios que los aclaraban aún más.

»En el entusiasmo de su alegría, nuestro sabio despertó, encendió la luz y anotó inmediatamente con lápiz los versos tal y como los había retenido, y luego se durmió de nuevo. Al día siguiente, reflexionando acerca de su aventura nocturna, resolvió hacer algunas aclaraciones. Descartes se hallaba entonces en Suecia instruyendo a la reina en su filosofía. Nuestro pindarista le conocía; pero tratando con alguna intimidad al embajador del rey de Suecia en Francia, monsieur Chanut, a él se dirigió para que hiciera llegar a manos de Descartes una carta, en la cual le rogaba que le dijera si había realmente en la biblioteca de la reina, en Estocolmo, un manuscrito de Píndaro conteniendo la variante que

Librodot

le designaba. Descartes respondió al académico de Dijon que, en efecto, su majestad poseía dicho manuscrito con los versos citados en la carta.

Cuando el señor de Astarac había referido aquella historia, mientras mondaba una manzana, al concluir, miró al buen abate, para saborear el éxito de su discurso.

Mi buen maestro sonreía.

-¡Ah, señor! -dijo-. Ya veo que acaricié hace poco una vana esperanza y que no es posible haceros renunciar a vuestras quimeras. Confieso que nos habéis hablado de un silfo ingenioso y que yo anhelaría poseer un secretario tan amable. Su ayuda me sería particularmente útil en dos o tres pasajes de Zósimo el Panopolitano, que son de lo más oscuros. ¿No podíais proporcionarme el medio de evocar a algún silfo de biblioteca, tan hábil como el de Dijon, cuando tenga necesidad de él?

El señor de Astarac respondió gravemente:

-Es un secreto, señor abate, que yo os revelaré muy gustoso. Pero debo advertiros que si lo comunicáis a los profanos vuestra perdición es segura.

-No sintáis por ello inquietud -respondió el abate-. Ansio ya conocer tan hermoso secreto, aun cuando no ocultaré que no me ilusiona su resultado, porque no creo en vuestros silfos. Instruidme si os place.

-Pues que lo exigís -replicó el cabalista-, sabed que cuando deseéis ser auxiliado por un silfo, os bastará pronunciar esta sola palabra: Agía. Tan pronto como los hijos del aire la oigan, volarán hacia vos; pero bien, señor abate; esa palabra debe ser pronunciada de todo corazón o, mejor dicho, con el corazón en los labios, y ungida por la fe, sin lo cual sería un murmullo vano. Pero pronunciándola, como yo acabo de hacerlo, sin alma y sin voluntad, sólo en mi boca tiene todavía un débil poder para conseguir, a lo sumo, que algunos hijos de la luz deslizaran como ahora lo han hecho, al oírme, su leve sombra. Yo más bien los he adivinado que visto entre esa cortina, y se han desvanecido apenas se habían formado. Ni vos ni vuestro discípulo sospechasteis su presencia. Pero si yo pronunciara esa palabra mágica con verdadera convicción, los hubierais visto en todo su esplendor. Son de una belleza encantadora. Acabo, pues, de daros a conocer un útil y admirable secreto. Debo advertiros, una vez más, que no lo reveléis imprudentemente y que no despreciéis el ejemplo del abate de Villars, quien, por haber divulgado sus secretos, fue asesinado por los silfos en la carretera de Lyon.

-¿En la carretera de Lyon? -exclamó mi buen maestro-. ¡Es casual!

El señor de Astarac se alejó bruscamente.

-Voy -dijo el abate- a refugiarme, una vez más, en la augusta biblioteca, donde gocé austeras voluptuosidades, y que no volveré a ver nunca. No dejéis de ir luego a la glorieta de los Pastores.

Prometíle que sería puntual, y fui a encerrarme en mi habitación, pues tenía vehementes deseos de escribir al señor de Astarac y a mis buenos padres, disculpando mi huida, con la cual evitaba las consecuencias de una aventura en la que fui más desgraciado que culpable.

Desde el descansillo de la escalera oí ronquidos que salían de mi cuarto, y abriendo la puerta vi al señor de Anquetil dormido en mi lecho, con su espada a la cabecera y una porción de naipes esparcidos sobre la colcha. Durante un segundo cruzó por mi mente la idea de atravesarle con su propia espada; pero esta idea se desvaneció en seguida, y le dejé dormir, riendo a mi pesar, imaginando que Jahel, encerrada bajo triples cerrojos, no podría reunirse con él. Para escribir mis cartas entré en la habitación de mi buen maestro, donde cinco o seis ratones roían el libro de Boecio, colocado sobre la mesa de noche. Escribí al

señor de Astarac y mi madre, y para Jahel redacté una conmovedora epístola. La leí la releí, y la humedecí con lágrimas. «Quizá -me dije- la infiel mezclará las suyas con las mías.»

Después, abrumado por la fatiga y la tristeza, me acosté en la cama de mi buen maestro, no tardando en adormecerme, y me acosaban ensueños eróticos y sombríos. De semejantes ensueños me sacó el mudo Gritón, presentándome en una bandeja de plata un papelillo, donde leí algunas palabras escritas con lápiz por una mano torpe. Me aguardaban afuera para un asunto urgente. Firmaba el hermano Ángel, capuchino indigno. Corrí hacía la puertecilla verde, encontrando sentado al borde del camino al hermanito, presa de un abatimiento terrible. Falto de fuerzas para levantarse, al verme, fijó en mí sus ojos de perro, casi humanos, e inundados de lágrimas. Los suspiros agitaban sus barbas y su pecho, diciéndome con voz angustiada:

-¡Ay de mí, señor Jacobo! La hora de la prueba ha sonado en Babilonia, según dijeron los profetas. Con motivo de la queja que ha dado el señor de la Gueritaude al señor comisario de Policía, la señorita Catalina ha sido recluida en el hospital y será deportada a América en la próxima expedición. Debo esta noticia a Juanita, la gaitera. Cuando entraba la otra en el hospital, ella salía, después de haberse curado una enfermedad en la que intervinieron los cirujanos. En cuanto a Catalina, no se librará de ir a América.

Y el hermano Ángel en este punto de su relato rompió a llorar copiosamente. Después de haber intentado contener sus sollozos con palabras cariñosas, le pregunté si no tenía más que decirme.

-¡Ay de mí, señor Jacobo! -me respondió-; os he confiado lo esencial; pero el resto flota en mi cabeza como el espíritu de Dios sobre las aguas, aun cuando no sea posible la comparación. Es un caos oscuro. La desgracia de Catalina turba mis facultades. Necesitaba tener que comunicaros una noticia de importancia para aventurarme hasta los umbrales de esta casa maldita, donde habitáis con todo género de diablos, y sólo con espanto, después de haber recitado la orador de san Francisco, me decidí a levantar el aldabón para entregar a un criado la carta que os he dirigido. No sé si habréis podido descifrarla; ¡tan poca es la costumbre que tengo de escribir! Por añadidura, el papel no era muy a propósito; pero nuestra santa Orden nos enseña a despreciar las vanidades del siglo. ¡Ah! ¡Catalina en el hospital! ¡Catalina en América! ¿No es esto bastante para desgarrar el corazón más endurecido? La misma Juanita lloraba a más no poder, a pesar de hallarse celosa de Catalina, que la aventaja en juventud y belleza, tanto como san Francisco aventaja en santidad a todos los demás santos. ¡Ah, señor Jacobo! ¡Catalina en América! Son los designios extraordinarios de la Providencia! ¡Ay de mí! Nuestra santa religión es verdadera, y el rey David tiene razón al decir que somos semejantes a las hierbas de los campos, puesto que Catalina está en el hospital. Estas piedras en que estoy sentado son más felices que yo, aun cuando me halle revestido con las señales del cristianismo y aun del religioso. ¡Catalina en el hospital!...

Y sollozó de nuevo. Yo esperé a que su dolor se hubiera calmado, para preguntarle si tenía noticias de mis queridos padres.

-Señor Jacobo -me respondió-, son ellos precisamente quienes me envían con un recado urgente. Ante todo, debo deciros que no viven satisfechos por culpa de maese Leonardo, vuestro padre, que se pasa bebiendo y jugando en la taberna todos los días que Dios le concede. El oloroso tufillo de los gansos y de las gallinas asadas no sube ya, como en otros tiempos, hasta La Reina Patoja, cuya imagen se balancea tristemente mecida por el viento húmedo que la enmohece. ¿Qué fue de los tiempos en que el figón de vuestro padre

Librodot

perfumaba la calle de San Jacobo, desde El Joven Baco hasta Las Tres Doncellas? Desde que ese hechicero entró en vuestra casa, todo en ella perece, personas y animales, por efecto, sin duda, del maleficio que les ha echado. Y la venganza divina comenzó a manifestarse cuando el obeso abate Coignard fue allí recibido y agasajado mientras me despedían violentamente. Aquello era el principio del mal, cuyo origen procede del señor Coignard, enorgullecido con la profundidad de su ciencia y la elegancia de sus modales. Y el orgullo es el manantial de todos los pecados. Vuestra santa madre procedió mal no contentándose, señor Jacobo, con las lecciones que yo os daba caritativamente y que os hubieran hecho, sin duda, capaz de dirigir la cocina, de manejar el asador y de llevar el pendón de la cofradía después de la muerte cristiana de vuestro padre, la que no puede tardar mucho, pues la vida es transitoria y él bebe con exceso.

Estas noticias me causaron una profunda pena, muy fácil de comprender, y mis lágrimas uniéronse a las del hermanito. Luego le pedí noticias detalladas acerca de mi buena madre.

-Dios -me respondió-, que se complacía afligiendo a Raquel en Rama, ha enviado a vuestra madre, señor Jacobo, diversas tribulaciones, para su bien y con el propósito de castigar a maese Leonardo por el pecado que cometió arrojando del figón, malamente, a Jesucristo en mi propia persona. La mayor parte de los consumidores de aves y pasteles los ha llevado a la hija de la señora Quonian, que maneja el asador en el otro extremo de la calle de San Jacobo. Vuestra señora madre ve, dolorida, que Dios ha bendecido el otro figón a expensas del suyo, que se halla solitario y desierto, hasta el punto de criarse ya musgo en los umbrales de su puerta. Sólo se ve sostenida en las tremendas pruebas: primero, por su devoción a san Francisco, y después, por vuestros adelantos en el mundo, ciñendo espada, como hombre de jerarquía.

»Pero este segundo consuelo ha disminuido notablemente al presentarse la Policía esta mañana para prenderos y conduciros a Bicetre, donde amasaríais yeso durante un año o dos. Catalina os denunció al señor de la Gueritaude; pero no debéis reprochárselo; confesó la verdad, como buena cristiana. Os designó, con el señor abate Coignard, como cómplices del señor de Anquetil, e hizo un relato fiel de los asesinatos y de los excesos en tan espantosa noche. ¡Ay de mí! Su franqueza no le sirvió de nada, y fue conducida al hospital, en espera de que pronto la destierren a América. ¡Es horrible pensarlo!

Al llegar a este punto de su relato, el hermanito hundió la cabeza entre sus manos, y de nuevo comenzó a llorar desconsoladamente.

Era ya de noche, y temiendo faltar a la cita procuré sacar al hermano Ángel de la cuneta donde se había hundido, y le puse en pie, rogándole que prosiguiera su relato, acompañándome por el camino de Saint-Germain, hasta la glorieta de los Pastores. Me obedeció, y andando tristemente a mi lado, me rogó que le ayudara a desenmarañar la enredada madeja de sus ideas. Le recordé

que habíamos llegado al momento en que la Policía fue al figón a prenderme.

-No encontrándoos allí -repuso el hermanito- quisieron llevarse a vuestro padre en rehenes. Maese Leonardo dijo que ignoraba dónde podíais hallaros oculto. Vuestra madre hizo lo mismo, entre protestas y juramentos. ¡Que Dios la perdone, señor Jacobo, porque juraba en falso! Los policías comenzaban a enfadarse, pero vuestro padre los hizo entrar en razón, invitándoles a beber. Se despidieron al fin como buenos amigos. Mientras tanto, vuestra madre fue a buscarme a Las Tres Doncellas, donde yo estaba pidiendo, según las santas reglas de mi Orden. Y rogóme que os advirtiera lo ocurrido, para que huyáis sin perder tiempo, antes que la Policía descubra la casa donde vivís.

Librodot

Al oír tan tristes noticias, apresuré el paso; habíamos pasado ya el puente de Neuilly.

En el áspero y rudo camino que conduce a la glorieta cuyos olmos comenzábamos a descubrir, el hermano continuó diciéndome con voz desfallecida:

-Vuestra señora madre me ha encargado expresamente que os advierta del peligro que os amenaza, y me ha dado para vos una bolsa que traje oculta bajo mis hábitos. Ahora no la encuentro -agregó, después de haberse palpado por todas partes-. ¿Cómo queréis que encuentre nada, después de haber perdido a Catalina? Ella era muy devota de san Francisco y muy caritativa. Sin embargo, la han tratado como a una prostituta, y afeitarán su cabeza, siendo espantoso pensar que la dejen como una muñeca sin peluca para llevarla a América, en donde correrá el riesgo de morir de fiebres o devorada por los indios antropófagos.

Acababa este discurso gimiendo y suspirando, cuando llegamos a la glorieta. A nuestra izquierda, la posada de El Caballo Rojo elevaba, sobre una doble fila de olmos, su techo de pizarra y sus ventanas provistas de poleas, asomando entre el ramaje la puerta cochera, de par en par abierta.

Yo detuve mi paso y el hermano se dejó caer al pie de un árbol.

-Hermano Ángel -le dije-, me hablasteis de una bolsa que mi buena madre os había dado para que me la entregarais.

-Así me lo rogó, en efecto -contestó-, y tanto la he guardado que no la encuentro; pero sabed que si la he perdido, no fue por falta de precauciones.

Asegúrele con tesón que si no la encontraba inmediatamente, yo le ayudaría a buscarla.

El tono de mis palabras le impresionó, sacando, entre suspiros, de debajo de sus hábitos una bolsa de indiana; me la entregó con gran pesar. Había en la bolsa un escudo de seis libras y una medalla de la Virgen Negra de Chartres, que cubrí de besos, derramando abundantes lágrimas de ternura y arrepentimiento. Mientras, el hermanito sacaba de todos sus bolsillos paquetes de estampas iluminadas y adornadas con burdas viñetas. Entre ellas escogió dos o tres, que me ofreció con preferencia a las otras, como más útiles, en su concepto, para peregrinos y caminantes y para todos los errabundos.

-Están benditas -me dijo- y son eficaces en el peligro de muerte o en las enfermedades, tanto recitándolas como aplicándolas a la parte dañada. Yo os las ofrezco, señor Jacobo, por el amor de Dios. Pero acordaos de darme una limosna. No olvidéis que mendigo en nombre del buen san Francisco. Él os protegerá, sin duda, si socorréis al más indigno de sus hijos, que precisamente soy yo.

Mientras él hablaba de esta suerte, creí ver una berlina arrastrada por cuatro caballos que, saliendo por la puerta cochera de El Caballo Rojo, iba a situarse con estrépito de latigazos y de relinchos en la carretera, no lejos del árbol en cuyo tronco estaba sentado el hermano Ángel. Al detenerse allí observé que no era precisamente una berlina, sino un gran carruaje de cuatro asientos con un coupé bastante pequeño en la delantera. Hallábame contemplando el carruaje, cuando vi llegar bordeando la carretera al señor de Anquetil acompañado de Jahel, vestida de viaje y llevando algunos paquetes debajo del abrigo; seguíalos el abate Coignard, cargado a su vez con cinco o seis librejos envueltos en un manuscrito. A su llegada, los postillones bajaron los estribos, y mi hermosa querida, recogiéndose las faldas, subió al coupé ayudada por el señor de Anquetil.

Entonces me dirigí hacia ellos, gritando:

-¡Deténganse, Jahel..., caballero!

Pero el seductor, sin hacerme caso, continuó empujando a la pérfida, cuyas encantadoras morbideces se ocultaron bien pronto en el coche. Luego, disponiéndose a instalarse junto a ella, con un pie en el estribo, me miró sorprendido.

-¡Ah, señor Dalevuelta! ¿Pensáis quitarme todas mis queridas? ¿Jahel, después de Catalina? ¡Es una ganga!

Pero yo no le atendía, llamando sin cesar a Jahel, mientras el hermano Ángel, habiéndose levantado, le ofrecía estampas de san Roque, la oración que debe recitarse mientras hierran a los caballos, la oración contra los ardores, y le pedía una limosna con lastimera voz.

Yo hubiera permanecido allí toda la noche llamando a Jahel, si mi buen maestro no me hubiera empujado hacia el interior del coche, donde se metió conmigo.

-Dejémosles el coupé -me dijo- y hagamos el viaje en este interior espacioso. Os he buscado con insistencia; pero no os ocultaré que ya nos íbamos sin vos, cuando os he visto a tiempo bajo el olmo con el capuchino. No podíamos detenernos más, porque el señor de la Gueritaude no cesa en sus pesquisas y tiene gran valimiento: presta dinero al rey.

La berlina rodaba ya, y el hermano Ángel, agarrado a la portezuela, seguía mendigando una limosna.

Yo me hundí entre los almohadones del coche.

-¡Ay de mí, señor! -exclamé-. ¡Y vos me habíais dicho que Jahel estaba encerrada con tres llaves!

-Hijo mío -respondió mi buen maestro-, no debisteis alentar una confianza excesiva, porque las mujeres burlan a sus celadores y rompen sus cadenas. Cuando no puedan salir por la puerta, saltan por la ventana. No tenéis idea, mi querido Dalevuelta, de la astucia de las mujeres. Los antiguos relatan ejemplos admirables, y encontraréis algunos en el libro de Apuleyo, sembrados como granos de sal, en el relato de la Metamorfosis. Pero esa astucia se muestra más claramente en un cuento árabe que el señor Galland ha dado a conocer poco ha en Europa y que voy ahora a referiros:

»Schariar, sultán de Tartaria, y su hermano Schahzenan, paseando un día por la orilla, vieron, alzándose de pronto sobre las olas, una columna negra que avanzaba en dirección a la orilla. En esa columna reconocieron a un genio de los más feroces, cuya forma era la de un gigante de estatura prodigiosa, el cual llevaba sobre su cabeza una caja de cristal, cerrada con cuatro cerraduras de hierro. La presencia del gigante les causó tal espanto que fueron a esconderse entre el ramaje de un árbol próximo a ellos. El genio puso el pie en tierra, llevando su preciosa caja, que dejó al pie del árbol donde se hallaban los dos príncipes. Luego se tendió a lo largo y cerró los ojos, no tardando mucho tiempo en dormirse. Sus piernas se extendían hasta el mar y su aliento agitaba la tierra y el cielo. Mientras el monstruo reposaba de tan espantosa manera, la tapa de la caja se abrió, saliendo del interior una dama de porte majestuoso y de belleza incomparable. Alzó la cabeza...

En aquel momento interrumpí el relato que apenas oía.

-¡Ah, señor! -exclamé-. ¿Imagináis lo que Jahel y el señor de Anquetil se dicen en este instante, los dos solos en el coupé?

-Lo ignoro -respondió el buen abate- y no me interesa. Pero acabemos el intencionado cuento árabe. Me habéis interrumpido inoportunamente, Dalevuelta, en el momento en que la dama, levantando la cabeza, descubrió a los dos príncipes en el árbol donde se hallaban ocultos. Les hizo señas para que bajasen; pero, viéndolos vacilar entre el deseo de complacerla y el temor de acercarse al terrible gigante, les dijo en voz muy baja, pero resuelta: «Bajad inmediatamente o despierto al genio.» Ante la imperiosidad de tal

mandato, comprendieron que no se trataba de una vana amenaza, y que lo más seguro y más agradable también sería obedecer. Bajaron con todas las precauciones posibles para no despertar al genio. Dándole a cada uno una mano, la dama se alejó con ellos entre los árboles y les dio a entender claramente que la complacería entregarse al uno y al otro. Prestáronse a ese capricho con entusiasmo, y como eran hombres valerosos, el temor no interrumpió en lo más leve el goce que sintieron. Después que obtuvo de ambos cuanto deseaba, reparando que los dos lucían una sortija en el dedo anular se las pidió; y volviendo a la caja que la servía de albergue, sacó de ella una sarta de anillos, y mostrándoselos a los príncipes, les dijo: «¿Sabéis lo que significan estas sortijas ensartadas? Pues todas ellas han pertenecido a hombres a quienes concedí los mismos favores que a vosotros. Hay en la sarta noventa y ocho, bien contadas, que conservo en memoria de mis aventuras. Con vosotros he tenido ya cien amantes, hasta el día, a pesar de la vigilancia de este villano genio, que no me abandona un solo instante. Ha resuelto encerrarme en esa caja de cristal y me oculta en el fondo del mar; pero aun así logro engañarle cuantas veces se me antoja.»

»Este ingenioso apólogo -añadió mi buen maestro- presenta a las mujeres de Oriente, donde viven en perpetua reclusión, tan astutas como las europeas que viven libres. Cuando una de ellas ha concebido un proyecto, no hay marido, amante, padre, tío o tutor que pueda impedir su ejecución. No debéis, pues, sorprenderos, hijo mío, de que burlar la vigilancia del viejo Mardoqueo haya sido tan fácil a Jahel, que mezcla, en su perverso ingenio, la astucia de nuestras bribonas con la perfidia oriental. Yo la creo, hijo mío, tan ardiente como ávida de oro y plata, y digna de la raza de Olibah y de Aolibah.

»Es de una belleza insinuante y avasalladora, y me siento inclinado hacia ella, aun cuando mi edad, las meditaciones sublimes y las miserias de una vida turbulenta, hayan amortiguado mucho en mí el sentimiento de los placeres carnales. En la pena que os causa el buen éxito de su aventura con el señor de Anquetil, entreveo, hijo mío, que os hiere con más crueldad que a mí el acerado colmillo del deseo, y que os desgarran los celos. Por eso reprocháis una acción ilícita, es cierto, y contraria a las vulgares conveniencias, pero no vituperables, pues no altera en absoluto el equilibrio universal. Me condenáis interiormente, por haber intervenido en ello, y creéis discurrir en interés de las costumbres, cuando no hacéis más que abandonaros al impulso de vuestras pasiones. Es así, hijo mío, como adornamos a nuestros ojos nuestros peores instintos. La moral humana no tiene otro origen. Confesad, sin embargo, que habría sido una lástima dejar por más tiempo a una joven tan bella en poder de aquel viejo lunático. Y comprended que un señor de Anquetil, noble y arrogante, merece ser dueño de tan hermosa muchacha, y resignaos a tolerarlo, ya que no podéis impedirlo. Esta prudencia es difícil. Fuera peor si os quitara vuestra querida. Entonces sentiríais afilados colmillos desgarrando vuestras carnes y vuestro espíritu se poblaría de imágenes odiosas y claras. Esta reflexión, hijo mío, debe dulcificar vuestro sufrimiento presente. Por lo demás, la vida es trabajosa y difícil. Esto es lo que nos hace concebir una justa esperanza de eterna beatitud. Así hablaba mi buen maestro mientras íbamos dejando atrás los olmos de la carretera. Yo me guardé muy bien de responderle, a fin de que irritara mis penas al querer aliviarlas, y pusiera, sin advertirlo, el dedo en la llaga.

Nuestro primer descanso fue en Juvisy, adonde llegamos por la mañana, azotados por la lluvia. Al entrar en el parador, ya se hallaba Jahel junto al hogar, donde cinco o seis polluelos giraban ensartados en tres asadores. Se calentaba los pies, dejando ver un poco sus medias de seda, que me turbaron profundamente, recordándome la pierna, cuya suavidad exaltaba mis sentidos. El señor de Anquetil, apoyando los codos sobre el respaldo

Librodot

de la silla en que Jahel estaba sentada con el rostro entre las manos, la llamaba su alma y su vida; le preguntó si tenía apetito, y como ella respondiera que sí, salió para dar órdenes. Una vez solo con la infiel, la miré a los ojos, que reflejaban la llama del hogar.

-¡Ah, Jahel! -dije-. ¡Soy muy desgraciado! Me habéis hecho traición. ¡Ya no me amáis!

-¿Quién os ha dicho que ya no os amo? -respondió ella, envolviéndome en una mirada luminosa y ardiente.

-¡Ay de mí; así me lo dio a entender vuestra conducta!

-Bien, Jacobo; ¿podríais vos proporcionarme al ajuar de tela de Holanda y la vajilla de plata labrada que este gentilhombre me ha prometido? Tened alguna discreción hasta que se realicen sus promesas, y entonces veréis que soy para vos la misma que fui en la Cruz de las Arenas.

-¡Ay de mí, Jahel; entretanto, mi rival gozará de vuestros favores!

-Adivino -repuso ella- que no serán muchos, y que nada podrá borrar el recuerdo que vos me dejasteis. No os atormentéis dando a esas pequeñeces mucha importancia.

-¡Oh! -exclamé-. Lo que imagino es horroroso, y temo no poder sobrevivir a vuestra traición.

Ella me miró con una simpatía burlona, y me dijo sonriendo:

-Creedme, amigo; no moriremos por eso ni el uno ni el otro. Pensad, Jacobo, que me hacía falta el ajuar y la vajilla. Sed prudente; no dejéis entrever los sentimientos que os agitan, y os prometo recompensar más adelante vuestra discreción.

Esta esperanza apaciguó los pesares que me atormentaban. La mesonera tendió sobre la mesa el mantel perfumado con espliego, puso los cubiertos de estaño, los vasos y las escudillas. Yo tenía un hambre devoradora, así es que, cuando el señor de Anquetil, volviendo a entrar acompañado por el abate, nos invitó a comer, ocupé gustoso un lugar entre Jahel y mi buen maestro. Temiendo que nuestros perseguidores nos alcanzaran, emprendimos de nuevo la marcha, después de habernos zampado tres tortillas y un par de pollos. Acordamos no detenernos hasta Sens, donde resolvimos pernoctar.

La noche me horrorizaba, pensando que en ella se consumaría la traición de Jahel. Y sentíame tan angustiado, que apenas prestaba oídos a los discursos de mi buen maestro, a quien los menores incidentes del viaje inspiraban sutiles y admirables reflexiones.

Mis temores no eran vanos. Llegando a Sens, nos albergamos en la infame hostería de El Hombre Armado, y apenas acabamos de cenar, el señor de Anquetil condujo a Jahel a su habitación, contigua a la mía, no permitiéndome disfrutar ni un solo momento de reposo. Levánteme con el alba y huyendo de mi abominable alcoba, fuime a sentar tristemente en la puerta cochera, entre los postillones, que bebían vino blanco y sobaban a las maritornes. Allí estuve dos o tres horas meditando mis penas. Ya estaba enganchado el carruaje, cuando Jahel apareció envuelta en un gran manto negro. No pudiendo sostener su mirada, volví la mía hacia otro lado. Ella s e sentó junto a mí, y me dijo con dulzura que no me afligiera, pues lo que me parecía monstruoso era, en realidad, insignificante; que procurase vencerme y entrar en razón; que me sobraban alcances para no aspirar a que una mujer fuera exclusivamente mía; que para eso, se elige una mujer hacendosa, sin belleza y sin ingenio, y que aun así, nadie puede asegurar nada.

-Preciso es que os abandone -concluyó-. Siento los pasos del señor de Anquetil en la escalera.

Y me dio un beso en plena boca, prolongándolo con la voluptuosidad violenta del temor, cuando las botas de su galán crujían ya cerca de nosotros, y en aquel beso arriesgaba sus telas de Holanda y su vajilla de plata repujada.

El postillón bajó el estribo del coupé; pero el señor de Anquetil preguntó a Jahel si sería más agradable que viajáramos juntos en el interior. Parecióme aquel deseo consecuencia de los favores recibidos, y que la satisfacción le ofrecía el aislamiento con Jahel menos agradable. Mi buen maestro, en todo previsor, puso debajo de los asientos seis botellas de vino blanco, y las bebimos plácidamente para engañar el aburrimiento del viaje.

Al mediodía llegamos a Joigny, población muy agradable. Temeroso de quedarme sin dinero a medio camino, y no resignándome a viajar por cuenta del señor de Anquetil, sin una extremada necesidad, resolví desprenderme de una sortija y de un medallón de mi madre que aún conservaba, y recorrí todas las calles en busca de un joyero. En la plaza Mayor, frente a la iglesia, hallé uno que vendía cadenas y cruces bajo el rótulo La Buena Fe. Cuál no sería mi asombro al ver a mi buen maestro delante del mostrador, sacando de un cucurucho de papel cinco o seis pequeños diamantes -los mismos que el señor de Astarac nos había enseñado un día- y preguntando al joyero cuánto podría pagar por aquellas piedras.

El joyero las examinó, y mirando luego al abate por encima de sus anteojos, le dijo:

-Caballero, estas piedras serían de gran valor si fuesen verdaderas. Pero son falsas, y no es difícil verlo. Son pedazos de vidrio, que, a lo sumo, podrían aplicarse a la corona de alguna virgen de aldea, donde producirían magnífico efecto.

Ante esta respuesta, el señor Coignard recogió sus diamantes y volvió la espalda al joyero. Entonces reparó en mí, pareciéndome que le turbaba no poco el encuentro. Realicé mi negocio con presteza y reuniéndome con mi buen maestro, que me esperaba en la puerta, le advertí del peligro en que nos puso, robando los diamantes que, por su desgracia, pudieron ser verdaderos.

-Hijo mío -me respondió-, Dios para conservarme inocente, ha querido que sólo fuesen apariencias engañadoras. Debo confesaros que sufrí una gran pena al sustraerlos. Reparad mi arrepentimiento. Ésta es una página que bien quisiera borrar del libro de mi vida, en el cual tampoco algunas otras, a decir verdad, son tan claras y tan inmaculadas como convendría. Siento que mi conducta ofrezca en este punto motivos para una severa reprensión. Pero el hombre no debe abatirse cuando incurre en alguna falta; y éste es el momento de decirme como un ilustre doctor: «Considerad vuestra gran fragilidad, de la que dais con frecuencia evidentes pruebas, en los menores actos, pensando que para vuestra salvación esas cosas y otras semejantes os ocurren.» No lo pierde todo quien, h allándose a menudo abatido y rudamente tentado, sucumbe a la tentación. Somos hombres y no dioses; somos de carne y no ángeles. ¿Cómo podríais permanecer siempre en un mismo estado de virtud, cuando esa fidelidad ha faltado a los ángeles en el cielo y al primer hombre en el paraíso? He aquí, Dalevuelta, hijo mío, las únicas conversaciones espirituales y los verdaderos soliloquios que conviene a la situación presente de mi alma. Pero ¿no es hora ya, después de mi error lamentable, acerca del cual no insisto, de volver a nuestra posada para bebemos en compañía de los postillones, que son gentes sencillas y de fácil trato, una o dos botellas de vino de la tierra?

Asociéme a este parecer y regresamos al parador, en donde hallamos al señor de Anquetil que volvía, como nosotros, del pueblo, llevando una baraja. Jugó al piquet con mi buen maestro, y cuando nos pusimos en marcha, continuaron jugando dentro del coche. La pasión del juego que dominaba a mi rival me permitió algunas libertades con Jahel, la cual

hablaba conmigo más afectuosa desde que se sentía un tanto fatigada. Su conversación me procuraba una amarga dulzura. Le reprochaba su perfidia y su infidelidad, y aliviaba mis penas con reproches, ya suaves, ya violentos.

-¡Ay de mí, Jahel! -le decía-. El recuerdo de nuestras caricias, que fue mi encanto, convirtióse para mí en martirio, al pensar que ahora concedéis a otro lo que antes me concedisteis.

Ella me respondió:

-Una mujer no es siempre la misma para todos.

Y cuando yo prolongaba demasiado las lamentaciones y los reproches, me decía:

-Comprendo que os he causado pena. Pero no es una razón para herirme cien veces al día con vuestros gemidos inútiles.

El señor de Anquetil, cuando perdía, mostraba un humor insoportable, importunando sin motivo a Jahel, y como ella no pecaba de sufrir, amenazábale con escribir a su tío Mosaide para que fuese a buscarla. Sus disputas me proporcionaban, al principio, algo de consuelo y alguna esperanza; pero, repetidas con frecuencia, llegaron a producirme sólo inquietud, porque las acompañaban reconciliaciones impetuosas, que se traducían en ardientes besos, en ansias amorosas y en lascivos arrullos. El señor de Anquetil a duras penas transigía conmigo, sintiendo, en cambio, una gran predilección para mi buen maestro, quien sin duda se hizo muy acreedor a ella por su carácter plácido y jovial y por la incomparable elegancia de su ingenio. Jugaban y bebían juntos con una simpatía que aumentaba sin cesar, juntando sus rodillas para sostener el tablero, sobre el cual echaban las cartas, riendo, bromeando y haciéndose burlas. A veces acababan regañando, injuriándose con palabras que ruborizarían a los jayanes del puerto de San Nicolás y a los barqueros del muelle, y el señor de Anquetil juraba por Dios, por la Virgen y por los santos, no haber visto en su vida, ni aun entre los que merecen la horca, un rufián tan ladrón como el abate Coignard; pero se comprendía que su estimación perduraba, y era un gusto verle reír al poco rato, diciendo:

-Señor abate, seréis mi limosnero, y jugaremos todos los días al piquet. También será preciso que asistáis a nuestras cacerías. Buscaremos un percherón resistente para que pueda soportar vuestro peso, y se os hará un equipo completo de cazador, semejante al que usa el obispo de Uzés.

Además, ya es hora de haceros un traje nuevo; porque, sin reproche, abate, vuestros calzones revientan ya por el trasero.

También Jahel sentía la inclinación irresistible que impulsaba las almas hacia mi buen maestro, y se propuso remediar, en lo posible, el abandono de su atavío. Rasgó uno de sus vestidos para remendar el balandrán y los calzones de nuestro venerable amigo, y le regaló un pañuelo de encaje para convertirlo en alzacuello. Mi buen maestro recibía estos pequeños obsequios con una dignidad seductora. Tuve ocasión de advertirlo muchas veces: mostrábase muy galante hablando con mujeres. Les declaraba un interés que nunca era indiscreto; las alababa con el conocimiento de un práctico; les ofrecía los consejos de su larga experiencia y su corazón indulgente; perdonaba todas las debilidades, no desperdiciando ninguna ocasión de repetirles grandes y útiles verdades.

Llegando a Montbard, después de cuatro jornadas, hicimos alto en una loma, desde la cual se descubría todo el pueblo en un pequeño espacio, como si hubiera sido pintado sobre un lienzo por un hábil pintor, cuidadoso de indicar todos los detalles.

-Mirad -nos dijo mi buen maestro-, esas murallas, esas torres, esos campanarios, esas techumbres que asoman sobre la verdura. Es un pueblo, y aun sin conocer su historia, ni

siquiera su nombre, conviene reflexionar acerca de él, como el más digno objeto de meditación que pueda ofrecérsenos. En efecto, un pueblo, sea el que fuere, ofrece asunto abundante a las especulaciones del espíritu. Los postillones nos dicen que se llama Montbard. Lo desconozco, y, sin embargo, no dudo en afirmar, por analogía, que las gentes que lo habitan, nuestros semejantes, son egoístas, cobardes, pérfidos, glotones, libidinosos. De otro modo no serían hombres, ni descenderían de Adán, a la vez miserable y venerable, en quien todos nuestros instintos hasta los más innobles, hallan su origen augusto. El único punto dudoso estribaría en saber si esas gentes son más inclinadas a la gula o la lujuria, y quizá ni eso deba dudarse: un filósofo juzgará sanamente que el hambre es, para esos desgraciados, una necesidad más urgente que el amor. En mi lozana juventud supuse a la bestia humana muy propensa a la conjunción de los sexos, juzgando por engañosas apariencias, pues en realidad, los hombres gustan más de vivir que de dar vida. El eje de la humanidad es el hambre; por lo demás, evitando inoportunas divagaciones, me limitaré a deciros que la vida de los mortales tiene dos polos: el hambre

y el amor. Y aquí es en donde es necesario abrir bien los oídos y el alma. Esas criaturas horribles, que sólo se ocuparían de devorarse o de acariciarse furiosamente, viven juntas y sometidas a las leyes que prohíben precisamente la satisfacción de su doble y fundamental concupiscencia. Esos animales ingenuos, convertidos en ciudadanos, se imponen voluntariamente privaciones de toda especie, respetan la propiedad ajena, lo cual es prodigioso para su naturaleza codiciosa; y profesan el pudor, que es una hipocresía enorme, pero común, la cual consiste en decir sólo rara vez lo que piensan sin cesar. Porque, francamente, señores, cuando vemos una mujer, no es en la belleza de su alma ni en las excelencias de su espíritu donde fijamos nuestro pensamiento; y en nuestras relaciones con ella lo que más nos preocupa son sus formas naturales. Y la encantadora criatura lo sabe tan bien que, vestida por hábiles obreras, cuida mucho de velar sus atractivos sólo para exagerarlos artificiosamente. La señorita Jahel, que nada tiene del salvaje, se desolaría si el arte hubiera triunfado en ella sobre la Naturaleza, hasta el punto de que no se advirtiese cuan mórbidos son sus senos, y cuan redondas sus caderas. Así, pues, de cualquier modo que consideremos a los hombres desde la caída de Adán, los hallaremos hambrientos e incontinentes. ¿De dónde procede, pues, que, reunidos en las ciudades, se impongan privaciones de toda clase, sometiéndose a un régimen contrario a su naturaleza corrompida? Se ha dicho que en ello encontraban ventajas, logrando con su penosa obligación más tranquila seguridad. Pero esto fuera suponerles de sobra razonables, y es, además, un razonamiento falso, por cuanto es absurdo salvar la vida a expensas de lo que constituye su fundamento y su goce. También se ha dicho que el miedo los reducía a la obediencia, siendo verdad que la cárcel y la horca mantienen la sumisión a las leyes. Pero no es menos cierto que el prejuicio conspira con las leyes, y no se comprende que la violencia haya podido establecerse tan universalmente. Se definen las leyes como las relaciones necesarias de las cosas; pero acabamos de ver que esas relaciones están en contradicción con la Naturaleza, lejos de ser para ella necesidades. Por esto, señores, yo buscaría el manantial y el origen de las leyes, no en el hombre, sino fuera del hombre, y creo que, siendo extrañas al hombre, emanan de Dios, que ha formado con sus manos misteriosas, no solamente la tierra y el agua, la planta y el animal, sino también los pueblos y las sociedades. Creo que las leyes hallan su origen en el Decálogo, y que son inhumanas porque son divinas. Debe entenderse que considero aquí los códigos en su principio y en su esencia, sin querer penetrar en su diversidad risible y en su complicación lamentable. Los detalles de las costumbres y de las prescripciones, tanto escritas como transmitidas de

Librodot

palabra, son obra del hombre y es obra despreciable. Pero no temamos reconocerlo: la sociedad es institución divina. De aquí resulta que todo gobierno debe ser teocrático. Un sacerdote, famoso por la parte que tomó en la declaración de mil seiscientos ochenta y dos, Bossuet, no sentía escrúpulo al trazar las reglas de la política conforme a las máximas de la Escritura, y si fracasó lamentablemente, fue sólo por la pobreza de su genio, obstinado en sacar ejemplos del libro de los Jueces y del de los Reyes, sin ver que Dios, cuando trabaja en este mundo, se acomoda al tiempo y al espacio y sabe establecer la diferencia que existe entre los franceses y los israelitas. La sociedad, restaurada bajo su dominio, único verdadero y legítimo, no será ciertamente la de Josué, Saúl y David, sino más bien la del Evangelio, la del pobre, donde el artesano y la prostituta no serán humillados por el fariseo. ¡Ah, señores! ¡Cuan conveniente sería sacar de la Escritura una política más bella, más santa que la que sacó penosamente el tan áspero como estéril Bossuet! ¡Una sociedad más armoniosa que la lira de Orfeo puede formarse con las máximas de Jesucristo el día en que sus sacerdotes, no hallándose vendidos al emperador y a los reyes, se manifiesten como los verdaderos príncipes del pueblo!

Mientras que en pie y en torno de nuestro buen maestro le oíamos razonar así, nos rodeó un verdadero ejército de mendigos, los cuales, cojeando, tiritando, babeando, agitando los muñones y sacudiendo las paperas, exhibiendo úlceras, de las cuales manaba un humor infecto, nos cubrieron de bendiciones importunas. Lanzáronse ávidamente sobre algunas monedas que les arrojó el señor de Anquetil y cayeron revueltos sobre la tierra.

-Da pena ver a esos desgraciados -suspiró Jahel.

-La compasión -dijo el señor Coignard- es en vos nuevo adorno, señorita; esos suspiros embellecen vuestro seno, alzándolo con un aliento que cada uno de nosotros quisiera respirar en vuestros labios. Pero permitidme deciros que esa piedad, no menos sensible por ser interesada, turba vuestro corazón comparando a esos miserables con vos misma y relacionando instintivamente vuestro lozano cuerpo con esas carnes horriblemente ulceradas y mutiladas, a las que se halla ligado por Nuestro Señor Jesucristo. De donde resulta que no podéis contemplar tanta corrupción sobre la carne de esos desdichados sin imaginar que así puede verse vuestra hermosa carne. Y esos miserables se alzan hacia vos como profetas anunciando que la herencia de la familia de Adán es en este mundo la enfermedad y la muerte. Por eso habéis suspirado, señorita.

«Realmente, no existe ninguna razón para suponer que esos mendigos son más desgraciados que los reyes y que las reinas. No hay tampoco motivo para decir que son más pobres si, como parece, la moneda que ese leproso ha recogido entre el polvo y oprime contra su corazón, babeando de alegría, le parece más preciosa que le pareciera un collar de perlas a la querida de un príncipe arzobispo de Colonia o de Salzburgo. Desentrañando bien nuestros espirituales y verdaderos intereses, nos veríamos obligados a envidiar la existencia de ese hombre sin piernas que se arrastra hacia vos, apoyándose en las manos, con preferencia a la del rey de Francia o la del emperador. Siendo igual a ellos ante Dios, goza tal vez de una tranquilidad que aquéllos no alcanzan y los inestimables tesoros de la inocencia. Pero apretad vuestra falda para que no lleguen hasta vos los parásitos de que le veo cubierto.

Así hablaba mi buen maestro, sin que nosotros dejáramos un solo instante de escucharle.

A unas tres leguas de Montbard tuvimos la desgracia de que se rompiera uno de los tiros, y como los postillones no llevaban cuerda para componerle y aquel paraje distaba mucho de poblado, allí quedamos detenidos. Mi buen maestro y el señor de Anquetil

Librodot

mataron el aburrimiento de aquel descanso forzoso jugando a los naipes con aquella simpatía pendenciera acostumbrada. Mientras el señor de Anquetil se asombraba de que su compañero tuviera el rey con mayor frecuencia de la establecida por el cálculo de probabilidades, Jahel, bastante emocionada, me llamó aparte y me preguntó si no veía un carruaje detenido detrás de nosotros en un recodo del camino. Mirando hacia el punto que ella me indicaba, descubrí, en efecto, una especie de calesa gótica, de una forma tan ridícula como rara.

-Ese carruaje -agregó Jahel- se ha detenido al mismo tiempo que el nuestro, lo cual me induce a creer que nos acechan. Estoy impaciente y curiosa por saber qué personas viajan en ese carruaje. Siento alguna inquietud. ¿No lo cubre una capota estrecha y alta? Se parece al coche en que mi tío me llevó a París, cuando yo era muy niña, después de haber dado muerte al portugués. Lo tenían arrinconado en una cochera del castillo de las Arenas. Es un recuerdo horrible para mí. Aún me parece ver a mi tío echando espumarajos de rabia. No podéis imaginar, Jacobo, hasta qué punto es violento. Estaba furioso el día de nuestra marcha. Me encerró en mi habitación, vomitando contra el señor abate Coignard injurias espantosas. Tiemblo pensando en su rabia al hallar mi habitación vacía y las sábanas colgando aún de la ventana por donde me escapé para reunirme con vosotros.

-Jahel, habéis querido decir con el señor de Anquetil.

-¡Cuidado que sois puntilloso! ¿No venimos juntos? Pero esa calesa me intranquiliza. ¡Tanto se parece a la de mi tío!

-Estad segura, Jahel, de que es el carruaje de algún honrado borgoñón que no piensa en nosotros.

-Vos no lo sabéis -replicó Jahel-. Tengo miedo.

-No debéis temer nada, señorita, que vuestro tío, en el estado de decrepitud en que se halla, se lance a los caminos en persecución de su sobrina. Sólo se ocupa, por ahora, de la cabala y a lo sumo de sus ensueños hebraicos.

-No lo conocéis -me respondió suspirando-. Sólo se preocupa de mí. Me ama tanto como execra al resto del Universo. Me ama de una manera...

-¿De qué manera?...

-De todas las maneras. Pero me ama.

-Jahel, tiemblo al oíros. ¡Cielos! ¿Es posible que Mosaide os ame sin ese desinterés propio de un anciano y tan conveniente a un tío? Decidlo todo, Jahel.

-¡Oh! ¡Vos lo decís mejor que yo, Jacobo!

-¡Me dejáis asombrado! A su edad, ¿es posible?

-Amigo mío, tenéis la piel blanca y el alma como la piel. ¡Todo os asombra! Y ese candor vuestro es un encanto. Se os engaña fácilmente, sin esfuerzo. Habéis creído que Mosaide tiene ciento treinta años, cuando, en realidad, sólo tiene sesenta; que ha vivido en la Gran Pirámide, cuando, en realidad, se dedicaba a la banca en Lisboa. Y, a proponérmelo yo, pasara a vuestros ojos por una salamandra.

-¡Cómo, Jahel! ¿Decís la verdad? ¿Vuestro tío...?

-Ése es el secreto de sus celos. Suponía al abate Coignard su rival. Le detestó instintivamente, desde luego. Y le odia, creyéndole culpable de mi huida, desde que sorprendió algunas palabras de la conversación que el buen abate sostuvo conmigo junto a los zarzales. Porque, en fin, amigo mío, he sido raptada, y esto debe darme algún valor a vuestros ojos. ¡Oh! ¡ Pequé de ingrata al abandonar a tan buen tío! Pero no era posible soportar la esclavitud a que me sometía. Además, yo deseaba ser rica; es muy natural, ¿no

Librodot

es cierto?, desear riquezas, siendo joven y hermosa. Sólo tenemos una vida, y es breve. No me han enseñado esas hermosas mentiras acerca de la inmortalidad del alma.

-¡Ay de mí, Jahel! -exclamé en un arranque amoroso, exaltado por la sequedad de su corazón-. ¡Ay de mí! No me faltaba nada cerca de vos en el castillo de las Arenas. ¿Qué os faltaba para ser dichosa?

Me advirtió por señas que el señor de Anquetil nos observaba. El tiro había sido compuesto y la berlina volvió a rodar entre los viñedos.

Nos detuvimos en Nuits para cenar y pernoctar. Mi buen maestro apuró media docena de botellas de vino de la tierra, que caldearon hasta un punto maravilloso su elocuencia. El señor de Anquetil, sin soltar el vaso, animábale, asintiendo a todo, incapaz seguramente de seguir la conversación.

La cena fue apetitosa; pero la cama, detestable. El señor abate Coignard tuvo que acostarse debajo de la escalera, en un chiscón, acompañado del posadero y su mujer, donde los tres creyeron ahogarse. El señor de Anquetil ocupó, con Jahel, el cuarto de arriba, de cuyo techo colgaban cebollas. Yo subí, valiéndome de una escala, al desván y me tendí sobre la paja. Pasado el primer sueño, vi que la luna filtraba sus pálidos resplandores por las grietas del techo, iluminando la figura de Jahel, que se me apareció tocada con una cofia de noche. Y contuvo mi grito de asombro poniéndose un dedo sobre sus labios.

-¡Chis! -me dijo-. Mauricio está borracho como un ganapán y como un marqués. Duerme ahí bajo el sueño de Noé.

-¿Quién es Mauricio? -pregunté yo, restregándome los ojos.

-Anquetil. ¿Quién ha de ser?

-Nadie. Pero yo no sabía que se llamaba Mauricio.

-No hace mucho que lo he sabido yo. Eso no hace al caso.

-Tenéis razón, Jahel: eso no hace al caso.

Estaba en camisa, y los reflejos de la luna resbalaban como gotas de leche por sus hombros desnudos. Deslizóse hacia mi lado, prodigándome los nombres más tiernos y los más espantosamente groseros; pero todos, al salir de sus labios, parecían suaves murmurios. Después, callando, comenzó a prodigarme caricias, tan ardientes, que las de ninguna otra mujer pudieran igualarlas.

El apremio del tiempo y el silencio aumentaban mi tensión furiosa. La sorpresa, la alegría, la satisfacción del desquite y acaso también los celos aguijoneaban mis apetitos. La elástica dureza de su carne y la flexibilidad de sus movimientos solicitaban, prometían y merecían los más ardientes goces. Conocimos en aquella noche las voluptuosidades cuyo abismo confina con el dolor.

Al bajar por la mañana al patio de la posada encontré al señor de Anquetil, quien me pareció menos odioso habiéndole burlado. También él mostróse más amable conmigo. Me habló con familiaridad, simpatía y confianza, reprochándome únicamente que no estuviera con Jahel tan atento ni la tratara con la solicitud que todo hombre bien nacido debe a las mujeres.

-Ella se queja -dijo- de vuestra falta de cortesía. Tened cuidado, querido Dalevuelta; no me disgustéis con inoportunas esquiveces. Os advierto que es una mujer muy linda y me adora.

Hacía ya una hora que rodaba la berlina, cuando Jahel, asomando la cabeza por la portezuela, me dijo:

-La calesa reapareció. Quisiera ver el rostro de las dos personas que la ocupan. Pero no puedo conseguirlo.

Librodot

Respondíla que a tanta distancia y a través de la bruma matinal, no podía verse nada.

Me replicó que su mirada era muy penetrante y que los conocería perfectamente, a pesar de la bruma y de la distancia, si fueran verdaderos rostros.

-Pero -agregó- no son rostros.

-¿Qué queréis que sean? -le pregunté, soltando una carcajada.

Preguntóme a su vez qué idea estrambótica me hizo reír de un modo tan imbécil, y añadió:

-No son rostros: son máscaras. Los dos hombres que nos persiguen van enmascaíados.

Advertí al señor de Anquetil mis temores, diciéndole que nos perseguían en una infame calesa, y me respondió que le dejara en paz.

-Aun cuando cien mil demonios nos acosaran -exclamó-, no me intranquilizaría lo más leve, teniendo, como tengo, que vigilar a este grandísimo pícaro abate, que hace saltar la carta de un modo muy sutil y me roba todo mi dinero. Acaso vuestra advertencia no tiene más objeto que distraerme en lo mejor de mi juego para favorecer a este viejo bribón. ¿O es que no puede un carruaje andar por la carretera sin emocionaros?

Jahel me dijo en voz baja:

-Os predigo, Jacobo, que la maldita calesa nos trae la desgracia. Tengo un presentimiento, y mis presentimientos nunca me han engañado.

-¿Queréis hacerme creer que profetizáis?

Ella me respondió gravemente

-Sí.

-¿Cómo? ¿Sois profetisa? -exclamé, sonriendo-. He aquí una cosa rara.

-Os burláis -me dijo-, dudándolo, porque nunca habéis visto una profetisa tan de cerca. ¿Cómo queríais que fueran?

-Yo suponía indispensable que fuesen vírgenes.

-No es indispensable eso -contestó con aplomo.

La calesa enemiga había desaparecido en un recodo del camino. Pero el señor de Anquetil, participando ya de las inquietudes de Jahel, ordenó a los postillones que avivasen el galope de los caballos, prometiéndoles buena propina.

Por un exceso de atención, regaló a cada uno de ellos una de las botellas que el abate había guardado en la caja del carruaje.

Los postillones comunicaron bien pronto a los caballos el ardor que en ellos produjo el vino.

-Podéis estar segura, Jahel -dijo el señor de Anquetil-, de que, al paso que llevamos, esa vieja calesa, arrastrada por los caballos del Apocalipsis, no nos alcanzará.

-Andamos como gatos sobre ascuas -dijo el abate.

-¡Con tal que esto dure! -exclamó Jahel.

Veíamos a nuestra derecha huir los viñedos que bordeaban el camino, en tanto que por la izquierda se deslizaba muellemente el Saona. Pasamos como un huracán junto al puente de Tournus. La población se alzaba al otro lado del río, sobre una colina coronada por los muros de una abadía arrogante como una fortaleza.

-Ésa es -dijo el abate- una de las innumerables abadías benedictinas sembradas como joyas sobre la túnica de la Galia eclesiástica. Si Dios hubiese armonizado mi destino con mi carácter, llevaría yo una vida oscura, alegre y dulce, en una de esas casas. No estimo ninguna Orden, por la doctrina y las costumbres, tanto como la de los benedictinos. Poseen admirables bibliotecas. ¡Dichoso el que viste su hábito y sigue su santa regla! Sea por la

Librodot

incomodidad que ahora experimento al ser tan rudamente sacudido por este carruaje, que no dejará de volcar pronto en uno de los muchos baches de la carretera, sea por efecto de mi edad, que me induce al retiro y a los graves pensamientos, deseo más que nunca sentarme ante una mesa de alguna venerable galería, donde se hallaran alineados en silencio numerosos y escogidos libros. Prefiero su conversación a la de los hombres, y mi goce mayor sería esperar trabajando intelectualmente la hora en que Dios me retire de esta tierra. Escribiría historia, y con preferencia la de los romanos en el ocaso de la República. Es la época más nutrida de grandes hechos y de admirables enseñanzas. Compartiría mi celo entre Cicerón, san Juan Crisóstomo y Boecio, y mi vida modesta y fructuosa sería semejante al jardín del anciano Tárenlo.

»Yo he probado diversas maneras de vivir, y estimo que la mejor es entregarse al estudio, asistiendo en paz a las vicisitudes de los hombres y prolongando, por el espectáculo de los siglos y de los imperios, la brevedad de nuestros días. Pero esto requiere asiduidad y perseverancia, lo que me ha faltado más en mi existencia. Si, como espero, consigo salir de este mal paso, buscaré digno asilo en alguna docta abadía, donde las buenas letras sean estimadas. Si consiguiera semejante servicio de los silfos asistentes de que habla ese viejo loco de Astarac, y que se aparecen, según dice, cuando se les invoca por el nombre cabalístico de Agía...

En el momento en que mi buen maestro pronunciaba este nombre, un choque brusco nos hundió a los cuatro bajo una lluvia de vidrios rotos, y en tal confusión, que me sentí de repente ciego y ahogado bajo las faldas de Jahel, mientras el abate Coignard lamentábase de que la espada del señor de Anquetil habíale roto sus ya mermados dientes y sobre mi cabeza Jahel daba gritos desgarradores. Entretanto, el señor de Anquetil, en estilo de cuartel, amenazaba a los postillones con hacerlos ahorcar. Cuando pude librarme, vi que el gentilhombre se había echado fuera por una ventanilla. Seguírnosle mi buen maestro y yo, y luego, entre los tres, sacamos a Jahel de la volcada berlina. No se había lastimado, y su primer cuidado fue remediar el desorden de sus cabellos.

-Gracias al cielo -dijo mi buen maestro-, el diente que he perdido no era blanco ni entero. El uso, desgastándolo, había preparado su fin.

El señor de Anquetil, espantado y con las manos en las caderas, examinaba la berlina volcada.

-¡Los muy granujas -exclamó- la dejaron buena! Cuando levanten los caballos se hará trizas. Abate, la berlina ya sólo sirve para jugar a los palitos.

Los caballos, amontonados los unos sobre los otros, se coceaban mutuamente. Bajo la confusión de ancas, pescuezos y vientres humeantes, hallábase uno de los postillones patas arriba. El otro escupía sangre en el surco donde había sido arrojado por la violencia del golpe. El señor de Anquetil le gritaba:

-¡Torpes! No sé cómo no os ensarto en mi espada.

-Señor -dijo el abate-, ¿no sería conveniente sacar a ese pobre hombre que se halla sepultado entre los caballos?

Nos aplicamos a esa tarea, y cuando los caballos estuvieron libres de los arreos y en pie, reconocimos la importancia del desastre. Había un muelle roto, una rueda partida y un caballo cojo.

-Buscad a un carretero -dijo el señor de Anquetil a los postillones-, y que todo esté listo antes de una hora.

-No hay carretero -replicaron los postillones.

-Un herrero.

Librodot

-Tampoco lo hay.

-Un guarnicionero.

-Menos aún.

Todos miramos a nuestro alrededor con ojos espantados. Al Poniente, los plantíos de cepas alzaban en el horizonte sus largos sarmientos. En lo alto, una chimenea humeaba cerca de un campanario. Al otro lado, el Saona, cubierto de sutiles brumas, borraba lentamente la estela de la barcaza que acababa de cruzarlo. Las sombras de los álamos se extendían sobre la orilla. Un grito agudo de pájaro interrumpía el vasto silencio.

-¿Dónde estamos? -preguntó el señor de Anquetil.

-A dos leguas largas de Tournus -respondió, escupiendo sangre, el postillón que había caído en el foso- y a cuatro de Macón. -Y señalando la chimenea que humeaba, dijo-: Ese pueblo, en lo alto, debe de ser Vallars. Carece de recursos.

-¡Mal rayo os parta!-dijo el señor de Anquetil.

Mientras que los caballos, agrupados, se mordían los unos a los otros en el pescuezo, nos acercamos tristemente a la caja del carruaje.

El postillón que había caído bajo los vientres de los caballos dijo:

-La rotura del muelle podría arreglarse con un pedazo de madera resistente. Pero ¡hay una rueda rota! Y lo peor es que mi sombrero está debajo.

-¡Nada importa el sombrero! -dijo el señor de Anquetil.

-Mi señor ignora quizá que era completamente nuevo -arguyó el postillón.

-¡Y los vidrios rotos! -suspiró Jahel, que estaba sentada al borde del camino.

-Si no fuera más -dijo mi buen maestro-, podríamos prescindir de ellos bajando las cortinas; pero las botellas deben haber sufrido la misma suerte que los cristales. Es preciso averiguarlo, así que levanten la berlina. También se pudo estropear mi Boecio, que iba metido bajo los almohadones con otros buenos libros.

-¡Eso nada importa! -dijo el señor de Anquetil-. Tengo los naipes en uno de mis bolsillos. Pero ¿no cenaremos?

-En eso pensaba -dijo el abate-. No en vano Dios ha dado al hombre para su sustento los animales que pueblan la tierra, el aire y las aguas. Soy un excelente pescador de caña; semejante oficio se amoldaba bien a mi carácter reflexivo, y el Orne me reflejó muchas veces tendiendo la insidiosa caña y meditando sobre las verdades eternas. No tengáis inquietud por la cena. Si la señorita Jahel tiene a bien darme uno de los alfileres de su tocado, bien pronto lo convertiré en un anzuelo para pescar en el río, y tengo el orgullo de aseguraros que antes de anochecer os traeré algunas carpas, que asaremos en una lumbre de ramas secas.

-Ya veo -dijo Jahel- que nos hallamos reducidos al estado salvaje. Pero advertid que no puedo daros un alfiler, señor abate, sin que vos me deis alguna otra cosa en cambio, porque, si no, de otro modo nuestra amistad corre peligro. Y quiero evitarlo.

-Haré, pues, un trato, ventajoso para mí -dijo mi buen maestro-. Os pagaré vuestro alfiler con un beso, señorita.

Y, cogiendo el alfiler, posó sus labios sobre las frescas mejillas de Jahel con una cortesía, una gracia y una decencia inconcebibles.

Después de haber perdido mucho tiempo se adoptó el partido más razonable, enviando al postillón mayor, que ya no escupía sangre, a Tournus, a caballo para que buscara un carretero, mientras su camarada encendía lumbre en un sitio abrigado. La temperatura refrescaba y el viento se hacía sentir.

Librodot

Divisamos sobre la carretera, a cien pasos del lugar donde ocurrió el vuelco, una colina de piedra blanda, en cuya base había varias cuevas, en una de las cuales nos guarecimos, esperando el regreso del postillón enviado a Tournus. El segundo postillón ató los tres caballos restantes, uno de ellos cojo, a un árbol, cerca de nuestra cueva. El abate, que había conseguido hacer una caña de pescar con una rama de sauce, un bramante, un corcho y un alfiler, se fue a pescar tanto por inclinación filosófica y reflexiva cuanto por el deseo de traernos algunos peces. El señor de Anquetil permaneció con Jahel y conmigo en la gruta y nos propuso una partida de tresillo que, según decía, siendo un juego español, era propio de personajes aventureros, como nosotros en aquellos momentos. Y es verdad que, refugiado en la cantera al anochecer en un camino desierto, nuestro grupo no era indigno de figurar en algunos de los lances del Don Quijote. Jugamos al tresillo. Es un juego que requiere cierta gravedad. Yo cometí algunos desaciertos, y mi acompañante comenzaba a enfadarse, cuando vimos aparecer el semblante noble y risueño de mi buen maestro, iluminado por los resplandores de la lumbre. Desliando su pañuelo, el señor abate Coignard sacó de él cuatro o cinco pececillos y los destripó con su navaja, adornada con la imagen del difunto rey, vestido de emperador romano, sobre una columna triunfal; y lo hizo como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa; tanta era su habilidad, lo mismo en las grandes que en las pequeñas empresas. Mientras ponía los pescadillos sobre las brasas, nos dijo:

-Debo advertiros que, yendo río abajo en busca de un paraje favorable para la pesca, he vuelto a ver la calesa apocalíptica que tanto espanto causa a la señorita Jahel. Se ha detenido a poca distancia de nuestra berlina. Habéis debido de verla pasar por aquí, mientras yo pescaba, y el alma de esta señorita ha debido de sentirse muy aliviada.

-No la hemos visto -dijo Jahel.

-Preciso será, pues, que se haya puesto en marcha cuando ya era de noche. Por lo menos la habréis oído.

-Tampoco la hemos oído -contestó Jahel.

-Sin duda -dijo el abate-, esta noche es ciega y sorda. Pues no es creíble que esa calesa, la cual no tiene ninguna rueda rota n i ningún caballo cojo, permanezca estacionada en el camino. ¿Con qué objeto?

-Sí, ¿con qué objeto? -dijo Jahel.

-Esta cena -dijo mi buen maestro- recuerda, por su frugalidad, las comidas de la Biblia en que el piadoso viajero compartía, a la orilla del río, con un ángel, los peces del Tigris. Pero carecemos de pan, de sal y de vino. Procuraré sacar de la berlina las provisiones que hay allí, a ver si, por fortuna, ha quedado intacta alguna botella. Porque hay ocasiones en que el vidrio no se rompe con el golpe que parte un acero. Dalevuelta, hijo mío, dadme, si gustáis, vuestro eslabón; y vos, señorita, no dejéis quemar los peces. Volveré pronto.

Alejóse. Sus pisadas fueron amortiguándose poco a poco sobre la tierra del camino, y pronto dejamos de oírlas.

-Esta noche -dijo el señor de Anquetil- me recuerda la que precedió a la batalla de Parma. No ignoráis que he servido a las órdenes de Villars, en la guerra de Sucesión. Yo iba en la descubierta. Nada veíamos. Es uno de los mayores artificios de la guerra. Se envían para reconocer al enemigo gentes que regresan al campamento sin haber conocido ni reconocido nada. Pero se describen esas operaciones después de la batalla, y en esto se lucen los tácticos. Así, pues, a las nueve de la noche, fui enviado en descubierta con doce maestres...

Y nos refirió la guerra de Sucesión y sus amores en Italia; su relato duró un cuarto de hora, y luego exclamó:

-Ese pícaro abate no vuelve. Juraría que se está bebiendo todo el vino que quedaba en la caja del coche.

Pensando entonces que mi buen maestro podía verse en algún apuro, me levanté para ir en su auxilio. La luna no brillaba en el firmamento, y aun cuando resplandecían las estrellas, la tierra estaba oscura para mis ojos, cegados por los resplandores del fuego. Avanzando por la carretera, a la vez tenebrosa y pálida, como unos cincuenta pasos, oí un grito espantoso que no parecía salir de un pecho humano; un grito muy diferente de los que hasta entonces había oído, y que heló toda la sangre de mis venas. Corrí en aquella dirección; pero la oscuridad acortaba mis pasos. Llegado al fin al sitio donde yacía volcada la berlina informe y agigantada por la sombra, encontré a mi buen maestro sentado en la cuneta y encogido. No pude ver su semblante, y le pregunté temblando:

-¿Qué os pasa? ¿Por qué habéis gritado?

-Sí. ¿Por qué he gritado? -dijo con voz alterada-. No sabía que hubiera gritado. Dalevuelta, ¿no habéis visto a un hombre? Me ha sacudido en la oscuridad ruda y brutalmente. Me ha dado un puñetazo.

-Venid -le dije-, levantaos, mi buen maestro.

Habiéndose incorporado, cayó.

Esforcéme por levantarle, y mis manos se humedecieron al rozar su pecho.

-¡Sangre!

-¿Sangre? Soy hombre muerto. Me asesinó. Creí que sólo era un golpe y es una herida.

-¿Quién os ha herido, mi buen maestro?

-El judío. No le he visto, pero sé que es él. ¿Cómo puedo saber que es él, si no le he visto? Sí; ¿cómo puede ser eso? ¡Qué cosa más extraña! Es increíble, ¿no es cierto, Dalevuelta? Siento en los labios un sabor de muerte, un sabor que no puede definirse... ¡Era preciso, Dios mío! Pero ¿por qué aquí y no allá? Ése es el misterio. Adjutorium nostrum in nomine Domini... Domine exaudi orationem meam...

Y rezó un momento en voz baja. Después me dijo:

-Dalevuelta, hijo mío, coged las dos botellas que pude sacar del coche. Me ahogo. Dalevuelta, ¿dónde creéis que tengo la herida? Es en la espalda donde más me duele, y creo que la vida se me escapa...

Y murmurando estas palabras se desvaneció en mis brazos. Traté de llevarle, y sólo tuve fuerza para tenderle en el suelo. Desabrochándole, di con la herida; estaba en el pecho, era pequeña y sangraba muy poco. Rompí los vuelos de mis puños y apliqué los jirones sobre la herida; pedí socorro a voces, y luego advertí que alguien se acercaba por la parte de Tournus. Era el señor de Astarac. A pesar de lo inesperado del encuentro, no me sorprendió. Tanto me angustiaba el dolor de ver en mis brazos expirante al más bondadoso de los maestros.

-¿Qué es eso, hijo mío? -preguntó el alquimista.

-¡Auxiliadme, señor! -le respondí-. El abate Coignard se muere. Mosaide le ha asesinado.

-Es verdad -repuso el señor de Astarac- que Mosaide vino en una vieja calesa persiguiendo a su sobrina y que yo le acompañaba para aconsejaros, hijo mío, que volvierais a desempeñar vuestro empleo en mi casa. Desde ayer seguimos de cerca vuestra berlina, que volcó a nuestra vista. Poco ha, Mosaide se apeó, y alejándose de mí no he

vuelto a verle. Es posible que se acercase a su sobrina para maldecirla, porque tales eran sus intenciones. Pero seguramente no asesinó al abate Coignard. Son los silfos, hijo mío, los que mataron a vuestro maestro para castigarle por haber revelado sus secretos. Nada más seguro.

-¡Ah, señor -exclamé-, qué importa que haya sido el judío o los silfos; lo urgente es auxiliarle!

-Hijo mío, importa mucho -replicó el cabalista-. Porque si hubiera sido herido por una mano humana me sería fácil curarle mágicamente, mientras que, si le hirieron los silfos, no podrá escapar a su implacable venganza.

Ya el señor de Anquetil y Jahel atraídos por mis voces, se aproximaban con el postillón, que llevaba una linterna.

-¡Cómo! -dijo Jahel-, ¿el señor Coignard se halla indispuesto?

Y habiéndose arrodillado junto a mi buen maestro, levantóle la cabeza y le hizo aspirar sales.

-Señorita -le dije-, vos sois la causa de su muerte. Ésta es la venganza de vuestra huida. Mosaide le ha matado.

Al oír estas palabras, Jahel apartó su rostro del de mi buen maestro, palideciendo y llorando.

-¿Creéis también vos -me dijo- que es fácil ser joven y hermosa sin ocasionar desdichas?

-¡Ay de mí! -respondí-. Lo que habéis dicho es muy cierto. ¡Hemos perdido el mejor de los hombres!

El abate Coignard exhaló un profundo suspiro, puso los ojos en blanco, pidió su ejemplar de Boecio y volvió a desfallecerse.

El postillón creyó conveniente transportar al herido al pueblo de Vallars, situado a media legua de la orilla del río.

-Voy a buscar el más dócil de los tres caballos que nos quedan. Sujetaremos sólidamente sobre sus lomos a este buen hombre y le llevaremos al paso. Me parece que está en peligro. Tiene todo el aspecto de un correo que fue asesinado en la noche de San Miguel en esta misma carretera, a cuatro postas de aquí, cerca de Senecy, donde vive mi novia. El pobre diablo parpadeaba y ponía los ojos en blanco como una bribona, con perdón sea dicho, señores. Y vuestro abate ha hecho lo mismo cuando esta señorita le acercaba a la nariz el frasco de sales. Es mala señal para un herido, porque las bribonas no se mueren aunque pongan los ojos en blanco. Vuestras señorías lo saben perfectamente. Hay mucha distancia, gracias a Dios, entre los espasmos del goce y los de la muerte. Pero es el mismo reviramiento de ojos... Vuelvo en seguida aquí, señores, voy a buscar el caballo.

-El patán es gracioso -dijo el señor de Anquetil- al referir lo de los ojos en blanco y la barragana pasmada. Yo he visto en Italia soldados que morían con la mirada fija y los ojos fuera de sus órbitas. No existen reglas para morir de una herida, ni aun en el estado militar, donde la exactitud es llevada hasta sus últimos límites. Pero tened la bondad, Dalevuelta, a falta de una persona más caracterizada, de presentarme a este caballero negro que lleva botones de diamantes en su traje y en quien adivino al señor de Astarac.

-¡Ah, señor mío! -le respondí-, dad la presentación por hecha. Yo sólo tengo ánimo para atender a mi buen maestro.

-¡Sea! -dijo el señor de Anquetil. Y acercándose al señor de Astarac, le dijo-: Caballero, os he quitado vuestra querida; estoy a vuestras órdenes.

-Señor -respondió el alquimista-, no tengo, gracias al cielo, unión con mujer alguna; ignoro a qué os referís.

En aquel instante se acercó el postillón con un caballo. Mi buen maestro había recobrado un poco el conocimiento. Lo colocamos entre cuatro sobre los lomos del caballo, sujetándole sólidamente. Luego nos pusimos en marcha. Yo le sostenía por un lado y el señor de Anquetil por otro. El postillón llevaba las riendas y la linterna. Jahel seguía llorando y el señor de Astarac había vuelto a su calesa. Avanzábamos pausadamente. Todo fue bien mientras seguimos la carretera. Pero cuando nos fue preciso tomar el estrecho sendero de los viñedos, mi buen maestro escurríase a cada movimiento de la cabalgadura, perdiendo las pocas fuerzas que aún tenía y desvaneciéndose de nuevo. Creímos oportuno llevarle en brazos. El postillón le cogió por los hombros y yo por las piernas. La subida al pueblo fue ruda, y pensé dar en tierra más de cuatro veces con mi cruz viviente. Por último, la cuesta se suavizó, y entramos en un sendero bordeado de hayas, descubriendo pronto las primeras casas del pueblo de Vallars. Alentados con esto depositamos nuestra desgraciada carga en tierra para cobrar nuevos alientos. Después, volviendo a cogerle, nos pusimos de nuevo en marcha, llegando al pueblo al poco rato.

Un resplandor rosado se alzaba en el horizonte por la parte de Oriente. La estrella matutina, en el cielo pálido, resplandecía tan blanca y tranquila como la luna, cuyo cuerno iba palideciendo hacia Occidente. Los pajarillos comenzaron a cantar, y mi buen maestro exhaló un suspiro.

Jahel corría delante de nosotros llamando en todas las puertas en demanda de un lecho y de un cirujano. Cargados de banastas y cestas, los vendimiadores se dirigían a las viñas. Uno de ellos dijo a Jahel que Gaulard, el de la plaza, admitía huéspedes a pie y a caballo.

-El cirujano Coquebert vive allí, donde hay una bacía por muestra. En este momento sale de su casa para ir a sus viñas.

Era un hombre de pequeña estatura y muy cortés. Nos dijo que como hacía poco tiempo que había casado a su hija tenía un lecho sobrante en su casa donde instalar al herido.

Por orden suya, su mujer -una señora muy gruesa y tocada con una cofia blanca, sobre la cual llevaba un sombrero de fieltro- hizo la cama y nos ayudó a desnudar al abate Coignard y a acostarle. Después fue a buscar al cura.

Entretanto, el señor Coquebert examinaba la herida.

-Ya veis -le dije- que es pequeña y sangra muy poco.

-Ésa no es buena señal -respondió-, y me dan que temer semejantes heridas. Las prefiero muy abiertas y sangrando mucho.

-Ya veo -dijo el señor de Anquetil- que para barbero y sangrador de aldea no tenéis mal ojo. Nada hay peor que esas heridas pequeñas y profundas que no se ven apenas. Habladme de un hermoso tajo que atraviese la cara. Estas cuchilladas causan placer a la vista y se curan en un abrir y cerrar de ojos. Pero sabed, buen hombre, que este herido es mi capellán y que me juega la partida de piquet. ¿Sois capaz de ponérmelo en pie, a pesar de vuestro aspecto, que no pasa de ser el de un lavativero?

-A vuestro servicio -respondió, inclinándose, el cirujano-. También compongo los huesos rotos y curo toda clase de heridas. Ahora me fijaré en ésta.

-Hacedlo pronto, señor -le dije.

-Paciencia -exclamó-. Es necesario lavarla primero, y estoy esperando a que se caliente el agua.

Mi buen maestro, que se había reanimado un poco, dijo lentamente y con entereza:

-Con la lámpara en la mano visitará los rincones de Jerusalén, y lo que está oculto en las tinieblas saldrá a la luz del día.

-¿Qué es lo que decís, mi buen maestro?

-Dejadme, doy rienda a sentimientos propios de mi estado.

-El agua está ya caliente -me dijo el barbero-. Sostened la jofaina cerca del lecho. Voy a lavar la herida.

Mientras el cirujano pasaba por el pecho de mi buen maestro una esponja empapada en agua tibia, el cura entró en la estancia, siguiendo a la señora de Coquebert. Llevaba en la mano un cestillo y unas tijeras.

-¡Una víctima! -dijo-. Me dirigía a mis viñas, pero es preciso cuidar antes las de Jesucristo. Hijo mío -añadió aproximándose al herido-, ofreced vuestro sufrimiento a Nuestro Señor. Quizá no sea tan grande como se cree. Mientras vivamos, es preciso cumplir la voluntad de Dios. - Luego, volviéndose hacia el barbero-: Señor Coquebert -preguntó-, ¿es un caso urgente o puedo irme a la viña? La blanca puede esperar; no es malo que madure algo más, y con un poco de lluvia sería el vino mejor y más abundante. Pero es preciso que la negra sea vendimiada ahora.

-Tenéis razón, señor cura -respondió Coquebert-. Hay en mi viña racimos que se cubren de moho y que sólo han escapado al sol para perecer con la lluvia.

-Ciertamente -dijo el cura-, la humedad y la sequía son los dos enemigos del vinicultor.

-Nada más exacto -dijo el barbero-. Voy a explorar la herida.

Y al decir esto, puso un dedo con fuerza sobre la herida.

-¡Ah, verdugo! -gritó el paciente.

-Recordad -dijo el cura- que el Señor perdonó a sus verdugos.

-No eran barberos -murmuró el abate.

-He aquí una frase inconveniente.

-No hay que vituperar a un moribundo por sus bromas -dijo mi buen maestro-. Sufro mucho; este hombre me ha destrozado, y muero dos veces. La primera a manos de un judío.

-¿Qué quiere decir? -interrogó el cura.

-Lo mejor es no preocuparse. No hay que hacer caso de las palabras de un enfermo. Son delirios.

-Coquebert -dijo el cura-, no estáis en lo firme. Hay que oír a los enfermos en confesión. Algunas veces un cristiano que nada bueno dijo en toda su vida, acaba pronunciando palabras que le abren el Paraíso.

-Me refería sólo a lo temporal -dijo el barbero.

-Señor cura -dije yo a mi vez-, el señor abate Coignard, mi buen maestro, no delira, siendo muy cierto que ha sido asesinado por un judío llamado Mosaide.

-En ese caso -respondió el cura- recibe, sin duda, un favor especial de Dios, haciéndole perecer a manos de un descendiente de aquellos que crucificaron a su Hijo. La conducta de la Providencia en el mundo es siempre admirable. Señor Coquebert, ¿puedo irme a la viña?

-Podéis ir, señor cura -contestó el barbero-. La herida no es tranquilizadora; pero tampoco es de tal naturaleza que produzca una muerte inmediata. Es, señor cura, una de esas heridas que juegan con el enfermo como el gato juega con el ratón, y en este juego puede ganarse tiempo.

-Me place -dijo el cura-. Agradezcamos a Dios que os conserve la vida, hijo mío; pero la vida es precaria y transitoria. Debemos hallarnos predispuestos a abandonarla.

Mi buen maestro respondió gravemente:

-Estar sobre la tierra como si no se estuviese; poseer, como si no se poseyera, porque todo es pasajero en este mundo.

Tomando su canastillo y sus tijeras, el cura dijo:

-Mejor aún que por vuestro hábito, que veo extendido sobre un taburete, por vuestra conversación reconozco que pertenecéis a la Iglesia, y que habéis llevado una santa vida. ¿Recibisteis las órdenes sagradas?

-Es sacerdote -respondí yo-, doctor en Teología y profesor de elocuencia.

-¿Y de qué diócesis? -preguntó el cura.

-De Séez, en Normandía, sufragánea de Rúan.

-Insigne provincia eclesiástica -dijo el cura-; pero la aventaja mucho en antigüedad y en ilustración la diócesis de Reims, de la que soy sacerdote.

Y salió. El abate Coignard pasó un día muy penoso. Jahel quiso quedarse por la noche velando al enfermo. Salí a eso de las once de casa de Coquebert, yendo en busca de un lecho a la posada de Gaular. Encontré al señor de Astarac en la plaza, donde su sombra, a la luz de la luna, extendíase de un extremo a otro. Me puso la mano sobre el hombro, según su costumbre, y me dijo con su gravedad habitual.

-Es ya hora de que os tranquilice, hijo mío; sólo he acompañado a Mosaide para esto. Os veo atormentado cruelmente por los duendes. Estos pequeños espíritus de la tierra os han asaltado, abusando de vos con toda clase de fantasmagorías, convenciéndoos con mil mentiras, y, finalmente, impulsándoos a que abandonarais mi casa.

-¡Ay de mí, señor! -respondí-; es cierto que abandoné vuestra casa con apariencias de ingratitud, por lo cual os pido perdón. Pero me hallaba perseguido por la policía, no por los duendes. Y mi buen maestro ha sido asesinado. Esto es una fantasmagoría.

-No lo dudéis -replicó el gran hombre-; ese desdichado abate ha sido herido mortalmente por los silfos, cuyos secretos había revelado. Ha sustraído de un armario algunas piedras, obra de esos silfos, los cuales habíanlas dejado imperfectas y muy diferentes aún del diamante, en cuanto al brillo y pureza.

»Esa codicia y el nombre de Agía, indiscretamente pronunciado, los enojó. Ahora bien: sabed, hijo mío, que es imposible a los filósofos impedir la venganza de ese pueblo irascible. Tuve noticias, por advertencia sobrenatural y también por informes de Gritón, del hurto sacrílego realizado por el señor de Coignard, quien se jactaba insolentemente de sorprender el arte por el cual las salamandras, los silfos y los gnomos maduran el rocío matutino, cambiándolo insensiblemente en cristal y en diamante.

-¡Ay de mí, señor! Os aseguro que mi buen maestro no tuvo esa jactancia de que le acusáis. El odioso Mosaide fue quien le asesinó en la carretera, hiriéndole con un estilete.

Estos conceptos desagradaron mucho al señor de Astarac, quien me aconsejó reiteradamente que los desechara, y no volviese a pronunciar otros semejantes.

-A Mosaide -añadió- le sobran recursos cabalísticos para atacar a sus enemigos, sin tomarse la molestia de correr tras ellos. Sabed, hijo mío, que proponiéndose matar al señor Coignard, lo hiciera cómodamente desde su habitación, valiéndose de la magia. Ya veo que ignoráis aún los rudimentos de esta ciencia. La verdad es que el sabio Mosaide, instruido por el fiel Gritón de la fuga de su sobrina, tomó la posta para alcanzarla y volverla a su casa. Esto es lo que hubiera hecho sin duda encontrando en el alma de esa desgraciada algún destello de arrepentimiento y de dolor. Pero al verla corrompida y depravada, prefiere

Librodot

excomulgarla y maldecirla por los Globos, las Ruedas y las Bestias del Elíseo. Esto es lo que acaba de hacer en mi presencia, desde la calesa, donde vive retirado, para no compartir el lecho y la mesa de los cristianos.

Callé, asombrado de tales desvaríos; pero me hablaba con tanta elocuencia, que llegó a producirme alguna turbación.

-¿Por qué -me dijo- no os dejáis guiar por los consejos de un filósofo? ¿Qué ciencia, hijo mío, podéis oponer a la mía? Considerad que la vuestra es mucho menor y no es distinta. Como a mí se os muestra la Naturaleza en una infinidad de jeroglíficos. Comprendéis algunos de esos signos, a los cuales atribuís una significación, pero os atrae con preferencia lo vulgar y aparente, sin que os interese bastante lo ideal y lo simbólico.

»Sin embargo, el mundo sólo es concebible como símbolo, y todo cuanto se ve en el Universo no es más que una escritura en imágenes que el vulgo deletrea sin descifrarla. Temed, hijo mío¿ las malas interpretaciones de ese lenguaje universal, dadas borricalmente por los sabios que llenan las Academias; preferible sería que recibieseis de mí la llave de toda ciencia.

Detúvose un momento, y luego reanudó su discurso en tono más familiar:

-Os veis perseguido, hijo mío, por enemigos menos terribles que los silfos. Y vuestra salamandra puede, sin esfuerzo, libraros de los duendes, y lo hará sin duda tan pronto como se lo pidáis. Repito que sólo vine con Mosaide para advertiros prudentemente y rogaros volváis a mi casa a continuar nuestros trabajos. Comprendo que queráis asistir hasta el fin a vuestro desgraciado maestro, y os doy licencia. Pero no dejéis de volver a mi casa en cuanto hayáis concluido. ¡Adiós! Yo regreso esta misma noche a París con el sabio Mosaide, a quien tan injustamente acusáis.

Le prometí cuanto quiso, y, llegándome al ruin lecho de la posada, me acosté rendido por la fatiga y por el dolor.

Al amanecer volví a casa del cirujano, encontrando a Jahel a la cabecera del lecho en que yacía mi buen maestro, sentada en una silla de paja, con la cabeza envuelta en su manto negro, solícita, grave y dócil como una hermana de la Caridad. El señor Coignard dormitaba con el semblante arrebatado.

-Ha pasado la noche inquieto -me dijo en voz baja-, filosofando y canturriando. Me llamó hermana y me hizo proposiciones que no me ofendieron, teniendo en cuenta su estado febril.

-¡Ay de mí! -exclamé-; si no me hubierais traicionado, Jahel, para seguir a ese gentilhombre, mi buen maestro no yacería con el pecho traspasado.

-La desgracia de nuestro amigo me angustia. En cuanto a lo demás, no es ocasión de recordarlo.

-Me preocupa sin cesar -insistí.

-A mí -dijo ella- no me preocupa. Y sólo conseguís con tales preocupaciones aumentar vuestra desdicha.

-¿Por qué me habláis así, Jahel?

-Porque vuestra labor es desdichada. Yo puse la tela y vos la bordasteis; vuestra imaginación enriquece y adorna la sencilla realidad. Os juro que ahora casi no recuerdo lo que de tal modo os atormenta; y meditáis con tanta obstinación este asunto que vuestro rival existe más para vos que para mí. No penséis en ello y dejadme dar la tisana al abate, que ya despierta.

En aquel momento, el señor Coquebert se acercó al lecho con su estuche de cirugía e hizo una nueva cura, diciendo en voz alta que la herida presentaba mejor aspecto. Después, llevándome aparte, me dijo:

-Puedo aseguraros, señor, que este buen abate no morirá de la herida que ha recibido. Pero temo que no escape a una pleuresía aguda, originada por la herida. Ahora tiene mucha fiebre. Ahí llega el señor cura.

Mi buen maestro le reconoció y le saludó cortésmente.

-¡Ojalá estuviese mi viña tan bien como yo! -respondió el cura-. La devoran la oruga y otros parásitos, a pesar de que el clero de Dijon hizo rogativas con cruz y con pendones para destruirlos. Pero será necesario hacer otras, quemando más cera. También hace falta que el provisor excomulgue de nuevo a las moscas que destruyen las uvas.

-Señor cura -dijo mi buen maestro-, se dice que atormentáis a las mozas en vuestras viñas. ¡Vaya!, eso no es propio a vuestra edad. En mi juventud también yo, como vos, me sentía inclinado hacia las hijas de Eva. Pero el tiempo me corrigió tanto, que hace poco dejé escapar a una beata sin decirle nada. Por lo visto no sois prudente con las mozas y con las botellas, señor cura. Pero aún ocasionáis mayores males no diciendo las misas que os han pagado y traficando con los bienes de la Iglesia. Sois bígamo y simoníaco.

Al oír estas palabras, el señor cura experimentó una dolorosa sorpresa; quedóse con la boca abierta, y sus mejillas cayeron tristemente alargando su rostro.

-¡Qué indignas ofensas a la dignidad de que me hallo revestido! - suspiró al fin con los ojos clavados en el techo-. ¡Lo que dice casi delante del Tribunal de Dios! Piense que sus palabras no corresponden a quien ha vivido santamente, como vos, y estudiado tantos libros.

Mi buen maestro se incorporó sobre un codo. La fiebre reverdecía, por un contrasentido, en aquella triste ocasión, su carácter jovial, que tanto estimábamos.

-Es cierto -dijo- que he estudiado los autores antiguos. He leído casi tanto como el segundo vicario del señor obispo de Séez. Aun siendo asno por dentro y por fuera, me aventaja en la lectura por ser bizco, lo cual le permitía leer dos páginas a un tiempo: una con cada ojo. ¿Qué dices a esto, pícaro cura, viejo galanteador, que corres las mozas al claror de la luna? Cura, tu querida tiene facha de bruja, con pelo en la barba; y es la mujer del cirujano-barbero. ¡Todo un señor cornudo! No merece ser otra cosa un hombre cuya ciencia se reduce a poner lavativas.

-¡Dios mío! ¿Qué es lo que dice? -gritó la señora de Coquebert-. Preciso es que tenga el diablo en el cuerpo.

-Yo he oído delirar a muchos enfermos -dijo el señor de Coquebert-, pero a ninguno con tan siniestra intención.

-Voy creyendo -dijo el cura- que será más difícil de lo que pensábamos inclinar a este enfermo a un buen fin. Descubro en su naturaleza un humor que no advertí al principio.

-Son los efectos de la fiebre -repuso el cirujano.

-Pero -replicó el cura- si esa fiebre no se contiene podría llevarle al infierno. Acaba de faltar gravemente al respeto debido a un sacerdote. Volveré mañana a exhortarle, porque, a ejemplo de Nuestro Señor, siento por los pecados una misericordia infinita. Pero me asaltan graves inquietudes. Mi lagar se ha estropeado; necesita una reparación urgente; todos los trabajadores están en las viñas. Coquebert, no dejéis de avisar al carpintero y de llamarme si el enfermo se agravara repentinamente. ¡Hay que atender a todo, Coquebert!

Al siguiente día mejoró tanto mi buen maestro, que concebimos la esperanza de conservarle. Tomó un caldo y se incorporó un poco en el lecho. A todos nos habló con su

gracejo y su dulzura acostumbrados. El señor de Anquetil, que se hospedaba en casa de Gaulard, fue a verle, y le propuso -con sobrada inoportunidad- que jugasen una partida de piquet. Mi buen maestro le prometió, sonriendo, complacerle a la semana próxima. Pero al anochecer la fiebre le ven ció de nuevo. Pálido, con los ojos aterrorizados, tiritando y castañeteando los dientes, decía:

-¡Ahí está ese viejo israelita! Es el hijo que Judas Iscariote engendró en una bruja con aspecto de cabra. Pero será ahorcado en la higuera paterna, y sus entrañas serán esparcidas por el suelo. ¡Detenedle!... ¡Me mata! ¡Siento frío!... - Un momento después, destapándose, se quejaba de calor.

-Tengo mucha sed -dijo-. ¡Dadme vino! ¡Vino fresco!, apresuraos a refrescarlo en la fuente, porque el día promete ser muy caluroso.

Era de noche, y barajaba las horas en su cabeza.

-Hacedlo pronto -dijo una vez más a la señora de Coquebert-; pero no seáis tan simple como el campanero de la catedral de Séez, que, habiendo ido a sacar del pozo unas botellas de vino puesto a refrescar, viéndose reflejado en el agua, desgañitóse gritando: «¡Aquí, señores! ¡Ayudadme! ¡Asoman por el pozo los antípodas y se beberán nuestro vino si nosotros no lo remediamos!»

-Es alegre -dijo la señora de Coquebert-. Pero no hace mucho manifestó respecto a mí conceptos poco edificantes. Para burlar a Coquebert, no me valiera del señor cura, teniendo muy presente su edad y su estado.

El señor cura entró en aquel momento.

-Señor abate -preguntó a mi maestro-, ¿cómo os encontráis? ¿Qué hay de nuevo?

-A Dios gracias -respondió el señor de Coignard- no hay nada de nuevo en mi alma. Bien dijo san Crisóstomo: «Es preciso evitar las novedades. No avancéis nunca por caminos ignorados. Encuéntrase difícilmente quien empezó a extraviarse.» Yo he realizado esta experiencia triste. Y me he perdido por seguir caminos ignotos. Seguí me propio consejo y me arrastró al abismo. Señor cura, soy un pobre pecador; el sinnúmero de mis iniquidades me agobia.

-Habláis muy dignamente -dijo el cura-. Es el mismo Dios quien os dicta esas palabras. Reconozco en ellas su inimitable estilo. ¿No deseáis que avancemos un poco en la salvación de vuestra alma?

-Con mucho gusto -dijo el señor de Coignard-. Porque mis impurezas se alzan contra mí. Se me aparecen las mayores y las menores, las rojas y las negras. Veo las pequeñas cabalgando sobre perros y sobre cerdos, y otras gordas completamente desnudas, con senos como odres, vientres lacios y nalgas enormes.

-¿Es posible -dijo el cura- que tengáis una visión tan clara? Pero siendo vuestras faltas como decís, hijo mío, más vale no describirlas y limitaros a detestarlas interiormente.

-¿Querríais acaso, señor cura, que mis pecados tuvieran la figura de Adonis? Pero dejemos esto. Y vos, barbero, dadme de beber. ¿Conocéis al señor de la Musardiére?

-No, señor; al menos que yo sepa -respondió Coquebert.

-Sabed, pues -replicó mi buen maestro-, que era muy aficionado a las mujeres.

-Por ahí -dijo el cura- es por donde agarra el diablo. Pero ¿adonde vais a parar, hijo mío?

-Ya lo veréis bien pronto -dijo mi buen maestro-. El señor de la Musardiére dio cita a una doncella en un establo. Ella acudió a la cita y él consintió que saliera de allí como había entrado. ¿Sabéis por qué?

-Lo ignoro -dijo el cura-; pero dejémosle.

-De ningún modo -replicó el abate-. Sabed que se abstuvo de gozarla por temor a engendrar un caballo y verse procesado por este motivo.

-¡Ah! -dijo el barbero-. Más fácil era que engendrase un asno.

-Sin duda -dijo el cura-. Pero esto no nos conduce hacia la senda del Paraíso. Convendría tomar otra dirección. Señor abate, hace un momento eran vuestras reflexiones más edificantes.

En lugar de responder, mi buen maestro se puso a cantar con voz firme:

Pour mettre en gout le roi Louison
on a pris quinze mirlitons
landerinette,
qui tous le balai ont roti,
landerinette.

-Si queréis cantar, hijo mío -dijo el cura-, escoged con preferencia un villancico borgoñón. De ese modo regocijaréis vuestra alma, santificándola.

-Con mucho gusto -respondió mi buen maestro-. Los hay de Guy Barozai, que considero, a pesar de su rusticidad aparente, más finos que el diamante y más preciosos que el oro. Este, por ejemplo:

Lor qu'au lai saison qu'ai jaule
au monde Jesu-chri vin
l'ane et le beu l'echaufin
de le leu soffle dans l'etaule.
Que d'ane et de beu je sai,
dans ce royaume de Gaule,
que d'ane et de beu je sai
qui n'en arein pos tan fai.

El cirujano, su mujer y el cura repitieron a coro:

Que d'ane et de beu je sai,
couver de pane et de moire,
que d'ane et de beu je sai
qui n'en arein pos tan fai.

Luego prosiguió mi buen maestro con voz más débil:

Mais le pu beo de l'histoire
ce fut que l'ane le beu

ainsin pas ire to deu
la nuit sans manger no boire
que d'ane et de beu je sai
dans ce royaume de Gaule
que d'ane et de beu je sai
qui n'en arein pos tan fai.

Después dejó caer la cabeza sobre la almohada, como aletargado, y no cantó más.

-Es admirable a ratos este cristiano -nos dijo el señor cura- , y no hace mucho me edificaba con hermosas sentencias. Pero no deja de inquietarme, porque todo depende del fin, y no sabemos lo que le quedará todavía en el saco. Dios, en su bondad, quiere que un solo instante nos redima. De manera que la salvación depen de sólo del último instante, y el resto de la vida no es nada. Este me hace temblar por este enfermo, a quien los ángeles y los demonios se disputan furiosamente. Pero no hay que desesperar de la misericordia divina.

* * *

Dos días transcurrieron en crueles alternativas, después de los cuales mi buen maestro se debilitó extremadamente.

-No hay esperanza alguna -me dijo en voz baja Coquebert-. Ved cómo su cabeza se hunde en la almohada y observad cómo su nariz se afina.

Efectivamente, la nariz de mi buen maestro, hasta poco antes gruesa y colorada, íbase adelgazando, lívida y reluciente.

-Dalevuelta, hijo mío -me dijo con una voz aún sonora y firme, pero distinta de la que en otro tiempo tuvo-, siento que me queda poca vida. Traedme un sacerdote para que me oiga en confesión.

El cura estaba en su viñedo, adonde fui a buscarle.

-La vendimia ha concluido -me dijo- y es más abundante de lo que yo esperaba; vamos a asistir a ese pobre hombre.

Le conduje hasta el lecho de mi buen maestro y los dejamos solos.

Al cabo de una hora salió el cura y nos dijo:

-Puedo aseguraros que el señor Jerónimo Coignard muere profesando admirables sentimientos de piedad y de humildad. A instancia suya, y teniendo en cuenta su fervor, voy a darle el Santo Viático. Mientras me pongo el roquete y la estola, tened la bondad, señora Coquebert, de enviarme a la sacristía el niño que me ayuda a la misa y preparadlo todo para recibir a Dios.

La señora de Coquebert barrió el aposento, puso una colcha blanca en la cama, colocó una mesita cerca de la cabecera, cubriéndola con un mantel; encima, dos candeleros, cuyas velas encendió, y entre ambos una taza de loza llena de agua bendita, y una rama de boj.

Momentos después oímos la campanilla, agitada por el acólito; vimos entrar la cruz, en manos de un niño, y al cura revestido, llevando la Sagrada Forma. Jahel, el señor de Anquetü, la señora de Coquebert y yo nos arrodillamos.

-Pax huic domui -dijo el sacerdote.

-Et omnibus habiantibus in ea -respondió el acólito.

Después, el cura tomó agua bendita y roció con ella el lecho del enfermo.

El sacerdote se abstrajo un instante, y luego dijo con solemnidad:

-Hijo mío, ¿no tenéis ninguna declaración que hacer?

-Sí, señor -dijo el abate Coignard con voz segura-. Que perdono a mi asesino.

Entonces el oficiante, sacando la hostia del copón, dijo:

-Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi.

Mi buen maestro respondió, suspirando:

-¿Hablaré a mi Señor, yo, que sólo soy polvo y ceniza? ¿Osaré llegar a Vos, yo, que no siento en mí ninguna virtud que pueda proporcionarme ánimos? ¿Cómo introduciros en mí, después de herir con tanta frecuencia vuestros ojos, llenos de bondad?

Y el señor abate Coignard recibió el Santo Viático en un silencio profundo, sólo interrumpido por nuestros sollozos y por el trompeteo de la señora de Coquebert al sonarse.

Después de haber sido sacramentado, mi buen maestro me indicó por señas que me aproximara, y me dijo con voz débil:

-Jacobo Dalevuelta, hijo mío, rechaza con mi ejemplo las máximas que pude inculcarte en mi locura, que ha durado, ¡ay de mí!, tanto como mi vida. Teme a las mujeres y a los libros por la pereza y el orgullo que proporcionan. Sé humilde de corazón y de espíritu. Dios concede a los humildes una inteligencia que los doctos no alcanzan. Es Él quien otorga toda ciencia. Hijo mío, no escuches a los que, como yo, sutilizan acerca del bien y del mal. No te dejes conmover por la belleza y la maestría de sus discursos. Porque el reino de Dios no se alcanza con palabras, sino con virtudes.

Y se calló, extenuado. Cogí una de sus manos y la cubrí de besos y de lágrimas. Le dije que era nuestro maestro, nuestro amigo, nuestro padre, y que yo no podría vivir sin él.

Y permanecí horas y horas, abrumado por el dolor, junto a su lecho.

Pasó la noche tranquilamente, haciéndome concebir una esperanza desesperada. En tal estado sostúvose aún toda la mañana del día siguiente. Pero por la tarde comenzó a agitarse y a pronunciar palabras tan confusas, que siguen siendo un secreto entre Dios y él.

A medianoche cayó en un abatimiento profundo; sólo se oía el roce de sus uñas arañando la sábana. Ya no nos conocía.

Serían las dos de la madrugada cuando comenzó el estertor; el resuello ronco y precipitado que salía de su pecho era bastante fuerte para que se oyera a larga distancia, en la calle del pueblo, y me impresionó tan profundamente, que resonaba en mis oídos muchos días después de aquella hora desdichada. Al amanecer hizo con la mano una señal que no entendimos, y exhaló un profundo suspiro. Fue el último. Su rostro adquirió al morir una majestad digna del genio que lo había animado, y cuya pérdida no será nunca reparada.

* * *

El señor cura de Vallars hizo a mi buen maestro solemnes exequias. Cantó la misa fúnebre y dio la absolución.

El señor Jerónimo Coignard fue llevado al cementerio contiguo a la iglesia. El señor de Anquetil obsequió con una cena en casa de Gaulard a todos los que habían asistido a la ceremonia. Se bebió vino nuevo y se cantaron canciones borgoñonas.

Al día siguiente fui con el señor de Anquetil a dar gracias al párroco por sus piadosas atenciones.

-¡Ah! -dijo el santo varón-. Ese buen sacerdote nos ha proporcionado un gran consuelo. He visto morir pocos cristianos con tan admirables sentimientos, y convendría fijar el recuerdo sobre su tumba en un hermoso epitafio. Uno y otro, señores, sois bastante instruidos para redactarlo, encargándome yo de hacerlo grabar sobre una lápida blanca, para memoria del difunto, en la forma y orden que lo hayáis compuesto. Pero tened muy presente que la piedra sólo ha de proclamar alabanzas de Dios.

Yo le rogué que me creyera decidido a poner en aquella obra todo mi empeño, y el señor de Anquetil prometió dar al epitafio un giro galante y gracioso.

-Deseo -dijo- hacerlo en versos franceses, imitando los del señor de la Chapelle.

-¡Enhorabuena! -dijo el sacerdote-. Pero ¿no sentís deseos de ver mi lagar? El vino será bueno este año, y lo cosecho en cantidad suficiente para el consumo de mi casa. Pero, sin las plagas, habríamos recogido mucho más.

Después de cenar, el señor de Anquetil pidió recado de escribir y comenzó a componer versos franceses. Luego, impacientándose, tiró el papel, la pluma y el tintero.

-Dalevuelta -me dijo-, sólo he podido hacer dos versos, y no estoy seguro de que sean buenos:

Jerónimo Coignard aquí te advierte que nadie se ha librado de la muerte.

Díjele que, sobre todo, aquellos versos tenían la ventaja de no requerir ninguno más.

Y me pasé la noche dándole vueltas a un epitafio latino, compuesto en la forma siguiente:

D.O.M. HIC JACET IN SPE BEATAE AETERNITATIS DOMINUS
HIERONYMUS COIGNARD PRESBYTER QUOMDAM IN BELLOVACENSI
COLLEGIO ELOQUENTIAE MAGISTER ELOQUENTISSIMU SAGIENSIS EPISCOPI
BIBLIOTHECARIUS SOLERTISSIMUS ZOZIMI PANOPOLITANI
INGENIOSISSIMUS TRANSLATOR OPERE TAMEN IMMATURATA MORTE
INTERCEPTO. PERIIT ENIM CUM LUGDUNUM PETERET JUDEA MANU
NEFANDISSIMA ID EST A NEPOTE CHRISTI CARNIFICUM IN VIA TRUCIDATUS
ANNO AET LII.°
COMITATE FUIT OPTIMA DOCTISSIMO
CONVITU INGENIO SUBLIMI
FACETIIS JUCUNDUS SENTENTIIS PLENUS
DONORUM DEI LAUDATOR.

FIDE DEVOTISSIMA PER MULTAS TEMPESTATES
CONSTANTER MUNITUS
HUMILITATE SANCTISSIMA ORNATUS
SALUTI SUAE MAGIS INTENTUS
QUAM VANO ET FALLACI HOMINUM JUDICIO
SIC HONORIBUS MUNDANIS
NUMQUAM QUAESITIS
SIBI GLORIAM SEMPITERNAM
MERUIT.

Lo cual, traducido, significa:

AQUÍ REPOSA,
EN LA ESPERANZA DE LA BIENAVENTURADA
ETERNIDAD,

EL SEÑOR JERÓNIMO COIGNARD,
PRESBÍTERO,
EN OTRO TIEMPO MUY ELOCUENTE PROFESOR
DE ELOCUENCIA
DEL COLEGIO DE BEAUVAIS
MUY CELOSO BIBLIOTECARIO DEL OBISPO
DE SÉEZ.
AUTOR DE UNA HERMOSA TRADUCCIÓN
DE ZÓSIMO
EL PANOPOLITANO,
QUE DEJÓ DESGRACIADAMENTE SIN TERMINAR CUANDO
SOBREVINO SU MUERTE PREMATURA.
FUE ASESINADO EN LA CARRETERA DE LYON
A LOS CINCUENTA Y DOS AÑOS DE EDAD POR LA MANO
MALVADA DE UN JUDÍO, Y PERECIÓ ASÍ
VÍCTIMA DE UN DESCENDIENTE
DE LOS VERDUGOS DE JESUCRISTO.

ERA DE UN TRATO AGRADABLE,
DE DOCTA CONVERSACIÓN,
DE GENIO ELEVADO,
FECUNDO EN GRACIOSAS OCURRENCIAS
Y HERMOSAS MÁXIMAS
Y ALABABA A DIOS EN SUS OBRAS.
CONSERVÓ A TRAVÉS DE LAS TEMPESTADES DE LA VIDA
UNA FE INQUEBRANTABLE.
EN SU HUMILDAD, VERDADERAMENTE CRISTIANA,
MÁS ATENTO A
LA SALVACIÓN DE SU ALMA QUE A LA VANA Y ENGAÑOSA
OPINIÓN DE LOS HOMBRES, VIVIÓ SIN HONORES
EN ESTE MUNDO,
ENCAMINÁNDOSE HACIA LA GLORIA ETERNA.

Tres días después que mi buen maestro hubo entregado su alma a Dios, el señor de Anquetil decidió ponerse en marcha. El carruaje estaba ya compuesto. Y ordenó a los postillones que tuvieran todo preparado al día siguiente por la mañana. Su compañía no me fue grata nunca. En el estado de tristeza en que me hallaba se me hizo odiosa. No pudiendo soportar la idea de seguirle con Jahel, resolvíme a buscar un empleo en Tournus o en Macón y vivir oculto hasta que, habiendo pasado la tormenta, me fuera posible regresar a París, donde mis padres me recibirían con los brazos abiertos. Di cuenta de mis propósitos al señor de Anquetil y me disculpé como pude por no seguir acompañándole. Hizo los

imposibles para retenerme con un agrado y una delicadeza que no esperaba en él, y, ante mi resolución decidida, me dio licencia. Jahel fue la que demostró mayor pena; pero, siendo razonable por naturaleza, comprendió al punto los motivos que me impulsaban a abandonarla.

La noche que precedió a mi partida, en tanto que el señor de Anquetil bebía y jugaba a los naipes con el cirujano barbero, nos dirigimos hacia la plaza Jahel y yo para respirar el aire, embalsamado por el perfume de la vegetación y agitado por el chirriar de los grillos.

-¡Hermosa noche! -dije a Jahel-. El año no tendrá muchas como ésta, y acaso en mi vida no volveré a disfrutar de otra tan suave.

El florido cementerio del pueblo extendía delante de nosotros sus inmóviles ondas de césped, y el claror de la luna blanqueaba las tumbas esparcidas sobre la negruzca hierba. A ella y a mí nos asaltó al mismo tiempo la idea de dar un último adiós a nuestro amigo. La losa que debía contener el epitafio aún no había sido colocada. Nos sentamos cerca de la sepultura, sobre la hierba, y allí, por una insensible y natural inclinación, caímos el uno en brazos del otro, sin temor de ofender con nuestros besos la memoria de un amigo que, en su profunda sabiduría, supo ser indulgente con las fragilidades humanas.

De pronto Jahel me dijo al oído, donde tenía puestos los labios:

-Veo al señor de Anquetil que, desde la tapia del cementerio, mira atentamente a este sitio.

-¿Puede vernos en esta sombra? -pregunté.

-Ve seguramente mis faldas blancas -me respondió-. Esto es bastante, en mi concepto, para que desee ver algo más.

Yo pensé en desenvainar la espada, y hallándome decidido a defender dos vidas que aún estaban casi enlazadas. La tranquilidad de Jahel me asombró: nada revelaba miedo en sus movimientos ni en su voz.

-Marchaos -me dijo-, huid y no temáis nada por mí. Ha sido una sorpresa oportuna. Ya se aburría, y esto avivará sus deseos, encendiendo su amor. ¡Marchaos y dejadme! El primer instante será terrible, porque tiene un carácter violento. Me maltratará, sin duda; pero luego me querrá más que antes. ¡Adiós!

-¡Ay de mí! -exclamé-. ¿Sólo me habéis admitido para espolear los deseos de un rival?

-¡Me sorprende que pretendáis también injuriarme! ¡Idos ya!

-¿Y cómo abandonaros así?

-Es necesario. ¡Adiós! He querido darle celos, pero con cierta delicadeza. ¡Adiós, adiós!

Apenas anduve yo algunos pasos en el laberinto de tumbas, el señor de Anquetil, habiéndose aproximado para reconocer a su querida, prorrumpió en gritos y juramentos capaces de despertar a todos los muertos del pueblo. Yo estaba impaciente, deseando librar a Jahel de su furor. Pensé que iba a matarla. Ya me deslizaba entre las sombras de las tumbas, cuando vi que el señor de Anquetil la sacaba del cementerio y la conducía a la posada de Gaulard, manifestando aún furores, que Jahel aplacaría por sí sola mejor que con mi ayuda.

Entré en mi habitación cuando ellos hubieron entrado en la suya. No me fue posible dormir en toda la noche, y, espiándolos, al amanecer los vi cruzar el patio de la posada con evidentes muestras de intimidad.

La marcha de Jahel aumentó mi tristeza. Écheme boca abajo en el suelo de mi aposento y, con el rostro entre las manos, lloré hasta la noche.

En este punto, mi vida pierde todo su interés, debido a las circunstancias, y mi destino, ajustándose a mi condición, nada ofrece que no sea vulgar. Si prolongara estas memorias, pronto mi relato resultaría insípido. Lo daré por terminado en pocas palabras. El señor cura de Vallars facilitóme una carta de recomendación para un comerciante de vinos en Macón, en cuya casa estuve empleado durante dos meses, al cabo de los cuales mi padre me escribió diciéndome que podía volver a París sin ningún tipo de peligro.

Inmediatamente tomé el coche e hice el viaje con reclutas. Mi corazón latió con violencia cuando volví a ver la calle de San Jacobo, el reloj de San Benito, el rótulo de Las Tres Doncellas y La Imagen de Santa Catalina, del señor Blaizot.

Mi madre lloró de alegría al verme. Yo lloré también, y, al abrazarnos, volvimos a llorar. Mi padre acudió presuroso, saliendo de El Joven Baco, y me dijo con una dignidad enternecida:

-Jacobo, hijo mío, no debo ocultarte que me indigné contigo cuando vi entrar a los policías en La Reina Patoja para prenderte o llevarme, si no te hallaban. No admitían disculpas, alegando que las daría mucho mejor en la cárcel. Te buscaban por una denuncia del señor de la Gueritaude. Yo entonces concebí una horrible idea de tus desórdenes. Pero habiendo sabido por tus cartas que se trataba solamente de una diablura, deseaba que volvieras. He consultado muchas veces al tabernero de El Joven Baco acerca de las diligencias necesarias para terminar ese asunto, y siempre me respondía: «Maese Leonardo, id en busca del juez, provisto de un buen saco de escudos, y él os devolverá purificado a vuestro mozo.» Pero los escudos andan escasos aquí, donde no hay gallina ni oca de los huevos de oro. A lo sumo, las aves que se asan pagan el combustible. Afortunadamente, tu santa madre tuvo la feliz idea de ver a la madre del señor de Anquetil, de la cual sabíamos que trataba de salvar a su hijo, perseguido, como tú, y complicado en el mismo asunto. Imagino, Jacobo, que acompañaste a ese gentilhombre en sus correrías, y me sobra corazón para comprender la honra que ganabais con ello. Tu madre solicitó una audiencia de la señora de Anquetil, en su hotel del faubourg Saint-Antoine. Vistióse con sus mejores ropas, como cuando va a misa, y fue recibida bondadosamente; tu madre es una santa mujer, Jacobo; pero como no tiene trato social, habló sin ton ni son, y dijo: «Señora, a nuestra edad, sólo nos quedan Dios y nuestros hijos.» Eso no era lo procedente, tratándose de una gran señora que tiene galanteadores.

-Callaos, Leonardo -exclamó mi buena madre-. Desconocéis la conducta de la señora de Anquetil; y no hablaría yo tal mal, cuando ella me respondió: «Tranquilizaos, señora Ménétrier; imploraré por vuestro hijo, como por el mío; confiad en mí.» Y ya sabéis, Leonardo, que recibimos, antes que transcurrieran dos meses, la seguridad de que nuestro Jacobo podía volver a París sin temor a ser molestado.

Cenaron con buen apetito. Mi padre me preguntó si pensaba continuar al servicio del señor de Astarac. Le respondí que, después de la nunca bastante llorada muerte de mi buen maestro, no quería volver a encontrarme con el cruel Mosaide, y mucho menos en casa de un gen tilhombre que pagaba a sus servidores con buenas palabras. Mi padre me invitó con amabilidad a empuñar el asador, como antes.

-En estos últimos tiempos, Jacobo -me dijo-, desempeñaba esta ocupación el hermano Ángel; pero se daba menos maña que Miraut, y aun que tú. ¿Quieres recobrar tu empleo, sentado en el taburete, junto a la lumbre?

Mi madre, que a pesar de su mucha sencillez no carecía de juicio, encogióse de hombros diciendo:

Librodot

-Al señor Blaizot, que tiene la librería de La Imagen de Santa Catalina, le hace falta un dependiente. Allí estarás en tu centro. Tu finura y tu afabilidad son muy convenientes para vender biblias.

Me ofrecí al señor Blaizot, y me tomó a su servicio.

Las desdichas pasadas me hicieron prudente. No me desalentó la humildad de mi tarea, y la desempeñaba con pulcritud, manejando el plumero y la escoba muy a gusto de mi amo.

Creíme obligado a visitar al señor de Astarac. Dirigíme a casa del alquimista el último domingo de noviembre, por la tarde. La distancia desde la calle de San Jacobo a la Cruz de las Arenas es grande, y el almanaque no miente al anunciar que los días son cortos en noviembre. Cuando llegué a Roule era de noche, y una bruma espesa cubría el camino desierto. Medité tristemente en la oscuridad.

-¡Ay de mí! -dije-. Pronto hará un año que por primera vez anduve este mismo camino, pisando nieve, y en compañía de mi buen maestro, que ahora descansa en una pequeña aldea de Borgoña, en tierra de viñas. Se durmió, esperando en la vida eterna. Es una esperanza que conviene compartir con un hombre tan docto y tan sabio. ¡Dios me libre de dudar alguna vez de la inmortalidad del alma! Pero es preciso confesar también que todo lo referente a una vida futura y a otro mundo son verdades insensibles, aceptadas con indiferencia, pero que no tienen gusto ni sabor algunos; de manera que se traban sin advertirlo. No basta para consolarme pensar que veré al abate Coignard en el Paraíso. Sin duda no será fácil reconocerle, y sus razonamientos no tendrán ya la elocuencia, la gracia y la oportunidad que les prestaron las circunstancias.

Mientras hacía esas reflexiones vi un resplandor intenso que se alzaba en el espacio. Enrojecióse la bruma sobre mi cabeza y el humo cubrió el horizonte. Suponiendo que se incendiaba el castillo de Astarac, apresuré mis pasos, confirmando mis temores. Descubrí el calvario de las Arenas como una sombra oscura sobre un fondo inflamado y se me apareció el castillo arrojando llamas por todas las aberturas como si hubiesen preparado en él una diversión siniestra. La puertecilla verde estaba hundida. En el parque se agitaban sombras y oíanse murmullos de horror. Eran los vecinos de Neuilly que habían acudido para curiosear y para prestar auxilio. Algunos lanzaban chorros de agua con una bomba, produciendo una lluvia brillante. Una humareda negruzca coronaba el castillo. Ascuas y pavesas caían en torno mío y pronto advertí que mis manos y mi traje ennegrecían. Imaginé con espanto que aquel polvo sutil era la ceniza de los hermosos libros y de los manuscritos inestimables que fueron las delicias de mi maestro, acaso los residuos de Zósimo el Panopolitano, en el cual habíamos trabajado juntos durante las más nobles horas de mi vida.

Había visto morir al señor abate Jerónimo Coignard, y en aquellos momentos era su alma suave y resplandeciente lo que se convertía en polvo a mis ojos con la reina de las bibliotecas. Parecióme que algo en mi propio ser destruíase al propio tiempo. El aire avivaba la lumbre y las llamas rugían como fieras voraces.

Viendo acercarse a un hombre de Neuilly más empolvado y negro que yo, le pregunté si habían perecido el señor de Astarac y su servidumbre.

-Nadie se ha salvado -me dijo-; sólo un viejo judío, llevando unos envoltorios, pudo escapar por la parte de los pantanos. Habitaba el pabellón del guarda, cerca del río, y era odiado, en atención a su raza y a los crímenes que se le atribuían. Los muchachos le persiguieron, y al huir cayó en el Sena. Le han sacado muerto, y aún oprimía contra su corazón un libro de magia y seis tazas de oro. Podéis ver su cadáver amortajado en su túnica amarilla. Tiene los ojos abiertos y un aspecto horrible.

-¡Ah! -exclamé-. No merecieron otro fin sus crímenes; pero su muerte no me devuelve al mejor de los maestros asesinado por él. Decidme: ¿no se ha visto al señor de Astarac?

En aquel instante oí voces angustiosas que gritaban:

-¡El techo se hunde!

Y reconocí con horror la negra figura del señor de Astarac deslizándose por los aleros. El alquimista vociferaba:

-¡Me remonto con el vuelo de las llamas hasta la mansión divina!

De pronto el techo se hundió con un estruendo espantoso, y una montaña de fuego envolvió al amigo de las salamandras.

* * *

No hay amor que resista a la ausencia. El recuerdo de Jahel, al principio agudo y mortificante, dulcificóse poco a poco, dejándome solamente un escozor vago, que reconocía también otras causas.

El señor Blaizot iba envejeciendo, y se retiró a Montrouge, a una casita de campo, después de cederme su establecimiento a cambio de una renta vitalicia. Convertido en propietario de La Imagen de Santa Catalina, recogí a mis padres, en cuyo figón no se encendía más lumbre desde algún tiempo atrás. Yo había tomado gran afición a mi tienda, y quise adornarla. Colgué antiguos mapas venecianos y tesis adornadas con grabados alegóricos, todo lo cual constituye un ornato antiguo y chabacano, sin duda, pero que agradaba mucho a los aficionados a los buenos estudios. Mi sabiduría, a condición de ocultarla cuidadosamente, no me fue muy perjudicial en mi negocio. Mucho más lo habría sido, por el contrario, si yo fuera librero editor, como Marc-Michel Rey, y me hubiese visto obligado, como él, a ganarme la vida a expensas de la imbecilidad pública.

Tengo, como se dice, los autores clásicos, siendo ésta una mercancía que se vende bien en esta docta calle de San Jacobo, de la que me agradaría describir algún día las antigüedades e ilustraciones. El primer impresor parisiense estableció en ella sus venerables prensas. Los Cramoisy, a quien Guy Patin considera como los reyes de la calle de San Jacobo, han editado en ella lo principal de nuestros historiadores. Antes que se alzara el Colegio de Francia, los lectores del rey, Pedro Danés, Francisco Votable y Ramus, dieron aquí sus lecciones bajo un cobertizo, donde resonaban las disputas de los ganapanes y de las lavanderas. ¿Y cómo olvidar a Juan de Meung, que en una casita de esta misma calle compuso la Novela de la rosa[2].

Tengo el usufructo de toda la casa, que es vieja y data, por lo menos, del tiempo de los godos, como lo indican las vigas de madera que se cruzan sobre la estrecha fachada, los dos pisos con galería y la vertiente del tejado mohoso. Tiene sólo una ventana en cada piso. La del primero, florida en todo tiempo y provista de bramantes, por donde trepan en primavera campanillas y capuchinas. Mi buena madre las siembra y las riega.

[2] Jacobo Dalevuelta ignoraba que Francisco Villón habitó en la calle de San Jacobo, en el claustro de San Benito, en la casa llamada de la Puerta Verde. El discípulo del señor Jerónimo Coignard habría tenido, sin duda, sumo gusto dedicando un recuerdo al viejo poeta que, como él, conoció diversas clases de gentes.

Es la ventana de su habitación. Se la ve desde la calle, leyendo sus oraciones en un libro impreso en gruesos caracteres, sobre la imagen de santa Catalina. La edad, la devoción y el orgullo maternal ennoblecieron su aspecto, y al ver su rostro de cera bajo la alta y atildada cofia blanca, se la creería burguesa adinerada.

Mi padre, al envejecer, ha adquirido también alguna majestad. Como le gustan el aire libre y el ejercicio, le ocupo en el reparto de los libros. Al principio había dado esta ocupación al hermano Ángel; pero pordioseaba a los parroquianos, les hacía besar las reliquias, les bebía el vino, acariciaba a las criadas y dejaba la mitad de mis libros en medio del arroyo. Le retiré su cargo lo más pronto que pude. Mi buena madre, a quien le hace creer que tiene secretos para ganar el cielo, le da la sopa y el vino. No es un hombre malvado, y acabó inspirándome una especie de afección.

Muchos sabios y hombres de talento frecuentan mi librería, siendo ventajoso en mi oficio el trato con personas de mérito. Entre los que acuden con frecuencia a hojear los nuevos libros que recibo y a conversar familiarmente entre sí, hay historiadores tan doctos como Tillemond; oradores sagrados que igualan en elocuencia a Bossuet y aun a Bourdaloue; poetas cómicos y trágicos teólogos, que, a la pureza de sus costumbres, unen la solidez de sus doctrinas; autores muy estimados de novelas españolas, geómetras y filósofos capaces, como el señor Descartes, de medir y pesar el Universo. Yo los admiro y saboreo hasta sus más insignificantes palabras. Pero ninguno, en mi concepto, es comparable al buen maestro que tuve la desgracia de perder en la carretera de Lyon; ninguno me recuerda la elegancia de sus pensamientos, la dulce sublimidad, la pasmosa riqueza de su alma, siempre expansiva y desbordante, como la urna de esos ríos que se ven representados en mármol en los jardines; ninguno me ofrece aquel manantial inagotable de ciencia, donde tuve la dicha de beber en mi juventud; ninguno es ni sombra de aquella gracia, de aquella sabiduría, de aquella fuerza de imaginación que resplandecieron en el señor Jerónimo Coignard. Por eso le juzgo el más deslumbrante ingenio que haya florecido sobre la Tierra.

Librodot